

EL ANGEL CAIDO BORIS AKUNIN



Lectulandia

Un espléndido día de primavera de 1876, en un soleado parque de Moscú, un estudiante aristócrata se dispara un tiro ante la estupefacta mirada de una joven que poco antes le había negado un beso. Es tan sólo la primera de una inquietante cadena de muertes tan extrañas como inexplicables, que pronto suscitarán un sinfín de interrogantes en la inquieta sociedad moscovita: ¿por qué juegan estas personas a la ruleta americana?, ¿habrá alguien detrás de estos hechos perversos, tal vez una oscura trama internacional urdida fuera de la madre Rusia? Para intentar responder a estas preguntas acude a escena Erast Fandorin, un bisoño aspirante a detective que compensa su falta de experiencia con un alto grado de astucia y entusiasmo. A veces tan lúcido como Sherlock Holmes, otras sentimental como Poirot o Montalbano, y en ocasiones tan cándido como Oblomov, a Fandorin le atraen los desafíos que le exigen emplear a fondo su natural inteligencia.

Capaz de navegar en el laberinto del crimen con la desenvoltura de un hombre de mundo y la sagacidad de quien conoce las miserias y las locuras del alma humana, Fandorin se desplazará de Moscú a Berlín y de ahí a Londres, para luego regresar a San Petersburgo en pos de esa verdad tan perturbadora como imprevisible que le servirá para esclarecer este primer caso de la serie.

El ángel caído es la primera de las siete novelas que componen la serie de Erast Fandorin.

Lectulandia

Boris Akunin

El ángel caído

Erast Fandorin - 01

ePub r1.0

syd 25.09.13

Título original: *Azazel*
Boris Akunin, 1998
Traducción: Rafael Cañete Fuillerat
Diseño de portada: AKG Berlín

Editor digital: syd
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo Primero

Donde se narra un cínico desplante

El lunes 13 de mayo de 1876, pasadas las dos de la tarde, en un lozano día primaveral de calor veraniego, ocurrió un incidente horroroso y ciertamente fuera de toda lógica, en los Jardines de Alejandro y ante los ojos de numerosos testigos. Por los caminos arbolados, entre lilas en flor y esplendorosos parterres de tulipanes de color escarlata, se paseaba una muchedumbre ataviada de la manera más elegante: señoras con sus parasoles de encaje (para evitar las pecas), niños vestidos de marinerito acompañados de sus institutrices, y jóvenes de aspecto aburrido con levitas de cheviot a la moda o chaquetas cortas de estilo inglés. Nada en aquel ambiente hacía presagiar una desgracia. Al contrario, una placentera pereza y un agradable sopor se extendían por el aire, saturado con los aromas de una primavera serena y ya avanzada. El sol apretaba y todos los bancos que estaban a la sombra se hallaban ocupados.

En uno de estos bancos, situado cerca de la Gruta, de cara a la verja de hierro tras la que empezaba la calle Niglinniaya y desde donde se vislumbraba el muro amarillo del Picadero, se sentaban dos damas. Una, muy joven (lo suficiente para no ser llamada todavía señora, sino más bien señorita), leía un librito encuadernado en tafilete, aunque miraba sin cesar a todos lados con una curiosidad dispersa. La otra dama, bastante mayor, llevaba un elegante vestido de lana azul oscuro y unos ligeros botines de fieltro con cordones; hacía punto rítmicamente y con esmero, estaba tejiendo una prenda de color rosa chillón. Aunque se mostraba verdaderamente concentrada en su tarea, también volvía la cabeza a izquierda y derecha, y su mirada rápida y sagaz retenía cualquier detalle digno de atención.

Por ello la dama reparó de inmediato en aquel joven vestido con unos estrechos pantalones a cuadros, una levita indolentemente desabotonada sobre el chaleco blanco y un sombrero redondo de estilo suizo. El joven caminaba por la alameda sin dirección fija y de manera extraña: tan pronto se detenía en seco, igual que si buscara a alguien entre los paseantes, como daba varios pasos enérgicos hacia delante y luego se quedaba inmóvil otra vez.

De pronto, aquel excéntrico sujeto reparó en nuestras damas y, como impulsado

por una repentina decisión, se encaminó hacia ellas a zancadas. Se detuvo delante del banco y, dirigiéndose a la jovencita, exclamó con tono burlón:

—¡Señora! ¿Le han dicho a usted que es insoportablemente hermosa?

La joven, que en efecto era muy bella, miró asombrada a aquel insolente y entreabrió su boquita de fresa con cierto temor. Su madura acompañante también se quedó pasmada ante descaro tan inaudito.

—¡Desde que la he visto soy su esclavo! —continuó tonteando el desconocido, cuyo porte era más que presentable (patillas recortadas a la moda, frente amplia y pálida, y ardientes y fogosos ojos castaños)—. ¡Permítame depositar sobre su inmaculada frente un beso puro, un beso fraternal!

—¡Señor, está usted completamente borracho! —reaccionó al fin la dama que hacía calceta, pronunciando las palabras con un fuerte acento alemán.

—¡Sí, estoy borracho..., pero de amor! —afirmó el descarado joven, y con el mismo tono artificial y lastimero exigió—: ¡Sólo uno, un único beso, o pondré fin a mi vida!

La jovencita se apretó contra el respaldo del banco y volvió el rostro hacia su protectora.

—¡Váyase inmediatamente! ¡Está usted loco! —replicó la señora levantando la voz y poniéndose a la defensiva, con el trabajo de punto por delante y las dos agujas amenazadoramente enhiestas—. ¡Márchese o llamaré al guardia!

—¡Ah, así que... me rechazan! —gritó el joven con fingida desesperación, cubriéndose teatralmente los ojos con la mano. De improviso, extrajo de un bolsillo interior un pequeño y brillante revólver negro de acero—. ¿Acaso merece la pena vivir después de esto? ¡Una sola palabra suya y seguiré entre los vivos! ¡Una sola palabra suya y caeré muerto a sus pies! —le anunció a la jovencita, ella misma más muerta que viva—. ¡Qué, no dice nada!... ¡Entonces, adiós!

La visión de ese joven que blandía un arma no podía dejar de llamar la atención de los paseantes. Las personas más próximas al escenario del suceso —una señora gruesa que llevaba un abanico en la mano, un distinguido caballero con la cruz de la reina Ana colgada al cuello, y dos estudiantes con sus uniformes de gimnasio, unos vestidos marrones con esclavina— se quedaron como petrificadas en el sitio y, al otro lado de la verja, ya en la acera de la calle, un muchacho con aspecto de universitario detuvo también el paso. En una palabra, era evidente que pronto se pondría remedio a aquella escandalosa escena. Pero los acontecimientos se desarrollaron con tal rapidez que nadie pudo impedir lo que ocurrió a continuación.

—¡Que la suerte decida! —gritó el borracho (o el loco).

Dios sabe con qué propósitos, levantó el revólver hasta la cabeza, giró el tambor y apoyó el cañón en la sien.

—¡Payaso! ¡Cabeza hueca! —farfulló la valerosa teutona, cuyo dominio del habla

popular rusa era notorio.

El semblante del joven, pálido ya de por sí, adquirió un tono verde grisáceo. Se mordió el labio inferior y comenzó a parpadear nerviosamente. A su vez, la hermosa jovencita cerró los ojos, por si acaso.

Una decisión acertada, porque así se evitó el horrible espectáculo que se desencadenó a renglón seguido: durante un segundo, en el momento mismo en que retumbó el disparo, la cabeza del suicida se torció violentamente hacia un lado y, del orificio que la bala hizo un poco más arriba de la oreja izquierda, manó a presión un chorro de color rojo claro.

Los minutos posteriores fueron de una confusión indescriptible. La dama alemana empezó a mirar con indignación a uno y otro lado, como invitando a todos los transeúntes a acercarse y ser testigos de aquel escándalo tan increíble. Pero al punto se puso a aullar como una desesperada y, así, se unió a los gritos de las dos estudiantes y a la dama gorda, que desde hacía unos segundos lanzaba unos alaridos escalofriantes. La hermosa jovencita yacía sin sentido, aunque entreabrió los ojos un instante para volver a desmadejarse cual muñeca de trapo enseguida. La gente se aproximó corriendo de todas partes, excepto el universitario que caminaba por el otro lado de la verja, un alma sensible que se alejó velozmente en dirección opuesta, cruzó la calzada y enfiló la calle Mojovaya.

Ksaveri Feofilaktovich Grushin, comisario de la Dirección de la Policía Secreta, adjunta a la Dirección General de la Policía de Moscú, suspiró con alivio y colocó a su izquierda, sobre la pila de «Asuntos examinados», el resumen de los delitos más importantes del día anterior. Ninguna de las veinticuatro comisarías que vigilaban aquella ciudad de setecientos mil habitantes había registrado un hecho notable que mereciera la intervención de su departamento. Un homicidio en la trifulca de unos artesanos borrachos (el homicida había sido detenido en el mismo lugar del crimen). Sendos atracos a dos cocheros de punto (¡que se las compusieran los agentes de barrio!). Y la desaparición de setenta y cinco mil ochocientos cincuenta y tres rublos con cuarenta y siete kopecs de la caja del Banco Rusoasiático (el caso quedaba en manos de Antón Semionovich, de la sección de delitos económicos).

Gracias a Dios, habían dejado de enviarle a la Dirección los asuntillos sin importancia: pequeños hurtos callejeros, criadas ahorcadas o recién nacidos abandonados en un zaguán. Ya le bastaba con darse por enterado del «Resumen policial de sucesos» que las secciones despachaban todas las tardes.

Ksaveri Feofilaktovich bostezó a sus anchas y por encima de sus quevedos de carey lanzó una mirada displicente en dirección al escribano, el funcionario de decimocuarta clase Erast Petrovich Fandorin, que repetía por tercera vez el informe manuscrito semanal destinado al jefe de la policía.

«¡Así aprenderá! —pensó Grushin—. ¡Es preciso acostumbrar a los dedos

inexpertos a escribir con esmero desde muy pronto! ¡En el futuro me lo agradecerá! ¡Vaya moda ésa que han adoptado de utilizar el plumín! ¡Y ese informe no es precisamente para cualquiera, sino para el mismísimo jefe! ¡Ni lo pienses, pichoncito! ¡Tú con cuidado y a la antigua, con la pluma de ganso y todas esas espirales y adornitos! Su excelencia se crio en los tiempos del zar Nikolai Pavlovich, cuando el orden y el respeto a los superiores eran cuestiones sagradas».

Ksaveri Feofilaktovich deseaba lo mejor para aquel muchacho y por eso se compadecía paternalmente de él. Porque, la verdad sea dicha, el destino había tratado con excesiva crueldad a su joven escribano. Había quedado huérfano a los diecinueve años. Después de perder a su madre de muy niño, su padre, un cabeza loca, estiró la pata tras invertir todo su dinero en sueños y castillos de naipes. Había amasado un dineral en los años de la fiebre del ferrocarril, pero después se arruinó en los de la fiebre bancaria. ¡Cuánta gente de fortuna se había visto en el arroyo de un año a aquella parte, cuando los bancos comenzaron a quebrar, uno tras otro! De pronto, los pagarés más sólidos se convirtieron en basura. Y así fue como el señor Fandorin, teniente retirado, la palmó del susto de la noche a la mañana dejando en herencia a su único hijo tan sólo papel mojado. El pobre muchacho tendría que haber completado sus estudios en el gimnasio e incluso haber ido a la universidad. Pero en lugar de eso se había visto obligado a abandonar la casa paterna y a ganarse el pan de cada día con el sudor de su frente. Ksaveri Feofilaktovich carraspeó, compungido. El huérfano había aprobado la oposición a funcionario de registro, una prueba muy sencilla para un chico tan instruido como él. Pero... ¿qué mosca le habría picado para ingresar precisamente en la policía? Habría hecho mejor entrando en el departamento de estadística o en los juzgados. ¡Tenía demasiados pájaros en la cabeza! «¡Todos soñamos con apresar al enigmático ladrón de las joyas de la Corona! Pero, pichón mío, en nuestro trabajo nunca tropezamos con casos así. Lo que solemos hacer aquí es desgastar el forro de los pantalones en la silla, y escribir y escribir sumarios sobre cómo, por ejemplo, el pequeño burgués Golopuzov, borracho como una cuba, mató a hachazos a su mujer legítima y a sus tres hijitos».

Pese a que el joven Fandorin no llevaba aún tres semanas en la policía, Ksaveri Feofilaktovich, experimentado detective y perro viejo en el oficio, ya estaba convencido de que el muchacho no servía para aquel menester. Demasiado tierno, demasiada educación exquisita.

No había transcurrido todavía su primera semana de trabajo cuando Grushin le ordenó que le acompañara al escenario de un crimen (en concreto, el asesinato de la tendera Krupnova, muerta a cuchilladas). Fandorin se puso lívido en cuanto vio el cadáver y escapó al patio horrorizado y apoyándose en las paredes. La verdad es que el aspecto de la difunta no era como para abrir el apetito: tenía el cuello rebanado de oreja a oreja, la lengua fuera y los ojos abiertos como platos, y estaba rodeada de un

mar de sangre. Por ese motivo, el propio Ksaveri Feofilaktovich hubo de llevar la investigación y, además, redactar el protocolo de las diligencias. Afortunadamente, el caso resultó fácil. Kuzikin, el portero de la finca, tenía una mirada tan asustada y huidiza, que Grushin ordenó al momento a uno de sus agentes que lo agarrara de la solapa y lo metiera en chirona. El sospechoso llevaba ya dos semanas en el calabozo y, aunque seguía negándolo todo, no importaba: al final acabaría declarándose culpable. A juicio de nuestro comisario nadie más había podido degollar a la pobre mujer; el olfato profesional, con treinta años de servicio a sus espaldas, no le fallaba nunca.

Pero Fandorin sí que servía para las labores burocráticas. Era trabajador, despabilado, escribía sin faltas de ortografía, dominaba el ruso y, por si fuera poco, poseía unas excelentes maneras. Todo lo contrario de aquel borracho amargado, Trofimov, que ocupaba su puesto hasta hacía un mes y había sido degradado del oficio de escribiente al de ayudante de segunda en la comisaría del barrio de Jitrovka. ¡Que se emborrachara allí y maldijera todo lo que quisiera a la jefatura!

Grushin, algo enfadado, repiqueteó con los dedos en la mesa, tapizada con el típico paño impersonal de las oficinas estatales. Sacó el reloj del bolsillo de su chaleco (¡uf, aún quedaba mucho rato para la hora del almuerzo!) y echó mano con decisión del último número del *Boletín de Moscú*.

—Bien, veamos con qué nos sorprenden esta vez —dijo en voz alta.

En su mesa, el joven escribiente apartó la odiosa pluma de ganso. Sabía que ahora su jefe se pondría a leer en voz alta los titulares de las noticias más importantes y que salpicaría la lectura con sus comentarios. Era una costumbre de Ksaveri Feofilaktovich.

—¡Vea, Erast Petrovich! ¡Eche un vistazo a lo que ponen en la primera página!

¡EL CORSÉ NORTEAMERICANO «LORD BYRON», LO ÚLTIMO EN MODA!

Confeccionado con sólidas barbas de ballena, para hombres deseosos de tener una buena figura.

La cintura en pulgadas.

El ancho de hombros en sazhenes.

—¡Sí, y el tamaño del titular en arshinas! Y más abajo, ¡mira lo que ponen con letras pequeñitas!

El zar ha viajado a Ems.

—¡Pues claro! ¡No podía ser de otra manera! ¡Cómo se va a comparar nuestro zar con esa gran figura de *lord Byron*!

Los refunfuños del bonachón Ksaveri Feofilaktovich provocaron en el escribiente una reacción extraña. Algo pareció turbarle, porque enrojeció de pronto y sus largas pestañas de doncella temblaron con un aleteo de culpabilidad. Bueno, y ya que hablamos de pestañas, lo ideal ahora sería describir con detalle a Erast Petrovich. Al fin y al cabo, va a desempeñar un papel decisivo en los sorprendentes y terribles acontecimientos que están por suceder. Era un joven de muy buen ver, con el cabello oscuro (del que se enorgullecía en secreto) y los ojos azules (aunque quizá hubiera sido mejor que fueran también oscuros). Era de gran estatura y tenía la piel muy blanca y las mejillas siempre encendidas por un fastidioso rubor. Ya puestos, aprovechemos la ocasión para revelar la causa que turba en este preciso momento a nuestro escribiente. Y es que el joven decidió anteayer gastarse un tercio de su primer sueldo en ese corsé que tan envidiablemente describe el diario. Sí, hoy es el segundo día que el chico va enfundado en su Lord Byron y se somete a indecibles tormentos en aras de la belleza masculina; en este preciso instante empieza a temer (sin ningún fundamento) que quizá el perspicaz Ksaveri Feofilaktovich ha adivinado la causa del porte tan caballeresco que luce su subordinado y se propone tomarle el pelo.

Pero el comisario sigue leyendo el diario:

Salvaje actuación de los soldados turcos en Bulgaria

—¡Bueno, no creo que sea la lectura más apropiada para antes del almuerzo!...

EXPLOSIÓN EN LIGOVKA

Nuestro corresponsal en San Petersburgo informa que ayer, a las seis y media de la mañana, en la calle Znamenskaya, se produjo una explosión que hizo saltar en pedazos uno de los pisos de la cuarta planta del edificio donde se ubica el lucrativo centro comercial del consejero Vartano. Tras personarse en el lugar, la policía descubrió el desfigurado e irreconocible cadáver de un hombre joven. El piso estaba arrendado a un tal señor P., un tutor, a quien, según todos los indicios, correspondería el cuerpo encontrado. A juzgar por el aspecto que ofrecía, la vivienda podría haber sido utilizada como laboratorio químico clandestino. El consejero estatal Brilling, que dirige las pesquisas, mantiene la hipótesis de que en el piso se elaboraban ingenios explosivos para la organización terrorista de los nihilistas. La investigación continúa.

—¡Hum! Menos mal que esto no es San Petersburgo. Pero, por el brillo de sus ojos, diríase que el joven Fandorin era de otro parecer. La expresión de su rostro indicaba con claridad: «En la capital, la policía trabaja de verdad, buscando

terroristas, y no como aquí, que copiamos diez veces un papelote desprovisto del menor interés».

—¡Bien! —Ksaveri Feofilaktovich pasó ruidosamente las hojas del periódico—. Veamos qué tenemos en la página de información local.

EL PRIMER «ESTHERNADO» DE MOSCÚ

La baronesa Esther, famosa filántropa inglesa, a cuyo celo se debe la fundación en varios países de los llamados «esthernados», internados modélicos para niños huérfanos, informó a nuestro corresponsal de que también en Moscú, la ciudad de las cúpulas doradas, por fin una institución de este tipo ha abierto sus puertas. Lady Esther, que inició su actividad en Rusia hace un año y ya ha inaugurado un «esthernado» en Petersburgo, ha decidido tomar también bajo su protección a los huerfanitos de Moscú...

—Mmm...

... ¡Todos los moscovitas se lo agradecemos sinceramente!... ¿Dónde estarán nuestros Owens y Esthers rusos?

—¡Bueno, que los huerfanitos queden con Dios!... Vaya, vaya, ¿qué tenemos por aquí?

UN CÍNICO DESPLANTE

—¡Humm, curioso!...

Ayer, en los Jardines de Alejandro, ocurrió un lamentable incidente, ejemplo patente de los cínicos valores que animan a nuestra juventud patria. A la vista de todos los que paseaban por allí, se suicidó de un tiro el señor N., un agraciado joven de veintitrés años, estudiante de la Universidad de Moscú y heredero único de una fortuna millonaria.

—¡Vaya!

Según declaraciones de los testigos, el joven fanfarroneó públicamente antes de cometer tan absurdo acto, blandiendo su revólver en el aire. Al principio, los presentes interpretaron su conducta como una bravuconada de borracho. Pero el señor N. no bromeaba y, tras descerrajarse un tiro en la

cabeza, murió en el acto. En un bolsillo del suicida se encontró una nota de contenido escandalosamente ateo, lo que demuestra a las claras que la decisión de N. no fue fruto de un arrebató momentáneo ni estuvo provocada por la locura. De manera que esta epidemia de suicidios irracionales, tan en boga hoy día y que hasta ahora era azote exclusivo de la ciudad de Petropol, ha llegado hasta las mismas murallas de nuestra madre Moscú. ¡Oh témpora, oh mores!... ¿Hasta qué límites de incredulidad y nihilismo ha llegado nuestra dorada juventud para hacer de su propia muerte una bufonada? Si ésa es la relación que mantienen nuestros Brutos con su vida, ¿podrá sorprendernos que no den un céntimo por la de otras personas más dignas que ellos? ¡Cuán oportunas son aquí las palabras del honorable Fiodor Mijailovich Dostoievski en su reciente libro Diario de un escritor, aparecido en mayo!: «Buenos, amables, honrados (¡todo eso sois!), pero ¿adónde vais?, ¿por qué os resulta tan querida esa oscura y lejana tumba? ¡Mirad, en el cielo brilla un claro sol de primavera, los árboles se han cubierto de hojas! ¡Y vosotros ya estáis cansados, sin apenas haber vivido!».

Ksaveri Feofilaktovich se sorbió la nariz, emocionado, y miró severamente de reojo a su joven ayudante, por si éste hubiera advertido su pasajera flaqueza. Después, ya dueño de sí, prosiguió su lectura.

—Y etcétera, etcétera, etcétera... Pues no veo por qué sacan eso de los tiempos que corren ahora. ¡Vaya cosa! En Rusia se comentan los caprichos de los señoritos ociosos desde tiempos inmemoriales. ¿Una herencia millonaria? ¿Quién sería ese hombre? ¡Los bribones de los policías de barrio informan de cualquier tontería, pero, luego, un asunto como éste ni lo mencionan!... ¡Como para confiar en ese resumen policial que nos envían! Aunque, la verdad sea dicha, este caso está tan claro como el agua. Se ha pegado el tiro delante de varios testigos... Pero resulta curioso... Esa zona de los Jardines de Alejandro está adscrita a la segunda comisaría urbana... Vamos a ver, Erast Petrovich, no por razones de servicio, sino de amistad, ¿por qué no se da una vuelta por allí, por la calle Mojovaya? Como si se tratara de un control rutinario. Averigüe quién era ese señor N. Y lo más importante, pichón mío, recuerde copiar la nota de despedida del suicida, que se la quiero enseñar esta tarde a mi Evdoquia Andreevna. A ella le gustan estos asuntillos sentimentales. No se fatigue demasiado y regrese cuanto antes.

Esas últimas palabras sonaron ya a espaldas del funcionario de registro, que tenía tanta prisa por abandonar su triste mesa forrada de hule que casi se olvidó de coger la gorra.

El funcionario de la Secreta fue conducido nada más llegar ante el jefe de la comisaría. Pero éste, al comprobar que le habían enviado a un emisario de tan ínfimo

rango, juzgó indigno informarle personalmente y mandó que llamaran a su ayudante.

—¡Le atenderá Ivan Prokofievich! —dijo el comisario al joven en tono cordial, pues, aunque subalterno, era un enviado de la Dirección Central—. Él le enseñará y le contará todo lo relativo a este asunto. Estuvo ayer en la casa del finado... ¡Y preséntele mis más humildes respetos a Ksaveri Feofilaktovich!

Sentaron a Fandorin detrás de un alto pupitre y le llevaron la gruesa carpeta relativa al caso. Erast Petrovich leyó el título:

Asunto: Suicidio del honorable y linajudo ciudadano Piotr Aleksandrov Kokorin, de 23 años, estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Imperial de Moscú.

Abierto el día 13 de mayo de 1876.

Cerrado el... del mes de... de 18...

Con dedos temblorosos por la impaciencia, el escribiente desanudó las cintas del legajo.

—Era hijo de Aleksander Artamonovich Kokorin —le explicó Ivan Prokofievich, un chupatintas alto y flacucho de gesto torcido, similar al de una cabra rumiando—. Un hombre riquísimo. Un industrial. Murió hace tres años. Dejó toda su fortuna a su hijo. El universitario podía vivir y divertirse todo lo que quisiera. ¿Qué echará de menos la gente así?

Erast Petrovich, sin saber qué responderle, se limitó a asentir y se sumergió en la lectura de las declaraciones de los testigos presenciales. Había bastantes, alrededor de una decena, pero la más completa se basaba en las afirmaciones de Elizaveta von Evert-Kolokoltseva, de diecisiete años, hija de un consejero privado en activo, y en las de su institutriz, la señorita Emma Pfiil, de cuarenta y ocho, con las que el suicida había conversado justo antes de pegarse el tiro. Lo cierto es que Erast Petrovich no extrajo nada de aquellas declaraciones que no conozca ya el lector. Los testigos repetían más o menos lo mismo, se diferenciaban sólo por sus dotes intuitivas. Unos aseguraban que el aspecto del joven los había inquietado inmediatamente («Sus ojos enloquecidos me helaron la sangre», declaraba la esposa de un consejero titular, señora Jokriakova, antes de afirmar que sólo había visto al suicida de espaldas). Otros testigos, por el contrario, aseguraban que el disparo les había cogido desprevenidos.

Al final del expediente se encontraba la importante nota del suicida, un arrugado papel azul con un monograma. Erast Petrovich clavó los ojos en aquellos renglones irregulares (seguramente, el joven los había escrito hecho un manojo de nervios).

¡A ustedes, señores que me sobreviven!

Si están leyendo ustedes esta breve misiva, querrá decir que los he

abandonado y que ya conozco ese secreto de la muerte vedado para ustedes tras una puerta con siete precintos. Yo ya soy libre, pero ustedes siguen pensando en esa vida llena de temores. Sin embargo, apuesto a que allá donde me encuentre ahora, desde donde, como dijo el príncipe danés, ningún viajero ha regresado nunca, reina la nada más absoluta. Y a aquél que no esté de acuerdo conmigo le ruego, por merced, que lo compruebe personalmente. Por lo demás, no tengo ningún asunto que tratar con ustedes, y si escribo esta nota es para que a nadie se le ocurra que pongo fin a mi vida por una estupidez sentimental. Me da asco ese mundo suyo y, por mi honor, que esa razón tan simple basta para explicar lo que he hecho. La prueba de que no soy una bestia redomada se halla en el cartapacio de cuero.

Piotr Kokorin

«No parece que estuviera tan loco», fue lo primero que pensó Erast Petrovich.

—¿Qué querría decir con eso del «cartapacio de cuero»? —preguntó el joven.

El ayudante del comisario se encogió de hombros:

—El suicida no llevaba ningún cartapacio encima. Pero ¿qué quiere? Evidentemente, no estaba en sus cabales. A lo mejor quiso hacer algo y luego cambió de idea, o se olvidó. No hay duda de que este señor estaba loco. ¿Ha leído cómo giró el tambor del revólver? Por cierto, en el cargador sólo había una bala de las seis que podía llevar. Yo creo que, en realidad, no pretendía suicidarse. Yo diría que quería poner a prueba su temple, darle más emoción a su vida. Para que las cenas le resultaran más apetitosas, y las juergas, más picantes.

—¿Sólo una bala de seis? ¡Pues ya tuvo mala suerte el pobre! —Erast Petrovich se compadeció del difunto, mientras todavía analizaba la frase relativa al cartapacio—. ¿Dónde vive? Vivía, quiero decir...

—En un piso de ocho habitaciones, en una casa nueva y muy lujosa, en la calle Ostayenka —respondió Ivan Prokofievich, encantado de poder compartir sus impresiones—. Había heredado de su padre la casa familiar, al otro lado del río Moscova. Una auténtica mansión con edificios anexos. Pero a él no le gustaba vivir en ese ambiente de comerciantes burgueses y se fue de allí.

—¿Y no han encontrado ningún cartapacio de cuero en su piso?

El ayudante del comisario pegó un respingo.

—¿Cree usted que debíamos haber practicado un registro en toda regla? Es que a un piso así, con tantas habitaciones, da miedo mandar a los agentes. Ahí hasta el mismo diablo puede perderse. Y, además, ¿para qué...? Yegor Nikiforovich, el juez de instrucción del distrito, le dijo al criado que disponía de un cuarto de hora para recoger sus cosas (naturalmente, en presencia de un guardia para evitar que sisara algo), y luego me ordenó precintar la puerta. Hasta que aparezcan los herederos.

—¿Y quiénes son los herederos? —se interesó Erast Petrovich.

—En eso hay un poco de lío. El criado dice que Kokorin no tenía hermanos ni hermanas, sólo unos parientes lejanos a los que ni siquiera dejaba entrar en su casa. ¿Quién pillará esa fortuna?... —Ivan Prokofievich suspiró con envidia—. Da miedo imaginarlo... Y, además, no es asunto nuestro. Pronto aparecerán los albaceas o el abogado de la familia. Aún no ha pasado ni un día. El cadáver sigue en la morgue de la comisaría. Quizá mañana Yegor Nikiforovich cierre el caso y la situación comience a aclararse.

—De todos modos, aquí hay algo raro —observó el joven escribiente, arrugando el entrecejo—. Si en su carta póstuma menciona el cartapacio, algún motivo tendría. Tampoco esa expresión de «bestia redomada» está muy clara. ¿Y si en ese cartapacio guardara algo importante?... Actúen ustedes como quieran, pero yo, en su lugar, ordenaría de inmediato un registro en ese piso. Me da en la nariz que esa nota se escribió expresamente para mencionar el cartapacio. Aquí hay un secreto, palabra de honor.

Erast Petrovich se sonrojó temiendo que aquella mención a un secreto pudiera resultar infantil, pero el ayudante del comisario no advirtió nada extraño en ello.

—Sí, como mínimo habría que echar un vistazo a los documentos de su despacho —convino—. Yegor Nikiforovich siempre anda con prisas. Como tiene ocho hijos, trata de acabar rápidamente las investigaciones y los registros para irse cuanto antes a casa. Ya es viejo, le queda un solo año para la jubilación, qué quiere... Señor Fandorin, ¿y si fuéramos nosotros? Los dos juntos, a echar una ojeada. Después pondré un nuevo precinto y asunto resuelto. A Yegor Nikiforovich no le importará. Al contrario, agradecerá que no le hayan molestado innecesariamente. Le diré que fue una petición de la Dirección de la Policía Secreta, ¿qué le parece, eh?

A Erast Petrovich le pareció que al flaco subordinado del comisario únicamente le interesaba admirar la magnificencia de aquel piso con más detenimiento, y que el solo hecho de poner un nuevo precinto era para él suficiente tentación. Verdaderamente, todo aquello olía a misterio.

El mobiliario del piso del fallecido Piotr Kokorin (que ocupaba toda una suntuosa planta de un edificio muy lujoso situado al lado de la Puerta Prechistentky) no impresionó mucho a Fandorin; en los buenos tiempos, él había vivido en hogares tan espléndidos como aquél. De ahí que el funcionario de registro no se entretuviera en el vestíbulo de mármol, donde un espejo veneciano de dos metros de altura colgaba de la pared y unas molduras doradas adornaban el techo, y que pasara directamente al salón. Éste era amplio, tenía seis grandes ventanas y estaba decorado a la última moda del estilo ruso: baúles pintados, paredes revestidas de roble y una estufa recubierta con elegantes azulejos.

—Ya le dije que podía permitirse vivir en la opulencia le cuchicheó el guía justo

detrás de la nuca, bajando la voz no sé sabe por qué razón.

En aquel momento Erast Petrovich se parecía extraordinariamente a un setter al que sueltan por primera vez en el bosque al cumplir un año, y que enloquece al oler el rastro profundo y seductor de la presa cercana. Volvió la cabeza a izquierda y derecha y luego señaló con precisión:

—Esa puerta de ahí, ¿es la del despacho?

—Exacto, así es.

—¡Entremos, pues!

No emplearon mucho tiempo en la búsqueda del cartapacio de cuero porque estaba allí mismo, en el centro del macizo escritorio, entre un tintero de malaquita y un cenicero de nácar con forma de concha marina. Pero antes de que las impacientes manos de Fandorin rozaran la rugosa piel marrón, su mirada se posó sobre una fotografía con marco de plata, colocada en el lugar más visible de la mesa. El rostro que mostraba el retrato le fascinó de tal manera que se olvidó hasta del cartapacio: era una Cleopatra de cabello lujuriente, con un cuello largo orgullosamente sinuoso y un asomo de crueldad dibujado en la caprichosa línea de los labios. La figura le miraba de perfil con sus enormes ojos negros. Pero lo que más cautivó al funcionario de registro fue la expresión de firme y serena autoridad que emanaba de la mujer, tan inusual en el rostro de una muchacha (por algún motivo ignoto, Fandorin deseaba a toda costa que la fotografía correspondiese a una doncella y no a una mujer casada).

—Hermosa —silbó quedamente Ivan Prokofievich, que se encontraba a su lado—. ¿Quién será?, permítame...

Y sin el más mínimo temblor, extrajo del marco aquel mágico rostro con su sacrílega mano y volvió la fotografía del revés. Allí, con una caligrafía ancha y sesgada, aparecía escrito:

A Piotr K.

Y Pedro salió y lloró amargamente. Si amas, no reniegues.

A.B.

—¿Será ella quien le compara con el apóstol Pedro, y a sí misma, al parecer, con Jesucristo? ¡Menuda arrogancia! —refunfuñó el ayudante del comisario—. ¿Y no habrá sido esta personita la causa de que el estudiante se suicidara? Ajá, aquí está el cartapacio, al menos no hemos venido en balde.

Ivan Prokofievich lo abrió y extrajo una única hoja. Estaba escrita en aquel papel azul que tan bien conocía ya Erast Petrovich, pero esta vez había un sello notarial y varias firmas abajo.

—¡Magnífico! —El policía movió la cabeza con satisfacción—. ¡También hemos encontrado el testamento! Resulta curioso.

El ayudante del comisario apenas tardó un minuto en leer el documento, tiempo que a Erast Petrovich se le antojó una eternidad, y si no se atrevió a mirar por encima del hombro del agente, fue porque lo consideró indigno de su persona.

—¡Vaya faena! ¡Menudo regalito para los parientes! —exclamó Ivan Prokofievich, quien, por lo visto, gozaba incomprensiblemente con el mal ajeno—. ¡Jesús con Kokorin! ¡Los ha dejado a todos con un palmo de narices! ¡A nuestra manera, a la rusa! Aunque, eso sí, con un tono poco patriótico. Y ahora queda clara esa expresión, «una bestia redomada».

Cegado por la impaciencia, y violando todas las normas del respeto y la buena educación, Erast Petrovich arrebató la hoja de un manotazo a su superior en grado y leyó lo siguiente:

TESTAMENTO

Yo, el abajo firmante Piotr Aleksandrovich Kokorin, hallándome en pleno uso de mi razón y mis facultades, en presencia de los testigos que figuran más abajo, declaro mi voluntad con respecto a la fortuna de la que soy poseedor.

Lego todos mis bienes materiales, cuya entera relación queda en manos de mi apoderado Semien Efimovich Berenzon, a la señora baronesa Margaret Esther, súbdita de la Gran Bretaña, para que haga uso de ellos del modo que mejor disponga con el fin de cubrir las necesidades de formación y educación de los niños huérfanos. Estoy convencido de que la señora Esther los utilizará de manera mucho más filantrópica, sensata y honrada que nuestros generales.

Este mi testamento es último y definitivo, tiene fuerza legal y sustituye a todas mis anteriores disposiciones testamentarias.

Como albaceas, designo al abogado Semien Efimovich Berenzon y al alumno de la Universidad de Moscú, Nikolai Stepanich Ajtirtzev.

Existen dos copias de este testamento: una queda en mi poder y la otra se confía, para su custodia, al despacho del abogado Berenzon.

Moscú, a 12 de mayo de 1876.

Piotr Kokorin

Capítulo Segundo

Donde sólo hay diálogos

—¡Como usted quiera, Ksaveri Feofilaktovich, pero es algo extraño! —repitió Fandorin, con vehemencia—. ¡Aquí hay algún secreto, palabra de honor! —Y recalcó obstinadamente—: ¡Sí, señor, eso, un secreto! Juzgue usted mismo. Se suicida de un modo absurdo, casi al azar, con una sola bala en el tambor del revólver, como si en realidad no quisiera acabar con su vida. ¡Vaya mala suerte! Y después está ese tono que emplea en la carta de despedida. Coincidirá conmigo en que la escribe como de paso, a toda prisa, y, sin embargo, habla en ella de un asunto muy importante. Un asunto verdaderamente serio. —La voz de Erast Petrovich zumbó con la emoción—. Pero de eso ya le hablaré más tarde, por ahora me atengo sólo al testamento. ¿Es que no le resulta sospechoso?

—¿Qué le parece sospechoso en ese documento, pichón mío? —preguntó tranquilamente Grushin, mientras hojeaba con aburrimiento el «Resumen policial de sucesos» del día anterior.

Aunque no carecía de cierto interés, aquel boletín llegaba habitualmente por la tarde, pues pocas veces contenía algún caso de verdadera importancia. Era una miscelánea de asuntos banales, una completa tontería, que de vez en cuando recogía algo curioso. El resumen mencionaba el suicidio en los Jardines de Alejandro, pero, tal y como Ksaveri Feofilaktovich suponía, sin aportar el más mínimo detalle y, obviamente, sin el texto de la carta de despedida.

—¡Precisamente esto! Kokorin se disparó como si la cosa no fuera en serio, pero a pesar de su tono provocador el testamento está formalizado con todos los detalles legales: ante notario, con las firmas de los testigos y la designación de los albaceas. —Fandorin hizo crujir los dedos de la mano—. ¡Y, caramba, la fortuna que deja es enorme! Me he informado bien: dos talleres, tres fábricas, casas en varias ciudades, unos astilleros en Libava y medio millón de rublos sólo en bonos del Tesoro del Banco del Estado.

—¡Medio millón! —gimió Ksaveri Feofilaktovich olvidándose del boletín—. ¡Pues ya tiene suerte esa inglesa, pero que muy buena suerte!

—A propósito, ¡explíqueme usted qué pinta aquí esa *lady* Esther! ¿Por qué testó a favor de ella y no de otro? ¿Qué relación había entre Kokorin y Esther? ¡Eso es lo que habría que aclarar!

—Kokorin dijo por escrito que no se fiaba un pelo de esas sanguijuelas del gobierno, y como desde hace meses todos los periódicos vienen poniendo por las nubes a esa inglesa... No, querido, mejor acláreme esto otro. ¿Qué le pasa a su generación para que dé tan poco valor a la propia vida? Un ligero contratiempo y, ¡pumba!, a pegarse un tiro. Además con esa presunción, con ese énfasis, con ese desprecio hacia todo el mundo. ¿Y qué méritos han hecho ustedes para menospreciarnos de esa manera, dígame, qué méritos? —comenzó a enfadarse Grushin, recordando de pronto con qué insolencia y falta de respeto le había hablado el día anterior por la tarde su querida hija de dieciséis años, una mocosa que aún cursaba estudios en el gimnasio.

Pero la pregunta era más retórica que otra cosa, porque al honorable comisario le interesaba poquísimo la opinión que el escribiente pudiera tener al respecto y se enfrascó de nuevo en la lectura del boletín.

Erast Petrovich, por el contrario, se exaltó aún más.

—Precisamente sobre esa cuestión quería hablarle. Fíjese en alguien como Kokorin. El destino se lo ha dado todo: riqueza, libertad, educación y belleza. —Lo de la belleza lo suponía, pues no tenía la menor idea del aspecto físico del finado—. Pero, a pesar de eso, se pone a jugar con la muerte y al final se suicida. ¿Quiere usted saber por qué? Pues porque a nosotros, los jóvenes, nos asquea este mundo de ustedes: eso es textualmente lo que puso Kokorin en su nota, aunque no profundizó en la cuestión. Sus logros (una exitosa carrera profesional, honores y dinero) no significan nada para muchos de nosotros. No soñamos con eso. ¿Cree usted que se escribe tanto sobre esa epidemia de suicidios porque sí? Los jóvenes más preparados de nuestra generación se matan porque aquí les falta oxígeno espiritual, y ustedes, padres de la sociedad, siguen sin extraer ninguna lección de ello.

Estaba claro que todo aquel énfasis acusatorio apuntaba directamente contra Ksaveri Feofilaktovich, puesto que no se oteaba ningún otro «padre de la sociedad» por los alrededores. Pero Grushin no se ofendió lo más mínimo y, por el contrario, cabeceó con cierta complacencia.

—A propósito de escasez de oxígeno espiritual —apuntó irónicamente el comisario antes de empezar a leer el resumen de sucesos—: «A las diez de la mañana, en el callejón Chijachevsky (tercer sector del distrito Meshansky), se ha descubierto el cuerpo ahorcado del zapatero remendón Ivan Yeremeev Buldiquin, de veintisiete años. Según el barrendero del patio de la finca, Piotr Silin, la causa del suicidio ha podido ser “la falta de recursos del finado para continuar la borrachera”». Como usted dice, se van los mejores. Y sólo nosotros, los viejos estúpidos, nos quedamos

aquí.

—Ríase usted —dijo amargamente Erast Petrovich—, pero en Petersburgo y en Varsovia prácticamente todos los días se matan universitarios, e incluso alumnos de gimnasio; se envenenan, se pegan un tiro o se arrojan al agua para morir ahogados. Y a usted le resulta gracioso...

«Arrepiéntase, Ksaveri Feofilaktovich, antes de que sea demasiado tarde», pensó con rencor, a pesar de que hasta aquel momento nunca le había pasado por la cabeza la idea del suicidio. El joven era demasiado vitalista. Se hizo un breve silencio, durante el cual a Fandorin le asaltó la imagen de una modesta tumba sin cruz al otro lado de la verja de una iglesia, mientras Grushin, por su parte, seguía con el dedo los renglones del texto o pasaba ruidosamente las páginas del boletín.

—De cualquier forma, no me negará que es un auténtico disparate —volvió a rezongar el policía—. ¿O es que han perdido todos la chaveta? Oiga estos dos informes. Uno, del tercer sector del distrito Miasnitzky, en la página ocho, y el otro, del primer sector del distrito Rogoshky, en la página nueve. Escuche: «A las doce horas y treinta y cinco minutos, Fedoruk, el vigilante del subdistrito, acudió al callejón Podkolokolny, junto a la sede de la Sociedad Moscovita de Seguros contra Incendios, a petición de la terrateniente de Kaluga, Avdotia Filipovna Spitzina (que reside temporalmente en el hotel Boyarsky). La señora Spitzina declaró que un señor bien vestido y de unos veinticinco años había intentado suicidarse ante sus propios ojos allí mismo, al lado de la entrada de la librería sita en ese callejón. El joven se llevó la pistola a la sien, pero el arma falló y el frustrado suicida optó entonces por alejarse del lugar. La señora Spitzina insistió en que la policía debía buscar al joven y entregárselo a las autoridades religiosas, para que éstas le impusieran la debida penitencia eclesiástica. La petición de búsqueda no se cumplimentó por ausencia de hecho delictivo».

—¿Lo ve? ¡Qué le decía yo! —exclamó Erast Petrovich, que sentía plenamente justificadas sus palabras.

—¡Espere, jovencito, que esto no es todo! —le contuvo el comisario—. Siga escuchando. Página nueve. «Informa el agente Semionov, del distrito Rogoshky que a las once horas fue llamado por el ciudadano Nikolai Kukin, comerciante de la tienda de comestibles Brikin e Hijos, situada enfrente del puente que cruza el río Maly Yauza. Kukin declaró que unos minutos antes un estudiante se había encaramado al pretil del puente y se había acercado una pistola a la cabeza, mostrando a las claras su intención de pegarse un tiro. Kukin oyó el chasquido metálico del percutor, pero el disparo no se produjo. Después el estudiante saltó a la calzada y se alejó caminando rápidamente por la calle Yauzkaya. No se pudo encontrar a más testigos del incidente. Kukin ha solicitado oficialmente la instalación de un puesto de policía en ese puente, ya que el año pasado una joven de dudosa reputación puso fin a su vida tirándose al

río justo en ese lugar, a causa de lo cual el negocio perdió clientela».

—No comprendo nada —dijo Fandorin abriendo los brazos—. ¿Qué tipo de ritual es éste? ¿No estaremos ante una hermandad de suicidas?

—¡Qué hermandad ni qué ocho cuartos! —Ksaveri Feofilaktovich pronunció la frase lentamente, pero aceleró el ritmo a medida que se enardecía—. Nada de hermandad, señor mío, todo es mucho más sencillo. Hasta el detalle ese de girar el tambor del revólver, que antes no comprendía, lo veo ahora claro. Todos estos presuntos suicidas son el mismo hombre, nuestro estudiante Kokorin haciendo de las suyas. Mire hacia aquí —dijo levantándose de la mesa y acercándose con excitación al mapa de Moscú que colgaba de la pared, al lado de la puerta—. Éste es el puente del río Maly Yauza. Desde aquí, nuestro hombre se fue caminando por la calle Yauzkaya, y anduvo vagando por ahí una hora más o menos, hasta que lo vemos aparecer de nuevo aquí, en el callejón Podkolokolny, cerca de la sede de la compañía de seguros. Allí asustó a la terrateniente Spitzina. Luego continuó en dirección al Kremlin. Y ya pasadas las dos de la tarde, llegó a los Jardines de Alejandro, donde su viaje terminó de la manera que usted y yo conocemos.

—¿Pero con qué fin? ¿Qué significado tiene todo esto? —preguntó Erast Petrovich, examinando el mapa.

—Lo que signifique no es asunto mío. Pero lo que ocurrió sí que me lo imagino. Nuestro acaudalado estudiante, juventud dorada, decidió decirnos a todos *adieu*. Pero antes de morir quiso poner a prueba sus nervios. Lo he leído en algún sitio, se llama la «ruleta americana». Inventaron el juego en América, los buscadores de oro de los ríos del norte. ¡Metes una bala en el tambor del revólver, lo giras y bang! Si tienes suerte, ganas la banca; si no la tienes, con Dios y muy buenas. Así que nuestro estudiante salió de excursión por Moscú a tentar al destino. Es muy posible que nuestro amigo no se disparara tres veces sino muchas más, y que los testigos no llamaran a la policía. Sólo esa terrateniente, salvadora de almas, y Kukin, por puro interés comercial, decidieron alertarnos. Pero sólo Dios sabe cuántos intentos hizo Kokorin. O quizá se hiciera esta apuesta: juego con la muerte equis número de veces y ¡basta! Si sobrevivo, querrá decir que así lo quiere el destino... ¡Pero eso son sólo elucubraciones mías! La conclusión es que lo que ocurrió en los Jardines de Alejandro no fue el mero resultado de un golpe de mala suerte. Sencillamente, a las dos de la tarde el estudiante ya había agotado toda su buena fortuna.

—Ksaveri Feofilaktovich, ¡es usted un verdadero talento analítico! —exclamó Fandorin con sincera admiración—. Ahora también yo lo veo claro.

Aun proviniendo de un neófito, el merecido halago fue muy del agrado de Grushin.

—¿Lo ve? También se aprende algo de los viejos estúpidos... —alegó con voz aleccionadora—. Si hubiera trabajado usted en la policía en mis tiempos, no en estos

cultísimos tiempos de ahora, sino en los años del zar Nikolai Pavlovich... Entonces no se hacía distinción entre policía secreta y no secreta, ni se había creado nuestra Dirección en Moscú, ni tampoco había secciones de instrucción. Lo mismo buscabas hoy a un asesino, que mañana vigilabas el mercado poniendo firmes a los vendedores, que al día siguiente recorrías las tabernas expulsando a los indocumentados. Pero desarrollábamos nuestras dotes de observación, de penetración psicológica en las personas, y también, claro, nos curtíamos el pellejo, porque sin una piel bien dura no se puede trabajar en este oficio —terminó el comisario, con intención de lanzar una indirecta. Pero advirtió que su escribiente apenas le escuchaba y en cambio fruncía el entrecejo, sumergido en sus pensamientos, al parecer no muy agradables—. Bueno, ¿y en qué está pensando ahora? Suéltelo.

—Pues en que no logro captar el sentido de todo esto... —Fandorin arqueó nerviosamente sus dos hermosas cejas formando dos medias lunas—. Ese Kukin dice que el del puente era un estudiante...

—¡Pues claro, un estudiante! ¿Quién si no?...

—¿Y cómo pudo saber Kukin que Kokorin era un estudiante? Vestía levita y sombrero... En los Jardines de Alejandro ninguno de los testigos presenciales le tomó por un estudiante... En sus declaraciones todos hablan de «un joven» o de «un señor». ¡En fin, es un enigma!

—En su cabeza sólo parece haber lugar para enigmas —recalcó Grushin, moviendo la mano—. Lo que sucede es que Kukin es tonto de remate, y nada más. Observó que el individuo era joven y vestía de civil y ya está, supuso que era un estudiante. O quizá el hombre, que atiende a tantos clientes de la mañana a la noche, hizo memoria y recordó haberlo visto antes en su tienda.

—Kukin nunca verá entrar en su tienda a un cliente como Kokorin —replicó razonablemente Erast Petrovich.

—¿Pues qué conclusión saca usted de todo esto?

—Que no estaría mal interrogar con más detalle a la terrateniente Spitzina y al comerciante Kukin. Naturalmente, Ksaveri Feofilaktovich, usted no está para ocuparse de estas tonterías, pero si me lo permitiera, yo mismo... —Tan fuerte era el deseo de que Grushin accediera a su petición, que Erast Petrovich se irguió en su silla.

En un primer momento Ksaveri Feofilaktovich pensó mostrarse severo con su subordinado, pero después cambió de idea. ¡No estaba mal que el chico comenzara a husmear en el trabajo de calle y adquiriera práctica en los interrogatorios de testigos! ¡A lo mejor echaba seso y aprendía el oficio! Por tanto, acabó diciendo con voz grave:

—De acuerdo, no se lo prohíbo. —Y, adelantándose a la exclamación de regocijo que estaba a punto de salir de los labios del funcionario de registro, añadió—: Pero

antes permítase terminar ese informe para su excelencia. Y otra cosa, pichón mío. Son las tres pasadas. Yo ya me marcho a casa, pero mañana quiero que me explique usted sin falta por qué razón ese tal Kukin tomó a nuestro hombre por un estudiante.

Capítulo Tercero

Donde hace su aparición el estudiante encorvado

Desde la calle Miasnitzkaya, donde tenía su sede la Dirección de la Policía Secreta, hasta el hotel Boyarsky, en el que según el resumen policial «residía temporalmente» la terrateniente Spitzina, se tardaba a pie unos veinte minutos, y Fandorin decidió ir caminando pese a su angustiosa impaciencia. El torturador Lord Byron, que oprimía sin piedad los costados del escribiente, había abierto un agujero tan sustancial en su presupuesto, que el alquiler de un coche de punto podía tener consecuencias críticas hasta en su ración alimentaria. Sin dejar de masticar la empanadilla de cartílagos de esturión que había comprado en la esquina del callejón Gusianitkov (no olvidemos que a causa de su excitación detectivesca Erast Petrovich se había quedado sin almuerzo), el funcionario caminaba a paso ligero por el bulevar Chistaprudny. Allí, unas ancianas antediluvianas, ataviadas con abrigos y cofias, se entretenían tirando migajas de pan a las palomas, gordas e insolentes, que las rodeaban. Calesas y faetones pasaban al trote por la calzada adoquinada, alcanzaban a Fandorin y le dejaban luego atrás, lo que despertó en él un franco resentimiento. ¡Un detective no podía hacer bien su trabajo, de ninguna manera, sin disponer de un coche de caballos trotones! Al menos, el hotel Boyarsky quedaba cerca, en el barrio de Pokrovka; pero de allí al río Yauza, a la tienda de Kukin, perdería andando otra buena media hora. «Esta lentitud es peor que la misma muerte —se exasperó Erast Petrovich (en verdad, exagerando un poco)—. El señor jefe escatima tanto el dinero público que ni ha pensado en darme cinco altines para el transporte. Pero la Dirección sí que le asigna a él ochenta rublos mensuales para pagarse un coche permanente. Ahí están los privilegios de los jefazos: ellos regresan a casa en coche de caballos y nosotros tenemos que usar las piernas incluso cuando estamos de servicio».

Pero a su izquierda, por encima del tejado del café Sushe, empezaba ya a asomar el campanario de la iglesia de la Trinidad, muy cerca de la cual se encontraba el hotel Boyarsky. Y Fandorin aceleró el paso, saboreando de antemano un más que posible avance en sus investigaciones.

Media hora después, caminando más despacio y con aspecto agotado, el escribiente bajó por el bulevar Pokrovsky, donde ya no eran unas nobles ancianas sino las mujeres de los comerciantes burgueses las que alimentaban a las palomas, eso sí, tan orondas y descaradas como las del bulevar Chistaprudny.

La conversación con la testigo Spitzina había resultado poco eficaz. Erast Petrovich la había alcanzado en el último momento, justo cuando la terrateniente se aprestaba a subir al carruaje que la llevaba de vuelta a su residencia de Kaluga. Por razones pecuniarias, la terrateniente seguía viajando a la antigua, no en ferrocarril sino en coche y con sus propios caballos.

Sin duda la suerte sonreía a Fandorin, porque si la terrateniente hubiera debido apresurarse para llegar a la estación, difícilmente habría podido conversar con ella. Pero el testimonio de aquella testigo tan locuaz, a quien Erast Petrovich abordó con admirable tiento, sólo le llevó a una conclusión: Ksaveri Feofilaktovich tenía razón. El hombre que había visto Spitzina era el mismo Kokorin. Se había fijado en su levita, en el sombrero redondo y hasta en los botines de charol con botoncitos, que ningún otro testigo de los Jardines de Alejandro había mencionado en sus declaraciones.

Todas sus esperanzas quedaban ahora depositadas en Kukin, aunque Grushin seguramente también tendría razón ahí. El comerciante habría hablado sin pensar lo que decía, y ahora, por sus palabras, estaba él allí, pateándose Moscú de cabo a rabo y arriesgándose a ser el hazmerreír del comisario.

La entrada a la tienda de comestibles Brikin e Hijos, una puerta acristalada con la figura de un dulce grabada encima, daba directamente a la calle que corría paralela al río. Desde allí se veía el puente a un palmo de distancia. Fandorin advirtió esta circunstancia al instante, como también advirtió que las ventanas de la tienda estaban abiertas de par en par (a causa del calor, era evidente). Por eso Kukin había podido escuchar perfectamente el golpe metálico del percutor, pues el pretil de piedra del puente no quedaba a más de quince pasos. Desde la puerta de la tienda le observaba, intrigado, un hombre de unos cuarenta años vestido con una camisa roja, un chaleco negro de paño, unos pantalones de terciopelo y unas botas hasta la rodilla.

—¿Puedo ayudarle en algo, apreciado señor? —le preguntó éste—. ¿Se ha extraviado su excelencia?

—¿Kukin? —le interpeló Erast Petrovich, severo, sospechando que las aclaraciones del comerciante iban a servirle de muy poco.

—Así es. —El tendero se puso en guardia y arqueó sus pobladas cejas. Pero luego cayó en la cuenta de la personalidad de su visitante—. Usted, señor mío, debe de ser de la policía. Muy agradecido. No pensé que se darían tanta prisa en atender mi petición. El señor agente del subdistrito me dijo que la pondría en conocimiento de la jefatura, pero no esperaba, de ningún modo esperaba... Pero ¡qué hacemos aquí en la

puerta! Por favor, entre en la tienda. Estoy tan agradecido, tan agradecido...

El comerciante saludó con una inclinación y entreabrió la puerta, invitando a pasar a su visitante con un ademán de deferencia. Pero Fandorin no se movió del sitio. Por el contrario, dijo con voz grave:

—Kukin, soy de la policía secreta, no de la comisaría. Me han encargado la búsqueda de ese estu... de ese hombre del que le habló al agente del subdistrito.

—Ah, ¿de ese «eskubiante»? —sugirió solícito el hombre—. Por supuesto que me acuerdo de él. Vaya susto, Dios me perdone. Cuando le vi trepar al pretil del puente y apoyar el arma en la cabeza, casi me desmayo. Pensé: esto es el fin, otra vez lo del año pasado, ni regalando el pan volveré a recuperar la clientela. ¿Qué culpa tenemos nosotros? ¿Por qué acuden a este lugar, como las moscas a la miel, para acabar con su vida? ¡Que se vayan al río Moscova, que es más profundo, tiene puentes más altos y...!

—¡Calle, Kukin! —le cortó Erast Petrovich—. Es mejor que me describa a ese estudiante. Qué ropa vestía, qué aspecto tenía y por qué dedujo que se trataba precisamente de un estudiante.

—Pues porque llevaba todo lo que puede llevar un «eskubiante» —se extrañó el tendero—. Por el uniforme, por los botones, por los lentes en la nariz...

—¿Uniforme? —se enervó Fandorin—. ¿Es que iba de uniforme?

—¡Pues claro! —exclamó Kukin, mirando compasivamente al confuso funcionario—. Si no, ¿cómo hubiera deducido yo que se trataba de un «eskubiante»? ¿Qué se cree usted, que no sé distinguir por el uniforme a un «eskubiante» de un oficinista?

Erast Petrovich se quedó sin palabras ante una apreciación tan lógica. Extrajo de su bolsillo un lápiz y una hermosa libreta y empezó a anotar las declaraciones del comerciante. Fandorin había comprado aquel cuadernillo antes de entrar a trabajar en la policía secreta. Lo llevaba encima desde hacía tres semanas y no había podido estrenarlo hasta aquel momento, aunque desde la mañana había rellenado ya algunas páginas con su letra menuda.

—Dígame qué aspecto tenía ese hombre.

—Pues el de un hombre corriente. Poco agraciado, con algunas espinillas en la cara. Usaba lentes, como le he dicho...

—¿Qué tipo de lentes? ¿Gafas o quevedos?

—De esos que cuelgan de una cinta.

—Entonces, quevedos —escribió Fandorin apresuradamente con su lápiz—. ¿Algún detalle más?

—Andaba bastante encorvado. Los hombros le llegaban casi a la altura de la coronilla. Por lo demás, era como cualquier otro «eskubiante», ya le digo...

Kukin miró perplejo al funcionario, que permanecía en silencio, entornando los

ojos, moviendo los labios y pasando adelante y atrás las hojas de la libreta... Era evidente que alguna idea le rondaba la cabeza.

«Uniforme, con espinillas, quevedos, muy encorvado», había escrito en la libreta. Textualmente «con algunas espinillas», pero, bueno, eso no tenía importancia. En la relación policial de los objetos personales que Kokorin llevaba encima no se decía nada de unos quevedos. ¿Los habría perdido? Era posible. Los testigos tampoco los habían mencionado. Era cierto que los policías apenas les habían interrogado sobre la apariencia exterior del suicida... ¿Para qué?... ¿Encorvado? Humm... «*El Boletín de Moscú* lo describía como “un mocetón de buena presencia” —recordó Fandorin—. Pero el redactor del periódico no había presenciado los hechos ni había visto a Kokorin, de modo que pudo sacar esa frase de su propia cosecha, para impresionar. Pero todavía queda lo del uniforme, y eso sí que no tiene vuelta de hoja. Si Kokorin estuvo en el puente, está claro que, por lo que fuera, decidió mudarse de ropa y ponerse la levita; y eso tuvo que hacerlo entre las once de la mañana y la una y media de la tarde. Pero ¿dónde se cambió? Desde el Yauza hasta Ostayenka, y de vuelta hasta la Sociedad Moscovita de Seguros contra Incendios hay un buen trecho, por los menos hora y media si se va a pie».

Entonces Fandorin comprendió, con una sorda opresión en la boca del estómago, que aquello sólo tenía una solución: coger al comerciante Kukin por la pechera y llevarlo a la comisaría de la calle Mojovaya para proceder a la identificación del cadáver. Erast Petrovich se imaginó por un instante aquel cráneo destrozado con su costra seca de sesos y sangre, y por una asociación mental inmediata su recuerdo voló al cuerpo acuchillado de la tendera Krupnova, que aún seguía provocándole terribles pesadillas. No, la idea de ir a la morgue no le apetecía lo más mínimo. Pero era evidente que entre el estudiante del puente del río Maly Yauza y el suicida de los Jardines de Alejandro había alguna relación, y debía desvelarla a toda costa. ¿Qué otra persona podía confirmarle si Kokorin tenía espinillas, caminaba encorvado y usaba o no quevedos, para no tener que recurrir a la morgue?

«Bueno, la terrateniente Spitzina, por ejemplo. Pero a estas horas ya estará a punto de cruzar el puesto de control del camino que lleva a Kaluga. También el ayuda de cámara del muerto. ¿Cómo se apellidaba? Bah, da igual, el juez de instrucción lo ha echado de la casa, y ahora vete a saber dónde encontrarlo. Quedan los testigos de los Jardines de Alejandro, sobre todo las dos señoras con las que habló Kokorin antes de morir. Seguro que ellas se fijaron en todos los detalles. Las anoté en la libreta. Aquí están: “La hija de un c.p.a. Eliz. Aleksandrovna von Evert-Kolokoltseva, 17 a., señorita Emma Gotlibovna Pful, 48 a., Malaya Nikitskaya, dom. part.”».

Ahora sí que no podía ahorrarse el alquiler de un coche de caballos.

El día había sido largo. Pero el vigoroso sol de mayo, que parecía no cansarse de iluminar la ciudad de las cúpulas doradas, descendía ya lentamente y con desgana

hacia la línea de los tejados cuando nuestro Erast Petrovich, con veinte kopecs menos en sus ya de por sí empobrecidos bolsillos, saltó del coche de punto justo al lado de una suntuosa villa con fachada de molduras, columnas dóricas y escalinata de mármol. El viajero se detuvo indeciso al bajar del coche, y el cochero aseveró:

—No lo dude, ésa es la casa del general. Ya llevo algunos años arreando este coche de caballos por todo Moscú.

«¿Y si no me permiten la entrada?». Erast Petrovich sintió un estremecimiento sólo de pensar en aquella posible humillación. Pero asió el resplandeciente aldabón de cobre de la puerta y golpeó con él dos veces. Al momento, esa puerta maciza adornada con unas bronceíneas cabezas de león se abrió de par en par. Tras ella apareció el portero de la casa, embutido en una elegante librea con galones dorados.

—¿Para el señor barón? ¿Del ministerio? —preguntó, solícitamente—. ¿Le anuncio o sólo desea entregar un mensaje? Pero pase usted.

El visitante notó que el ánimo le flaqueaba en aquel inmenso vestíbulo, iluminado de manera radiante por una araña de cristal y varios faroles de gas.

—En realidad, quería ver a Elizaveta Aleksandrovna —aclaró—. Soy Erast Petrovich Fandorin, de la policía secreta. Se trata de un asunto urgente.

—¿De la policía secreta? —El portero arrugó la frente con un gesto desdeñoso—. ¡No será por el incidente de ayer! ¡Ni lo piense! La señorita se pasó medio día llorando desconsoladamente y luego durmió muy mal. No voy a anunciarle ni a dejarle pasar. Su excelencia ha amenazado con arrancarle la cabeza a ese comisario de distrito que ayer estuvo martirizando a Elizaveta Aleksandrovna con sus preguntas. ¡Dígnese salir a la calle, vamos, márchese! —Y el canalla empezó a ayudarse con su oronda barriga para empujarle hacia la salida.

—¿Y la señorita Pful? —intentó angustiosamente Erast Petrovich—. ¿Emma Gotlibovna, de cuarenta y ocho años? Podría al menos intercambiar algunas palabras con ella. ¡Se trata de un asunto oficial!

Mayestático, el portero dio un chasquido con los labios.

—¡Sea! Si va a hablar con ella, le dejaré pasar. Diríjase por allí, debajo de la escalera. Por el pasillo, la tercera puerta a la derecha. Allí está la habitación de la institutriz.

* * *

Le abrió la puerta una mujer alta y huesuda, que miró al recién llegado fijamente con sus redondos ojos castaños.

—Fandorin, de la policía. ¿Es usted la señora Pful? —pronunció con voz insegura Erast Petrovich. Después lo repitió en alemán, por si acaso—: *Polizeiamt. Sind sie Fraulein Pful? Guten Abend!*

—¡Buenas tardes! —le respondió secamente la esquelética mujer—. Sí, yo soy

Emma Pful. Pase usted. Siéntese ahí, en esa silla.

Fandorin tomó asiento donde le ordenaban, en una silla de rejilla y respaldo curvo situada junto al escritorio, sobre el que reposaban ordenados unos libros de texto y diversos montones de papel de escribir. La habitación era bonita y luminosa, pero demasiado aburrida, como si le faltara vida. Tres tiestos con unos espléndidos geranios, dispuestos en el alféizar de la ventana, constituían la única mancha de color en toda la estancia.

—¿Viene usted por el asunto de ese joven estúpido que se suicidó? —preguntó la señorita Pful—. Ya respondí ayer a todas las preguntas del señor agente, pero si usted quiere plantearme algunas más, puede hacerlo. Comprendo muy bien cuán importante es el trabajo de la policía. Mi tío Gunter se jubiló con el grado de *Oberbajmeister* en la policía de Sajonia.

—Yo soy oficial de registro —aclaró Erast Petrovich, que no deseaba que le tomaran por un sargento de la policía—, funcionario de decimocuarta clase.

—No se preocupe, sé distinguir los grados administrativos —asintió la alemana señalando con el dedo la presilla que lucía el joven en su uniforme—. Bien, señor oficial de registro, le escucho.

En ese preciso instante, sin que mediara ningún golpe de aviso, la puerta se abrió y una muchacha rubia, con un encantador rubor dibujado en la cara, irrumpió corriendo en la habitación.

—¡*Fraulein Pful! Morgen fahren wir nach Kuntsevo!* ¡Palabra de honor! ¡Papaíto ha dado su permiso! —dijo atropelladamente desde el umbral. Pero al ver al extraño se azoró y se calló, confusa, aunque sus bellos ojos grises miraron al funcionario con viva curiosidad.

—Las baronesas bien educadas no corren, caminan —la reprendió la institutriz con fingida severidad—. Sobre todo si ya han cumplido los diecisiete años. Si caminase usted en vez de correr, habría tenido tiempo suficiente para advertir la presencia de un joven desconocido y saludarle como es debido.

—¡Buenas tardes, señor! —susurró la maravillosa visión.

Fandorin se levantó de un salto y saludó con una reverente inclinación, pero de pronto se sentía torpe. La muchacha le resultaba muy atractiva y el pobre escribiente se asustó ante el riesgo de enamorarse perdidamente de ella en el acto. Era algo que debía evitar a todo trance, porque una princesa así nunca estaría a su alcance. No lo habría estado en la época de prosperidad, y mucho menos lo estaría ahora.

—¡Buenas tardes! —respondió con tono áspero, arrugando adustamente el entrecejo.

Y añadió para sí mismo: «¿En qué lastimosa situación me ha dejado usted, padre? ¡Menudo petimetre para la hija de un general! ¡Por favor, señora, no me espere! ¡Con años y años de servicio sólo alcanzaría el triste grado de consejero titular!».

—Soy el funcionario de registro Fandorin, Erast Petrovich, de la Dirección de la Policía Secreta —siguió, utilizando el tono más oficial que pudo encontrar—. Estoy realizando una investigación suplementaria con respecto al lamentable incidente ocurrido ayer en los Jardines de Alejandro y necesito imperiosamente hacerles varias preguntas más. Pero como la circunstancia es tan pesadosa y comprendo cuán tristemente la ha afectado, me contentaría con la conversación que pudiera mantener a solas con la señora Pful.

—Sí, fue terrible. —Los ojos de la muchacha, ya de por sí enormes, se agrandaron aún más—. En realidad, yo cerré los ojos y no vi casi nada. Después perdí el conocimiento... ¡Pero estoy muy interesada en el caso! *Fraulein* Pful, ¿podría quedarme? ¡Por favor! ¡Al fin y al cabo soy tan testigo como usted!

—Personalmente, y en beneficio de la investigación, yo también preferiría que la señora baronesa estuviera presente —accedió Fandorin.

—El orden es el orden —asintió con la cabeza Emma Gotlibovna—. Yo, Liza, siempre le repito: *Ordnung muss sein*. Siempre hay que respetar la ley. Así que puede quedarse.

Lizanka (así llamaba ya en sus adentros a Elizaveta Aleksandrovna un ardientemente entregado Fandorin) se sentó con satisfacción en un diván de cuero y fijó sus ojos con suma atención en nuestro héroe.

Fandorin logró controlarse y, volviéndose hacia *Fraulein* Pful, le rogó:

—Por favor, ¿podría describirme a aquel señor?

—¿El que se pegó el tiro? —quiso precisar ella—. *Na ja*. Ojos marrones, pelo castaño, bastante alto, no tenía bigote, barba ni patillas; el rostro joven, pero no demasiado agradable. Ahora, le diré como iba vestido...

—Ya me lo contará más adelante —la interrumpió Erast Petrovich—. Ha dicho que su rostro no era demasiado agradable. ¿Por qué? ¿Tenía espinillas?

La alemana le miró sin contestar.

—*Pickeln* —le tradujo Lizanka ruborizándose.

—¡Ah, sí, «espinillas»! —La institutriz repitió expresivamente la palabra que no había comprendido al principio—. No, aquel señor no tenía espinillas. Su piel lucía fresca y saludable. Era la expresión de su cara lo que no resultaba agradable.

—¿Por qué?

—Era maligna. Miraba como si no deseara matarse a sí mismo sino a otra persona. ¡Oh, fue una pesadilla! —se excitó Emma Gotlibovna al recordarlo—. ¡En primavera, con aquel día tan soleado, con todos aquellos señores y señoras paseando tranquilamente por el parque, en aquel fabuloso jardín repleto de flores!...

La forma de pronunciar esas palabras ruborizó a Erast Petrovich, que le echó un vistazo de reojo a Lizanka. Pero la muchacha hacía ya mucho tiempo que se había acostumbrado al peculiar acento de su institutriz, y continuaba escuchándola con

extasiada atención.

—¿Llevaba quevedos? Quizá no los llevara puestos en aquel momento y le colgaran del bolsillo... ¿con una cinta de seda? —Fandorin lanzaba sus preguntas una tras otra—. ¿No le pareció que el joven era algo encorvado? Otra pregunta más. Ya sé que vestía levita, pero ¿no había nada en su aspecto que le pudiera confundir con un estudiante? Por ejemplo, ¿unos pantalones de uniforme? Quizá no reparase en ello...

—Yo siempre me fijo en todo —respondió la alemana con dignidad—. Sus pantalones eran de buena lana, a cuadros. No llevaba quevedos. Encorvado, en absoluto. Tenía una figura muy bonita. —De repente se quedó algo pensativa y acto seguido preguntó—: ¿Encorvado, con quevedos y estudiante? ¿Por qué ha mencionado usted precisamente esos detalles?

—¿Por qué me lo pregunta? —se puso a su vez en guardia Erast Petrovich.

—Porque resulta extraño. Efectivamente, cerca de allí había otro joven. Un estudiante encorvado con quevedos.

—¿¡Cómo!? ¿Dónde? —gimió Fandorin.

—Ese joven estaba..., *jenseits...*, al otro lado de la verja, en la calle. Observaba la escena de pie. Yo pensé que el estudiante se acercaría a ayudarnos y nos libraría de aquel terrible señor. Iba muy encorvado. Me fijé en eso después de que el suicida se pegara el tiro, porque el estudiante dio media vuelta y echó a correr a toda prisa. Fue entonces cuando advertí lo encorvado que era. Es lo que ocurre si a los niños no se les enseña a sentarse bien desde muy pequeños. Sentarse correctamente es muy importante. Mis alumnos siempre se sientan como es debido. Fíjese en *Fraulein* baronesa. ¿Ve lo erguida que mantiene la espalda? ¡Qué bonita!

Elizaveta Aleksandrovna enrojeció de pronto, pero con tanta gracia que Fandorin perdió el hilo de la conversación por un momento, pese a que la información que le estaba proporcionando la señorita Pful era de excepcional importancia.

Capítulo Cuarto

Donde se habla de la mortífera fuerza de la belleza

A las once de la mañana del día siguiente, Erast Petrovich llegó al edificio amarillo de la universidad, en la calle Mojovaya, no sólo con el beneplácito de su jefe sino incluso con una dotación de tres rublos para sus gastos extraordinarios. Su misión era sencilla, pero exigía una buena dosis de suerte: se trataba de encontrar al estudiante encorvado, poco agraciado y cubierto parcialmente de espinillas, usuario de unos quevedos que pendían de una cinta de seda. Era además posible que aquel sospechoso caballero no cursara sus estudios precisamente en la sede universitaria de la calle Mojovaya sino, por ejemplo, en la Escuela Superior Técnica, en la Academia Forestal o en cualquier otro centro de estudios, como el Instituto de Agrimensores. Sin embargo, Ksaveri Feofilaktovich (que ahora miraba a su joven ayudante con una admiración no exenta de cierta satisfacción íntima) estuvo absolutamente de acuerdo con la hipótesis de Fandorin, según la cual existía una probabilidad considerable de que el encorvado, igual que el fallecido Kokorin, estudiase en esa universidad y, además, en la misma Facultad de Derecho.

Vestido de civil, Erast Petrovich subió precipitadamente los pulidos peldaños de hierro de la escalinata de la puerta principal y pasó por delante de un barbudo conserje vestido con una librea verde. Después se sentó, todo lo cómodamente que pudo, en el alféizar semicircular de una ventana desde la que se dominaba a la perfección no sólo el vestíbulo con su guardarropía, sino también el patio y las entradas de las dos alas laterales. Era la primera vez, desde que murió su padre y su vida se desvió del recto y claro camino que parecía trazado para él, que Erast Petrovich contemplaba aquellos luminosos muros amarillos de la universidad sin sentir cierta pesadumbre sentimental por todo lo que habría podido hacerse realidad y, al final, no había fraguado. Pero aún estaba por ver cuál de las dos variantes sería más atractiva y útil para la sociedad: la empollona actividad estudiantil o la severa vida del agente secreto, responsable de tareas tan decisivas como peligrosas. (De acuerdo, quitemos lo de «peligrosas», pero desde luego extraordinariamente reservadas y comprometidas).

Más o menos una cuarta parte de la población estudiantil que cruzaba el campo visual de nuestro atento vigía utilizaba quevedos, y la mayoría pendían precisamente de unos lacitos de seda. Uno de cada cinco alumnos adornaba su fisonomía con cierta cantidad de espinillas. Y también había demasiados encorvados. Sin embargo, esas tres características hacían lo indecible por evitarse las unas a las otras y no coincidir en un mismo sujeto.

Pasada la una de la tarde, el hambriento Fandorin extrajo de su bolsillo un bocadillo de salchichón y reparó sus fuerzas. Para entonces Erast Petrovich ya había tenido tiempo más que suficiente de entablar unas amistosas relaciones con el conserje barbudo, quien, tras insistir en que le llamara Mitrich, no desaprovechó la ocasión para dar al joven unos valiosísimos consejos sobre su posible ingreso en la «nuversidad». Fandorin se había presentado al viejo parlanchín como un chico de provincias, ilusionado por lucir en el futuro aquellos exclusivos y prestigiosos botones grabados con el escudo universitario. Pero en ese momento sopesaba si no sería más provechoso cambiar de versión y preguntarle a Mitrich, así, a bocajarro, si conocía a algún encorvado «espinilloso» entre la población estudiantil. Entonces el conserje, por enésima vez a lo largo de la mañana, adoptó una actitud profesional, se quitó la gorra de la cabeza para saludar y abrió la puerta. Mitrich repetía este procedimiento siempre que un profesor o un estudiante adinerado pasaba por delante de él con la clara intención de salir a la calle, recibiendo por ello, de cuando en cuando y como compensación, una moneda de uno y a veces hasta de cinco kopecs. En ese instante, Erast Petrovich miró hacia atrás y vio acercarse hacia la salida a un estudiante que acababa de recoger en el guardarropa una lujosa capa de terciopelo con corchetes en forma de garras de león. Sobre la nariz del galán brillaban unos quevedos, y en su frente se destacaba una buena veta de rosadas espinillas. Fandorin se estiró cuanto daba de sí intentando distinguir algo sospechoso entre el ropaje, pero el cuello alzado y la maldita esclavina de la capa le impidieron establecer un diagnóstico mínimamente veraz.

—Buenas tardes, Nikolai Stepanich. ¿Le busco una calesa? —saludó el conserje con una reverencia.

—Hola, Mitrich. ¿Ha dejado de llover? —preguntó el «espinilloso» con voz aguda—. Entonces caminaré un poco, así estiro las piernas. —Y con dos dedos, que llevaba embutidos en unos guantes blancos, dejó caer una moneda en la palma de la mano que le tendía el conserje.

—¿Quién es ése? —preguntó en un susurro Erast Petrovich mirando atentamente la espalda del elegante joven—. ¿No iba encorvado?

—Nikolai Stepanich Ajtirtzev, un auténtico ricachón, de sangre principesca —informó Mitrich respetuosamente—. Siempre que pasa me suelta diez kopecs como mínimo.

Fandorin notó una excitación repentina. «¡Ajtirtzev! ¿No era ése el albacea que figuraba en el testamento?».

Mitrich volvió a inclinarse con reverencia ante otro de sus clientes, un melencólico catedrático de física, y cuando se giró de nuevo se encontró con una sorpresa: al respetuoso chico de provincias parecía habérselo tragado la tierra.

* * *

La negra capa de terciopelo era visible desde lejos, y Fandorin alcanzó al sospechoso en un abrir y cerrar de ojos. Pero no se atrevió a abordarlo: ¿qué pretensión concreta podía presentarle a aquel Ajtirtzev? Además, en el supuesto de que el comerciante Kukin y la señorita Pful lo reconocieran (y Erast Petrovich suspiró penosamente una vez más al recordar a su Lizanka), ¿qué lograría con ello? ¿No sería mejor estrategia practicar una vigilancia estrecha sobre el «objetivo», como recomendaba el maestro Fouché, aquel insuperable corifeo de la profesión policial?

Fue dicho y hecho. Sobre todo porque el seguimiento se presentaba de lo más fácil: Ajtirtzev se encaminaba sin prisa alguna, a ritmo de paseo, hacia la calle Tvierskaya; nunca se volvía para mirar atrás, y sólo de cuando en cuando desviaba la vista para contemplar a las guapas modistillas con las que se cruzaba. Erast Petrovich, cobrando ánimo, se acercó varias veces con sigilo casi hasta su misma altura, y en una ocasión llegó a escuchar incluso cómo el estudiante silbaba despreocupadamente el aria de Smith en *La bella persa*. Era evidente que el fallido suicida (en el supuesto de que fuera él) se sentía de muy buen humor. El estudiante se detuvo ante la expendeduría de tabacos Korfa y observó durante un buen rato las cajas de puros expuestas en la vitrina, pero no llegó a entrar en el local. A Fandorin le asaltó la sospecha de que el objetivo estaba haciendo tiempo para acudir a una cita. Su sospecha adquirió mayor fundamento cuando Ajtirtzev, tras consultar su reloj de oro y cerrar la tapa, apresuró un poco el paso, caminando acera arriba y cambiando de repertorio: ahora silbaba el más enérgico «Coro de los niños» de la recién estrenada *Carmen*.

Al girar por el callejón Kamergersky, el estudiante dejó de silbar y se puso a andar tan deprisa que Erast Petrovich prefirió rezagarse un poco a seguir su ritmo, puesto que la situación hubiera resultado muy extraña. Por fortuna, el objetivo, poco antes de llegar a la altura del salón de moda femenina D'Arzens, volvió a aminorar el paso y poco después se paró completamente. Fandorin decidió cruzar de acera y establecer su puesto de observación junto a una panadería que exhalaba un apetitoso aroma de bollería recién horneada.

Durante quince o quizás veinte minutos, Ajtirtzev, mostrándose cada vez más nervioso, anduvo de un lado a otro, cerca de las ovaladas puertas de roble del local, entre un trasiego de señoras que entraban con aire atareado y los chicos de reparto,

que salían llevando en sus brazos cajas y paquetes profusamente adornados. Alineados en la calzada aguardaban varios carruajes, algunos con escudos nobiliarios grabados sobre las puertas barnizadas. A las dos y diecisiete minutos en punto (Erast Petrovich consultó la hora en el reloj de la vitrina), el estudiante dio de repente un salto y se lanzó hacia una hermosa dama que salía de la tienda en aquel momento, tocada con un sombrero del que pendía un velo. Ajtirtzev se quitó la gorra y comenzó a hablar con la dama agitando los brazos. Entonces Fandorin, con fingido aire aburrido, cambió nuevamente de acera. ¿Acaso no podía él también echar un vistazo al escaparate del D'Arzens?

—Ahora no tengo tiempo para usted —pudo escuchar la respuesta de la voz cantarina de la dama, emperifollada a la última moda de París con un vestido de cola en moaré de color lila—. Más tarde. Venga pasadas las siete, como siempre, y tomaremos una decisión sobre ese asunto.

Y sin dedicarle una mirada más al excitado Ajtirtzev, se dirigió hacia un faetón de dos plazas descubierto.

—¡Pero Amalia! ¡Amalia Kazimirovna, por favor!... —gritó el estudiante tras ella—. ¡En cierto modo, contaba con una explicación privada por su parte!

—¡Después, después! —repuso la dama sin volverse—. ¡Ahora tengo prisa!

Entonces una suave brisa levantó el vaporoso velo de su rostro y Erast Petrovich se quedó petrificado. Los oscuros ojos lánguidos, aquel óvalo egipciaco, el caprichoso pliegue de los labios los había visto antes en algún sitio, y una vez visto un rostro así jamás se podía olvidar. ¡Era ella, la misteriosa A.B., la misma que conminaba al infeliz Kokorin a no renegar nunca del amor! El caso parecía tomar ahora un rumbo y un color completamente distintos. Perplejo, Ajtirtzev hundió feamente la cabeza entre los hombros y permaneció inmóvil en la acera (encorvado, completamente encorvado), mientras el carruaje se alejaba con lentitud, transportando a aquella emperatriz egipcia hacia la calle Petrovka. Había que tomar una decisión rápidamente, y Fandorin, considerando que el estudiante ya no ofrecía nada, resolvió abandonarlo. Echó a correr hacia la esquina de la calle Bolshaya Dimitrovka, donde había varios simones aparcados en fila.

—¡Policía! —susurró a un adormilado cochero con gorra y caftán de algodón—. ¡Arree rápido tras aquel carruaje! ¡Pero muévase! ¡No tema, le pagaré bien!

Al oír aquello, el cochero se desperezó, se remangó con un celo exagerado, alzó las riendas y, para darle más entusiasmo a la cosa, lanzó también un grito. Con la agitación, los cascos del caballo pinto comenzaron a retumbar sobre el pavimento adoquinado.

Pero un poco más allá, en la esquina con Roshdestvenky, una carreta cargada con listones de madera se cruzó a lo ancho de la calle y cerró el paso por toda la calzada. Erast Petrovich, con los nervios a flor de piel, saltó rápidamente del coche y se puso

de puntillas para ver la dirección que tomaba el faetón, que había logrado rebasar por los pelos el obstáculo. Erast hizo bien, porque pudo observar cómo el carruaje doblaba por la calle Bolshaya Lubianka.

Pero todo se solucionó, gracias a Dios Misericordioso, porque lograron alcanzar el faetón en la calle Srietenska, justo a tiempo, antes de que girara por un callejón estrecho y de suelo irregular. Las ruedas brincaban sobre los baches. Fandorin, al advertir que el faetón se detenía, golpeó la espalda del cochero indicándole que siguiera hacia delante para no levantar sospechas. Al pasar volvió disimuladamente el rostro hacia el lado opuesto. Pero por el rabillo del ojo alcanzó a ver la puerta de un pulcro hotelito de piedra y a un lacayo grandullón, vestido con librea, que recibía con una ceremoniosa inclinación a la dama vestida de lila. Nada más torcer en la siguiente esquina, Erast Petrovich despidió al cochero y lentamente, como si pasease, comenzó a caminar en dirección contraria. Llegó frente al hotelito. Ahora podía contemplarlo a sus anchas: bajo el tejado de color verde había una buhardilla; las ventanas tenían cortinas y había un porche de entrada. Sobre la puerta se veía una placa de cobre con algo escrito, ilegible desde aquella distancia.

Entonces vio al barrendero del barrio, con un delantal y una capucha en la cabeza, sentado con aire aburrido en un banco pegado a la pared. Nuestro Erast Petrovich se dirigió hacia él.

—Dime, amigo, ¿de quién es esta casa? —preguntó como de pasada, mientras sacaba del bolsillo una moneda de veinte kopecs.

—Se sabe de quién —respondió vagamente el barrendero, siguiendo con interés el rumbo que tomaban los dedos de Fandorin.

—¡Anda, toma esto! ¿Quién es la señora que ha llegado hace un momento?

El barrendero se apoderó de la moneda y respondió con tono circunspecto:

—La casa es de la generala Maslova, pero no vive aquí y la alquila. La que acaba de llegar es la inquilina, la señora Beyetzkaia, Amalia Kazimirovna.

—¿Y quién es? —insistió Erast Petrovich—. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? ¿Recibe en casa a mucha gente?

El barrendero le miró sin decir palabra, pero moviendo los labios. Su cerebro parecía atareado en una labor algo confusa.

—¡Ahora te lo diré, señorón! —respondió levantándose de repente del banco y cogiendo a Erast con fuerza de la manga—. ¡Espera un poco!

Arrastró hasta el porche a Erast Petrovich, que forcejeaba y se resistía, y golpeó la puerta con el badajo de la campanita de bronce.

—¿Pero qué haces?! —se asustó el agente secreto, mientras intentaba en vano liberarse—. ¡Ya te daré yo! ¡No sabes con quién te la estás jugando!...

La puerta se abrió y en el umbral apareció el gigantón que vestía la librea, con unas enormes patillas de color arena y el mentón bien afeitado. Se veía a la legua que

no era de sangre rusa.

—Este tipo ha venido a interesarse por Amalia Kazimirovna —comenzó a delatar con voz meliflua el vil barrendero—. Ha querido sobornarme con dinero, pero yo no lo he cogido. Así que he decidido, John Karlich —continuó dirigiéndose al portero—, que...

El mayordomo (se trataba sin duda del mayordomo, porque era inglés) examinó al retenido con una mirada impasible de sus ojillos mordaces. A continuación, sin decir palabra, soltó al judas una moneda de cincuenta kopecs y se apartó, dejando paso.

—¡Es evidente que se trata de un malentendido! —dijo Fandorin sin conseguir recobrar el todo—. *It's ridiculous! A complete misunderstanding!* —continuó, pasándose al inglés.

—Nada, nada... Haga el favor y entre, haga el favor —masculló a sus espaldas el barrendero.

Y, cogiéndole también de la otra manga para mayor seguridad, empujó a Fandorin hacia dentro.

Erast Petrovich se encontró de sopetón en un vestíbulo amplio, justo enfrente de un oso disecado que sostenía una bandeja de plata entre sus garras, donde, al parecer, los recién llegados depositaban sus tarjetas de visita. Los ojos de cristal del peludo animal observaron al confundido funcionario sin el menor asomo de compasión.

—¿Quién? ¿Para qué? —preguntó el mayordomo, concisamente y con un fuerte acento, ignorando por completo el perfecto inglés de Fandorin.

Erast Petrovich calló, intentando ocultar a toda costa su identidad.

—*What's the matter, John?* —Desde dentro llegó la sonora voz que ya conocía Fandorin. La dueña de la casa había tenido tiempo de despojarse del sombrero y el velo, y se hallaba de pie en medio de una escalera completamente alfombrada, que con toda seguridad debía conducir a la buhardilla—. ¡Pero si es el joven moreno! —exclamó la mujer burlescamente dirigiéndose a Fandorin, que la miraba como si quisiera devorarla—. Advertí su presencia desde el primer momento, allí, en la calle Kamergersky. ¿Le parece bien mirar tan fijamente a una dama desconocida? ¡Muy osado es usted! ¡Me ha seguido! ¿Quién es, un estudiante o simplemente un tuno?

—Fandorin, Erast Petrovich —respondió él sin saber cómo completar su presentación.

Pero Cleopatra ya estaba interpretando a su manera a su inesperada visita.

—Me gusta la gente atrevida. —Sonrió ligeramente—. Y mucho más, si es tan guapa. Pero eso de espiar no está bien. Si mi persona le interesa tanto, regrese esta tarde. Ahora espero una visita. Venga a verme y podrá saciar su curiosidad. ¡Ah, y vístase de frac! ¡Soy muy liberal en el trato, pero a los hombres, si no son militares, los prefiero con frac! ¡Es la norma!

Por la tarde, Erast Petrovich estaba hecho un figurín. El frac paterno le quedaba algo

ancho de hombros, es cierto, pero la buena de Agrafena Kondratievna, secretaria del gobierno provincial, a quien Fandorin alquilaba una habitación, se lo arregló. Le ajustó las costuras con unos alfileres y el frac quedó perfecto, sobre todo si no se lo abotonaba. Un surtido guardarropa, dotado, entre otras cosas, nada menos que con cinco pares de guantes blancos, era la única fortuna que el hijo había heredado del desafortunado inversor bancario. Las mejores prendas eran, sin duda, un chaleco de seda de la casa Burgès y unos zapatos de charol de Pirrone. Tampoco estaba mal, y además conservaba casi nuevo, un sombrero de copa de la firma Blanne, aunque se le deslizaba hacia abajo hasta casi taparle los ojos. Pero eso no suponía un gran problema: se lo entregaría al lacayo tan pronto como entrara, y asunto resuelto. Erast Petrovich decidió prescindir del bastón porque quizá fuera de mal gusto. Se observó varias veces, por delante y por detrás, ante el descantillado espejo que había en el oscuro vestíbulo y quedó muy satisfecho, en especial de su talle, torneado a la perfección por el rudo Lord Byron. En el pequeño bolsillo del chaleco depositó el rublo de plata que había recibido de Ksaveri Feofilaktovich para sufragar la compra de un ramo de flores («que sea decoroso, pero sin excesos»). ¡Pero qué excesos se podía uno permitir con tan sólo un rublo!, suspiró Fandorin. Al final decidió añadir otros cincuenta kopecs de su propia pecunia. «Con eso llegaré para unas violetas de Parma».

No obstante, por culpa del ramo de flores tuvo que renunciar al coche de caballos, y cuando Erast Petrovich llegó al palacio de Cleopatra (éste era el apodo que mejor cuadraba a Amalia Kazimirovna Beyetzkaya), eran las ocho y cuarto de la tarde.

Los invitados ya se encontraban reunidos. El escribiente, a quien había franqueado la entrada una doncella, oyó desde el vestíbulo el rumor de varias voces masculinas, y entre ellas, de cuando en cuando, la «otra», la mágica, argentina y cristalina voz de la anfitriona. Erast Petrovich se demoró un poco en el umbral para hacer acopio de todo su valor, y una vez decidido entró en el salón confiando en dar una impresión de hombre experimentado y mundano. Esfuerzo inútil, porque ninguno de los congregados se volvió para mirar al recién llegado.

Fandorin contempló el salón. El mobiliario estaba compuesto por unos cómodos divanes de tafilete y unas elegantes mesitas y sillas aterciopeladas, todo con mucho estilo y a la última moda. En el centro del salón, acariciando con sus pies la piel de tigre extendida sobre el suelo, estaba la señora de la casa ataviada a la española, con un vestido escarlata con corpiño y unas camelias de color amapola enredadas en el pelo. Se la veía tan hermosa que Erast Petrovich se quedó sin resuello. No se apresuró a examinar a los invitados, aunque advirtió de reojo que todos eran hombres y que Ajtirtzev también estaba allí, sentado un poco aparte y con el rostro muy pálido.

—¡Aquí tenemos a un nuevo aspirante! —exclamó Beyetzkaya, con una sonrisa burlona, dirigiéndose a Fandorin—. Ahora sí que formamos una demoníaca docena.

No le voy a presentar a todos mis invitados porque resultaría muy largo, pero hágalo usted mismo. Recuerdo que era usted estudiante, pero he olvidado su apellido.

—Fandorin —pio Erast Petrovich con voz temblorosa y traicionera, y repitió otra vez, ahora con más firmeza—: Fandorin.

Todos se giraron hacia él pero le observaron con indiferencia, dejando claro que el joven recién llegado no les producía el más mínimo interés. Pronto resultó evidente que en aquella sala había un único centro de atención. Los invitados apenas hablaban entre sí, sino que se dirigían preferentemente a la anfitriona, y todos, incluido el viejo de aspecto grave que llevaba una estrella de brillantes en la pechera, porfiaban por su atención e intentaban eclipsar a los otros, aunque fuera por un instante. Sólo dos de los reunidos se comportaban de un modo diferente: el taciturno Ajtirtzev, que estiraba continuamente el brazo en busca de una copa de champaña, y un oficial de húsares, un joven de aspecto saludable, con unos ojos alocados y algo saltones y una sonrisa que, al tiempo que elevaba su negro bigote, descubría unos dientes blanquísimos. Parecía que se aburría bastante. Apenas miraba a Amalia Kazimirovna y examinaba al resto de los presentes con una sonrisa burlona y desdeñosa. Estaba claro que Cleopatra sentía preferencia por aquel insolente; se dirigía a él con un simple «Ippolit» y un par de veces le lanzó unas miradas de tal calibre que el corazón de Erast Petrovich comenzó a lloriquear melancólicamente.

Pero al instante volvió a latirle a toda prisa, cuando uno de los invitados, un orondo señor con una cruz blanca al cuello, dijo aprovechando una pausa:

—Aunque hace un momento nos ha prohibido usted, Amalia Kazimirovna, chismorrear sobre Kokorin, lo cierto es que hoy me he enterado de algo verdaderamente curioso sobre ese caso.

Calló un segundo, muy satisfecho por el efecto que habían causado sus palabras: todos los presentes se volvieron hacia él.

—No nos deje con el alma en vilo, Antón Ivanovich, cuéntenos —dijo sin poder aguantar más un gordo de frente abultada, un abogado de los prósperos, a juzgar por su aspecto.

—Sí, por favor, no prolongue nuestro sufrimiento —insistieron los demás.

—Pues resulta que no se pegó un tiro así, sin más, sino jugando a la «ruleta americana». Me lo han comentado hoy mismo en la secretaría del gobernador general —informó el rollizo pavoneándose—. ¿Saben de qué les hablo?

—De sobra —respondió Ippolit, encogiéndose significativamente de hombros—. Coges un revólver y metes una sola bala. Un juego bastante tonto pero excitante. Es una pena que lo hayan ideado los norteamericanos y no nosotros.

—¿Y qué pinta en todo esto la ruleta, conde? —no comprendió al pronto el viejo de la estrella.

—¡Que lo mismo da que sea impar que par, o rojo que negro, con tal de que no

salga el cero! —chilló Ajtirtzev, que se echó a reír con afectación y miró con expresión desafiadora a Amalia Kazimirovna (al menos, así se le antojó a Fandorin).

—Creo que lo he advertido antes: a quien hable de este asunto lo echaré de casa. —La anfitriona estaba enfadada en serio—. ¡Y para siempre! ¡No es tema de corrillos!

Se hizo un silencio algo embarazoso.

—¡No creo que se atreva usted a expulsarme a mí! —afirmó entonces Ajtirtzev con el mismo tono desenfadado—. Sin duda, me he ganado con creces el derecho a decir lo que me plazca.

—¿Y eso por qué razón, si me permite preguntárselo? —terció un rechoncho capitán, vestido con el uniforme de la Guardia, que se levantó bruscamente.

—Pues porque el niño está más borracho que una cuba —respondió con ganas de pelea el tal Ippolit, a quien el viejo había atribuido un momento antes el título de conde—. Deme su permiso, Amelia, y lo mando a tomar aire fresco.

—Cuando necesite su intervención, Ippolit Aleksandrovich, se lo haré saber de inmediato —replicó Cleopatra, no sin veneno, abortando la confrontación de raíz—. Y como veo que son incapaces de sacar un tema de conversación que resulte interesante, les propongo que juguemos a las prendas. La última vez resultó muy divertido, cuando Frol Luckish perdió y tuvo que bordar una flor en el bastidor y se pinchó todos los dedos con la aguja.

Todos rieron con alborozo, salvo un señor con una barba recortada en círculo al que el frac sentaba realmente mal.

—Y por si fuera poco, mi buena Amalia Kazimirovna, se burlan de este pobre comerciante. Me lo tengo merecido, por tonto —se desahogó con humildad el aludido, que recalcó la última «o» de su frase—. Sólo pagan los que juegan honestamente. Pero donde las dan las toman, como dice el refrán. El otro día fui yo quien se arriesgó en el juego, así que no estaría mal que hoy fuese usted quien se arriesgara.

—¡Tiene razón el consejero de Comercio! —exclamó el abogado—. ¡Menudo talento! Sí, que Amalia Kazimirovna nos muestre su valentía. ¡Señores, propongo lo siguiente! Aquél de nosotros que saque la prenda podrá exigir de nuestra radiante anfitriona..., bueno..., algo especial.

—¡Muy bien! ¡Bravo! —lo apoyaron los demás.

—¿Pero qué motín es éste? ¿La revuelta de Espartaco? —se echó a reír la deslumbrante señora de la casa—. Bien, ¿qué quieren que haga?

—¡Se lo diré! —volvió a entrometerse Ajtirtzev—. Deberá usted responder con absoluta sinceridad a cualquier pregunta que se le haga. Sin andarse con rodeos ni jugar al gato y al ratón. Y obligatoriamente a solas.

—¿Por qué a solas? —protestó el capitán—. Todos estaríamos encantados de

escucharla.

—Porque en presencia «de todos» no resultaría —consintió Beyetzkaya con una mirada cargada de ira—. Está bien, de acuerdo, juguemos a ser sinceros y como usted propone.

El conde se levantó con aire burlón y exclamó, tartajando al estilo parisino:

—*J'en ai le frisson que d'y penser!* Pero será la verdad de ella, señores. Y ¿quién necesita esa verdad? Juguemos, mejor, a la ruleta americana. ¿Qué, no les entusiasma la propuesta?

—Ippolit, creo que lo he dicho bien claro —le arrojó un rayo la diosa—. ¡No pienso repetirlo! ¡Ni una palabra sobre eso!

Ippolit se calló inmediatamente e incluso se llevó un dedo a la boca para indicar su absoluta mudez.

Entre tanto, el ágil capitán ya había reunido todas las prendas en su gorra militar. Erast Petrovich entregó el pañuelo de batista de su padre, bordado con sus iniciales: «P.F.».

Se decidió que la mano inocente fuese el glabro Antón Ivanovich, que en primer lugar sacó el objeto que era de su propiedad, un puro, y con voz insinuadora preguntó:

—¿Qué le dará a esta prenda?

—«El agujero de un ocho de pan» —respondió Cleopatra, vuelta de cara a la pared.

Y todos los presentes, salvo el orondo Antón Ivanovich, se carcajearon maliciosamente.

—¿Y a esta otra? —inquirió él, sin darse por aludido y mostrando el lápiz de plata del capitán.

—La nieve del año pasado.

Luego siguieron, por este orden, un reloj de medallón («las orejas de un pez»), un naipe («*mes condoléances*»), una cajita de fósforos («el ojo derecho de Kuuúzov»), una boquilla de ámbar («una pretensión rechazada»), un billete de cien rublos («tres veces nada»), un pequeño peine de carey («cuatro veces nada»), una uva («la cabellera de Orest Kirilovich»; hubo una risotada general dirigida hacia el señor calvo que lucía la cruz de Vladimir en su ojal) y un clavel («a ése nada y por nada en el mundo»). En la gorra quedaban ya sólo dos prendas: el pañuelo de Erast Petrovich y la sortija de oro de Ajtirtzev. Cuando en los dedos del capitán apareció la resplandeciente sortija, el estudiante dio un paso hacia delante y Fandorin vio cómo su frente sembrada de espinillas se perlaba de sudor.

—¿Y qué le ofreceremos a ésta? —preguntó, tomándose su tiempo, Amelia Kazimirovna, a quien por lo visto ya comenzaba a fastidiarle la diversión—. No, nada. Será para el último —concluyó, mortificante.

Entonces todos se volvieron hacia Erast Petrovich; ahora sí, por primera vez, lo observaban con verdadero interés. Durante los últimos minutos, a medida que aumentaban sus posibilidades de éxito en el juego, había estado meditando febrilmente qué haría en caso de que la suerte le sonriera. Ahora todas sus dudas se habían disipado. Así lo había decidido el azar.

Entonces Ajtirtzev se levantó bruscamente, corrió hacia él y le susurró con vehemencia:

—Cédame su puesto, se lo ruego. ¡Qué le importa a usted! ¡Está aquí por primera vez! ¡Sin embargo, mi suerte...! ¡Se lo compro! ¿Cuánto quiere? ¿Quinientos, mil rublos? ¿Qué dice? ¿Quiere más?

Pero con una serena resolución de la que él mismo se sorprendió, Erast Petrovich lo apartó a un lado, se levantó del asiento y, dirigiéndose a la anfitriona, tras saludarla con una respetuosa inclinación, le preguntó:

—¿Qué sitio prefiere?

Ella miró a Fandorin con alegre curiosidad. Una mirada cara a cara que producía vértigo.

—Sentémonos allí mismo, en aquel rincón. Da miedo quedarse a solas con un joven tan osado como usted...

Sin hacer caso de las jocosas risas del resto de los contertulios, Erast Petrovich siguió a la mujer hasta el rincón más apartado de la sala y los dos tomaron asiento en un diván con respaldo. Amalia Kazimirovna introdujo un cigarrillo alargado en una boquilla de plata y, tras prenderlo con la llama de una vela, inspiró suavemente el humo.

—Dígame, ¿cuánto dinero le ha ofrecido Nikolai Stepanich por ocupar su puesto? Le he visto hablarle al oído.

—Mil rublos —respondió Fandorin con sinceridad—. Y me ha propuesto todavía más.

Los ojos de ágata de Cleopatra brillaron maliciosamente.

—¡Vaya, cuánta impaciencia la suya! ¿Y acaso a usted le sobran los millones?

—No, soy pobre —contestó humildemente Erast Petrovich—. Pero me parece ruin comerciar con la suerte.

Los invitados, convencidos ya de que no llegarían a escuchar nada, habían dejado de prestarles atención y comenzaban a conversar entre sí, en grupos, aunque miraban de cuando en cuando hacia el rincón.

Mientras, Cleopatra estudiaba a su momentáneo dueño con un aire burlón que no trataba de ocultar.

—¿Tiene algo que preguntar?

Erast Petrovich titubeó.

—¿Me responderá con franqueza?

—La honradez es cosa de honrados, y esa cualidad no abunda demasiado en nuestros juegos —sonrió Beyetzkaya con una amargura apenas perceptible—. Mas le prometo ser franca. Sólo le pido que no se haga excesivas ilusiones y que tampoco pregunte tonterías. Le tengo por una persona atractiva.

Fandorin, sin pensárselo mucho, se lanzó al ataque:

—¿Qué sabe usted sobre la muerte de Piotr Aleksandrovich Kokorin?

La anfitriona no se asustó ni se estremeció, pero a Erast Petrovich le dio la impresión de que sus ojos se empequeñecían.

—¿Y qué interés tiene usted en ello?

—Se lo diré después. Antes, respóndame.

—Está bien, se lo contaré. A Kokorin lo mató una señora muy cruel. —Beyetzkaya bajó un instante sus espesas y negras pestañas y le lanzó por ellas una mirada abrasadora, tan rápida como una estocada de esgrima—. Y esa señora se llama «amor».

—¿Amor por usted? ¿Solía venir él a su casa?...

—Sí, lo hacía. Y también es cierto que aquí, aparte de mí, no podía enamorarse de nadie más. A no ser que se prendara de Orest Kirilovich. —Y se echó a reír.

—¿Es que no siente usted ninguna lástima por Kokorin? —inquirió Fandorin, sorprendido por tanta impasibilidad.

La reina egipcia se encogió de hombros con indiferencia.

—Cada uno es dueño de su destino. Pero, perdone, ¿no son ya demasiadas preguntas?

—¡No! —reaccionó rápidamente Fandorin—. ¿Qué tuvo que ver Ajtirtzev en todo esto? ¿Y cómo se explica su testamento en favor de *lady* Esther?

De improviso, las voces del resto de los comensales se alborotaron y Fandorin volvió la cabeza hacia ellos, irritado.

—¿Así que no le gusta mi tono? —interpelaba, en voz muy alta, Ippolit al borracho Ajtirtzev—. ¿Y esto te gusta, cobarde?

Golpeó al estudiante en la frente, con la palma de la mano, al parecer sin demasiada fuerza. Pero el feo Ajtirtzev voló hasta un sillón, se desplomó en él y se quedó allí sentado, pasmado y perplejo.

—¡Un momento, conde, eso no se hace! —Erast Petrovich se lanzó hacia ellos—. Que usted sea más fuerte no le da derecho a...

Pero sus confusas palabras, a las que el conde no prestó la más mínima atención, fueron ahogadas por la sonora voz de la anfitriona.

—¡Ippolit, fuera de aquí! ¡Y no pongas un pie en esta casa hasta que estés sobrio!

El conde se encaminó ruidosamente hacia la puerta lanzando improperios. Después, los demás invitados miraron con curiosidad a Ajtirtzev, que, derrumbado y con un aspecto verdaderamente lastimoso, no hacía intento de levantarse.

—Usted es el único de los presentes que parece humano —murmuró Amalia Kazimirovna a Fandorin mientras salían hacia el pasillo—. Lléveselo, por favor. Y no lo deje abandonado en cualquier sitio.

John, que había cambiado la librea por una levita negra con pechera almidonada, apareció al instante en el pasillo. El grandullón ayudó a Fandorin a llevar al estudiante hasta la puerta y, una vez allí, le encasquetó a éste el sombrero de copa. Beyetzkaya no salió a despedirlos y Erast Petrovich, al ver el sombrío rostro del lacayo, comprendió que había que irse.

Capítulo Quinto

Donde a nuestro héroe le suceden graves percances

Ajtirtzev se reanimó un poco al respirar el aire fresco de la calle, y como ya se mantenía firme en sus propias piernas y no daba bandazos, Erast Petrovich consideró innecesario sostenerlo por el codo más tiempo.

—Vayamos caminando hasta la calle Srietenska —propuso—. Allí le dejaré en un coche de caballos. ¿Está lejos su casa?

—¿Mi casa? —Bajo la luz desigual de un farol de queroseno, el pálido rostro del estudiante parecía una máscara de cera—. ¡No, a mi casa de ningún modo! Vayamos a otro sitio, ¿quiere? Necesito hablar con alguien. Usted ha visto... cómo se han portado conmigo. ¿Pero cómo se llama usted? ¡Ah, ya recuerdo! Fandorin, un apellido gracioso. Yo me llamo Ajtirtzev. Nikolai Ajtirtzev.

Erast Petrovich le saludó con una pequeña inclinación mientras se afanaba en resolver un difícil problema de conciencia: ¿era honesto aprovecharse del lamentable estado en que se encontraba Ajtirtzev para sonsacarle información, aunque fuera precisamente él, el mismo encorvado, quien insistía en sincerarse?

Decidió que sí, que podía hacerlo. Además, su entusiasmo policial era ya irrefrenable.

El Crimea queda por aquí cerca —cayó en la cuenta Ajtirtzev—. No es necesario coger un coche, se puede ir a pie. Es un antro, pero tienen un vino excelente. ¿Vamos allá, quiere? Yo invito.

Fandorin no se resistió, y los dos hombres, lentamente (el estudiante todavía se tambaleaba un poco), se pusieron a caminar por aquel oscuro callejón hacia el fondo, donde brillaban las luces de la calle Srietenska.

—Usted, Fandorin, me tendrá por un cobarde, ¿verdad? —preguntó directamente Ajtirtzev, con la lengua un poco trabada—. ¿Por qué no he retado en duelo al conde, me he tragado la ofensa y he fingido estar borracho? No soy un cobarde, y si le contara algo, se convencería usted... Sepa que me ha provocado a propósito. Sin duda ha sido ella quien le ha incitado, para librarse de mí y no pagarme la deuda... ¡Ah, esa maldita mujer, usted no la conoce bien!... ¡Y para Zurov matar a un hombre

es lo mismo que aplastar una mosca! Todas las mañanas dedica una hora a hacer prácticas de tiro. Aseguran que es capaz de acertar a una moneda de cinco kopecs a veinte pasos de distancia. ¿Le parece que eso sería un duelo? Él no correría ningún peligro. Un asesinato, así habría que llamarlo.

Y lo más importante es que él no tendría problemas, saldría del atolladero. De hecho, se las ha sabido arreglar más de una vez. Marchándose, dándose una vuelta por el extranjero. Pero yo quiero vivir, me lo he merecido.

En la calle Srietenska giraron hacia otro callejón, uno más entre tantos, aunque éste iluminado por farolas de gas y no de queroseno. Un poco más adelante, apareció una casa de tres pisos con las ventanas radiantemente iluminadas. «Éste debe de ser el Crimea», pensó Erast Petrovich con el corazón desbocado, pues había oído hablar mucho de aquel conocido burdel de Moscú.

Nadie salió a recibirles al porche, que era amplio y estaba iluminado con lámparas. Ajtirtzev, con gesto rutinario, empujó una gran puerta, adornada con dibujos, que cedió fácilmente, y al punto un fuerte olor a calor, bebida y cocina, así como un estruendo de voces y chirridos de violines, acudieron a su encuentro.

Tras dejar sus sombreros de copa en el guardarropa, los jóvenes cayeron en manos de un vivaracho camarero, vestido con una camisa de color escarlata, que, tras dirigirse a Ajtirtzev con el tratamiento de «excelencia», les prometió la mejor mesa, una especialmente reservada para ellos.

La mesita quedaba al lado de la pared, gracias a Dios lejos del escenario, donde un coro gitano cantaba y tocaba panderetas.

Erast Petrovich, cliente neófito en un antro de perdición como aquél, miró con curiosidad en todas direcciones. El público era de lo más variopinto y no había nadie que no estuviera borracho. Entre la clientela abundaban los grandes comerciantes y los inversores de Bolsa, los nuevos ricos del régimen, todos con el pelo engominado. Sin embargo, también se veían señores de indudable origen nobiliario e incluso advirtió el brillo de la insignia de oro de un oficial del séquito del zar en una de las mesas. Pero fueron las chicas, que se sentaban en cualquier mesa al mínimo gesto de los clientes, las que provocaron mayor interés en el funcionario de registro. El escote de sus vestidos hizo que se sonrojara, y las faldas tenían unas cisuras tan profundas, que mostraban desvergonzadamente sus redondeadas rodillas, ceñidas con medias caladas.

—¿Qué, no puede apartar la vista de las chicas? —sonrió maliciosamente Ajtirtzev tras encargarse vino y comida al camarero—. Después de conocer a Amalia, yo no las tengo ya por mujeres. ¿Cuántos años tiene usted, Fandorin?

—Veintiuno —respondió Erast Petrovich añadiéndose uno.

—Pues yo veintitrés, y le aseguro que he vivido demasiadas experiencias. No malgaste la vista en las mujeres que se venden porque no se merecen ni el dinero ni el

tiempo que se emplea en ellas. Además, después da asco. ¡Puestos a amar, que sea a una reina! Pero para qué le diré yo estas cosas... Si apareció usted ayer en casa de Amalia, sería por algo. ¿Ya lo ha hechizado? Le gusta coleccionar y renovar cuanto antes las piezas de su muestrario. *Elle ne pense qu'a exciter les hommes!*, como dice la opereta... Pero todo tiene su precio, y yo ya he pagado el mío. ¿Quiere que le cuente una historia? ¿Sabe?, hay algo que me gusta en usted: esa manera suya de guardar silencio. Creo que le resultará útil conocer cómo es verdaderamente esa mujer. Espero que lo tenga en cuenta antes de que le sorba el seso, como me ocurrió a mí. ¿O ya se lo ha sorbido, Fandorin? ¿Qué le susurró a ella en aquel rincón?

Erast Petrovich bajó los ojos.

—Escuche —dijo Ajtirtzev comenzando su relato—. Hace unos momentos me ha tomado usted por cobarde porque he dejado marchar a Ippolit sin retarle. Pero es que yo acabo de participar en un duelo, un duelo que ningún Ippolit de esos podrá nunca imaginar siquiera. Recordará usted que ella ha prohibido terminantemente hablar de Kokorin. ¡Cómo no! Tiene la conciencia manchada con su sangre; sí, su conciencia. Y también lo está la mía, sin duda. Pero yo al menos he expiado ya ese pecado con un susto de muerte. Kokorin y yo estudiábamos juntos el mismo curso en la universidad, y también él visitaba la casa de Amalia. Fuimos muy buenos amigos, pero luego, por su causa, nos convertimos en adversarios. Kokorin era más desenvuelto que yo y su rostro era más agradable que el mío, pero, entre *nous*, un comerciante siempre será un comerciante, un plebeyo, por mucho que estudie en la universidad. ¡Cuánto se divirtió Amalia a nuestra costa! Unas veces le prefería a él; otras, a mí. Tan pronto te llamaba Nikolai e incluso te tuteaba, igual que si fueras su favorito, como luego, por cualquier bagatela, caías en desgracia. Entonces te ordenaba que no aparecieras por su casa durante una semana y de nuevo te llamaba de «usted», de nuevo «Nikolai Stepanich». Esa es su política, y quien pica su anzuelo ya nunca se suelta.

—¿Y ese Ippolit qué relación tiene con ella? —preguntó Fandorin con cautela.

—¿El conde Zurov? No lo sé a ciencia cierta, pero debe de haber algo especial entre ellos... A veces es él quien la domina, y otras parece lo contrario... No es que Zurov sea celoso, la cuestión no es ésa. Amalia no le permitiría nunca a nadie que sintiese celos por ella. ¡Ya le digo que es una reina!

Calló un instante porque en la mesa vecina un grupo de comerciantes bebidos empezó a dar gritos. Se marchaban ya y discutían quién debía pagar la cuenta. Cuando salieron, los camareros retiraron el mantel sucio en un abrir y cerrar de ojos y colocaron uno nuevo. Un minuto después, la mesa que había quedado libre ya estaba ocupada por un nuevo cliente, un funcionario, borracho como una cuba, con unos ojos blanquíssimos, casi transparentes (por lo visto, a causa de la cogorza). Pronto, una rolliza muchacha de pelo castaño acudió revoloteando hacia el juerguista, lo abrazó por los hombros y luego cruzó las piernas de una manera muy vistosa: tanto, que

Erast Petrovich se quedó con los ojos clavados en aquella rodilla fuertemente ceñida por la media roja.

El estudiante, entre tanto, ventiló de un trago su copa de vino renano, hincó el tenedor en un bistec sanguinolento y continuó:

—Usted cree que Pierre Kokorin se pegó el tiro por un amor desgraciado, ¿verdad? Pues está en un error. Fui yo quien lo mató.

—¿Cómo dice?! —exclamó Fandorin, sin dar crédito a sus oídos.

—Lo que ha oído. —Ajtirtzev asintió orgullosamente con un movimiento de cabeza—. Ahora se lo contaré todo. Usted quédese ahí sentado, bien calladito y sin molestarme con sus preguntas.

»Sí, yo lo maté, y no me arrepiento en absoluto. Lo maté honestamente, en un duelo. Sí, honestamente. Porque un duelo más honrado que el nuestro no ha existido nunca. Cuando dos personas están en la línea asignada para el tiro siempre hay engaño: uno dispara mejor y el otro peor; o uno es gordo y, por tanto, resulta más fácil acertar en su cuerpo; o el otro ha pasado la noche en vela y le tiemblan las manos. Pero el duelo que hubo entre Pierre y yo careció de engaño.

»Todo empezó mientras paseábamos los tres juntos en calesa por Sokolniki. Ella dijo de pronto: «Ya me estoy cansando de ustedes dos, niños ricos y depravados. ¡Ojalá se matasen el uno al otro!». Y el bruto de Kokorin le respondió: «Sería capaz de matar, pero sólo si obtuviera una recompensa suya». Y yo añadí: «También yo lo haría por un premio como ése, una compensación que fuera imposible dividir entre los dos. Uno de nosotros daría con sus huesos en una fría tumba, a menos que cediera su empeño a favor del otro». ¿Comprende ahora en qué estado había quedado nuestra antigua amistad?

»Ella preguntó: «¿Pero tanto me aman ustedes?». Y él respondió: «Más que a la vida». Yo me expresé en términos similares. «Está bien —añadió ella—, si algo valoro en un hombre es su valentía: así todo resulta más sencillo. Bueno, entonces oigan mi voluntad. Si uno mata al otro, su coraje será recompensado..., y ya saben ustedes a qué recompensa me refiero». Y se rio. «¡Pero menudo par de charlatanes! —dijo a continuación—. Ni uno ni otro son capaces de matar a nadie. Ustedes no tienen otro interés que no sea el dinero de sus padres». Yo me encolericé: «De Kokorin no puedo salir fiador, pero por lo que a mí respecta le juro que por ese premio de usted no tendría piedad ni de mi vida ni de la de ningún otro».

»Ella me interrumpió, enfadada: «¡Basta, me aburren con sus cacareos! Decidido entonces: se matarán el uno al otro. Pero no en duelo, porque, de hacerlo así, me acarrearían inevitablemente un gran escándalo, además de que es un procedimiento poco seguro. Puede que uno de ustedes le agujeree al otro tan sólo la mano y el vencedor se presente ante mí exigiendo su recompensa. No. Uno tendrá la muerte y el otro el amor. Que decida el destino. Échenlo a suertes. El que pierda se suicidará.

Pero antes deberá escribir una nota explicativa para que nadie pueda pensar que se suicidó por mi culpa... ¿Qué? Ya no los veo tan valientes. Si se acobardan, les ruego, por vergüenza, que dejen de visitar mi casa. De todo se puede sacar algún provecho». Entonces Pierre me miró y dijo: «No sé qué pensará Ajtirtzev, pero yo no voy a echarme atrás». Así fue como se decidió todo.

El estudiante calló, humillado. Luego, animándose de nuevo, llenó su copa hasta el borde y se la bebió de un trago. En la mesa vecina, la muchacha de las medias rojas soltó una sonora carcajada: el de los ojos blancos le susurraba algo al oído.

—¿Y qué me dice del testamento? —preguntó Erast Petrovich, mordiéndose la lengua al instante, porque nada hacía suponer que él debiera estar al tanto de aquella cuestión.

Pero Ajtirtzev, abstraído en sus recuerdos, se limitó a sacudir la cabeza con indolencia.

—¡Ah, sí, el testamento!... También fue idea suya: «¿No quisieron ustedes comprar mis favores con dinero? —continuó—. Pues, de acuerdo, que sea con dinero, pero no con los cien mil rublos que Nikolai Stepanich me ofreció en cierta ocasión».

»Era verdad; yo le había hecho aquella oferta y ella estuvo a punto de expulsarme de su casa. «Ni tampoco con doscientos mil. Que sea con toda su fortuna. El que muera, que se vaya al otro mundo completamente desnudo. Pero yo no necesito para nada su dinero —añadió—. Estoy dispuesta a regalárselo a quien sea. Esa fortuna se destinará a un buen fin: a un monasterio o algo parecido. Que sea como una indulgencia para perdonar el pecado mortal del suicida. Seguro que harán una buena vela con su millón de rublos. ¿No se suele decir eso, Petrusha?». Pero Kokorin era ateo, y de los más radicales. Así que pegó un salto: «¡A quien sea, menos a los popes! —dijo—. Antes prefiero testar a favor de las muchachas caídas en la perdición, para que se compren una máquina de coser y puedan cambiar de oficio. De esa forma no quedaría una sola mujer haciendo la calle en todo Moscú, y hasta quizá levantarán una estatua en memoria de Piotr Kokorin». Pero Amalia no estuvo de acuerdo: «A una mujer libertina ya no hay manera de reformarla. Habría que haberla educado antes, siendo niña». Entonces Kokorin dio un manotazo en el aire: «Bueno, pues para los niños huérfanos. A un orfanato cualquiera». El rostro de Amalia se iluminó: «¡Qué hermoso gesto el tuyo, Petrusha! ¡Seguro que así perdonarán tu pecado! Ven aquí, que voy a darte un beso». La carantoña me enfureció. «Pues yo digo que tu millón se lo echarán al bolsillo los mandamases del orfanato. ¿No has leído lo que escribe la prensa de esos asilos estatales? ¿Lo mal que tratan allí a los niños? Harías mejor dándoselo a esa inglesa, a la baronesa Esther, al menos ella no lo robará». Entonces Amalia también me besó a mí: «¡Muy bien, dejemos a nuestros compatriotas con un palmo de narices!».

»Esta escena tuvo lugar el sábado, hacia las once de la mañana. El domingo,

Kokorin y yo acordamos todos los detalles. Fue aquélla una conversación extraña. Él estuvo todo el tiempo galleando, soltando baladronadas. Yo guardaba silencio. Apenas nos miramos a la cara. Yo me sentía como atolondrado... Llamamos a un notario y redactamos el testamento con todos los requisitos legales. Pierre consta en el mío como testigo y albacea, igual que yo en el suyo. Al notario le dimos cinco mil rublos cada uno para que no se fuera de la lengua. Tampoco creo que a él le interese mucho ir hablando por ahí de este asunto. Luego decidimos (fue Pierre quien lo propuso) encontrarnos a las diez de la mañana en la plaza Taganka (yo vivo en la calle Goncharnaya). Los dos llevaríamos en el bolsillo un revólver de seis disparos, mas con una sola bala en el tambor. Caminaríamos por separado, pero manteniéndonos siempre el uno a la vista del otro. Luego lo echaríamos a suertes. El que perdiera sería el primero en dispararse. Kokorin había leído en algún sitio lo de la «ruleta americana» y le gustaba la idea. «En nuestro honor, Kolia, seguro que hasta le cambian de nombre. “La ruleta rusa”, dirán. Ya verás... —comentó él. Y añadió—: Pero eso de dispararse en casa ha de ser un poco aburrido. ¿No sería mejor pasear por ahí y ofrecer un poco de espectáculo?». En todo estuve de acuerdo. A mí me daba igual. No me importa reconocerlo ahora: estaba completamente asustado. Me decía una y otra vez: «Perderás». En mi cabeza martilleaban dos palabras: lunes, trece, lunes, trece... Pasé la noche en vela. Incluso pensé en huir al extranjero. «¡Pero cómo —me dije—, y dejarlos a los dos juntos y riéndose de mí!...». En fin, decidí quedarme.

»Y esto fue lo que pasó a la mañana siguiente. Pierre llegó vestido como un figurín, con un chaleco blanco y de muy buen humor. Solía tener casi siempre buena suerte, y por eso, supongo, creería que la fortuna también iba a sonreírle en esa ocasión. Tiramos los dados en mi despacho. Él sacó nueve y yo tres. La verdad, no me sorprendió. «Yo no voy a ningún sitio —le dije—, prefiero matarme aquí». Así que giré el tambor y apoyé el cañón a la altura del corazón. Pero él me detuvo: «¡Quieto! No te dispares en el corazón. Si la bala sale torcida, tardarás en morir y sufrirás mucho. Mejor en la sien o en la boca». «Gracias por el consejo», le respondí; pero en aquel momento lo odié tanto que estuve a punto de pegarle un tiro, así, sin mediar duelo alguno. Pero seguí su consejo. Nunca olvidaré aquel chasquido, el primero. Retumbó allí, junto a la oreja, de una manera que...

Ajtirtzev se contrajo convulsivamente y volvió a llenarse la copa. La cantante, una gitana gorda con un chal dorado, entonó con voz grave una tonada lánguida que estremecía el alma.

—Escuché la voz de Pierre: «Bueno, ahora me toca a mí. Salgamos a la calle».

»Sólo entonces comprendí que seguía vivo. Caminamos hasta la colina Shvivaya. Desde allí arriba hay una buena vista de la ciudad. Kokorin iba delante. Yo, unos veinte pasos atrás. Se detuvo un momento, de pie junto al precipicio. Yo no le

distinguía la cara. Levantó la mano con la que asía el revólver para que yo lo viese, giró el tambor y se lo llevó a la sien muy rápido: luego se oyó un chasquido. Yo sabía de antemano que no le pasaría nada, ni me imaginaba esa posibilidad. Tiramos los dados de nuevo: ¡y me tocó a mí otra vez! Bajé hasta el río Yauza. Por allí no había un alma. Me subí al pretil del puente, pues pensaba que así caería al agua en caso de... Mas otra vez tuve suerte. Nos alejamos de aquel lugar. Fue entonces cuando Pierre dijo: «Esto se está haciendo un poco aburrido. ¿Por qué no asustamos a la gente?». La verdad es que siempre mantuvo el tipo, eso hay que reconocerlo. Salimos a un callejón, por el cual ya paseaban algunas personas y también circulaban algunos carros. Yo crucé a la otra acera. Desde allí vi a Kokorin quitarse el sombrero, inclinarse ceremoniosamente y saludar a izquierda y derecha. Y luego levantar la mano y girar el tambor... ¡Pero tampoco ocurrió nada! Tuvimos que escapar de allí a toda prisa. Gritos, alboroto, mujeres chillando... Entramos en un patio de la calle Maraseika. Tiramos los dados de nuevo, ¿y qué cree que sucedió?... ¡Pues que de nuevo me tocó a mí! ¡A él dos seises y a mí dos unos, palabra de honor! «Éste sí que es el final», pensé, finito. El resultado no podía ser más simbólico. Él tenía toda la suerte del mundo; yo, ninguna.

»La tercera vez me disparé al lado de San Cosme y San Damián, en la misma iglesia en que me bautizaron. Entré en el atrio, donde están los pobres pidiendo limosna. Le di un rublo a cada uno y me quité la gorra... Abrí los ojos: ¡seguía vivo! ... Un mendigo se acercó y me dijo: «Si el alma duele, Dios perdona»... «Si el alma duele, Dios perdona»: esa frase se me ha quedado grabada en la memoria. Bueno, nos alejamos corriendo de allí. Kokorin escogió esta vez un lugar más elegante, justo al lado del pasaje comercial Galafteievsky. Entró en una pastelería de la calle Niglinniaya y se sentó a una mesa. Yo me quedé fuera, de pie, pegado al escaparate. Le comenté algo a una señora que se sentaba en la mesa vecina y ella sonrió. Luego sacó el revólver y apretó el gatillo. Vi cómo lo hacía. Bueno, pues la dama de al lado se echó a reír aún con más ganas. Piotr escondió el revólver, volvió a conversar con la señora y terminó de beberse el café. Yo me había quedado de una pieza. No sentía nada. Recuerdo que sólo pensé, con fastidio: «¡Vaya, otra vez a lanzar los dados!».

»Los tiramos de nuevo en Ojotny, junto al hotel Loscutny, y allí le tocó a él ser el primero. Yo saqué un siete y él un seis. Un siete y un seis, tan sólo un punto de diferencia. Caminamos juntos hasta la taberna Gurovsky, y justo en el lugar donde están construyendo el Museo de Historia, nos separamos. Él entró en los Jardines de Alejandro, caminando por el paseo arbolado, y yo anduve por la acera, al otro lado de la verja. Lo último que me dijo fue: «Somos unos idiotas, Kolia. Si me libro esta vez, lo mando todo al diablo». Yo quise detenerlo, le juro por Dios que quise detenerlo, pero no lo hice. ¿Por qué?... Ni yo mismo lo sé. Miento, sí que lo sé... Una idea cobarde se me cruzó por la cabeza. «Que gire otra vez el tambor —me dije—, y

después ya veremos. A lo mejor se acaba el juego...». Sólo a usted, Fandorin, se lo he confesado. Ahora, todo me da igual.

Ajtirtzev bebió otro trago. Tenía los ojos enrojecidos y turbios bajo los lentes. Fandorin, conteniendo la respiración, aguardó a que siguiera pese a que ya sabía lo que iba a escuchar. Nikolai Stepanich sacó un puro del bolsillo y prendió una cerilla para encenderlo con una mano temblorosa. Era sorprendente lo mal que encajaba aquel puro tan grueso y largo en su feo rostro infantil. Luego, apartando de un manotazo la nube de humo que se había formado junto a sus ojos, Ajtirtzev se levantó bruscamente.

—¡Camarero, la cuenta! No aguanto aquí ni un minuto más. Demasiado ruido, se ahoga uno —dijo, a la vez que se arrancaba la corbata de seda del cuello de la camisa—. Vamos a otro sitio. O, si lo prefiere, demos un paseo.

Se detuvieron un momento en el porche. El callejón estaba solitario y oscuro. No había una sola casa con las ventanas iluminadas, salvo el Crimea. La llama de gas de la farola más cercana oscilaba, trémula.

—O «quifá fea» mejor «irfe a cafa» —pronunció incorrectamente Ajtirtzev, apretando con fuerza el puro entre los labios—. Allí, a la vuelta de la «efquina», debe de haber algún carruaje.

Justo en aquel momento, la puerta del antro se abrió y salió al porche el vecino de la mesa contigua, el funcionario de los ojos blancos, con la levita vuelta hacia un lado. El hombre hipó ruidosamente, metió la mano en el bolsillo de su uniforme oficial y sacó un puro.

—¿Po-podrían, por favor, dar-darme fuego? —preguntó, acercándose a los jóvenes.

Fandorin creyó apreciar en su voz un ligero acento, estonio o quizá finés.

Ajtirtzev se palmeó un bolsillo y luego el otro. Se escuchó el sonido de las cerillas al agitarse dentro de la caja. Erast Petrovich esperaba pacientemente. De pronto, en el hombre de los ojos blancos se produjo un cambio extraño. Como si se hubiese encogido y se inclinara un poco hacia un lado. Un instante después, una ancha y corta hoja de cuchillo pareció crecer de su mano izquierda, y el funcionario, con un movimiento parco y electrizante, se la clavó a Ajtirtzev en el costado derecho.

Los acontecimientos que siguieron ocurrieron muy deprisa, en dos o tres segundos, pero a Erast Petrovich se le antojó que el tiempo se había detenido. Reparó en muchos detalles, pensó muchas cosas, pero fue incapaz de realizar el menor movimiento, como si el reflejo de la luz en aquella hoja de acero le hubiera hipnotizado.

Lo primero que Fandorin pensó fue: «Se la ha clavado en el hígado». Y a su memoria, sin saber por qué, acudió de golpe una frase del manual de biología de cuando estudiaba en el gimnasio: «Hígado: víscera de un cuerpo vivo que separa la

sangre de la bilis». Después vio cómo Ajtirtzev moría. Erast Petrovich nunca había presenciado la agonía de un hombre, pero por alguna razón comprendió al momento que Ajtirtzev estaba muerto. Sus ojos se hicieron como de vidrio, los labios se le hincharon convulsivamente, y de ellos comenzó a manar un hilo de sangre de color cereza oscuro.

Muy lentamente, incluso con elegancia, o así al menos juzgó Fandorin, el funcionario extrajo del cadáver el cuchillo, que ya había perdido su brillo inicial, y comenzó a volverse despacio, muy despacio, hacia Erast Petrovich. Su rostro quedó muy cerca del suyo: unos ojos claros en los que las pupilas eran unos pequeños puntos negros, y unos labios delgados y exangües. Éstos se movieron ligeramente y pronunciaron de un modo muy claro: «Azazel». Y, justo en ese momento, el tiempo recuperó su normal dimensión, se encogió como un resorte y, abrasando como el fuego, se estrelló contra el costado derecho de Erast Petrovich. Y lo hizo de una forma tan violenta que éste se desplomó de espaldas y se golpeó fuertemente en la nuca con el borde de la barandilla del porche. «¿Pero qué ocurre aquí? ¿Qué es eso de “Azazel”? —pensó Fandorin—. ¿Estoy soñando? —continuó—. Ha sido él, el cuchillo ha topado con mi Lord Byron. Barbas de ballena. Talla en pulgadas».

La puerta del local se abrió entonces de pronto, con un empujón, y un grupo de juerguistas bulliciosos se precipitó al porche lanzando risotadas.

—¡Señores, menudo lío borodino hay montado aquí! —gritó alegremente la voz de un comerciante ebrio—. ¡Pobrecillos, se han quedado sin fuerzas! ¡Si es que no saben beber!...

Erast Petrovich se incorporó un poco, mientras se palpaba con la mano el costado caliente y húmedo y trataba de localizar al funcionario de los ojos blancos.

Pero allí ya no había ningunos ojos blancos. Ajtirtzev, en cambio, sí que yacía en el mismo sitio donde había caído, atravesado a lo largo de los escalones, cabeza abajo. Su sombrero de copa, tras rodar un trecho, también seguía allí, inmóvil, a poca distancia. Pero el funcionario había desaparecido sin dejar rastro, como si se hubiera esfumado en el aire. En la calle, débilmente alumbrada por las farolas, no se veía un alma. De pronto, éstas empezaron a comportarse de una manera asombrosa, empezaron a dar vueltas y más vueltas. Durante un segundo un gran resplandor lo iluminó todo y luego, inmediatamente, se hizo la oscuridad más completa.

Capítulo Sexto

En el que aparece el «hombre del futuro»

—Pero quédese en la cama, pichón mío, quédese en la cama —dijo desde el umbral Ksaveri Feofilaktovich, cuando Fandorin, confuso, sacó una pierna del duro diván en el que estaba recostado—. ¿Qué le ha ordenado el doctor? Lo sé todo, me he informado. Después del alta en el hospital, reposo absoluto durante dos semanas para que la herida cicatrice como debe ser y ese cerebro conmocionado vuelva a su sitio. Y usted todavía no lleva en cama ni diez días.

El jefe se sentó y se secó la purpúrea calva con un pañuelo a cuadros.

—¡Uf, cómo calienta este solecito, ya lo creo que calienta!... Le traigo un bizcocho de mazapán y cerezas frescas. ¡Ande, coma! ¿Dónde se lo dejo?

El comisario paseó la vista por el destartado cuartucho donde residía el oficial de registro. No había sitio donde dejar el pequeño envoltorio con las viandas: el enfermo estaba acostado en el diván, en la silla se sentaba el mismo Ksaveri Feofilaktovich y en la mesa se amontonaban los libros. No había más muebles en la pequeña habitación, ni siquiera un armario: las numerosas prendas que componían el guardarropa paterno heredado colgaban de unas alcayatas clavadas en las paredes.

—¿Qué, le duele un poquito?

—Nada en absoluto —mintió a medias Erast Petrovich—. Ojalá me quiten los puntos mañana. Un corte poco profundo, aquí, a la altura de las costillas. Por lo demás, estoy bien. Tengo la cabeza completamente sana.

—¡Pero de qué se preocupa, hombre! ¡Usted está de baja! ¡Y, además, no pierde nada de sueldo! —Ksaveri Feofilaktovich frunció el entrecejo con sentimiento de culpa—. No se habrá enfadado conmigo, alma mía, porque haya tardado tanto en visitarle, ¿verdad? Seguro que se ha formado una mala opinión de este pobre viejo. Habrá pensado: «Se dio prisa en ir a visitarme al hospital porque tenía que redactar el informe, pero ahora que ya no le hago maldita la falta no asomará ni la nariz para tener más noticias mías». ¡Pues se equivoca! Le pedí al médico que me mantuviera informado sobre su salud, aunque, eso sí, hasta hoy no he dispuesto del tiempo necesario para venir a verle. ¡Menudo lío hay armado en la Dirección! ¡De día y de

noche, a todas horas en la oficina! ¡Palabra de honor! —El comisario miró a todos lados y luego bajó la voz y habló en tono confidencial—. Ese Ajtirtzev, ¿sabe usted?, no era un cualquiera, sino el mismísimo nieto de su eminencia el canciller Korchakov, ni más ni menos.

—¡No me diga! —exclamó Fandorin.

—Su padre, que está casado en segundas nupcias, es nuestro embajador en Holanda. El chico vivía en Moscú en la antigua casa de su tía, la princesa Korchakova, un auténtico *palazzo*, que ya era de su propiedad, en la calle Goncharnaya. La princesa falleció el año pasado y le legó a él toda su fortuna, que se sumó a la que ya había recibido de su difunta madre. ¡Uf, menudo alboroto se ha armado en la Dirección, ya le digo! Al principio, el asunto quedó bajo el control directo del gobernador general, el mismísimo príncipe Dolgoruki. Pero, la verdad, no teníamos ni idea de por dónde meter mano al caso. Nadie ha visto al asesino a excepción de usted, claro está. Y, por si fuera poco, la Beyetzkaya ha desaparecido sin dejar huella, aunque eso ya se lo comuniqué en mi anterior visita. Su casa está completamente vacía, ni criados ni papeles, nada. ¡Y ahora cualquiera la encuentra! No sabemos quién es ni de dónde venía. En su pasaporte figuraba que era una noble lituana, por lo que pedimos informes a Vilna, pero allí nos dijeron que en la ciudad no constaba nadie con ese nombre. ¡Y así estábamos! Hasta que la semana pasada su excelencia me llamó a su despacho: «Perdóname, Ksaveri —me dijo—, te conozco desde hace mucho tiempo y sabes que estimo tu honestidad. Pero este asunto te viene demasiado grande. Así que nos van a mandar de San Petersburgo a un investigador con funciones especiales que estará a las órdenes directas del jefe de la Gendarmería y de la Tercera Sección: su altísima eminencia, el general de campo Mizinov, Lavrentii Arkadevich». ¿Qué, no te hueles al pájaro? Uno de los nuevos, un *raznochinetz*, un hombre del futuro. Un partidario de la aplicación exclusiva de métodos científicos en la investigación criminal. Un experto en casos difíciles. En una palabra, ¡ni tú ni yo hacemos pareja con él!

Ksaveri Feofilaktovich hizo una mueca irónica.

—Así que él es un hombre del futuro, y yo, Grushin, un hombre del pasado. ¡Buenas las tenemos! «Llegará dentro de tres días —siguió diciéndome—, el miércoles día veintidós por la mañana. Se llama Ivan Frantzevich Brillling y tiene el título de consejero de Estado». ¡A los treinta y tantos años de edad!... Y ha empezado a trabajar con nosotros. ¡Y de qué manera! Para que se forme una idea, hoy, que es sábado, ya estábamos todos en el trabajo a las nueve de la mañana. Y ayer estuvimos reunidos hasta las once de la noche, haciendo esquemas. Recuerda usted la cantina donde tomábamos el té, ¿verdad? Bueno, pues han quitado de allí el samovar y en su sitio hay ahora un telégrafo y, a su cargo, un telegrafista de guardia las veinticuatro horas del día. Mandas un telegrama a Vladivostok o a Berlín, a donde quieras, y

tienes la respuesta al instante. Ha despedido a la mitad de nuestros agentes y los ha sustituido por otros que ha traído de Peter y que sólo le obedecen a él. Conmigo tampoco se ha andado con chiquitas. En la entrevista que tuvimos me analizó igual que se analiza un papel al trasluz. Yo pensé: «Bueno, también está dispuesto a jubilarme a mí». Pero no, al parecer el comisario Grushin sigue siendo útil... ¡Caramba, si para eso precisamente he venido a verle, pichón mío! —se acordó de pronto Ksaveri Feofilaktovich—. Para prevenirle. Hoy va a venir a verle en persona, desea interrogarle él mismo. Pero usted no se preocupe, porque no tiene nada de qué culparse. Incluso ha sido herido en acto de servicio. Pero estando las cosas como están, intente no dejarme en mal lugar. ¿Quién podía imaginarse que el asunto tomaría estos derroteros?

Erast Petrovich paseó una mirada triste por su miserable habitación. ¡Pues sí que iba a llevarse una buena impresión aquel hombre tan importante de San Petersburgo!

—¿Y no sería mejor que me presentara yo en la Dirección? La verdad es que me siento perfectamente.

—¡Ni se le ocurra! —exclamó el comisario, agitando los brazos—. ¿Acaso quiere delatarme? ¿Que sepa que he venido para avisarle? ¡Quédese en la cama! Tiene su dirección anotada y vendrá hoy mismo, sin falta.

El «hombre del futuro» llegó por la tarde, pasadas las seis, de manera que Erast Petrovich tuvo tiempo de organizarse concienzudamente. Le dijo a Agrafena Kondratievna que esperaba la visita de un general y le pidió que Malashka fregara el vestíbulo, ocultara el baúl carcomido que se encontraba allí, y, lo más importante, ni se le ocurriera preparar la sopa de coles que solían cenar. El herido también hizo limpieza general en su cuarto: colocó de forma más presentable las prendas colgadas de los clavos y metió los libros debajo de la cama, dejando únicamente sobre la mesa una novela francesa, los *Ensayos filosóficos*, de David Hume, en inglés, y las *Memorias de un detective parisino*, de Jean Debré. Luego decidió quitar el libro de Debré y sustituirlo por *Las instrucciones para una respiración correcta*, del célebre brahmán hindú señor Chandra Johnson, obra que le servía de guía para realizar cada mañana su reparadora sesión de gimnasia mental. Así comprendería aquel especialista en casos difíciles que el inquilino de la habitación podía ser un hombre pobre, pero de ningún modo un hombre abandonado. Para acentuar la gravedad de su herida, Erast Petrovich acercó la silla al diván, colocó sobre ella una redoma medio llena de cierta mixtura (que pidió prestada a Agrafena Kondratievna), y se tumbó después de vendarse la cabeza con una bufanda blanca. En fin, quería provocar una impresión bien explícita: padecimiento y dolor, sí, pero sobrellevados con entereza.

Por fin, cuando ya estaba medio muerto de aburrimiento y cansado de mantener aquella posición, alguien llamó a la puerta levemente. Acto seguido, sin esperar ninguna respuesta, un señor con aspecto enérgico entró en la habitación. Vestía una

chaqueta cómoda y ligera y unos pantalones claros, y no iba tocado. Sus cabellos, de color castaño claro y cuidadosamente peinados, dejaban al descubierto una frente sublime; en las comisuras de su boca, que expresaba una gran firmeza de carácter, se dibujaban dos pliegues burlones, y su barbilla, bien rasurada y marcada por un hoyuelo central, denotaba un tremendo aplomo. Unos perspicaces ojos grises recorrieron con rapidez la estancia y luego se detuvieron en Fandorin.

—Está claro que no necesito presentación alguna —dijo el invitado con tono divertido—. En líneas generales, usted ya sabe de mí, aunque quizá desde una perspectiva algo desfavorable. ¿Se ha quejado Grushin del telégrafo? —Erast Petrovich parpadeó varias veces, pero no contestó a la pregunta—. El método deductivo consiste precisamente en eso, mi muy querido Fandorin: en la reproducción de un cuadro general por medio de algunos detalles baladíes. Lo que importa es no perder la medida, no llegar a una conclusión errónea, si es que la información de que se dispone permite distintas interpretaciones. Pero bueno, ya hablaremos de eso con más profundidad en otro momento, tenemos tiempo. En lo que se refiere a Grushin, mi deducción es bien sencilla. Punto uno. Su patrona me ha saludado inclinándose hasta casi rozar el suelo, además de darme el trato de «excelencia». Y, como usted podrá comprobar, mi grado administrativo no está asociado en absoluto con ese tratamiento, del que al menos hasta el día de hoy no disfruto, sino con el de «ilustrísimo». Ese es el punto dos. Punto tres. Grushin es el único a quien comenté mi intención de venir a visitarle. Punto cuatro. Es fácilmente comprensible que el señor comisario sólo pueda interpretar mi función y cometido desde una perspectiva poco favorable. Y, por último, es imposible que el telégrafo (ese instrumento que, como usted admitirá, resulta imprescindible en la moderna ciencia detectivesca y que, por su novedad, ha dejado una huella ciertamente indeleble en todo el personal de su Dirección) no haya provocado algún comentario de nuestro trasnochado Ksaveri Feofilaktovich. Y ése era el punto cinco. ¿No estoy en lo cierto?

—Sí que lo está —no pudo evitar responder un impresionado Fandorin, traicionando vergonzosamente al bueno de Ksaveri Feofilaktovich.

—¿Y a usted qué le sucede? ¿Tan joven y ya con hemorroides? —preguntó el avisado visitante, depositando la mixtura sobre la mesa, tras observarla, y sentándose en la silla.

—No —se ruborizó al instante Erast Petrovich, traicionando también, de paso, a Agrafena Kondratevna—. Esto es... Bueno..., la patrona, que se ha equivocado otra vez de medicina. Ella, ilustrísimo señor, siempre anda metiendo la pata. Es una vieja tonta...

—Comprendo. Bueno, llámeme Ivan Frantzevich o, aún mejor, simplemente *chief*, al fin y al cabo, vamos a trabajar juntos. He leído su informe —continuó

Brilling sin la más mínima pausa—. Un informe sensato. Muy detallado. Muy perspicaz. Su intuición me ha sorprendido gratamente, y sepa que esa cualidad es la más valiosa de todas en nuestro oficio. A veces, sin tener todavía la menor idea de cómo se va a desarrollar una situación, el olfato te indica las medidas que debes tomar. ¿Cómo adivinó usted que su visita a casa de la Beyetzkaya podía resultar peligrosa? ¿Por qué consideró oportuno ceñirse ese corsé defensivo?... ¡Bravo, le felicito de veras!

Erast Petrovich enrojeció aún más que en la ocasión precedente.

—¡Sí, menudo ingenio el suyo! Por supuesto, no le hubiera salvado de una bala, pero contra un arma blanca resultó de lo más útil. Ordenaré que se haga un gran pedido de esos corsés para que los utilicen nuestros agentes cuando sean enviados a misiones peligrosas. ¿De qué marca es?

Fandorin respondió tímidamente:

—Lord Byron.

—Lord Byron —repitió Brilling, tomando nota en una pequeña agenda de piel—. Y ahora, dígame, ¿cuándo podrá reincorporarse al trabajo? Tengo excelentes perspectivas para usted.

—¡Santo Dios, mañana mismo! —exclamó impetuosamente Fandorin, mirando con amor a su nuevo jefe o, mejor dicho, a su *chief*—. Mañana iré corriendo al médico para que me quite los puntos y entonces estaré a su disposición.

—Bien, estupendo. Vamos a ver, ¿cómo describiría usted a la Beyetzkaya?

Ante aquella pregunta, Erast Petrovich se aturulló y, ayudándose de gestos excesivos, comenzó su exposición de una manera hartamente incoherente:

—Ella... Ella es una mujer muy especial. Una Cleopatra. Una Carmen... Posee una belleza indescriptible, pero su secreto no radica ahí... Más bien, en su magnética mirada. No, tampoco es eso... Sí, quizá sea que en ella se intuye una fuerza descomunal. Una fuerza que le permite jugar con todo el mundo. Y a un juego con reglas nada claras, que se convierte en un juego cruel. En mi opinión, es una mujer muy depravada y, al mismo tiempo..., del todo inocente. Como si la hubieran educado mal desde la infancia. No sé cómo explicárselo... —Y Fandorin enrojeció otra vez, al darse cuenta de que no estaba diciendo más que tonterías. Pero terminó sus conclusiones—: En fin, me refiero a que tengo la impresión de que no es tan malvada como quiere parecer.

El consejero de Estado miró escrutadoramente al joven y silbó con picardía:

—Vaya, vaya... Así me lo había imaginado. Ahora veo que Amalia Beyetzkaya es realmente un ejemplar peligroso... Sobre todo para los jóvenes románticos en período de maduración sexual.

Satisfecho del efecto que la broma había causado en su interlocutor, Ivan Frantzevich se levantó de la silla y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Cuánto paga usted por esta leonera? ¿Diez rublos?

—Doce —contestó Erast Petrovich con dignidad.

—Conozco la situación. Yo también viví así en otros tiempos, cuando estudiaba en el gimnasio de la famosa ciudad de Jarkov. Porque yo también perdí a mis padres en mi más tierna infancia, como usted. Pero bueno, eso incluso resulta positivo en la formación de la propia personalidad. De acuerdo con el cuadrante administrativo, su sueldo, si no me equivoco, estará en torno a los treinta y cinco rublos, ¿no es así? — De nuevo se interesó por algo el consejero de Estado sin transición alguna.

—Más una prima trimestral por trabajos suplementarios.

—Bien, ordenaré que le abonen quinientos rublos de recompensa a cargo del fondo especial. Por el celo profesional que ha demostrado y por el peligro que ha corrido. Bueno, pues hasta mañana. Venga a verme en cuanto pueda. Trabajaremos con algunas variaciones.

Y la puerta se cerró a espaldas de aquel extraordinario visitante.

Era cierto que la Dirección de la Policía Secreta estaba verdaderamente distinta. Unos hombres desconocidos trotaban por los pasillos con carpetas bajo el brazo e incluso los compañeros de siempre andaban ahora a paso ligero, bien derechos y sin contonearse como antes. En el salón de fumadores —¡oh, milagro!— no había un alma. Por curiosidad, Erast Petrovich examinó también la antigua sala de té y comprobó que, ciertamente, sobre la mesa, en lugar del habitual samovar y las tazas, había ahora un aparato Baudeau y un telegrafista, vestido con chaqueta de uniforme, que dirigió al recién llegado una mirada severa e interrogante.

El estado mayor del instructor había asentado sus reales en el antiguo despacho del jefe de la Dirección, pues el señor coronel había sido destituido de su cargo el día anterior. Erast Petrovich, todavía algo pálido tras la dolorosa retirada de los puntos de la herida, llamó a la puerta antes de entreabrir y echar una ojeada al interior. El despacho también había cambiado radicalmente. Los cómodos sillones de piel que lo habían amueblado hasta entonces habían desaparecido y ahora ocupaban su lugar tres filas de sillas corrientes. Pegadas a la pared, se veían dos pizarras de tipo escolar, completamente emborronadas con no se sabe qué esquemas. Parecía que en el despacho acabase de terminar una reunión de trabajo: Brillling se limpiaba las manos manchadas de tiza con un trapo y los funcionarios y los agentes se dirigían hacia la puerta, conversando entre sí con aire preocupado.

—Entre, Fandorin, entre, no remolonee ahí, en el umbral —apremió el nuevo propietario del despacho a un Erast Petrovich otra vez intimidado—. ¿Qué? ¿Han terminado de remendarle? ¡Estupendo! Usted trabajará directamente a mis órdenes. No voy a asignarle ninguna mesa porque apenas va a tener tiempo de utilizarla. Es una pena que se haya retrasado un poco. Acabamos de mantener una interesante discusión sobre el «Azazel» que usted hizo constar en su informe.

—Entonces, ¿realmente existe esa palabra? ¿No lo oí mal? —preguntó Erast Petrovich—. Me temía que hubieran sido imaginaciones mías.

—No, no fue una figuración suya. Azazel es el nombre del ángel caído. ¿Qué nota sacó usted en Religión? ¿Le suena algo lo de los corderos sacrificados para la absolución de los pecados? Bueno, no sé si se acordará, pero los corderos eran dos. Uno se sacrificó a Dios para la redención de los pecados, y el segundo, a Azazel para que no se irritara. Según escriben los judíos en el *Libro de Enoc*, Azazel enseña a los seres humanos todo tipo de maldades: a los hombres, a pelear y fabricar armas, y a las mujeres, a pintarse la cara y envenenar a los frutos de sus entrañas. En una palabra, Azazel es el demonio rebelde, el alma de la expulsión.

—¿Y qué significa todo eso?

—Uno de los catedráticos de la Universidad de Moscú ha desarrollado una completa teoría personal e hipotética sobre el asunto. La de la existencia de una organización secreta judía. En ella se hablaría del sanedrín hebraico y de la sangre de los niños cristianos. Según su versión, la Beyetzkaya se habría convertido en hija de Israel y Ajtirtzev sería como el cordero llevado al altar de los sacrificios del dios hebreo. En suma, un completo absurdo. Yo conozco muy bien esos desvaríos antisemíticos por mi experiencia en San Petersburgo. Siempre que ocurre una desgracia y no se conocen bien sus causas, se empieza a hablar al momento del sanedrín judío.

—¿Y qué versión propone usted..., *chief*? —preguntó Fandorin con un cierto estremecimiento interior, provocado por aquella inusual fórmula de tratamiento a un superior.

—Acérquese y eche un vistazo a esto —respondió Brillling, aproximándose a una de las pizarras—. Estos cuatro círculos de aquí arriba representan otras tantas versiones diferentes sobre el caso. Como verá, dentro del primer círculo hay un signo de interrogación. Es la hipótesis más improbable de todas: según ella, el asesino actuó solo y tanto Ajtirtzev como usted fueron víctimas casuales. Se trataría de un maníaco o de alguien enloquecido por lo demoníaco. Pero esta versión no tiene ningún sentido, a menos que ocurran otros crímenes similares. He pedido informes por telégrafo a todas las provincias, por si hubieran ocurrido en otros sitios asesinatos similares. Mas dudo mucho del éxito de esta interpelación porque, si semejante maníaco hubiera actuado antes, yo ya estaría al tanto. El segundo círculo, el que está señalado con las letras «AB», es la versión relacionada con Amalia Beyetzkaya. Sin duda, ella resulta sospechosa. A Ajtirtzev y a usted los pudieron seguir fácilmente en el trayecto que hay entre su casa y el Crimea. Y, por si fuera poco, también está la cuestión de la huida. Lo que no queda claro es el móvil del crimen.

—Que haya huido significa que está mezclada en el asunto —repuso Fandorin con vehemencia—. Y, en ese caso, el hombre de los ojos blancos no habría actuado

en solitario.

—Pero ese hecho no está ni mucho menos demostrado. Sabemos que la Beyetzkaya era una impostora y que residía aquí con pasaporte falso. Pero podría tratarse de una simple aventurera. También resulta perfectamente creíble que viviera a costa de algunos de sus ricos protectores. Pero de ahí a participar en el asesinato por medio de un experto en esas lides va un gran trecho. Porque, según su informe, el asesino no era un aficionado cualquiera, sino un verdadero profesional del crimen. Y, ciertamente, esa cuchillada en el hígado fue un auténtico trabajo de orfebrería. He ido a la morgue y he examinado a Ajtirtzev. Si usted no hubiera llevado ese corsé, se hallaría ahora en el mismo lugar, y la policía podría haber llegado a la conclusión de que se encontraba ante un robo o una pelea entre borrachos. Pero, volviendo a la Beyetzkaya, quizá se enterara de lo ocurrido por alguno de sus criados. Al fin y al cabo, el Crimea se encuentra sólo a unos minutos a pie de su casa. Es fácil que al organizarse un alboroto tan grande, con tanta policía y tantos mirones entre los desvelados vecinos, alguno de sus criados, el barrendero del patio, por ejemplo, corriera a toda prisa a informarla de lo sucedido, al comprobar que el muerto era Ajtirtzev, uno de los invitados que la Beyetzkaya había tenido esa misma noche. Y es probable que ella decidiera desaparecer inmediatamente temiendo, con toda a lógica del mundo, una investigación policial y el consiguiente e inevitable descubrimiento de su falsa identidad. Tuvo tiempo de sobra. Su Ksaveri Feofilaktovich no acudió a su casa con la orden de registro hasta la tarde del día siguiente. Sí, ya sé, ya sé... Usted había sufrido una conmoción cerebral y tardó en recuperar el conocimiento. Y, luego, ya se sabe..., mientras redactaban el informe y el comisario se rascaba la cabeza, pues... En fin, resumiendo, ya he cursado una orden de busca y captura contra la Beyetzkaya, pero dudo mucho que se haya quedado en Moscú; ni siquiera creo que esté en territorio ruso. Bromas aparte, hace ya diez días que sucedió todo esto. También hemos confeccionado una lista de los invitados que solían frecuentar su casa, en su mayoría personas muy importantes, y en este sentido debemos actuar con suma delicadeza. De entre todas esas personas, sólo sospecho seriamente de una.

Ivan Frantzevich señaló con el puntero el tercer círculo, en cuyo interior estaban escritas las letras «CZ».

—El conde Zurov, Ippolit Aleksandrovich. Parece claro que era el amante de la Beyetzkaya. Un hombre amoral por completo: jugador, pendenciero, un sinvergüenza en toda regla... El típico personaje norteamericano de Tolstoi. Hay pruebas indirectas contra él. Se sabe que salió de la casa muy enfadado y después de tener un altercado con la víctima. Punto uno. Tuvo posibilidades y tiempo de acecharlos a ustedes, seguirlos y, después, enviar al matón. Punto dos. El barrendero de su zona declaró que Zurov regresó a su casa hacia el amanecer. Punto tres. El móvil, aunque muy endeble, también existe: los celos o un deseo de venganza casi enfermizo, quizá hasta

hubiera algo más. Pero también aquí surge una duda de mucho peso: Zurov no es de éstos a los que les gusta matar por encargo. Aunque también es cierto que, según los informes de la policía, a su alrededor siempre revolotean todo tipo de personajes oscuros. Por todo eso, esta versión goza de cierta verosimilitud. Y será precisamente usted, Fandorin, quien se encargue de investigarla. Zurov ya está siendo vigilado por un grupo de agentes, pero usted va a actuar en solitario, un método para el que está muy capacitado. Los detalles de su trabajo a este respecto los perfilaremos más tarde. Ahora, pasemos a la última teoría. Yo trabajaré en ella personalmente.

Erast Petrovich arrugó la frente intentando comprender qué podían significar las iniciales «ON» que veía en el otro círculo.

—Organización nihilista —aclaró su *chief*—. Este caso presenta ciertos elementos de carácter conspirador, y no me refiero a los de contenido antisemita, sino a algo de mayor gravedad. Justo por eso me han enviado a mí a Moscú. Bueno, es verdad que también me lo pidió el canciller Korchakov. Como usted sabrá, Nikolai Ajtirtzev era hijo de su difunta hija. Pero este asunto puede resultar más difícil de lo que parece a simple vista. Los revolucionarios rusos se encuentran al borde de la escisión. Los más impacientes y decididos de estos nuevos Robespierres han comenzado a aburrirse ya de la labor de instruir a las masas campesinas: un proceso largo y meticuloso que puede prolongarse durante generaciones. La bomba, el puñal y el revólver les resultan mucho más atractivos. Yo soy de la opinión de que en Rusia se producirá muy pronto un gran derramamiento de sangre. En comparación con lo que está por venir, lo ocurrido hasta ahora son sólo fuegos de artificio. El terror que tiene como objetivo las clases dirigentes puede adquirir un carácter masivo. De un tiempo a esta parte, yo me vengo ocupando, en la Tercera Sección, de los asuntos relacionados con los grupos terroristas más activos y extremistas. Mi jefe, Lavrentii Arkadevich Mizinov, que dirige la Gendarmería y la Tercera Sección, me ha encargado investigar qué se esconde detrás del grupo Azazel que ha surgido aquí, en Moscú. El demonio es un símbolo muy revolucionario. Como ve, Fandorin, la suerte de toda Rusia está en esta carta. —Del habitual tono burlón de Brillling no quedaba ni rastro; en su voz primaba ahora el ensañamiento—. Si este tumor no se extirpa ahora, en sus albores, dentro de unos treinta años, si no antes, esos románticos que ahora nos dan trabajo nos organizarán una revolución de tal magnitud que la guillotina francesa no parecerá en comparación más que una broma de niños. No nos permitirán envejecer tranquilamente, acuérdesse de mis palabras. ¿Ha leído usted la novela *Los demonios*, del señor Dostoievski? ¿No? ¡Una pena! En ella hace un pronóstico calcado de lo que le digo.

—Entonces, ¿sólo baraja estas cuatro versiones? —inquirió Erast Petrovich, algo indeciso.

—¿Acaso le parecen pocas? ¿Hemos olvidado alguna otra? Hable, hable, en

asuntos de trabajo no hago caso de los galones —le animó el *chief*—. Y no tema hacer el ridículo, eso sería algo natural, con su juventud. Es preferible decir una tontería que dejar escapar algo importante.

Fandorin, al principio algo turbado, pero después cada vez con más ardor, comenzó su exposición:

—Me parece, su ilustrísi..., quiero decir, *chief*, que se olvida usted, muy ligeramente, de esa *lady* Esther. Ella, lo comprendo, es una señora muy honorable y muy respetable, pero... ¿en ese testamento se habla de millones! Y en él no consta ningún beneficio ni para la Beyetzkaya, ni para el conde Zurov, ni tampoco para los nihilistas, a menos que se tenga en cuenta que la fortuna se destina a fines sociales... Y aunque sigo sin comprender qué pinta realmente aquí esa *lady* Esther, de todos modos, y aun en el supuesto de que no pintara nada, creo que sería conveniente... Porque usted sabe que existe un principio básico en toda investigación criminal: *cui prodest*, investiga a aquél que resulte beneficiado.

—Le agradezco la traducción —reaccionó Ivan Frantzevich con una respetuosa inclinación que confundió a Fandorin—. Un comentario absolutamente legítimo. Mas le recuerdo que, en el relato de Ajtirtzev que usted mismo recoge en su informe, ese extremo parece aclararse con todo detalle. El nombre de la baronesa Esther surgió por casualidad. Yo no la he incluido en mi lista de sospechosos porque, en primer lugar, el tiempo es oro y, en segundo lugar, resulta además que yo ya conozco a esa dama y tuve el placer de saludarla personalmente. —Y Brillling sonrió con benevolencia—. Por lo demás, usted, Fandorin, está formalmente en lo cierto. Y no quisiera influirle lo más mínimo con mis conclusiones. Piense siempre usted mismo, con su propia cabeza, y no crea a nadie a pies juntillas. Vaya a ver a la baronesa e interróguela sobre todo cuanto considere oportuno. Estoy seguro de que la entrevista con esa mujer, entre otras cosas, se le antojará muy grata. En el servicio municipal de guardia le darán la dirección de *lady* Esther en Moscú. ¡Ah, y otra cuestión! Antes de salir, pásese por el servicio de vestuario para que le tomen medidas. A partir de ahora, no es necesario que venga al trabajo con uniforme. Preséntele mis respetos a la baronesa y cuando regrese, ya con más elementos de juicio, entraremos en materia; es decir, comenzaremos a ocuparnos del conde Zurov.

Capítulo Séptimo

Donde se confirma que la pedagogía es la madre de las ciencias

La dirección que el servicio de información municipal facilitó a Erast Petrovich correspondía a un gran edificio de tres pisos que, a primera vista, guardaba semejanza con un cuartel a pesar del jardín que lo rodeaba y del aire hospitalario de sus puertas, abiertas de par en par.

Era el último «esthernado» que había inaugurado la baronesa británica. Un criado ataviado con una elegante levita azul con galones plateados surgió del interior de una garita pintada a rayas e informó amablemente a nuestro hombre de que *milady* no residía allí, sino en un ala de la vivienda que tenía entrada por el siguiente callejón, girando a la derecha.

Fandorin observó a una bandada de chicos, vestidos con uniforme azul, que salía corriendo por las puertas del edificio y, entre gritos, comenzaba a desperdigarse por el césped y a jugar al marro. El criado no mostró ninguna intención de llamar al orden a la joven pandilla y, al advertir la mirada sorprendida de Fandorin, aclaró:

—No lo tienen prohibido. En la hora de recreo pueden hacer lo que quieran, siempre que no causen desperfectos. Esas son nuestras instrucciones.

Era evidente que los huérfanos gozaban allí de total libertad, y no como los alumnos del gimnasio provincial, entre los que hasta hace muy poco se podía contar nuestro oficial de registro.

Congratulándose por la suerte de aquellos angelitos, Erast Petrovich comenzó a bordear la cerca del jardín en la dirección que le habían indicado.

Al doblar la esquina, pasó a un callejón tan arbolado y sombrío como todos los de aquel barrio de Jamovniki; presentaba una calzada polvorienta y aparecía sembrado por unos tranquilos chalecitos con pequeños jardines y frondosos álamos, de los que pronto empezaría a revolotear las pelusillas blancas. El ala de dos plantas donde vivía *lady* Esther se unía al resto del edificio por medio de una larga galería. Un conserje de aspecto grave, con unas patillas relucientes y bien cardadas, se calentaba al sol junto a una placa de mármol en la que se podía leer «Esthernado N.º 1 de

Moscú. Dirección». Fandorin no había visto un conserje tan majestuoso como aquél, con sus medias blancas y su sombrero de tres picos con escarapela dorada, ni en las puertas de la mismísima residencia del gobernador general.

—Hoy no es día de visita —indicó aquella especie de jenízaro poniendo un brazo por delante, como si fuera una barrera de paso—. Vuelva mañana. De diez a doce para asuntos oficiales, y de dos a cuatro para asuntos particulares.

Resultaba evidente que Erast Petrovich seguía sin establecer buenas relaciones con la tribu de los conserjes. Quizá la causa estuviese en que su atuendo carecía del empaque suficiente o quizá algo en su cara no acababa de cuadrar.

—Policía secreta. Quiero ver a *lady* Esther. Se trata de un asunto urgente —soltó, saboreando por anticipado las genuflexiones que se apresuraría a dedicarle a continuación ese zoquete con galones dorados.

Pero el zoquete no se inmutó lo más mínimo.

—Hablar, ni piense en hablar con su excelencia, no le dejaré pasar. En todo caso, puedo avisar a *mister* Cunningham.

—No tengo nada que tratar con ningún *mister* Cunningham. —Erast Petrovich enseñó los dientes—. ¡Anda, pedazo de bestia, ve a avisar inmediatamente a la baronesa si no quieres pasar la noche en la comisaría! Y dale este recado: de la Dirección de la Policía Secreta, por un asunto oficial urgente.

El conserje examinó al irritado funcionario con una mirada sombría, pero al final desapareció tras la puerta. Y el muy miserable no le invitó a pasar.

Esperar, tuvo que esperar un buen rato, y cuando Fandorin ya se disponía a entrar en la casa sin permiso, la jeta ceñuda del conserje con patillas asomó de nuevo por detrás de la puerta.

—Recibirle, está dispuesta a recibirle, pero apenas comprende el ruso y *mister* Cunningham está ocupado y no puede servirles de intérprete. Si usted hablara francés, quizá... —Por la voz se deducía que el conserje creía poco factible aquella posibilidad.

—Puedo hablar también inglés —le espetó secamente Erast Petrovich—. ¿Hacia dónde tengo que ir?

—Yo le acompañaré. Sígame.

Fandorin siguió al jenízaro y los dos hombres atravesaron primero un vestíbulo muy pulcro cuyas paredes estaban tapizadas con tela de damasco, y luego un corredor inundado de sol, con una hilera de altas ventanas holandesas. Al final del pasillo llegaron a una puerta pintada de blanco y ribeteada de dorado.

Erast Petrovich no temía en absoluto una conversación en inglés. Había pasado parte de su infancia al cuidado de Lizabeth (la señorita Jayson, cuando estaba enfadada), una niñera inglesa de pura cepa, solterona amable y solícita, aunque extremadamente severa, a la que correspondía tratar de «señorita» y no de «señora»

por respeto a su honorable profesión. Elizabeth acostumbró a su pupilo a levantarse a las seis y media de la mañana en verano y a las siete y media en invierno; a hacer gimnasia hasta sudar la gota gorda y a asearse luego con agua fría; a lavarse los dientes contando mentalmente hasta doscientos; a no comer nunca hasta hartarse y otras mil cosas, imprescindibles todas para llegar a ser un auténtico *gentleman*.

Una suave voz de mujer respondió al golpe en la puerta:

—*Come in! Entrez!*

Erast Petrovich entregó la gorra al conserje y abrió.

Entró en un despacho amplio y amueblado con opulencia, donde destacaba un inmenso escritorio de madera roja, emplazado en el lugar más privilegiado. Una señora con el cabello gris y un aire muy familiar, además de agradable, se sentaba al otro lado. Sus ojos, de un azul vivísimo, derrochaban inteligencia y una extremada afabilidad tras unos quevedos dorados. A Fandorin le cayó bien inmediatamente aquel rostro feo pero extraordinariamente vivaz, con una naricilla de pato y una boca ancha y risueña.

Fandorin se presentó en inglés, callando por el momento el verdadero motivo de su visita.

—Su pronunciación es excelente, *sir* —le alabó *lady* Esther en el mismo idioma, pronunciando con gran claridad cada sonido—. Espero que nuestro fiero Timothy..., Timofei, no le haya asustado en exceso. Para serle sincera, hasta yo misma le tengo algo de miedo, pero con frecuencia visitan nuestra Dirección personas importantes, y en esos casos Timofei es irremplazable, mucho mejor que cualquier mayordomo inglés. ¡Pero siéntese, joven! Mejor allí, en ese sillón; estará mucho más cómodo. ¿Así que trabaja en la policía secreta? Una interesante profesión, sin duda. ¿Y su padre, a qué se dedica?

—Mi padre falleció.

—¡Oh, cuánto lo siento, *sir*! ¿Y su madre?

—También está muerta —rezongó Fandorin, un poco disgustado por el rumbo que había tomado la entrevista.

—¡Pobre muchacho! ¡Imagino lo solo que debe de sentirse! Llevo cuarenta años dedicándome a los niños que se encuentran en su misma situación, ayudándoles a escapar de su soledad y a encontrar su propio camino.

—¿A encontrar su camino, *milady*? —Erast Petrovich no comprendió del todo.

—¡Oh, sí! —se animó *lady* Esther al abordar el que, evidentemente, era su tema de conversación preferido—. La búsqueda del propio camino es lo más importante en la vida de un hombre. Estoy absolutamente convencida de que cada persona es un talento irrepetible, de que en cada uno de nosotros hay depositado un don divino. La tragedia de la humanidad reside, precisamente, en que nosotros no sabemos ni intentamos descubrir y formar ese don que cada niño tiene. Creemos que un genio es

algo puntual, incluso un milagro de la naturaleza, pero ¿qué es un genio, en realidad? Pues, simplemente, un hombre con suerte. Un hombre cuyo destino se conformó de tal manera que las mismas circunstancias de su vida le empujaron a la correcta elección del camino que debía seguir. Un ejemplo clásico: Mozart. Su padre era músico; por eso desde su más temprana infancia estuvo inmerso en un medio que alimentó modélicamente el talento natural que él ya poseía. Pero imagínese usted ahora que Wolfgang Amadeus hubiese nacido en el seno de una familia campesina. En ese caso, quizá no hubiera pasado de ser un miserable pastor que entretendría a sus vacas con la cautivadora música de su caramillo. Y si hubiera nacido en la familia de un militar inculto y grosero, seguro que habría cuajado en un oficialillo de tres al cuarto, apasionado por las marchas militares. ¡Oh, créame usted, joven! ¡Todos los niños, todos sin exclusión alguna, ocultan un tesoro! Pero es necesario saber excavar hasta él para descubrirlo. Ignoro si habrá oído hablar de Mark Twain, un escritor norteamericano, un señor muy amable y cordial. Pues bien, hace tiempo yo le sugerí el argumento de un relato, en el que cada hombre era valorado no por los logros reales que había conseguido, sino por su potencial, por el talento que la naturaleza había depositado en él. La novela descubriría entonces que el estratega militar más insigne de todos los tiempos era en realidad un sastrecillo desconocido que ni tan siquiera había hecho el servicio militar; y que el pintor más dotado de la tierra era un zapatero remendón que no había cogido un pincel en toda su vida. Pues bien, mi sistema educativo está ideado con el objetivo de que el futuro gran general se dedique indefectiblemente a la profesión militar, y el pintor con talento acceda a su debido tiempo al manejo de los colores. Mis pedagogos se dedican a palpar paciente y atentamente la estructura espiritual de cada uno de nuestros pupilos, hasta encontrar en ellos esa chispa divina. ¡Y le aseguro que en nueve de cada diez casos la encuentran!

—¡Ah!, entonces no todos la tenemos —constató Fandorin levantando solemnemente un dedo.

—Todos, querido joven, absolutamente todos la poseemos, pero nosotros, los pedagogos, no siempre somos lo bastante hábiles para encontrarla. También puede ocurrir que el joven posea un talento que no tenga aplicación en el mundo actual. Ese hombre quizá hubiese sido imprescindible en la sociedad primitiva o, tal vez, su genio sólo sea verdaderamente útil en un remoto futuro, para una disciplina que hoy nos resulta imposible suponer siquiera.

—En lo relativo al futuro estoy de acuerdo, porque no me atrevo a opinar. —Fandorin comenzó a seguir la conversación, interesándose, aunque a su pesar, por el tema que se le proponía—. Pero hay algo que no entiendo en lo que dice sobre la sociedad primitiva. ¿A qué talentos en concreto se refiere usted?

—Ni yo misma lo sé, jovencito mío —sonrió cautivadoramente *lady* Esther—.

Pero imagínese, por ejemplo, el don de adivinar en qué sitio se puede hallar agua bajo tierra. O el talento de oler a distancia a la fiera en el bosque. O, quizá, la capacidad de distinguir las raíces comestibles de las que no lo son. Sólo sé una cosa, y es que, en aquellos lejanos tiempos, personas así debieron ser reconocidas como auténticos genios, mientras que si el señor Darwin o Herr Schopenhauer hubieran nacido en las cavernas, posiblemente habrían sido considerados unos tontos de capirote por el resto de la tribu. Y también esos niños, a los que hoy tenemos por deficientes mentales, tienen sus dones. Es cierto que quizá sus talentos no sean de carácter racional, pero eso no implica que sean menos valiosos. En Sheffield tengo un «esthernado» especial para los niños que han sido rechazados por la pedagogía tradicional. ¡Dios mío, qué prodigiosas genialidades muestran esos niños! Por ejemplo, hay allí un chico que con trece años cumplidos aún no ha aprendido a hablar, pero que, sin embargo, tiene el don de curar cualquier dolor de cabeza con un simple contacto de la palma de su mano. Otro, completamente mudo, es capaz de aguantar la respiración cuatro minutos y medio. Y un tercero es capaz de calentar un vaso de agua sólo con la mirada. ¿Se lo imagina?

—¡Verdaderamente, resulta increíble! Pero, dígame, ¿por qué solo habla usted de niños? ¿Y las niñas?

Lady Esther suspiró y abrió los brazos.

—Tiene razón, amigo mío. También deberíamos trabajar con las niñas. Pero mi experiencia me dice que los talentos depositados en la naturaleza femenina adquieren a menudo tal carácter, que dudo que la moral de la sociedad actual esté preparada para asumirlos como debiera. Vivimos en el siglo de los hombres, téngalo en cuenta. En una sociedad dirigida exclusivamente por hombres, una mujer extraordinaria y con talento sólo provoca recelo y animadversión. Y yo no quiero que mis discípulas se sientan infelices.

—¿Cómo está organizado su sistema? ¿De qué manera llevan ustedes a cabo, califiquémoslo así, esa selección infantil? —preguntó Erast Petrovich con viva curiosidad.

—¿De veras le interesa? —se alegró la dama—. Pues acompañeme al centro de enseñanza y podrá conocerlo usted mismo.

Con una agilidad impropia de sus años, *lady Esther* saltó del sillón dispuesta a guiarle y mostrarle sus instalaciones.

Fandorin le hizo una leve inclinación de respeto y *milady* le condujo hasta el edificio principal, recorriendo primero un pasillo y luego una larga galería. Mientras se dirigían hacia allá, le explicó:

Este centro es completamente nuevo; hace sólo tres semanas que lo hemos abierto y el trabajo está empezando ahora. Mis colaboradores han rescatado de las inclusas, y en algunos casos directamente de la calle, a unos ciento veinte niños huérfanos, de

edades comprendidas entre los cuatro y los doce años. Si el niño sobrepasa ese límite de edad resulta muy difícil conseguir algo de él porque ya tiene formada su propia personalidad. En un primer paso, se forman grupos con los niños separados por edades, grupos de los que se ocupa un profesor especializado en esa franja. La obligación principal del profesor consiste en familiarizarse con sus alumnos y asignarles gradualmente diversas tareas, al principio poco complicadas. Esos ejercicios son como juegos, pero nos ayudan a determinar fácilmente las distintas inclinaciones naturales de cada muchacho. En una primera etapa hay que averiguar el campo concreto en que cada niño muestra su mayor capacidad: el corporal, el cerebral o el intuitivo. Después, se divide otra vez a los niños en grupos, pero ya no por edades sino en virtud de sus cualidades innatas: grupos de racionalistas, artistas, maestros de manualidades, líderes, deportistas, etcétera... El perfil de cada niño se va concretando progresivamente con más exactitud y con los mayores se comienza a trabajar ya individualmente. Llevo cuarenta años dedicándome a los niños, y no puede imaginarse cuántos avances han experimentado en las más diversas actividades.

—¡Un proyecto grandioso, *milady!* —exclamó, entusiasmado, Erast Petrovich—. ¿Dónde encuentra usted a tantos expertos pedagogos?

—Pago muy bien a mis profesores, pues la pedagogía es la más importante de las ciencias —aseguró la baronesa con una convicción absoluta—. Además, muchos de mis antiguos pupilos expresan su deseo de continuar en los «esthernados», ya en calidad de educadores. Cuestión perfectamente comprensible porque, al fin y al cabo, el «esthernado» es para ellos la única familia que han conocido.

Entraron en una amplia sala de recreo a la que daban las puertas de varias aulas.

Vamos a ver, ¿a cuál de ellas le llevo? —se preguntó, pensativa, *lady* Esther—. ¿Por qué no a la sala de física? Justo ahora está impartiendo allí su clase el célebre profesor Blank, un antiguo alumno del «esthernado» de Zúrich, un físico genial. Le convencí para que viniese aquí, a Moscú, e instalé un laboratorio destinado a sus experimentos en el campo de la electricidad. Al mismo tiempo, y como compensación, debe mostrar a los niños todo tipo de artificios físicos que puedan despertar en ellos el interés por esta ciencia.

La baronesa llamó a una de aquellas puertas y los dos entraron en el aula. Una docena y media de niños, de once o doce años, con una letra «E» mayúscula dorada cosida al cuello de sus uniformes azules, permanecían sentados en sus pupitres. Todos observaban, conteniendo la respiración, cómo un joven hosco, con unas enormes patillas y vestido con una levita bastante sucia y una camisa algo ajada, hacía girar una rueda de cristal que lanzaba chispas azuladas.

—*Ich bin sehr beschäftigt, milady!* —gritó con despecho el doctor Blank—. *Später; später!* —Y pasando a un ruso lamentable, continuó, dirigiéndose a los niños

—: ¡Agora, señores míos, ustedes ver una pequeña y auténtica arco iris! Su nombre: Blank Regenbogen, la «arco iris de Blank». Esto yo inventar cuando ser tan joven como ustedes.

Y de pronto, entre aquella extraña rueda y la mesa, completamente ocupada por toda clase de instrumentos físicos, se extendió un pequeño pero brillantísimo arco iris con sus siete colores, y los chiquillos comenzaron a dar silbidos de admiración.

—Está un poco loco, pero es un verdadero genio —le susurró *lady* Esther a Fandorin.

Justo en ese momento, oyeron un agudo grito infantil que parecía provenir del aula vecina.

—¡Dios mío! —exclamó *milady* llevándose una mano al corazón—. ¡Viene del gimnasio! ¡Vamos, rápido!

Corrió hacia el pasillo y Fandorin fue detrás de ella. Juntos irrumpieron en un auditorio vacío e iluminado, con el suelo casi totalmente cubierto por unas esteras de piel. A lo largo de las paredes se sucedían los más variados instrumentos gimnásticos: cuadros suecos, anillas, gruesas maromas, trampolines de salto... Varios floretes y máscaras de esgrima colgaban junto a guantes de boxeo y todo tipo de pesas. Un grupo de chiquillos de entre siete y ocho años se apelotonaba alrededor de una de las esteras. Erast Petrovich los apartó y vio en el suelo a un niño que se retorció de dolor. Se inclinaba sobre él, solícitamente, un joven de unos treinta años vestido con prendas deportivas y coronado por una cabellera rizada y tan pelirroja que parecía de fuego; tenía los ojos verdes y un rostro resuelto y pecoso.

—¡Vamos, vamos, querido! —decía en ruso, con un ligero acento de otro sitio—. Enséñame la pierna y no temas, no voy a hacerte daño. Compórtate como un hombre y aguanta. *Fell from the rings, milady* —informó a la baronesa—. *Weak hands. I am afraid the ankle is broken. Would you please tell mister Izyumoff?*

Milady asintió en silencio e, indicándole con un gesto a Erast Petrovich que la siguiera, salió rápidamente del gimnasio.

—Voy a avisar al doctor, al señor Iziyumov —dijo precipitadamente—. Solemos tener percances como éste: los niños, niños son... El profesor se llama Gerald Cunningham y es mi mano derecha. Es un antiguo alumno del «esthernado» de Londres. Un pedagogo brillante. Dirige la filial rusa de nuestra organización. Ha aprendido su lengua en apenas medio año. A mí, en cambio, se me da muy mal. Gerald abrió el «esthernado» de Petersburgo el otoño pasado. Va a quedarse un tiempo aquí, en Moscú, hasta que las cosas empiecen a rodar con normalidad. Sin él, es como si me quedara sin manos.

De pronto se detuvo ante una puerta sobre la que un letrero rezaba: «Médico».

—Y ahora le pido que me disculpe, *sir*, pero tenemos que concluir nuestra entrevista. En otra ocasión será, ¿de acuerdo? Venga mañana y acabaremos de hablar.

Porque usted habrá venido a visitarme por algún asunto concreto, ¿no?

—Nada importante, *milady* —se sonrojó Fandorin—. En realidad, yo... Bueno, vendré algún día de éstos. Le deseo que tenga éxito en sus actividades benéficas.

Se despidió con una torpe reverencia y comenzó a alejarse a toda prisa. Erast Petrovich se sentía muy avergonzado.

—Qué, ¿ha cogido al criminal con las manos en la masa? —le preguntó el *chief*, alzando la vista de unos extraños diagramas que observaba, y recibiendo alegremente al avergonzado Fandorin. Las cortinas del despacho estaban corridas. Sobre la mesa había una lámpara encendida, porque al otro lado de la ventana ya empezaba a anochecer—. ¡Déjeme adivinar! *milady* no ha oído el nombre de Kokorin en su vida, el de Beyetzkaya menos aún, y la noticia del suicidio la ha afectado terriblemente. ¿Estoy en lo cierto?

Erast Petrovich se limitó a suspirar.

—Conocí a esa señora en Petersburgo —siguió el *chief*—. Nuestra Tercera Sección fue la que se encargó de estudiar su solicitud para iniciar las actividades pedagógicas de su organización en Rusia. ¿A que le ha soltado ese discurso sobre los genios que se ocultan en el interior de las personas subnormales? Pero basta, pongámonos a trabajar. Siéntese y acérquese a la mesa —ordenó el *chief* con un gesto a Fandorin—. Todavía le queda por delante una noche muy entretenida.

Erast Petrovich sintió un cosquilleo en el pecho, agradable e inquietante al mismo tiempo. Así le influía en el ánimo la peculiar relación que mantenía con el señor consejero de Estado.

—Su blanco de tiro es Zurov. Usted lo conoce y alguna idea se habrá hecho de él. Como sabe, no es difícil llegar a su presencia, no necesita ninguna recomendación especial. Su casa es un garito de juego y, a su modo, también un centro de conspiración. El lugar abunda en militares, húsares y varios miembros de la guardia personal del zar, pero también suele merodear por allí algún que otro elemento del hampa. Zurov poseía antes una casa similar a ésta en Petersburgo, pero después de que la policía le hiciera una visita, trasladó su domicilio a Moscú. Es un sujeto licencioso y lleva tres años ausente de su regimiento con un permiso indefinido. Bien, ahora le detallaré el objetivo de su misión. Acérquese a él cuanto pueda, estudie su círculo de amistades. ¿Quién le asegura que no puede toparse allí con ese sujeto de los ojos blancos que usted tan bien conoce? Si fuera así, no actúe por su cuenta. Con un tipo como ése no podrá arreglárselas solo. Aunque no creo que se lo encuentre... Tampoco excluyo que sea el mismo conde quien muestre interés por su persona: de hecho, ya le vio en casa de la Beyetzkaya y ella no es alguien indiferente para Zurov. Actúe según las circunstancias. Pero, eso sí, no se comprometa demasiado en el asunto. Con un hombre como ése, las bromas pueden resultar caras. Acostumbra a hacer trampas en el juego o, como dice la gente del mundillo, «abusa del tontorrón»

y, si le cogen con las manos en la masa, busca abiertamente la querella. En su cuenta constan oficialmente una decena de duelos, pero en realidad habrán sido muchos más. Y seguramente habrá herido a más de uno sin mediar siquiera un duelo. En el año setenta y dos, y es sólo un ejemplo, en la feria de Nishny Novgorod, tuvo una discusión con el comerciante Svichov a causa de las cartas. El conde perdió los estribos y tiró al barbudo comerciante por la ventana. ¡Desde un segundo piso! La víctima lo pasó muy mal; durante un mes no pudo hablar, sólo berreaba de dolor. Pero el conde salió del atolladero sin ningún problema. Tiene familiares influyentes en las altas esferas del poder. Bueno, ¿y qué es esto? —preguntó Ivan Frantzevich poniendo sobre la mesa un mazo de naipes y pasando de un tema a otro sin transición alguna, como era habitual en él.

—Una baraja de cartas —respondió Fandorin, sorprendido.

—¿Usted juega?

—No, nunca. Mi padre me prohibió incluso tocarlas con la mano. Solía decirme que a las cartas ya había perdido lo suyo, lo mío y todo lo que pudieran perder las tres generaciones siguientes de los Fandorin.

—¡Es una pena! —exclamó Brillling, visiblemente preocupado—. Si no sabe jugar, pocas migas podrá hacer usted con el conde. Está bien, coja papel y vaya tomando apuntes...

Cuatro horas después, Erast Petrovich ya distinguía sin problemas los distintos palos de la baraja, así como qué naipe valía más y cuál menos. Eso sí, se confundía un poco con las figuras: siempre olvidaba si era el caballo el que mataba a la sota, o viceversa.

—No tiene usted remedio —recapituló el *chief*—. Pero no todo está perdido. El *preferance* y otros juegos inteligentes como ése no son frecuentes en la casa del conde. Allí prefieren otros juegos más primitivos: cuanto más rápidos sean y más dinero muevan, mejor. Mis agentes me han informado de que el conde tiene especial predilección por el *stosh*, en su variante más sencilla. Ahora le enseñaré las reglas de ese juego. El que da las cartas tiene la banca. El otro juega contra ella. Los dos disponen de su propia baraja. El que juega contra la banca saca una carta de su baraja, supongamos que sea el nueve, y la deja sobre el tapete, así, boca abajo.

—Quiere decir del revés, con ese lado del dibujo rameado hacia arriba, ¿no? —precisó Fandorin.

—Exacto. Entonces el que juega contra la banca hace su apuesta: diez rublos, por ejemplo. El otro comienza a mover la banca: coge la carta que está arriba, en su baraja (que se llama «frente»), y la pone a su derecha; coge la segunda (el «libro antiguo») y la coloca a su izquierda.

«Frente-der; libro antiguo-izq», escribió aplicadamente Erast Petrovich en su cuaderno de notas.

—Entonces el que juega contra la banca levanta su nueve. Si resulta que la «frente» es también un nueve, sea del palo que sea, el que tiene la banca gana la apuesta. Eso es lo que se llama «matar el nueve». Entonces la banca, es decir, la suma sobre la que se apuesta, aumenta. Si el nueve es el «libro antiguo», es decir, la segunda carta, entonces gana el que juega contra la banca: es lo que se llama «pillar el nueve».

—¿Y si en ese par de cartas no sale ningún nueve?

—Si eso ocurre, el que tiene la banca levanta otro par de cartas, y así sucesivamente hasta que aparezca un nueve. Y eso es todo el juego. Como ve, más sencillo imposible; pero le advierto que aquí se puede perder hasta la camisa. Sobre todo si el que juega contra la banca siempre dobla la apuesta. Por tanto, métase esto en la cabeza: usted sólo debe jugar con la banca. Ya sabe, es muy sencillo: pone una carta a la derecha, otra a la izquierda; una a la derecha, otra a la izquierda. El que tiene la banca nunca va a perder más de lo que se apostó la primera vez. Así que contra la banca nunca juegue, y si le toca ese puesto porque lo echen a suertes, empiece el juego con una apuesta lo más baja posible. En el *stosh* no se pueden hacer más de cinco salidas: cuando termina la quinta, la banca se embolsa todo lo que hay en la mesa. Ahora vaya a caja y que le den doscientos rublos: para financiar las pérdidas.

—¡¿Doscientos de golpe?! —exclamó Fandorin.

—Nada de «doscientos de golpe», sino «nada más que doscientos». Haga lo imposible para que esa cantidad le dure toda la noche. Si la pierde rápidamente, no tiene por qué abandonar el lugar en el acto, puede quedarse allí un poco, conversando. Pero sin levantar sospechas, ¿está claro? Irá a jugar allí todas las tardes, hasta que consiga algún resultado en la investigación. Si se confirmara que Zurov no está implicado en el asunto, no se preocupe, eso también es un resultado. Una posibilidad menos.

Erast Petrovich movió los labios, leyendo en silencio la chuleta que se había confeccionado en el cuaderno.

—«Corazones», ¿así es como se llaman los corazones rojos?

—Exacto. A veces también les dan el nombre de «demonios» o *cuori*, de la palabra francesa *coeur*. Vaya ahora también a la sección de vestuario. Ya le tienen preparado un traje a medida, y para mañana a la hora del almuerzo tendrá un guardarropa entero: así podrá vestir de civil en cualquier ocasión que se le presente. ¡En marcha, Fandorin! Tengo otros muchos asuntos que atender. Cuando acabe en casa de Zurov, regrese aquí. Sea la hora que sea. Pasaré toda la noche aquí, en la Dirección.

Y con estas palabras, Brillling escondió la nariz entre los papeles.

Capítulo Octavo

En el que un valet de picas sale a destiempo

En la sala, saturada de humo de tabaco, los jugadores se distribuían en torno a seis mesas de juego tapizadas en verde. En algunas se congregaban hasta cuatro personas, en otras sólo dos. Y también los mirones se repartían entre las mesas, para seguir el juego de pie, como es habitual. Éstos escaseaban donde se apostaba bajo, y aumentaban allá donde la «aguja» se disparaba hacia arriba. En la casa de juego del conde no se servían ni vino ni entremeses. En caso de necesitarlos, el cliente podía salir al salón de las visitas y mandar a un lacayo a buscar lo que quisiera a la taberna más próxima. Pero los que utilizaban este servicio pedían exclusivamente champaña, y solían hacerlo sólo cuando la suerte les sonreía con una buena racha. De todos los rincones de la sala llegaban unas bruscas exclamaciones que dejaban por ignorantes a quienes no conocían la jerga de los naipes:

—*Je coupe!*

—*Je passe.*

—¡Otro par!

—*Retournez la carte!*

—Pero, señores, ¡las cartas ya están echadas!

—¡Mato el seis!

Pero donde más concurrencia había era alrededor de una mesa donde dos personas apostaban una contra otra con especial fuerza. Llevaba la banca el propio anfitrión, y contra ella jugaba un sudoroso señor que vestía una levita muy estrecha, tal y como marcaba la última moda. Era evidente que a éste último la suerte no le acompañaba: estaba muy excitado y se mordía los labios. Por el contrario, el conde era la sangre fría en persona, y la única mueca que se permitía era una sonrisa de azúcar que surgía bajo su fino bigotito negro, mientras inspiraba el humo de una combada pipa turca. Sus dedos, bien cuidados y cubiertos de rutilantes sortijas, apartaban las cartas con mucha donosura: una a la derecha, la otra a la izquierda.

Entre los mirones, humildemente en la fila de atrás, se encontraba un joven de pelo negro y mejillas sonrosadas. La expresión de su rostro delataba bien a las claras

su inexperiencia en los juegos de azar. Cualquier hombre experimentado deduciría al momento que el muchacho procedía de buena familia, que era la primera vez que ponía sus pies en un garito como aquél, y que todo lo que veía le producía una gran extrañeza. Algunos de los jugadores veteranos, con el pelo bañado en brillantina, tentaron varias veces al joven para que «clavara el ojo en algún naípe», pero pronto se sintieron decepcionados, pues las apuestas del novato eran invariablemente de cinco rublos, lo cual manifestaba claramente su decidido propósito de no «pringarse» excesivamente en el juego. El avezado músico ambulante Gromov, bien conocido por todo el mundillo del juego de Moscú, le puso un cebo al jovenzuelo y se dejó ganar los primeros cien rublos. Pero sus esfuerzos resultaron baldíos, porque al rapaz de mejillas sonrosadas no se le encandilaron los ojos ni le temblaron las manos. El nuevo cliente era a todas luces un jugador de vuelo corto, un auténtico «cobardica».

Mientras tanto, Fandorin (pues, naturalmente, de él se trataba) se esforzaba en deslizarse por la sala como una sombra, intentando que su presencia no llamara la atención de nadie. Pero esta labor de disimulo no le sirvió de gran cosa, pues no descubría nada muy interesante. En un momento dado, observó que un señor con la presencia de un pavo real escamoteaba una moneda de diez rublos de una mesa y que luego se alejaba con mucha dignidad. Escuchó la discusión de dos oficiales jóvenes que murmuraban en voz cada vez más alta en el pasillo, pero lo que oyó Erast Petrovich le resultó indescifrable: el teniente de dragones aseguraba con vehemencia que él no era el muñeco de nadie y que tampoco solía contar mentiras a sus amigos, y el corneta de húsares le echaba en cara que no era más que un «tontorrón».

Era evidente que Zurov, a cuya espalda Fandorin fue tomando posiciones poco a poco, se sentía en aquel ambiente como pez en el agua, y no como un pez cualquiera, sino más bien como un tiburón nadando en una piscina. Una palabra suya era suficiente para abortar de raíz cualquier amago de escándalo, y, en una ocasión, bastó un gesto del conde para que dos musculosos lacayos cogieran por los codos a un vocinglero que se resistía a calmarse y le pusieran inmediatamente en la calle. En cuanto a Erast Petrovich, el conde no se decidía a admitir su presencia, pese a que el joven advirtió varias veces que Zurov le dirigía subrepticamente una mirada rápida y hostil.

—Es un cinco, señor mío —informó Zurov, y por algún motivo estas palabras turbaron al otro jugador hasta la desazón.

—Doblo el pato —gritó el otro con voz temblorosa, doblando dos bordes de su carta.

Se oyó un murmullo entre los mirones, y el individuo sudoroso, apartándose un mechón de pelo de la frente, arrojó sobre la mesa una pila de billetes irisados.

—¿Qué significa «pato»? —preguntó Erast Petrovich, avergonzado y a media voz, a un viejecito con la nariz roja que estaba a su lado y le pareció el más

inofensivo de los presentes.

—Eso significa cuadruplicar la apuesta —le explicó el vecino, de buen grado—. Quiere tomar la revancha completa en el último par de cartas.

El conde exhaló una bocanada de humo con indiferencia y descubrió el naipe de la derecha, un rey, y el de la izquierda, un seis.

El que jugaba contra la banca mostró el as de corazones.

Zurov asintió con la cabeza y en el acto levantó a la derecha el as de picas y a la izquierda el rey de corazones.

Fandorin oyó cómo alguien murmuraba, admirado:

—¡Menudo artista!

Daba pena mirar al jugador sudoroso. Siguió con la vista el montón de billetes que cambiaban de propiedad, arrastrados por el codo del conde, y preguntó tímidamente:

—¿Me permitiría usted que jugara a crédito?

—No, no se lo permito —respondió Zurov con indolencia—. ¿Y bien, quién de entre ustedes desea jugar, señores?

Su mirada se detuvo bruscamente en Erast Petrovich.

—Usted y yo nos conocemos, ¿no es verdad? —preguntó el anfitrión con una sonrisa de desagrado—. El señor Fedorin, si no me equivoco.

—Fandorin —corrigió Erast Petrovich, ruborizándose lamentablemente.

—Perdón. ¿Y qué hace usted aquí mirando todo el rato con sus impertinentes? ¿Sabe?, no estamos en ningún teatro. Ya que ha venido, siéntese a jugar. ¡Tenga la merced! —acabó, señalándole la silla que había quedado libre.

—Elija usted la baraja —le susurró el simpático viejete a Fandorin en la oreja.

Erast Petrovich tomó asiento y, siguiendo el consejo, exigió con tono decidido:

—Le pido, excelencia, que me permita tener la banca. A fin de cuentas, soy novato en estas lides. Y también escogeré las barajas... Ésta y ésta otra —dijo, tomando de la bandeja los dos mazos de naipes que se encontraban en la parte inferior.

Zurov le lanzó una sonrisa aún más desagradable:

—Qué remedio, señor novato, aceptemos sus condiciones; pero sólo con una por mi parte: si hace saltar la banca, no se vaya a toda prisa. Concédame también a mí la posibilidad de tenerla. ¿Qué apostamos?

Fandorin vaciló, y el arrojo le abandonó tan súbitamente como antes le había asaltado.

—¿Cien rublos? —preguntó con timidez.

—¿Bromea? Esto no es una taberna.

—Bueno, que sean trescientos. —Y Erast Petrovich colocó en la mesa todo el dinero que llevaba consigo, incluidos los cien rublos que había ganado minutos antes.

—*Le jeu n'en vaut pas la chandelle* —dijo el conde encogiéndose de hombros—. Bien, como apuesta inicial, vale.

Extrajo una carta de su baraja y arrojó negligentemente sobre ella tres billetes de cien rublos.

—Voy a por todo.

La «frente» a la derecha, recordó Erast Petrovich, y depositó cuidadosamente a su derecha la dama de corazones, y a su izquierda, el siete de picas.

Ippolit Aleksandrovich dio la vuelta con dos dedos a su carta y arrugó un poco el entrecejo. Era la dama de rombos (rojos).

—¡Vaya con el novato! —silbó alguien—. ¡Con qué facilidad ha pescado la dama!

Fandorin barajó torpemente los naipes.

—¡Voy a todo! —dijo el conde con tono burlón tirando seiscientos rublos sobre la mesa—. ¡Bah, si no te arriesgas, nunca beberás champaña!

«¿Cómo se llamaba la carta que se colocaba a la izquierda?». Erast Petrovich no lograba recordarlo. «Sí, ésta se llama “frente”, pero ¿y la segunda...? ¡Demonios, qué situación tan incómoda!». ¿Cómo iba a preguntarlo? Y mirar la chuleta parecería poco serio.

—¡Bravo! —gritaron los espectadores—. Conde, *c'est un jeu intéressant*, ¿no lo cree?

Fue entonces cuando Erast Petrovich descubrió que había ganado de nuevo.

—¡Bueno, basta ya de «francesear»! ¡La verdad, qué estúpida costumbre ésa de meter en el habla rusa frasecitas en francés! —Zurov, enojado, se volvió hacia el que había hablado, a pesar de que él mismo utilizaba continuamente giros franceses—. ¡Dé cartas, Fandorin, dé cartas! Que un naipe no es un caballo, y antes del amanecer la suerte caerá de mi lado. ¡Voy a por todo!

A la derecha, un *valet*, la «frente»; a la izquierda, un ocho. «Y esto se llama...».

Ippolit Aleksandrovich levantó un diez. Y Fandorin le pisó de nuevo en la cuarta mano.

La mesa ya estaba cercada de mirones por todas partes, y la buena suerte de Erast Petrovich fue valorada en todo su mérito.

—¡Fandorin, Fandorin!... —farfulló distraídamente Zurov tamborileando con los dedos sobre su baraja.

Al fin se decidió a extraer un naipe y apartó de su montón dos mil cuatrocientos rublos.

El seis de picas apareció en la «frente» ya en el primer par de cartas.

—¡¿Y qué apellido es ese que usted gasta?! —exclamó el conde, que se había enfurecido de pronto—. ¡Fandorin! ¿Viene de los griegos o qué? ¡Fandorakis! ¡Fandoropulos!

—¿Y por qué de los griegos? —Erast Petrovich se ofendió. Aún tenía frescas en la memoria las burlas que le hacían los compañeros de su clase a costa de su apellido («el Avellano», ése era el mote que le habían endosado a Fandorin en sus tiempos de gimnasio)—. Mi familia es tan rusa como pueda serlo la suya, conde. Ya hubo Fandorines que lucharon al servicio de Aleksei Mijailovich.

—¡Por supuesto! —terció con viveza el viejo de las narices coloradas, el que con tan buena intención había aconsejado antes a Erast Petrovich—. Y en tiempos de la zarina Catalina la Grande también existió un Fandorin que dejó escritas unas memorias interesantísimas.

—Memorias, memorias, y yo ahora dando vueltas en la noria... —rimó Zurov con tono hosco, poniendo una colina de billetes sobre la mesa—. ¡A por la banca entera! ¡Dé usted cartas, el demonio se lo lleve!

—*Le dernier coup, messieurs!* —dijo uno de los mirones.

Todos contemplaron con avidez los dos montones de billetes arrugados, de los cuales era igual de voluminoso el que había ganado la banca como el que aún le quedaba a su contrincante.

En un silencio sepulcral, Fandorin abrió dos barajas nuevas intentando recordar la palabra que buscaba desde hacía rato. «¿Frambuesa? ¿Limonero?».

A su derecha levantó un as, a su izquierda otro más. Zurov sacó un rey. A la derecha una dama, a la izquierda un diez. A la derecha un *valet*, a la izquierda otra dama. «¿Y qué valía más: el *valet* o la dama?».

A la derecha un siete, a la izquierda un seis.

—¡No me echen el resuello en el cogote! —gritó el conde con rabia, y los mirones retrocedieron y se apartaron un poco de él.

A la derecha un ocho, a la izquierda un nueve. A la derecha un rey, a la izquierda un diez. ¡Un rey!

Alrededor de la mesa, la gente aullaba y reía. Ippolit Aleksandrovich permaneció sentado, como si le hubiera dado un pasmo.

«Libro antiguo —recordó súbitamente Erast Petrovich, y sonrió satisfecho—. La carta de la izquierda se llama “libro antiguo”. ¡Vaya nombre tan raro!».

De pronto, Zurov se inclinó sobre la mesa y, con unos dedos que parecían de acero, apretó las mejillas de Fandorin, formándole una trompeta con los labios.

—¡No se atreva a reírse con ese tono burlón! ¡Si ha ganado una buena cantidad de dinero, al menos compórtese civilizadamente! —gruñó el conde con voz rabiosa, acercándose a él hasta casi rozarle.

Sus ojos, inyectados en sangre, infundían pavor. De repente, le propinó a Fandorin un manotazo en la barbilla y se echó hacia atrás, se retrepó en la silla y cruzó las manos chulescamente sobre el pecho.

—¡Eso ya es demasiado, conde! —exclamó uno de los oficiales.

—¿Le parece, acaso, que esté huyendo? —susurró Zurov entre dientes sin apartar la vista de Fandorin—. Si alguien se siente ofendido, aquí estoy yo, dispuesto a lo que guste.

Un silencio sepulcral reinó de pronto.

A Erast Petrovich le zumbaban horribilmente los oídos, pero sólo temía una cosa: quedar como un cobarde. Bueno, y también que su voz temblara y le delatase.

—Usted es un canalla indecente y lo único que pretende es no pagar su deuda —le espetó Fandorin sin poder impedir que le temblara la voz, aunque eso ya no importaba—. Le reto a duelo.

—¿Qué, haciéndose el héroe delante del público? —preguntó Zurov, haciendo una mueca con los labios—. Pues ya veremos cómo baila delante del cañón de una pistola. Bien, que sea a veinte pasos, y en línea. Cada uno podrá disparar cuando quiera, pero luego, sin falta, deberá volver a la línea. ¿No tiene miedo?

«Sí que lo tengo —pensó Erast Petrovich—. Ajtirtzev aseguró que el conde era capaz de acertarle a una moneda de cinco kopecs a veinte pasos de distancia, pero no dijo que apuntara a la frente. Será peor si sólo me da en el vientre».

Fandorin se contrajo convulsivamente. Nunca había tocado una pistola de duelo. En cierta ocasión, Ksaveri Feofilaktovich le llevó al campo de tiro de la policía a disparar con un Colt, pero lo de ahora era muy diferente. «Me matará, y moriré por nada. Sabe hacer bien su trabajo, no hay duda. Delante de un montón de testigos. Una pelea jugando a las cartas, un caso de lo más habitual. El conde pasará un mes arrestado en la comisaría, y luego, a la calle. Tiene parientes poderosos, y Erast Petrovich, a nadie. Meterán al oficial de registro en un ataúd de tablas, abrirán un agujero en la tierra y nadie le acompañará en el entierro. Bueno, quizá Grushin y Agrafena Kondratievna. Lizanka leerá la noticia en el periódico y puede que piense, de pasada: “¡Vaya, con lo delicado que parecía ese policía, y tan joven!” Pero ni eso siquiera, porque seguro que Emma no le permite hojear ningún periódico. Y el *chief*, como si lo estuviera oyendo, seguro que dirá: “¡Y yo que creí en él, en ese idiota; pero va y cae en la trampa como un chorlito! ¡Se le antojó un duelo... y se fue a criar malvas!”. Y encima soltará un escupitajo, lo estoy viendo».

—¿Por qué calla? —preguntó Zurov con una sonrisa cruel—. ¿Se le han pasado las ganas de disparar?

Pero justo en aquel momento Erast Petrovich tuvo una idea auxiliadora. «El duelo no puede celebrarse ahora mismo: lo más pronto, mañana al amanecer. Naturalmente, salir corriendo ahora y pedir ayuda al *chief* sería una cobardía indigna. Pero Ivan Frantzevich ha dicho que había otros policías trabajando en la pista de Zurov. Es posible que aquí mismo, en esta sala, el *chief* tenga a alguno de sus muchachos». El reto debía mantenerlo, estaba en cuestión su palabra. Pero nada impedía que dentro de unas horas, al amanecer, la policía visitase de improviso al conde y lo arrestase por

mantener abierto un garito de juego. ¿Qué culpa tendría Fandorin en eso? Además, a lo mejor ni llegaba a enterarse: el mismo Ivan Frantzevich se haría cargo de la situación y actuaría en consecuencia sin necesidad de consultar con él.

Tenía, pues, la salvación al alcance de la mano. Pero la voz de Erast Petrovich adquirió de pronto vida propia, una total independencia de la voluntad de su propietario. Parecía como si se hubiera impregnado de algo extraordinario y, cosa curiosa, dejó de temblarle en aquel preciso instante:

—No, no he perdido las ganas. Pero ¿por qué dejarlo hasta mañana? Celebrémoslo ahora mismo. ¿Acaso no dicen, conde, que usted dispara todas las mañanas a monedas de cinco kopecs, precisamente a una distancia de veinte pasos? —Zurov comenzó a ponerse rojo como un tomate—. ¡Pues probemos ahora de otra manera, si no se acobarda! —«¡Mira qué a propósito viene aquí el relato de Ajtirtzev, como anillo al dedo! ¡Ni siquiera hay que inventar nada! ¡Todo está pensado ya!»—. Nos lo jugamos a suertes, y quien pierda sale al patio y se pega un tiro. Sin líneas de duelo que valgan. Así nadie podrá pedirle cuentas al que sobreviva. El hombre tuvo mala suerte y fue y se pegó un tiro, ocurre muchas veces. Y estos señores aquí presentes darán su palabra de guardar el secreto. ¿No es así, caballeros?

Los señores de la sala comenzaron a discutir. Mantenían opiniones diferentes; unos manifestaban su disposición inmediata a prestar el juramento, y otros, por el contrario, proponían que se olvidara la disputa y se bebiera por la resolución del pleito. Un comandante con unas enormes orejas llegó a exclamar: «¡Vaya bravura la de este muchacho!». Y la frase infundió aún más ardor a Erast Petrovich.

—¿Y bien, conde? —interpeló con temeraria petulancia, definitivamente sin freno alguno—. ¿Acaso encuentra más fácil acertar a una moneda de cinco que a su propia cabeza? ¿O acaso no le gusta mancharse?

Zurov permanecía callado, mirando con curiosidad al envalentonado joven, aunque parecía como si también calculase algo.

—¡Qué remedio me queda! —exclamó al fin con una sangre fría poco habitual—. ¡Acepto la propuesta! ¡Jean!

Un presto lacayo acudió rápidamente a la llamada del conde. Ippolit Aleksandrovich le ordenó:

—Un revólver, una baraja nueva y una botella de champaña. —Y luego le musitó algo más al oído.

A los dos minutos, Jean regresó con una bandeja. El lacayo tuvo que abrirse paso a codazos, porque ahora sí que todos los presentes se habían congregado en torno a la mesa.

Con un movimiento ágil y relampagueante, Zurov abrió el tambor del Lefauchaux de doce tiros y mostró que todas las balas estaban en su sitio.

—Aquí está la baraja. —Sus dedos abrieron con un agradable chasquido la tupida

envoltura de las cartas—. Ahora me toca a mí repartir las cartas. —Y se echó a reír, pasando, al parecer, a una fase de excelente estado de ánimo—. Las reglas son sencillas: el primero que saque una carta de palo negro será el que se meta una bala en el cerebro. ¿Está de acuerdo?

Fandorin asintió con la cabeza en silencio. Pero de pronto comprendió que Zurov iba a engañarlo, a embaucarlo monstruosamente en un abrir y cerrar de ojos, y que ya podía considerarse hombre muerto, con más seguridad todavía que en un duelo a veinte pasos. Sí. El taimado Ippolit había jugado mejor que él, le había ganado definitivamente la partida. ¡Qué fácil le resultaría a un tahúr de su calibre sacar el naipe salvador, y mucho más utilizando su propia baraja! ¡Seguro que tenía un montón de cartas marcadas!

Mientras tanto, Zurov, tras santiguarse con mucho arte de cara a la galería, levantó el primer naipe. Salió la dama de rombos rojos.

—¡Ésta es Venus! —Sonrió el conde con descaro—. ¡Mi eterna protectora! Su turno, Fandorin.

Protestar o discutir a aquellas alturas resultaba humillante. La petición de una baraja nueva, demasiado tardía. Y la lentitud en levantar la carta, vergonzosa.

Entonces Erast Petrovich alargó la mano y levantó el *valet* de picas.

Capítulo Noveno

Donde a la carrera de Fandorin se le abren fabulosas perspectivas

—Y éste es Momo, es decir, el loco —aclaró Ippolit, regodeándose en la frase—. Ah, pero llega tarde. ¿Qué, beberá algo de champaña para infundirse valor o prefiere salir inmediatamente al patio?

Erast Petrovich permanecía sentado con la cara muy roja. Le ahogaba la rabia, pero no contra el conde sino contra sí mismo, por ser tan idiota. Un tonto como él no merecía vivir.

—Prefiero hacerlo ahora, aquí mismo —masculló en un arranque de furor, decidiendo que al menos le ensuciaría la casa a su anfitrión—. Y que ese criado suyo tan hábil friegue luego el suelo. En cuanto al champaña, permítame rechazarlo, me da dolor de cabeza.

Y, con la misma gravedad, intentando no pensar en nada, Fandorin cogió el pesado revólver, levantó el percutor y, tras dudar un segundo en qué sitio sería mejor pegarse el tiro —aunque eso poco importaba—, se metió el cañón en la boca y, contando mentalmente «tres, dos, uno», apretó el gatillo con tanta fuerza que se aplastó la lengua con el cañón del arma. Pero ésta no se disparó, tan sólo se oyó un chasquido seco. Sin comprender muy bien lo que pasaba, Erast Petrovich apretó otra vez el gatillo, y de nuevo se oyó el chasquido, sólo que en esta ocasión el cañón le rechinó en los dientes.

—¡Bueno, basta, ya es suficiente! —dijo Zurov, que le quitó la pistola de las manos y le palmeó la espalda con fuerza—. ¡Qué chico tan valiente! ¡Ha apretado el gatillo sin tomar siquiera un trago para infundirse ánimos, sin la menor histeria! Qué excelente generación es ésta que nos viene pisando los talones, ¿eh, señores? ¡Jean, sirve champaña a nuestros invitados! ¡Fandorin y yo brindaremos con nuestras copas en señal de amistad!

Embargado por una extraña abulia, Erast Petrovich le hizo caso. Bebió con indolencia el líquido burbujeante hasta apurar la copa y, con la misma apatía, se besó con el conde, quien le pidió que a partir de entonces le llamara simplemente Ippolit.

Los presentes gritaban y reían alborozados, pero sus voces llegaban a Fandorin de una manera un poco confusa. El gas del champaña le hacía cosquillas en la nariz y se le saltaron las lágrimas.

—¡Vaya con Jean! —rio el conde a carcajadas—. No ha necesitado más que un minuto para suprimir todas las asperezas. Menudas mañas se gasta, ¿eh, Fandorin?

—Sí, es un verdadero talento —convino Erast Petrovich con displicencia.

—¡Bueno, bueno! ¿Y tú cómo te llamas?

—Erast.

—Ven conmigo, Erast de Rotterdam, acompáñame a mi despacho a brindar con coñac. ¡Ya estoy harto de ver a estos jetas de aquí!

—Erasmus —corrigió mecánicamente Fandorin.

—¿Cómo, qué dices?

—Que no es Erast, sino Erasmus.

—¡Ah, perdona! No lo había oído bien. ¡Venga, vamos, Erasmus!

Fandorin, obediente, se levantó y siguió a su anfitrión. Tras recorrer un largo pasillo que dejaba a los lados varias habitaciones, llegaron por fin a un despacho de planta circular. Allí reinaba un caos enorme: chibuquies, pipas de fumar y alguna que otra botella vacía tirada en el suelo; unas espuelas de plata enseñoreándose de la mesa, y, en un rincón, una elegante silla de montar inglesa, arrumbada allí por alguna razón inexplicable. Erast Petrovich no comprendía por qué motivo el conde había bautizado aquel cuarto con el nombre de «despacho», puesto que por allí no se veía ningún libro ni pertenencia personal relacionada con la escritura.

—Bonita silla de montar, ¿eh? —alardeó Zurov—. La gané ayer en una apuesta.

Llenó las copas con un vino de color castaño, escanciando directamente de una panzuda botella. Luego se sentó al lado de Fandorin y, con voz muy seria, íntima incluso, comenzó a perorar:

—¡Oye, perdóname por la broma que te he gastado! Me aburro, Erasmus. Siempre hay mucha gente a mi alrededor, pero ningún hombre de verdad. Tengo veintiocho años, Fandorin, pero me pesan como sesenta. Sobre todo por las mañanas, al despertarme. Las tardes y las noches, bueno, se pueden soportar más o menos: monto un poco de ruido, hago algunas calaveradas. Pero la verdad es que me siento asqueado. Antes no me pasaba, pero ahora todo me resulta cada vez más desagradable. ¿Me creerías si te dijera que hace un rato, cuando sacábamos las cartas, pensé de pronto que estaría bien eso de pegarme un tiro de verdad? Aunque así, entiendes, ha sido más emocionante... ¿Por qué sigues tan callado? Olvídalo, Fandorin, no sigas enfadado conmigo. No sabes cuánto me gustaría que dejaras de guardarme rencor. ¿Qué puedo hacer para que me perdones, eh, Erasmus?

Erast Petrovich, con una voz estropajosa pero perfectamente nítida, le espetó al instante:

—Háblame de ella. De la Beyetzkaya.

Zurov se apartó de la frente un mechón de pelo.

—¡Ah, sí, me había olvidado! ¡Tú también formas parte de la cola del vestido!

—¿De qué, dices?

—Bueno, así es como lo llamo yo. Amalia es una auténtica reina, ya sabes, y siempre necesita tener una buena cola. De hombres, me refiero. Cuanto más larga, mejor. Deseo darte un buen consejo: quítatela de la cabeza si no quieres perderte. Olvídate de ella.

—No puedo —respondió honestamente Erast Petrovich.

—Todavía eres un niño de pecho y Amalia es muy capaz de llevarte a la fosa, como ya ha hecho con tantos. Quizá por eso se haya encaprichado de mí, porque no me dejo arrastrar. Y es que yo no necesito a nadie para cavarme mi propia sepultura. Seguro que no sería tan profunda como la de ella, pero no importa, bastaría para mí.

—¿Tú la amas? —preguntó abiertamente Erast Petrovich con el derecho de una persona ofendida.

—Más bien le tengo miedo —sonrió, lúgubrementemente, Ippolit—. La temo más que la quiero. Además, no creo que a eso se le pueda llamar amor. ¿Has fumado opio alguna vez?

Fandorin negó con la cabeza.

—Si lo pruebas, ya nunca lo sueltas. Pues ella es como el opio. ¡No me suelta! Sé que me desprecia, que me tiene por poca cosa, pero también sé que ha visto algo en mí. ¡Para mi desgracia! ¿Sabes?, me alegro de que se haya ido. ¡Con Dios y muy buenas! A veces he llegado a pensar en matar a esa bruja. Sería capaz de ahogarla con mis propias manos, así dejaría de mortificarme. Y ella lo sabe perfectamente, porque ¡hermano mío, Amalia es muy lista! Quizá por eso me quiera: porque sabe que juega con fuego; ahora lo apago, ahora lo enciendo. Y siempre tiene muy presente que si el fuego se convierte en un incendio, ella también perderá la cabeza. ¿Si no, qué otra cosa podría querer de mí?

Erast Petrovich pensó con envidia que el hermoso Ippolit, aquel loco temerario, tenía muchas cosas que interesaban a las mujeres sin necesidad de ningún incendio. Estaba seguro de que a un hombre como él nunca le faltaría la compañía femenina. ¿Por qué poseerían ese don los hombres calavera? Pero esa reflexión no tenía nada que ver con sus pesquisas. Su deber consistía ahora en hacer preguntas que ayudaran a resolver el caso.

—¿Quién es ella realmente? ¿De dónde viene?

—No tengo ni idea. No le gusta dar explicaciones. Sólo sé que creció en algún lugar del extranjero. En Suiza, creo, en un internado, o algo parecido.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Erast Petrovich sin hacerse demasiadas ilusiones.

Pero Zurov tardó bastante en responder, y a Fandorin se le heló la sangre aguardando.

—¿Tan atrapado te tiene? —se interesó hoscamente el conde, y una mueca, pasajera y hostil, descompuso su bello y caprichoso rostro.

—¡Sí!

—Está claro, la mariposa que se siente atraída por la luz de la vela no puede evitar quemarse...

Ippolit comenzó a buscar algo en la mesa, entre barajas de cartas, pañuelos arrugados y facturas de tiendas.

—¿Dónde se habrá metido, demonios? ¡Ah, ya recuerdo!... —Abrió un cofrecito japonés barnizado que presentaba una mariposa nacarada en la tapa—. Toma. Llegó por correo.

Con manos temblorosas, Erast Petrovich cogió un sobre estrecho, donde con trazo oblicuo e impetuoso aparecía escrito: «Para su excelencia el conde Ippolit Zurov, callejón Jakov-Apostolsky, residencia privada». A juzgar por el matasellos, la carta había sido enviada el 16 de mayo, el mismo día de la desaparición de la Beyetzkaya.

En su interior había una nota, corta y sin firma, escrita en francés:

Me veo obligada a partir sin despedirme de ti. Escríbeme a Londres, Gray Street, hotel Winter Queen, a la atención de la señorita Olsen. Espero noticias. Y no te atrevas a olvidarme.

—¡Ya lo creo que me atreveré! —aseguró Ippolit en un tono ardiente y amenazador que se desvaneció de inmediato—. Al menos, por intentarlo que no quede... Puedes llevártela, Erasm. Haz con ella lo que quieras... Pero ¿adónde vas?

—Me marcho —contestó Fandorin, guardándose el sobre en el bolsillo—. Tengo prisa.

—Como desees. —El conde movió compasivamente la cabeza—. Adelante, vuela hacia el fuego. Es tu vida, no la mía.

Una vez en el patio, Jean alcanzó a Erast Petrovich con un paquetito en la mano.

—Tome, señor, se lo olvidaba.

—¿Qué es? —le miró enfadado un Fandorin con prisas.

—¿Bromea? Son sus ganancias. Su excelencia me ordenó que le alcanzara sin falta y se lo entregara.

Erast Petrovich tenía un sueño muy extraño.

Estaba sentado ante su pupitre, en la clase de su gimnasio provincial. A menudo le asaltaban sueños inquietantes y desagradables como aquél. Todavía era un estudiante «navegando a merced de la tormenta», delante de la pizarra, en la clase de

física o de álgebra. Pero esta vez no se trataba de un simple sueño melancólico, sino de algo verdaderamente espantoso. Fandorin no podía comprender la causa del miedo que le atenazaba. Porque ahora no estaba de pie, junto a la pizarra, sino sentado a su pupitre y rodeado por sus compañeros de curso: Ivan Frantzevich; Ajtirtzev; un joven agraciado de frente alta y pálida, ojos castaños y mirada insolente (Erast Petrovich reconoció en él a Kokorin); otros dos estudiantes con sus mandiles blancos, y alguien más, que estaba vuelto de espaldas. Fandorin temía a este último y procuraba no mirarle. En cambio, volvía continuamente la cabeza para ver a las dos muchachas que también se encontraban en el aula: una era morena y la otra rubia. Estaban sentadas a sus pupitres, con sus delicadas manos colocadas modosamente hacia delante. Una de las jóvenes era Amalia, y la otra, Lizanka. La primera le observaba con sus ojitos negros y ardientes, y le sacaba la lengua, mientras la segunda le sonreía con timidez, entornando sus sedosas pestañas.

Erast Petrovich advirtió de pronto que la persona que estaba de pie, junto a la pizarra, era *lady* Esther, y al instante lo comprendió todo: era aquel nuevo método pedagógico inglés que permitía a los chicos y a las chicas estudiar juntos.

Y estaba muy bien. Pero *lady* Esther, como si hubiera leído sus pensamientos, sonrió sombríamente y dijo: «No, esto no es un curso mixto, sino una clase de huérfanos. Todos ustedes son huérfanos y mi obligación es conducirlos por el buen camino». «Perdone, señorita —intervino Fandorin, sorprendido—, pero a mí me consta que Lizanka no es huérfana, sino la hija de un consejero en activo». «¡Ah, *my sweet boy!* —sonrió la dama, con una expresión aún más afligida—. Cierto, pero es una víctima inocente, y eso es lo mismo que quedarse huérfano». Fue entonces cuando aquel alumno terrorífico, el que se sentaba más adelante y le daba la espalda, se volvió poco a poco y, mirándole fijamente a los ojos, le susurró: «Me llamo Azazel y yo también soy huérfano. —Le guiñó los ojos con complicidad y, ya completamente desatado, continuó, ahora con la voz de Ivan Frantzevich—: Por eso, mi joven amigo, me veo obligado a matarle, muy a mi pesar... ¡Eh, Fandorin, no se quede ahí sentado como un bobo! ¡Fandorin!».

—¡Fandorin! —alguien zarandéó por el hombro a Erast Petrovich, que seguía sumido en aquella torturadora pesadilla—. ¡Despierte, que ya es de día!

Erast se sobresaltó, dio un respingo y giró la cabeza. Sí, se había quedado dormido en el despacho del *chief*, en la silla y apoyando la cabeza sobre la mesa, completamente rendido. Las cortinas estaban descorridas y una radiante luz matutina entraba a raudales por la ventana. De pie, a su lado, se hallaba Ivan Frantzevich, que por alguna razón iba vestido como un pequeño burgués: gorra con visera de tela, caftán fruncido y unas botas de fuelle, por cierto, completamente manchadas de barro.

—¿Qué, no ha podido esperarme y se ha dormido como un ceporro? —preguntó

alegremente el *chief*—. Perdóneme el disfraz, pero tuve que ausentarme repentinamente por un asunto impostergable. Venga, lávese un poco y reaccione de una vez. ¡Rápido!

Camino del lavabo, Fandorin comenzó a recordar los sucesos de la noche anterior y cómo, tras abandonar apresuradamente la casa de Ippolit, brincó a una calesa y ordenó al somnoliento cochero que le condujera a la calle Miasnitzkaya. Estaba impaciente por comunicarle al *chief* el éxito obtenido, pero no encontró a Brillig en su despacho. Hizo una gestión urgente y luego se sentó a esperar en la oficina. Pero poco a poco, sin apenas advertirlo, se quedó completamente dormido.

Cuando regresó al despacho, Ivan Frantzevich ya se había cambiado de ropa: ahora vestía un traje claro y bebía un té con limón. Otro vaso humeaba en un portavasos de plata frente a él, y a su lado, también sobre la mesa, había una fuente con rosquillas y unos bollitos de pan.

—Desayunemos mientras hablamos —propuso el *chief*. Ya estoy al tanto de sus aventuras de anoche, pero tengo algunas preguntas que formularle.

—¿Quién le ha informado? —preguntó compungido Erast Petrovich, que ya se había hecho la agradable idea de contárselo todo, omitiendo, eso sí, algunos detalles.

—Había otro de mis hombres en la casa de Zurov. He vuelto hace más de una hora, pero me dio pena despertarle, o sea, que me he sentado a leer el informe del otro agente. Una lectura verdaderamente entretenida. Tanto, que ni me he acordado de cambiarme de ropa.

A continuación, golpeó con la mano unas hojas rellenas con letra menuda.

—Es un oficial muy sensato, pero redacta con un estilo terriblemente florido. Se tiene por un talento literario; escribe en los periódicos con el pseudónimo de «Máximus Perspicaz» y sueña con hacer carrera de censor. Escuche esto, verá qué interesante. Vamos a ver, ¿dónde está?... ¡Ah, aquí!

Descripción del objetivo. Nombre: Erasm von Dorn o von Doren (oído al vuelo). Edad: no más de veinte años. Descripción física: altura, 1,77 metros; constitución corporal, delgada; cabello, liso y moreno; sin barba ni bigote, y tampoco parece que se los haya afeitado; ojos de color azul muy vivo, demasiado próximos a la nariz, algo oblicuos en los vértices; la piel, blanca y limpia; la nariz, fina y proporcionada; las orejas, pequeñas, bien pegadas atrás, con los lóbulos cortos. Un detalle característico: tiene las mejillas siempre ruborizadas. Impresiones personales: un típico representante de nuestra depravada y licenciosa, excelsa joven generación, con un instinto poco común en un novato como él. Después de los acontecimientos ya mencionados, se retiró en compañía del jugador al despacho de este último. La entrevista duró veintidós minutos. Hablaron en tono calmo, con algunas

pausas. Detrás de la puerta resultaba casi imposible escuchar nada, pero pude distinguir claramente la palabra «opio» y, después, algo más referente a un «fuego». Consideré absolutamente necesario someter a seguimiento a Von Doren, pero éste, al parecer, advirtió mi presencia y, con gran habilidad, supo desembarazarse de mí tomando una calesa. Propongo que...

—El resto carece de interés —dijo el *chief* mirando con curiosidad a Erast Petrovich—. Bueno, dígame, ¿de qué opio hablaron allí? Ande, no me torture más, estoy en ascuas...

Fandorin resumió brevemente lo tratado en la entrevista con Ippolit y después le mostró la nota manuscrita. Brillling le escuchó concentrado y con suma atención, le hizo algunas preguntas esclarecedoras y luego permaneció en silencio, de pie junto a la ventana. Calló un buen rato, un minuto más o menos. Erast Petrovich aguardó sentado, también en silencio, temiendo interrumpir el razonamiento mental de su *chief* pese a que tenía algunas observaciones que hacer.

—Estoy muy satisfecho de usted, Fandorin —manifestó al fin el *chief* abandonando su ensimismamiento—. Ha demostrado una eficacia impresionante. Veamos, en primer lugar, está claro que Zurov no tiene relación alguna con el crimen y que tampoco ha sospechado lo más mínimo de su verdadera identidad. De otra manera, ¿cree que le habría facilitado la dirección de Amalia? Eso, por tanto, nos permite desechar completamente nuestra tercera hipótesis. En segundo lugar, ha dado usted pasos de gigante en la versión relativa a la Beyetzkaya. Ahora ya sabemos dónde encontrar a nuestra dama. ¡Bravo! Pondré a trabajar a todos los agentes que han quedado libres, incluido usted mismo, en la investigación de la cuarta teoría, que ahora sí parece la más importante. —Y apuntó con un dedo en dirección a la pizarra, allí donde, rodeadas por un círculo, las iniciales «ON» destacaban con el blanco de la tiza.

—Pero ¿qué dice? —preguntó, inquieto, Fandorin—. *Chief*, si me permite...

—Esta noche he seguido una pista muy interesante que me ha llevado a una dacha de las afueras de Moscú —informó Ivan Frantzevich, sin poder ocultar su satisfacción (ahora se explicaba por qué tenía las botas manchadas de barro)—. Era el punto de reunión de un grupo de revolucionarios y, ciertamente, de los más peligrosos. Por lo visto, incluso Ajtirtzev estaba conectado con el grupo. Trabajaremos sobre esa pista. Todos los agentes de que pueda disponer serán pocos. A mi entender, a la variante Beyetzkaya le falta toda perspectiva. Al menos, no será la que nos conduzca al éxito de esta operación. Pediremos a nuestros colegas ingleses, por vía diplomática, que retengan a esa señorita Olsen para conseguir algunas aclaraciones, y ahí acabará todo.

—¡De ninguna manera! ¡Precisamente eso es lo que no hay que hacer! —gritó Fandorin, y lo hizo con tanta vehemencia que dejó a Ivan Frantzevich con la boca

abierta.

—¿Y por qué no?

—¿Pero es que no ve usted que en este caso todo confluye hacia un mismo punto? —repuso Erast Petrovich, hablando rápidamente para evitar que le interrumpiera—. Es cierto que no tengo mucha idea sobre los nihilistas esos, y comprendo que se trata de algo muy importante. Pero la variante Beyetzkaya también tiene su importancia, también es una cuestión de estado. Mire, Ivan Frantzevich, vea en qué situación nos encontramos. Punto uno. La Beyetzkaya ha huido a Londres. —Ni él mismo se daba cuenta de hasta qué punto había asimilado la forma de expresarse de su *chief*—. Su mayordomo, también de nacionalidad inglesa, tiene una pinta de lo más sospechosa: un tipo como ése es capaz de degollar a cualquiera sin pestañear siquiera. Punto dos. El hombre de los ojos blancos, el que mató a Ajtirtzev, hablaba con acento extranjero y también tenía el aspecto físico de un inglés. Punto tres. Y por último, punto cuatro. *Lady Esther* es sin duda una buenísima persona, pero también es inglesa, y, dígame lo que se diga, ¡se ha hecho con toda la herencia de Kokorin! ¡Porque resulta evidente que la Beyetzkaya inclinó intencionadamente a sus admiradores a testar en favor de la baronesa!

—*Stop, stop...* —Brilling frunció el entrecejo—. ¿Adónde quiere llegar usted? ¿A un asunto de espionaje?

—¡Está clarísimo! —Erast Petrovich pegó una palmada—. Chanchullos ingleses. Usted sabe perfectamente cómo están en la actualidad nuestras relaciones con Inglaterra. No quiero decir que *lady Esther* esté implicada en esto. Seguramente no sabrá nada. ¡Pero pueden estar utilizando su institución como tapadera, como un caballo de Troya para penetrar en Rusia!

—Pues claro —sonrió irónicamente el *chief*—. Como la reina Victoria y el señor Disraeli han conseguido tan poco oro en África y tan pocos diamantes en la India, deberemos darles como limosna la fábrica de paños de Petrusha Kokorin y las tres mil desiatinas de tierra de Nikolenka Ajtirtzev.

Fue entonces cuando Fandorin descubrió el as que guardaba en la manga:

—¡Ni fábrica ni dinero! ¿Recuerda usted el inventario de sus propiedades? ¡Al principio tampoco yo caí en la cuenta!

Kokorin era dueño, entre otras muchas empresas, de un astillero en Libava, y allí van muchos de los pedidos militares del gobierno. Me he informado sobre el asunto.

—¿Y cuándo ha tenido tiempo para eso?

—Mientras le esperaba. Pedí informes por telégrafo al Ministerio de la Marina. Allí también hacen guardia por la noche.

—Bueno, ¿y qué más?

—Pues que Ajtirtzev, además de esas desiatinas de tierra, varias casas y otros capitales, también posee una explotación petrolífera en Bakú, que heredó de su tía. Y

he leído en los periódicos cuántas ganas tiene Inglaterra de echarle el guante al petróleo del Caspio. ¡Y por esa vía lo conseguirán, y por los medios más legales! Lo habían planeado para no perder de ningún modo: o el astillero de Libava o el petróleo del Caspio. ¡Resultara como resultara, los ingleses se llevaban algo! Usted haga lo que quiera, Ivan Frantzevich, para eso es el *chief* —se acaloró Fandorin—, pero yo no pienso dejar este asunto así como así. Cumpliré todas las tareas que usted me encomiende, pero en mi tiempo libre seguiré escarbando en esta hipótesis. ¡Y escarbaré hasta verificarla!

El *chief* se acercó otra vez a la ventana y su silencio fue entonces todavía más prolongado. Erast Petrovich sentía los nervios a punto de estallar, pero se mantenía firme en su actitud.

Por fin, Brillling suspiró y comenzó a hablar lentamente, titubeando, como si aún estuviera pensando qué decisión debía tomar.

—Estoy convencido de que es un disparate. Edgar Allan Poe, Eugène Sue. Coincidencias sin sentido. Pero tiene usted razón en algo: no vamos a dirigir petición alguna a los ingleses... Ni tampoco a nuestra representación diplomática, a la embajada rusa en Londres. Si está usted en un error, y estoy seguro de que lo está, quedaremos ante ellos como unos tontos de remate. Y suponiendo que estuviese usted en lo cierto, nuestra embajada tampoco podría hacer nada: los ingleses ocultarían a la Beyetzkaya o mentirían. Además, nuestros representantes consulares tienen las manos atadas: son personajes importantes, nunca podrían pasar desapercibidos... ¡Ya está! ¡Decidido! —resolvió Ivan Frantzevich, levantando enérgicamente el puño—. Usted me vendría de perlas aquí, en casa, pero, como dice el refrán, nadie te va a querer a la fuerza... He leído su expediente. Sé que, además del francés y el alemán, también domina usted el inglés. ¡Que Dios le acompañe! ¡Marche a Londres y busque a su *femme fatale*! No le pondré trabas con instrucciones concretas, confío en su intuición. En nuestra embajada hay un empleaducho de escasa envergadura: se apellida Piyov. Ocupa un modesto puesto de escribiente, parecido al que tenía usted aquí antes de mi llegada, pero también se encarga de otros asuntos. Aunque en el Ministerio de Asuntos Exteriores figura como secretario provincial, por nuestra línea, la de la Policía Secreta, tiene una graduación de mayor trascendencia. Es un hombre de talento, muy polifacético. Cuando llegue allí, vaya a verle inmediatamente, se las sabe todas. Pero, créame, estoy convencido de que va a Londres para nada. Mas, al fin y al cabo, se ha ganado usted el derecho a equivocarse. Eche un vistazo a Europa y dése una vueltecita por ahí a cuenta del erario público. Aunque, según mis informes, ahora dispone usted de cierta fortuna personal, ¿no es así? —El *chief* señaló con la cabeza el paquetito que estaba sobre la mesa.

Todavía aturdido por la propuesta del *chief*, Erast Petrovich se sobresaltó.

—¡Oh, perdone! Sí, es lo que gané en el juego. Nueve mil seiscientos rublos. Los

he contado. He querido entregarlo en la caja, pero estaba cerrada.

—¡Váyase al cuerno! —rechazó Brillling—. ¿Está usted en sus cabales? ¿Qué imagina que va a anotar el cajero en el libro de ingresos? ¿«Ganancias obtenidas por el funcionario de registro Fandorin en el juego del *stosh*»?... Pero, humm, aguarde un momento. La verdad es que resultaría bastante sospechoso enviar al extranjero por razones de servicio a un simple escribiente.

Se sentó en la mesa, mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir, leyendo al mismo tiempo en voz alta:

—Veamos. «Telegrama urgente. Al canciller Mijail Aleksandrovich Korchakov en persona. Una copia para el general-edecán Lavrentii Arkadevich Mizinov. Excelentísimo señor, en interés del asunto que usted ya conoce, y también en reconocimiento a los servicios excepcionales prestados, solicito que, fuera del sistema de promoción administrativa y sin considerar los períodos necesarios de servicio, ascienda al funcionario de registro Erast Petrovich Fandorin al puesto de consejero titular. Solicito también que Fandorin sea adscrito temporalmente al Ministerio de Asuntos Exteriores en el puesto de correo diplomático de primera categoría». Esto es para que no lo retengan en la frontera —aclaró Brillling—. Bueno. Fecha y firma. Por cierto, tendrá usted que distribuir efectivamente el correo diplomático a su paso por Berlín, Viena y París. Así mantendrá su misión en secreto y no levantará sospechas indeseables. ¿Y bien? ¿Alguna objeción? —Los ojos de Ivan Frantzevich brillaban con picardía.

—Ninguna, señor —balbuceó Erast Petrovich, todavía incapaz de asimilar el curso de los acontecimientos.

—Desde París viaje hasta Londres de incógnito. ¿Cómo diablos se llama ese hotel que ha mencionado?

—Winter Queen, «Reina de Invierno».

Capítulo Décimo

Donde aparece un portafolios azul

El día 28 de junio por el calendario occidental, el 16 por el ortodoxo, un poco antes del atardecer, un coche de caballos de alquiler se detuvo frente al hotel Winter Queen, en Gray Street. El cochero, con sombrero de copa y guantes blancos, saltó del pescante, desplegó el escaloncito y, con una inclinación respetuosa, abrió la pequeña puerta barnizada de negro, en la que se leía:

*DUNSTER & DUNSTER
Since 1848
London Regal Tours*

Lo primero que asomó por la portezuela del coche fue una bota de viaje de tafilete, tachonada con unos pequeños clavos de plata. Tras ella, saltó ágilmente a la acera un joven *gentleman* de aspecto saludable, con unos exuberantes bigotes que no se correspondían con su rostro juvenil, un sombrero tirolés con pluma y un ancho capote alpino. El joven miró a su alrededor, contempló la tranquila callejuela, en la que no se veía nada especial, y con cierto desasosiego dirigió la vista hacia el edificio del hotel. Se trataba de una villa poco hermosa, con cuatro pisos de estilo georgiano, que evidentemente había conocido tiempos mejores.

Retardando el paso, el *gentleman* masculló en ruso:

—¡Adelante! ¡Pase lo que pase!

Y tras pronunciar esta enigmática frase, subió los peldaños de la escalinata y entró en el vestíbulo.

Un segundo después, del *pub* situado justo enfrente salió un individuo vestido con una capa negra, que se encasquetó hasta los ojos una gorra alta con visera brillante y comenzó a pasearse despacio por delante de la puerta del establecimiento.

Sin embargo, esta curiosa circunstancia pasó desapercibida para el forastero, que ya se encontraba de pie junto al mostrador del hotel. Miraba el retrato descolorido de una dama de la época medieval, provista de un magnífico pecho, que a todas luces era

la Reina de Invierno en persona. El somnoliento conserje que estaba tras el mostrador saludó al extranjero con indiferencia, pero al advertir que daba al botones un chelín de propina por llevarle su único saco de viaje, le saludó otra vez, entonces mucho más afable. Dejó el simple tratamiento de *sir* y se dirigió al recién llegado con el más respetuoso de *your honour*.

El joven preguntó si había habitaciones libres, exigió la mejor, que dispusiera de agua caliente y periódicos, y se inscribió en el registro de huéspedes con el nombre de Erasm von Dorn, de Helsilngfors. Después de eso, y de recibir, sin hacer nada especial y sin ningún mérito, una propina de medio soberano, el conserje comenzó a tratar a aquel chiflado forastero de *your lordship*.

Mientras tanto, la cabeza del señor «Von Dorn» se veía asaltada por dudas de gran calado. Le resultaba difícil imaginar que la majestuosa Amalia Kazimirovna se alojase en aquel hotelucho de tercera categoría. Algo parecía no cuadrar en todo aquello.

Sumido en esa confusión, llegó incluso a preguntar al conserje, que ya se doblaba completamente en señal de reconocimiento, si existía en Londres otro hotel que se llamase de la misma manera, recibiendo de éste la confirmación jurada de que en Londres no había, ni había habido nunca, a lo largo de los tiempos, otro Reina de Invierno. La única excepción era el que ocupaba antes aquel mismo lugar y había quedado reducido a cenizas en un gran incendio, hacía más de un siglo.

¿Sería posible que todo hubiera resultado en balde? ¿Aquella gira de veinte días dando vueltas por Europa entera, los bigotes postizos, aquel fastuoso coche de caballos alquilado en la estación de Waterloo en lugar de un cabriolé ordinario, y, por último, aquel inútil medio soberano de propina?

«Pues ya que te han hecho este regalo, pichón mío, termina tu trabajo», se dijo Erast Petrovich (aunque viaje de incógnito, seguiremos llamándole así).

—¿Podría decirme, si es tan amable, si está registrada aquí cierta persona, una tal señorita Olsen? —preguntó con fingida indolencia, acodándose en el mostrador.

La respuesta, pese a ser realmente predecible, encogió de tristeza el corazón de Fandorin.

—No, *milord*, ninguna señorita con ese apellido se hospeda ahora con nosotros, ni se ha hospedado nunca.

Leyendo el desconcierto que dejaban traslucir los ojos del huésped, el conserje guardó una pausa lo bastante expresiva y luego añadió, pudoroso:

—Sin embargo, el nombre que su excelencia ha citado no me resulta del todo desconocido.

Erast Petrovich se inclinó ligeramente y sacó de su bolsillo otra moneda de oro.

—¡Hable!

El conserje se inclinó hacia delante y, esparciendo un tufillo de agua de colonia

barata, cuchicheó:

—A nuestro hotel llegan muchas cartas dirigidas precisamente a esa señorita. Y todas las noches, a las nueve, viene un cierto *mister* Morbid, un mayordomo o un criado a juzgar por su aspecto, y las recoge.

—¿Un individuo enorme, con unas grandes patillas rubias y con cara de no haberse reído nunca? —inquirió al punto Erast Petrovich.

—Sí, *milord*, el mismo.

—¿Y llegan con mucha frecuencia esas cartas?

—Muy a menudo, casi todos los días, muchas veces más de una. Hoy, por ejemplo —y el conserje miró significativamente hacia atrás, en dirección a un armario con celdillas—, nada menos que tres.

La insinuación fue cazada al vuelo.

—Yo echaría un vistazo a esos sobres. Por simple curiosidad, ya sabe —observó Fandorin, golpeando el mostrador con el consiguiente medio soberano.

Los ojos del conserje adquirieron un brillo febril y entonces sucedió algo increíble, fuera de toda lógica, pero en extremo agradable.

—Es cierto que tenemos este procedimiento estrictamente prohibido, *milord*, pero... Si se trata sólo de echarle una ojeada a los sobres...

Erast Petrovich cogió ansiosamente las cartas, pero se encontró con una irritante sorpresa: los sobres no tenían remite. Quedaba claro, pues, que la tercera moneda de oro se había invertido en vano. El *chief*, cierto, justificaba cualquier gasto, pero siempre «dentro de unos límites razonables y en interés de la investigación en curso»... ¿Habría algo en el matasellos?

Estos pusieron a cavilar a Fandorin. Una de las cartas había sido remitida desde Stuttgart, otra desde Washington, y la tercera, nada más y nada menos que desde Río de Janeiro. ¡Caracoles!

—¿Hace mucho tiempo que miss Olsen recibe aquí su correspondencia? —preguntó Erast Petrovich, mientras calculaba mentalmente cuánto podrían tardar las cartas en cruzar el océano.

¡Y había que añadir el tiempo que se habría empleado en comunicar a Brasil aquella dirección de Londres! Resultaba extraño, de cualquier forma, pues la Beyetzkaya habría llegado a Londres haría sólo unas tres semanas, como máximo.

La respuesta fue del todo inesperada:

—Desde hace mucho, *milord*. Las cartas ya llegaban cuando entré a trabajar en el hotel, y hará ya unos cuatro años.

—Imposible. ¿No se estará usted confundiendo?

—Se lo aseguro, *milord*. *Mister* Morbid sí hace poco tiempo que está a las órdenes de miss Olsen, quizá sólo desde comienzos del verano. Al menos hasta entonces era *mister* Moebius quien venía a recoger las cartas, y antes que él lo hacía

mister..., humm, vaya, discúlpeme, he olvidado cómo se llamaba. Tengo motivos, porque aquel *gentleman* era muy discreto y muy poco hablador.

Erast Petrovich sentía unos terribles deseos de husmear dentro del sobre, pero tras tantear a su informador con aire escrutador, concluyó que quizá fuera preferible no marear más la perdiz. Y en ese preciso momento, a nuestro recién horneado consejero privado y mensajero diplomático de primera categoría le vino a la cabeza una idea mucho mejor.

—¿Dice usted que *mister Morbid* suele venir cada noche a las nueve?

—Como un reloj, *milord*.

Fandorin puso encima del mostrador el cuarto medio soberano e, inclinándose, empezó a murmurar algo al oído del feliz conserje.

Empleó el tiempo que quedaba hasta las nueve de la manera más provechosa posible.

Lo primero que hizo fue engrasar y cargar su Colt de mensajero diplomático. Después se dirigió al cuarto de baño y, presionando por turno los pedales de agua fría y caliente, llenó la bañera en unos quince minutos. Pasó media hora remoloneando placenteramente en el agua, y cuando ésta se enfrió, ya tenía ideado definitivamente su futuro plan de acción.

Después de pegarse nuevamente los bigotes y de recrearse un momento delante del espejo, Fandorin se vistió como lo haría un inglés del montón: sombrero hongo negro, chaqueta negra, pantalones negros y corbata también negra. En Moscú quizá le hubieran tomado por el carpintero de una funeraria, pero en Londres se suponía que pasaría completamente inadvertido. Además, todo ocurriría de noche, así que bastaría con ocultarse las solapas de la camisa bajo la pechera y meterse los puños de las mangas por dentro para diluirse en el abrazo de la oscuridad, y eso era importantísimo para el plan que se había propuesto.

Le quedaba aún una buena hora y media para dar un paseo de reconocimiento por los alrededores del hotel. Erast Petrovich caminó por Gray Street y luego la abandonó y tomó una calle mucho más ancha, llena de carruajes que iban en una y otra dirección. Casi al instante topó con el famoso teatro Old Vic, que estaba reseñado en la guía de la ciudad con todo detalle. Anduvo un poco más y —¡oh, milagro!— divisó el perfil familiar de la estación de Waterloo, desde donde el carruaje había tardado nada menos que cuarenta minutos en llevarle al hotel Reina de Invierno. El bellaco del cochero le había cobrado cinco chelines. Un poco más adelante apareció el Támesis, gris y hostil en la penumbra del crepúsculo. Contemplando sus aguas sucias, Fandorin sintió un escalofrío y, sin saber por qué, un lóbrego presentimiento le embargó el ánimo. Se sentía bastante incómodo en aquella ciudad ajena. Los transeúntes que se cruzaban con él miraban siempre al frente y nadie hacía el menor intento por encarar su rostro, algo del todo inimaginable en Moscú. Pese a ello, a Fandorin no le abandonaba una extraña sensación, como si alguien le clavase una

mirada enemiga en la espalda. El joven se volvió varias veces y en una ocasión le pareció ver a un tipo vestido de negro retroceder y ocultarse tras una columna en la que se anunciaba la programación teatral. Erast Petrovich decidió dominarse; se recriminó su suspicacia y no volvió a mirar atrás. ¡Aquellos malditos nervios! Incluso comenzó a dudar si no sería mejor posponer la ejecución de su plan a la tarde siguiente. Así, por la mañana podría ir a la embajada y entrevistarse con el enigmático escribiente Piyov, del que le había hablado el *chief*. Pero aquella medrosa cautela se le antojó un sentimiento vergonzoso, y, además, tampoco quería perder más tiempo. Bastante eran ya las tres semanas malgastadas en naderías.

El viaje por Europa había resultado menos agradable de lo que el entusiasmado Fandorin había supuesto al principio. El territorio situado al otro lado de la fronteriza ciudad de Bershbolov le agobió porque, sorprendentemente, era muy distinto de los ilimitados horizontes de sus modestos campos patrios. Erast Petrovich miraba por la ventanilla del tren, esperando continuamente que aquellas aldeas tan limpias y aquellas ciudades de juguete terminaran por pasar de una vez y comenzara a verse un paisaje normal. Pero a medida que el tren se alejaba de la frontera rusa, las casas se hacían aún más blancas y las pequeñas ciudades más pintorescas. Fandorin se fue sintiendo paulatinamente más triste, pero no se permitió las lágrimas. «Al fin y al cabo, no es oro todo lo que reluce», se dijo. Mas no logró reprimir la repulsa que le atenazaba el alma.

Después, nada, se acostumbró y empezó a parecerle que Moscú no era mucho más sucia que Berlín, y que el Kremlin y sus iglesias de cúpulas doradas eran tan hermosas como los alemanes nunca serían capaces de imaginar. Lo que le importunó entonces fue otro asunto: el agregado militar de la embajada rusa, a quien Fandorin entregó un paquete sellado con un precinto, le ordenó que no continuara su viaje y que aguardara allí una correspondencia secreta que debería entregar en Viena. La espera se alargó una semana y a Erast Petrovich comenzaron a fastidiarle aquellos paseos por la umbrosa Unter den Linden y la emocionada contemplación de los rollizos cisnes de los parques berlineses.

Lo mismo se repitió en Viena, sólo que allí fueron cinco los días que tuvo que esperar la llegada del paquete dirigido al agregado militar en París. Erast Petrovich se desesperaba sólo de pensar que quizá «miss Olsen», cansada de no recibir noticias de su Ippolit, se decidiera a abandonar el hotel, lo cual significaría perderla definitivamente de vista. Impaciente y nervioso, Fandorin pasó largas horas sentado en los cafés, comiendo pasteles de almendras sin parar y bebiendo litros y litros de crema de soda.

Pero fue en París donde por fin se decidió a tomar la iniciativa. No permaneció más de cinco minutos en la legación rusa. Los suficientes para entregarle al coronel el correo diplomático correspondiente y comunicarle, perentoriamente, que tenía a su

cargo una misión especial y no se entretendría allí ni una hora. Como castigo al tiempo inútil que había perdido, ni siquiera se permitió conocer París. Se limitó a recorrer en *fiacre*, de camino hacia la Estación del Norte, los nuevos bulevares que acababa de tender el barón Haussman. Ya tendría tiempo de visitar la ciudad en su viaje de regreso.

A las nueve menos cuarto Erast Petrovich se hallaba ya sentado en el vestíbulo del Reina de Invierno, agazapado detrás de un *The Times* al que había hecho un pequeño agujero para poder observar mejor. El simón que había alquilado de antemano para evitar imprevistos esperaba en la calle. Obedeciendo sus instrucciones, el conserje no sólo evitaba mirar al huésped ataviado con vestimenta veraniega que leía el periódico, sino que se afanaba además por darle la espalda de manera ostensible, volviéndose hacia el lado opuesto.

A las nueve y tres minutos repicó la campanita de la entrada, la puerta se abrió de par en par y un hombre de tamaño gigantesco, embutido en una librea gris, ingresó en el vestíbulo. ¡Era él, «John Karlich»! Fandorin aplastó literalmente la nariz contra la página del periódico, donde se publicaba la crónica del reciente baile de gala celebrado en el palacio del príncipe de Gales.

Pero el conserje reaccionó de un modo ruin. En contra de lo pactado, no sólo miró de reojo hacia donde se encontraba Von Dorn, aquel huésped que había decidido enfrascarse a deshoras en la lectura, sino que el muy miserable comenzó además a mover sus peludas cejas de arriba abajo para llamar la atención del gigante. Pese a ello, gracias a Dios, el objetivo no advirtió la señal o bien consideró indigno por su parte girarse hacia donde le indicaban.

El simón alquilado le vino de perlas porque pronto pudo comprobar que el mayordomo no había llegado a pie, sino en un «egoísta», un cochecito de una sola plaza con un brioso caballo negro uncido a su pescante. También le vino como anillo al dedo la repentina lluvia que comenzó a caer, pues «John Karlich» tuvo que levantar la capota de cuero, y por mucho que quisiera ya no podría descubrir a su perseguidor.

El cochero del simón no se sorprendió lo más mínimo cuando recibió la orden de seguir al hombretón de la librea gris. Hizo restallar su largo látigo y el plan ideado por Fandorin entró en la primera fase.

Había anochecido. Aunque las farolas brillaban en las calles, Erast Petrovich, que desconocía por completo la ciudad, no tardó en desorientarse, hecho un lío por culpa de las manzanas de edificios idénticos de aquella ajena y amenazadora ciudad silenciosa. Pronto las casas comenzaron a resultar más bajas y escasas. En la oscuridad, los contornos de los árboles parecían navegar. Y al cabo de otros quince minutos surgieron las primeras villas rodeadas de jardines. El «egoísta» se detuvo en una de ellas, y la silueta gigantesca, bajando del vehículo, abrió unas altas puertas

enrejadas. Fandorin se asomó por la ventanilla del simón y vio cómo el cochecito cruzaba la cerca y las puertas enrejadas se cerraban de nuevo tras él.

El perspicaz cochero del simón refrenó el caballo, se volvió hacia Fandorin y preguntó:

—¿Debería informar a la policía de este viaje, *sir*?

—Tome esta corona y resuélvalo usted mismo le respondió Erast Petrovich, decidido ya a ordenar al cochero que no le esperara: se le antojaba demasiado listo.

Además, ni él mismo sabía cuándo estaría de regreso. Ante él se materializaba la más completa incertidumbre.

* * *

No le resultó difícil saltar la valla. En los años escolares había tenido que salvar obstáculos más altos.

El jardín atemorizaba con sus sombras y las ramas de los árboles le azotaban la cara. Delante de él, a través de los árboles, divisó de manera imprecisa el contorno blanquecino de una casa de dos pisos con el tejado curvo. Intentando por todos los medios hacer el menor ruido posible, Fandorin alcanzó los últimos arbustos (olían a lilas, que sin duda serían de una variedad inglesa) y se puso a explorar el terreno. No se trataba de una simple casa, sino más bien de una villa. Había un farol junto a la puerta de entrada. Las ventanas de la planta baja estaban iluminadas, pero allí, con toda seguridad, se encontrarían las habitaciones destinadas a la servidumbre. Mucho más seductora se mostraba la ventana iluminada del segundo piso (el primer piso según los ingleses, como recordó en aquel instante). ¿Pero cómo llegar hasta allí? Tuvo suerte, porque una tubería del agua pasaba muy cerca y, por si fuera poco, la pared estaba cubierta por una especie de planta trepadora, a primera vista perfectamente asible. Las habilidades desarrolladas durante la infancia iban a resultarle otra vez de mucha utilidad.

Como una sombra oscura, Erast Petrovich salvó de un salto la distancia que le separaba de la pared de la casa y, ya allí, zarandeó la cañería. Parecía bastante sólida y no tintineó contra la pared. Era de vital importancia evitar cualquier ruido sospechoso, así que la escalada resultó más lenta de lo que hubiera deseado. Por fin, tanteó con el pie el alero, que, afortunadamente rodeaba todo el segundo piso. Y Fandorin, agarrándose con cuidado de la hiedra (o de la parra salvaje, o de las lianas, o de lo que diablos fueran aquellos serpenteantes tallos), empezó a acercarse sigilosamente, pasito a pasito, a aquella íntima ventana.

En un primer momento se sintió profundamente decepcionado, porque en la habitación no había nadie. Una lámpara con una tulipa rosa alumbraba un elegante escritorio con algunos papeles encima, y en un rincón se veía la forma blanca de lo que al parecer era una cama. Así que nada aclaraba si aquello era un despacho o un

dormitorio. Erast Petrovich esperó unos cinco minutos, pero allí dentro siguió sin ocurrir nada, a excepción de que una mariposa nocturna, revoloteando con sus aterciopeladas alas, fue a posarse sobre la lámpara. ¿Tendría que dar marcha atrás y desandar lo trepado? ¿No sería mejor idea arriesgarse y penetrar en la estancia?

Empujó ligeramente el batiente de la ventana y éste se entreabrió sin oponer resistencia. Entonces Fandorin dudó de nuevo, sin dejar de recriminarse tanta moratoria e indecisión. Pero resultó que hizo bien en demorarse un poco, pues la puerta se abrió de repente y en la habitación entraron dos personas: un hombre y una mujer.

A Erast Petrovich estuvo a punto de escapársele un grito de victoria. Reconoció a la mujer, ¡era la Beyetzkaya! Llevaba los cabellos peinados con sencillez y ceñidos por una cinta color escarlata, una bata de encaje y un abigarrado chal gitano echado sobre los hombros, y a Fandorin le pareció de una belleza deslumbrante. ¡Ah, a una mujer como aquella podía perdonársele cualquier pecado!

Amalia Kazimirovna se volvió hacia el hombre —cuyo rostro permanecía en la oscuridad, pero que a juzgar por su corpulencia no podía ser otro que *mister Morbid*— y le preguntó, en un inglés irreprochable (¡una espía, sin duda era una espía!):

—Entonces, ¿era él?

—Sí, *madame*. No tengo la más mínima duda.

—¿Por qué está tan seguro? ¿Le ha visto usted?

—No, *madame*. Hoy era Frantz quien estaba de guardia. Me ha dicho que el muchacho ha llegado a las siete. Su descripción coincide en todo, incluso usted misma acertó con lo de los bigotes.

La Beyetzkaya soltó una carcajada.

—Sin embargo, no debemos subestimarle, John. Ese jovenzuelo es de la raza de los afortunados, y yo conozco muy bien a ese tipo de hombres: son imprevisibles y muy peligrosos.

Erast Petrovich sintió un estremecimiento en la boca del estómago. ¿Hablaban de él? No, de ninguna manera, no podía ser.

—No tiene importancia, *madame*. Usted no tiene más que mandar... Frantz y yo iríamos allí y acabaríamos de una vez. Habitación quince, segundo piso.

¡Exacto! Justo la habitación quince, en el tercer piso (en el segundo, según los ingleses). Erast Petrovich concluyó que hablaban de él. Pero ¿cómo lo habían averiguado? ¿Quién se lo había dicho? Y Fandorin, a pesar del dolor, se arrancó de un tirón aquel ignominioso, inútil bigote.

Amalia Kazimirovna, o cómo realmente se llamara, frunció el entrecejo. Su voz adquirió un timbre metálico.

—¡Ni se le ocurra! Yo soy la culpable y yo misma enmendaré mi error. Sólo he confiado en un hombre en una ocasión... Pero hay algo que no comprendo, ¿por qué

no nos han informado de su llegada desde la embajada?

Fandorin aguzó el oído. «¡Así que también los nuestros, los de la embajada rusa! ¡Parece mentira! ¡Y hasta Ivan Frantzevich lo ponía en duda! ¡Continúa, di quién es!».

Pero la Beyetzkaya cambió de tema.

—¿Había alguna carta?

—Hoy tres, *madame*, ni más ni menos. —Y el mayordomo le entregó los sobres con una reverencia.

—Muy bien, John, puede irse a dormir. Hoy ya no le necesito para nada —replicó ella reprimiendo un bostezo.

Cuando la puerta se cerró detrás de *mister Morbid*, Amalia Kazimirovna tiró las cartas sobre el escritorio despreocupadamente y se acercó a la ventana. Fandorin reculó sobre el alero y el corazón comenzó a latirle completamente desbocado. Mirando distraídamente con sus enormes ojos la llovizna y la oscuridad, la Beyetzkaya (de no ser por los cristales, podría haberla tocado sólo con alargar la mano) musitó en ruso, con aire pensativo:

—¡Qué aburrimiento tan grande, que Dios me perdone! Quedarse aquí sentada, sin hacer nada y siempre quejándose...

Luego empezó a comportarse de una manera bastante extraña. Se dirigió hacia un coqueto aplique que había en la habitación, con forma de Eros, y apretó con un dedo el culito de bronce del infantil dios del amor. Entonces, el aguafuerte que colgaba cerca (por lo visto, con alguna escena de caza) se desplazó silenciosamente hacia un lado y dejó al descubierto una pequeña puerta de cobre con una manecilla redonda. La Beyetzkaya sacó una mano delicada y desnuda de la vaporosa manga de su bata, giró la manecilla de allí para acá y de aquí para allá, y la puertecilla se abrió con un rasgueo melódico. Erast Petrovich aplastó la nariz contra el cristal, temiendo perderse lo más importante.

Amalia Kazimirovna, más parecida que nunca a una reina egipcia, alargó con gracia la mano, extrajo algo del interior de la caja fuerte y se volvió. En sus manos había un portafolios de terciopelo azul.

Se sentó junto al escritorio y de la cartera sacó un gran sobre amarillo, y del sobre, una hoja de papel escrita con letra menuda. Rasgó con un abrecartas los sobres recibidos y se puso a transcribir algo de las cartas a la hoja. Eso no le ocupó más de dos minutos. Luego, tras introducir las cartas y la hoja de nuevo en la cartera, la Beyetzkaya encendió un cigarrillo delgado y con boquilla, y aspiró varias bocanadas profundas, mirando pensativamente a algún lugar perdido en el espacio.

A Erast Petrovich se le había entumecido la mano con la que se agarraba a los tallos de la planta trepadora, la culata del Colt se le clavaba dolorosamente en el costado y comenzaba a sentir molestias en las plantas de los pies, como si los tuviera

dislocados. No podría mantenerse en aquella postura mucho tiempo más.

Por fin Cleopatra apagó el cigarrillo, se levantó y se dirigió hacia el rincón más alejado y oscuro de la estancia. Abrió una puerta pequeña, la cerró tras de sí y empezó a escucharse el ruido de agua corriendo. Claro, allí debía de encontrarse el baño.

El portafolios azul seguía yaciendo de manera tentadora sobre el escritorio, y como todo el mundo sabe que las mujeres suelen emplear mucho tiempo en su *toilette*, pues... Fandorin empujó el batiente, apoyó la rodilla en el alféizar de la ventana y se introdujo velozmente en la habitación. Sin dejar de echar vistazos constantes al baño, donde, como antes, seguía oyéndose el correr del agua, Fandorin se aplicó a la tarea de extraer el contenido del portafolios.

Encontró dentro un buen montón de cartas, además del sobre amarillo que acababa de ver. Éste mostraba una dirección:

Mister Nicholas M. Croog. Poste restante, l'Hotel des Postes. S. Petersbourg. Russie.

El asunto ya no iba tan mal. Dentro del sobre había unas hojitas con unos recuadros escritos en inglés con aquel trazo oblicuo que tan bien conocía Erast Petrovich. En la primera columna figuraba anotado un número; en la segunda, el país; en la tercera, un puesto o una graduación; en la cuarta, la fecha, y en la quinta, otra fecha más: días de junio en orden creciente. Así, por ejemplo, las tres últimas anotaciones que, a juzgar por la frescura de la tinta, acababan de ser transcritas, aparecían de la siguiente manera:

N.º 1053F	Brasil	Jefe de la Guardia Personal del Emperador	Enviado el 30 de mayo	Recibido el 28 de junio de 1876
N.º 852F	Estados Unidos de América del Norte	Vicepresidente del Comité del Senado	Enviado el 10 de junio	Recibido el 28 de junio de 1876
N.º 354F	Alemania	Presidente del Juzgado de Distrito	Enviado el 25 de junio	Recibido el 28 de junio de 1876

¡Alto! ¡Un momento! Las cartas que habían llegado aquel día al hotel, a nombre de miss Olsen, habían sido remitidas desde Río de Janeiro, Washington y Stuttgart. Erast Petrovich rebuscó en el montón de sobres hasta encontrar el brasileño. Dentro había una hojita, sin dirección ni firma, y con un solo párrafo:

*30 de mayo, Jefe de la Guardia Personal del Emperador.
N.º 1053F*

«Bien. Así que resulta que la Beyetzkaya, por alguna razón desconocida, se dedica a copiar el contenido de las cartas que recibe en unas hojitas que luego, a su vez, remite a San Petersburgo a nombre de un tal *monsieur* Nikolai Krug o, mejor dicho, de un tal *mister* Nicholas Croog. ¿Con qué objetivo? ¿Por qué a San Petersburgo? ¿Qué significado tiene todo esto?».

Las preguntas llegaban a su cabeza una tras otra, sin descanso, pero no tenía tiempo de aclararlas porque el agua del baño había dejado de correr. Fandorin metió a toda prisa papeles y cartas de nuevo en la cartera, pero ya era demasiado tarde para salir por la ventana. En el vano de la puerta del baño apareció una figura blanca y delgada que se quedó pasmada al verle.

Erast Petrovich cogió por la culata el revólver que llevaba a la cintura y con un susurro amenazador le ordenó:

—¡Señora Beyetzkaya, haga un ruido y disparo! ¡Venga aquí y siéntese! ¡Vamos, rápido!

La mujer se acercó en silencio, observándole con fascinación, con unos ojos temblorosos e insondables, y se sentó al lado del escritorio.

—¿Me esperaba? —se interesó Erast Petrovich sarcásticamente—. Me tomaban por tonto, ¿verdad?

Amalia Kazimirovna continuó callada mientras le contemplaba con atención y sorpresa, como si fuera la primera vez que le veía.

—¿Qué significado tienen todas esas listas? —siguió preguntando Erast, moviendo el Colt en su dirección—. ¿Y qué pinta Brasil en todo esto? ¿Qué personas se esconden tras esos números en clave? ¡Rápido, responda!

—Veo que ha madurado usted —dijo la Beyetzkaya con una voz inesperadamente serena y meditabunda—. Ahora parece todo un hombrecito.

Dejó caer el brazo y la bata comenzó a deslizarse, dejando lentamente al descubierto sus redondos hombros, tan blancos que Erast Petrovich tragó saliva.

—Un tontuelo valiente y pendenciero —añadió con la misma voz pausada y mirándole fijamente a los ojos—. Y muy, pero que muy guapo.

—Si intenta seducirme, pierde el tiempo —farfulló él enrojando—. No soy tan idiota como usted cree.

Amalia Kazimirovna replicó con tristeza:

—Usted es sólo un pobre muchacho que no tiene idea de en dónde se ha metido. Un pobre y hermoso muchacho. Pero ya no puedo hacer nada por salvarle...

—¡Más le valdría pensar en su propia salvación! —Erast Petrovich intentaba desesperadamente no fijar la vista en aquel maldito hombro que poco a poco iba quedando más desnudo.

¿Existiría una piel más blanca y resplandeciente que aquélla?

La Beyetzkaya se levantó impetuosamente y él dio un salto atrás, apuntándola con

el arma.

—¡Siéntese!

—¡No tema, tontuelo! ¡Qué colorado se ha puesto! ¿Me deja tocarle?

Alargó el brazo y le rozó ligeramente las mejillas con los dedos.

—¡Pero si está ardiendo!... ¡Ay! ¿Qué podría hacer yo por usted?

Su otra mano se posó suavemente sobre los dedos con los que Fandorin apretaba el revólver. Fandorin tenía tan cerca sus ojos sin brillo y aquella mirada segura, que pudo ver en las pupilas de ella los dos leves reflejos rosas de la lámpara del rincón. Una pasividad extraña se apoderó del joven, y entonces recordó lo que Ippolit le había querido decir con aquella metáfora de la mariposa nocturna. Pero lo recordaba como algo ajeno, algo que no le afectaba en absoluto.

Y esto fue lo que ocurrió a continuación. La Beyetzkaya desvió con la mano izquierda el cañón del arma y, con la derecha, agarró a Erast Petrovich por el cuello de la chaqueta. Lo atrajo hacia sí y le propinó un cabezazo en la nariz. El agudo dolor hizo que Fandorin perdiera la visión, y unas profundas tinieblas se apoderaron inmediatamente de la estancia. A resultas del segundo golpe, un rodillazo en salvasean las partes, el joven se dobló en dos y los dedos se le crisparon convulsivamente, lo que provocó que en la habitación retumbara un disparo, cuyo fogonazo la iluminó fugazmente. Amalia aspiró aire en un espasmo, emitió un sonido que era grito y quejido al mismo tiempo, y ya nadie más golpeó a Erast Petrovich ni le cogió de la muñeca. Se oyó el golpe sordo de un cuerpo que caía contra el suelo. A Fandorin le zumbaban los oídos, por la barbilla le fluían dos pequeños regueros de sangre y le manaban lágrimas de los ojos. El vientre le dolía tan ferozmente que sólo deseaba encogerse y aguardar así, aguantando y gimiendo, a que remitiera aquel dolor insoportable. Pero no tenía tiempo para gemir, porque en la planta baja comenzaron a oírse gritos y ruido de pasos.

Fandorin cogió el portafolios de la mesa y lo arrojó por la ventana; saltó al alféizar y estuvo a punto de caer al vacío, pues una de sus manos estaba aún ocupada en sostener el revólver. Más tarde no recordó cómo había logrado deslizarse por la cañería, pero sí su temor a no encontrar el portafolios en la oscuridad. Luego le resultó fácil divisarlo sobre la gravilla blanca. Erast Petrovich lo tomó y se puso a correr en línea recta entre los arbustos, mascullando atropelladamente en voz baja: «¡Qué buen mensajero diplomático!... Un asesino de mujeres... ¡Dios mío, no he podido hacer otra cosa!... ¡Ella ha tenido la culpa!... Yo en ningún momento he querido... ¿Y ahora adónde puedo ir?... La policía me buscará... Y también esa gente... ¡Asesino!... A la embajada, imposible... Lo que debo hacer es salir del país cuanto antes... Tampoco... Vigilarán puertos y estaciones de ferrocarril... Son capaces de remover toda la tierra con tal de recuperar su cartera... Si pudiera ocultarme en algún sitio... Dios mío, Ivan Frantzevich, ¿qué puedo hacer, qué puedo

hacer?...».

Sin dejar de correr, Fandorin miró un instante hacia atrás y entonces vio algo que le hizo tropezar y casi caer. Allí, entre los arbustos, de pie y completamente inmóvil, se veía una forma humana envuelta en una capa negra. A la luz de la luna pudo distinguir un rostro rígido que le resultó extrañamente familiar. ¡El conde Zurov!

Erast Petrovich lanzó un alarido y por un instante le pareció que perdía la cabeza. Luego, por fin, saltó la valla, hizo un amago de correr hacia la derecha y luego hacia la izquierda (¿por dónde había llegado el coche de alquiler?), y después de convencerse de que daba igual la dirección, se decidió por la derecha.

Capítulo Undécimo

Donde se describe una noche interminable

En la isla de los Perros, en los estrechos callejones situados a espaldas de los diques Millow, la noche cae rápidamente. Te pones a mirar y antes de que te des cuenta el crepúsculo ya ha abandonado el color gris para pasarse al canela, y los escasos faroles que hay comienzan a encenderse uno tras otro. Todo es sucio y triste. La humedad comienza a ascender desde el Támesis y de los vertederos llega el olor a putrefacción. Y las calles se quedan vacías. Sólo en las inmediaciones de los *pubs* de dudosa reputación y de las fondas baratas hay bullicio de vida, una vida claramente sórdida y peligrosa.

En las habitaciones del Ferry Road sólo se hospedan marineros en tierra que están de permiso, estafadores de poca monta y viejas prostitutas del puerto. Por seis peniques al día, se tiene derecho a una habitación individual con cama y a la seguridad de que nadie vendrá a entrometerse en tus asuntos. Eso sí, con el compromiso de que si estropeas los muebles, peleas o gritas por la noche, el dueño, el gordo Joe, te multará con un chelín y, si te niegas a pagarlo, te pondrá de patitas en la calle. El gordo Joe se pasa todo el día, desde primera hora de la mañana hasta la noche, en el cuartucho que hay al lado de la entrada. Es un sitio estratégico desde donde controla perfectamente quién entra y quién sale, lo que la gente trae o mejor, lo que se lleva. La clientela es de lo más abigarradamente de la que se puede esperar cualquier cosa.

Ahí tienes, por ejemplo, a ese pintor francés, pelirrojo y melencólico, que acaba de pasar por delante del dueño en dirección a su cuarto, el de la esquina. Al franchute no le falta dinero; ha pagado sin rechistar y por adelantado una semana entera de alquiler. No bebe y ha estado todo el día encerrado bajo llave. Ésta ha sido la única vez que se ha ausentado de su habitación, momento que, naturalmente, Joe ha aprovechado para husmear, y ¿qué se imaginan ustedes? Dice que es pintor, pero en su cuarto no hay ni pinturas ni pinceles. En realidad, podría ser un asesino, ¡quién sabe! Si no, ¿por qué habría de ocultar los ojos tras esas gafas oscuras? ¿No sería mejor ir a chivarse a la comisaría? Al fin y al cabo, ya ha pagado el alquiler por

adelantado...

Mientras tanto, el pintor pelirrojo, que ignora los alarmantes derroteros que comienzan a tomar los pensamientos del gordo Joe, cierra la puerta de su dormitorio con llave. Es cierto que su manera de comportarse dentro de la habitación resulta más que sospechosa. Nada más entrar corre del todo las cortinas. Luego deja sobre la mesa las compras que acaba de hacer (un panecillo, algo de queso y una botella de cerveza), saca un revólver del cinto y lo oculta inmediatamente bajo la almohada. Mas no crean que el extravagante francés se contenta con este desarme. De la caña de la bota extrae una Derringer —esa pistola de un solo tiro que suelen utilizar las mujeres y los asesinos de políticos— y coloca el arma casi de juguete junto a la botella de cerveza. Luego, el huésped se saca de la manga un estilete corto y delgado y lo clava en el bollo de pan. Sólo ahora, cuando ha culminado todas estas operaciones, se decide a encender la vela de sebo, se quita las gafas oscuras y se restriega los ojos. Después echa otro vistazo a la ventana para cerciorarse de que las cortinas no se han descorrido y, tras quitarse la peluca pelirroja de la cabeza, el individuo resulta no ser otro que nuestro Erast Petrovich Fandorin en persona.

La comida que había comprado no le duró más de cinco minutos, prueba evidente de que nuestro consejero titular, ahora asesino en fuga, tenía asuntos muy importantes que tratar. Tras barrer las migajas de pan que habían quedado sobre la mesa, Erast Petrovich se limpió las manos en su larga blusa de bohemio, se acercó al despanzurrado sillón que reposaba en un rincón, metió la mano por una de sus descosidas costuras y sacó de allí un pequeño portafolios azul. Estaba impaciente por continuar la tarea a la que se había dedicado todo el día y que ya le había reportado un descubrimiento de suma importancia.

Tras los trágicos sucesos de la noche anterior, Erast Petrovich no pudo evitar pasar por el hotel puesto que necesitaba recoger, al menos, su pasaporte y el dinero. Pero ahora ¡ya podían buscar el querido amigo Ippolit —aquel miserable, aquel Judas— y sus sicarios a «Erasmus von Dorn» por puertos de mar y estaciones de ferrocarril! ¿A quién se le ocurriría poner los ojos en aquel pobre pintor francés que se había hospedado en la más mísera cloaca de todos los cuchitriles londinenses? Si, aunque deseara quedarse escondido, había tenido que realizar aquella visita al edificio central de Correos, seguro que era por una razón muy especial.

¿Quién era Zurov, en realidad? Su papel en aquella historia no estaba nada claro y, fuera el que fuese, debía de ser bastante siniestro. De ninguna manera se podía afirmar que su excelencia fuera lo que se conoce como un hombre ordinario. Sus alambicadas eses de borracho le habían dado el aire perfecto de un apuesto húsar y por eso le había parecido un alma sencilla sin doblez alguno. ¡Pero con qué habilidad le había transmitido furtivamente la dirección! ¡Con qué clarividencia lo había previsto todo! ¡En una palabra, era un auténtico maestro de espías! ¡Cómo sabía que

el estúpido pececillo picaría y se tragaría el cebo con anzuelo y todo! Y su excelencia hasta se había permitido recitarle aquella metáfora de la mariposa nocturna. Revoloteó la mariposa hacia el fuego y, efectivamente, hasta allí había revoloteado él como un ingenuo, casi a punto de quemarse. Se lo tenía merecido, por tonto. Porque estaba más claro que el agua que a la Beyetzkaya y a Ippolit los unían intereses comunes. Sólo un bobo romántico como aquel consejero privado (que, no hay que olvidar, había sido promovido al puesto pasando por encima de otras personas con más méritos que él) podía tomarse en serio aquella fatídica pasión a la manera medieval que el conde le había descrito. ¡Y él, Fandorin, hasta se atrevió a calentarle la cabeza al mismo Ivan Frantzevich! ¡Qué ridículo! ¡Ja, ja! Con qué bellas palabras se había expresado el conde Ippolit: «Amo y temo al mismo tiempo a esa bruja, a la que ahogaría con mis propias manos». ¡Cuánto se habría divertido a cuenta de aquel niño de pecho! ¡Y con qué detalle lo había preparado todo, incluyendo la famosa escena del duelo! Su plan había sido sencillo e infalible: ocupar el puesto de mando en el hotel Winter Queen y esperar allí a que aquella mariposa idiota llamada «Erasm» revolotease hasta la vela. «Esto no es Moscú —aquí no hay ni policía secreta ni gendarmes—, aquí cogerás a Erast Fandorin con las manos vacías. Y nada, cuando lo tengas, ¡a tirarlo al río de cabeza!». ¿Acaso no era Zurov aquel Frantz que el mayordomo había mencionado? ¡Miserables conspiradores! ¿Y quién de ellos sería el cabecilla: Zurov o la Beyetzkaya? «A pesar de todo, creo que es ella...». Erast Petrovich se estremeció al recordar los sucesos de la noche anterior y el gemido lastimero de Amalia al desplomarse en el suelo. ¿Habría resultado sólo herida y no habría muerto? El sentimiento lóbrego y frío que le embargaba el corazón le decía que sí, que estaba muerta. Muerta aquella deslumbrante reina egipcia; y él, Fandorin, debería vivir con aquel peso en el alma hasta el fin de sus días.

Aunque era muy probable que su final estuviera más cercano de lo que podía suponer. Zurov sabía quién era el asesino, lo había visto con sus propios ojos. Con toda seguridad la operación de caza se habría puesto ya en marcha por todo Londres, por Inglaterra entera. Pero, entonces, ¿por qué Zurov le había dejado escapar, le había concedido la oportunidad de huir la noche antes? ¿Se asustó de la pistola que llevaba en la mano? ¡Qué misterio!...

Como también era un misterio, y quizá aún más complicado, el contenido de aquel portafolios. Fandorin lo había estudiado ya mucho tiempo sin llegar a comprender el significado de la enigmática lista. Un simple cotejo demostraba que en ella había tantas anotaciones como cartas recibidas, y que todos los datos coincidían. Sólo que, además de la fecha en que se había escrito la carta, la Beyetzkaya anotaba también la de su recepción.

En total, eran cuarenta y cinco anotaciones. La primera estaba fechada el 1 de junio y las tres últimas las había realizado en presencia de Erast Petrovich. Todos los

números en clave de las cartas eran diferentes. El más pequeño: el N.º 47F (Reino de Bélgica, director de departamento, recibida el 15 de junio); el más alto: N.º 2347F (Italia, capitán de Dragones, recibida el 9 de junio). Nueve eran los países de origen. Los que aparecían con más frecuencia eran Inglaterra y Francia. Rusia, sin embargo, sólo se mencionaba una vez: N.º 994F (Rusia, consejero estatal en funciones, recibida el 26 de junio, aunque el sello de Petersburgo que figuraba en el sobre era del 7 de junio. ¡Ah, no había que confundirse con las diferencias de calendario!: el 7 de junio del calendario europeo correspondía al 19 ortodoxo. La carta, pues, había tardado una semana en llegar). Los cargos y títulos que allí se nombraban eran en su mayoría de alto rango: varios generales y oficiales con antigüedad, un almirante, un senador e incluso un ministro portugués. Pero también constaban personas de categoría inferior, como un teniente de Italia, un juez de instrucción de Francia o un capitán de aduanas del Imperio Austrohúngaro.

En líneas generales, daba la sensación de que la Beyetzkaya era la intermediaria, el enlace, una especie de buzón viviente, entre cuyas obligaciones figuraba también la de registrar los informes que llegaban y la de hacerlos llegar a su destino final: al parecer, a aquel *mister* Nicholas Croog de Petersburgo. Resultaba razonable suponer que remitía las listas una vez al mes. Y también que alguna otra persona había representado el papel de «miss Olsen» antes que la Beyetzkaya, una persona sobre la que el conserje del hotel no tenía la menor referencia.

Llegados a este punto, las evidencias se agotaban y surgía la imperiosa necesidad de aplicar el método detectivesco. ¡Ay, si el *chief* estuviera allí! ¡Enumeraría en un segundo todas las posibles variantes, con la misma rapidez con que un cartero introduce las cartas en los distintos casilleros! Pero el *chief* estaba muy lejos, y la conclusión que alcanzaba Fandorin era inevitablemente ésta: sí, tenía razón Brilling, mil veces razón. Se enfrentaban a una organización secreta y muy ramificada, con miembros en multitud de países. Punto uno. La reina Victoria y Disraeli no pintaban nada en la historia (si no, ¿qué sentido tendría que Petersburgo fuera la dirección final adonde se remitían los informes?). Punto dos. Erast Petrovich también había metido la pata en lo relativo a los espías ingleses, porque allí todo olía a movimiento nihilista. Punto tres. Los hilos de la conspiración no se manejaban desde ningún lugar del extranjero, sino desde la misma Rusia, precisamente allí donde residían los nihilistas más terroríficos e intransigentes. Punto cuatro y último. Entre ellos, el mágico transformista conde Zurov.

Pero aunque el *chief* estuviera en lo cierto, la actuación de Fandorin no había sido del todo vana: al menos había conseguido aquella relación de cartas. Sin duda, ni el mismo Ivan Frantzevich podía imaginarse, ni siquiera en el peor de los sueños, con qué poderosa hidra estaban luchando. ¡Lo que tenían delante no era un simple grupo de estudiantes y muchachas histéricas, con bombas y pistolitas, sino una auténtica

organización secreta entre cuyas filas se contaban ministros, generales, fiscales y hasta cierto consejero estatal en funciones de la misma ciudad de Petersburgo!

Y justo entonces le sobrevino a Erast Petrovich aquel chispazo de clarividencia (esto le ocurría pasado el mediodía). ¿Nihilista, un consejero estatal en funciones? Sin saber muy bien por qué, ésa era una posibilidad que no podía aceptar de ninguna manera. Que fuera nihilista el jefe del servicio de seguridad personal del emperador del Brasil, bueno, eso hasta cierto punto podía parecerle comprensible. Erast Petrovich no había estado en su vida en Brasil ni sabía cómo funcionaría allí el servicio de seguridad o de aduanas, pero le resultaba imposible imaginar a un general ruso en activo manejando una bomba de mano. Fandorin había conocido bastante de cerca a uno de aquellos consejeros estatales en activo: Fedor Trifonovich Sevriugin, el director del gimnasio provincial donde había estudiado durante casi siete años. ¿Que él, por ejemplo, fuese un terrorista?... ¡Absurdo!

Y, de pronto, el corazón de Erast Petrovich dio un respingo. ¡Pues claro, ellos no podían ser los terroristas: eran ciudadanos importantes y respetables! ¡Ellos eran, precisamente, las víctimas del terror! Sí, ahora lo veía claro. ¡Aquella lista contenía la información que los nihilistas de distintos países, todos cifrados con su código personal, comunicaban al cuartel general del movimiento revolucionario sobre los actos criminales que acababan de cometer!

Pero no, un momento, tampoco eso podía ser cierto. Fandorin no recordaba que en el mes de junio hubieran matado a ningún ministro en Portugal: si hubiera sido así, habría aparecido en los periódicos... ¡Por consiguiente, sólo podía tratarse de una relación de futuros objetivos terroristas! ¡Y, con esas cartas, lo que hacía el «número» era solicitar el permiso del cuartel general revolucionario para la ejecución de los actos terroristas que había planeado! De ahí que no citaran sus nombres; así garantizaban el éxito de la conjura.

Todo encajaba ahora, todo estaba claro. El mismo Ivan Frantzevich le había hablado de un hilo de aquella trama de conspiración: un hilo que, desde Ajtirtzev, llegaba a una dacha de las afueras de Moscú. Pero Fandorin no había prestado atención aquel día a lo que le decía su *chief*, enfrascado en sus desvaríos sobre el espionaje inglés.

¡Pero, un instante! *Stop!* ¿Por qué proyectarían los nihilistas matar a un teniente de dragones? A un personaje tan insignificante... «¡Ah!, pues muy sencillo —se respondió inmediatamente Fandorin—. Seguro que ese desconocido oficial italiano se había interpuesto en el camino de los conspiradores. Lo mismo que, de un tiempo a esta parte, un joven oficial de registro de la policía secreta de Moscú se está interponiendo en el camino del homicida de los ojos blancos».

Entonces, ¿qué hacer? ¡Desde luego, no podía continuar allí sentado mientras sobre tantas personalidades pendía una amenaza de muerte! Fandorin sentía una pena

muy especial por el ignorado general de Petersburgo. Sin duda se trataría de una persona muy digna y benemérita, ya entrada en años, con hijos de corta edad a su cargo... Sí, era evidente que aquellos facinerosos enviaban una relación mensual informando de las miserables acciones que se disponían a cometer. ¡No, no era un hecho casual que corriera tanta sangre en Europa a diario! Y los hilos de la trama no se manejaban desde cualquier lugar, sino precisamente desde Petersburgo. Erast Petrovich recordó entonces las palabras que cierto día había pronunciado su *chief*: «El destino de Rusia se está jugando a una carta»... ¡Pero, vamos, Ivan Frantzevich, vamos, señor consejero estatal, no es sólo el destino de Rusia lo que está en juego! ¡Es el destino de todo el mundo civilizado!

Sí, tenía que informar al escribiente Piyov. En secreto, para que el traidor de la embajada no lo descubriera. Pero ¿cómo? El traidor podía ser cualquiera. Además, Fandorin correría un grave peligro si se dejase ver por los alrededores de la embajada rusa. Incluso disfrazado de francés pelirrojo y con la blusa de pintor que ahora llevaba... Pero debía arriesgarse. Bueno, había otra posibilidad: remitir una carta a nombre del secretario provincial Piyov, indicando en el sobre la frase «Entregar en mano». No escribiría nada superfluo; sólo su dirección y un saludo de parte de Ivan Frantzevich. Si Piyov era un hombre inteligente, lo comprendería al momento. Además, había oído decir que allí, en Londres, el correo municipal tardaba poco más de dos horas en entregar una carta a su destinatario...

Y así era como Fandorin había actuado. Ahora, ya de noche, esperaba inquieto en su cuarto a que sonara en su puerta un cauto golpe de nudillos.

Pero no se produjo ningún golpe. Porque todo transcurrió de una manera muy diferente.

Era ya muy tarde, más de medianoche, y Erast Petrovich, sentado en el viejo sillón donde estaba escondida la cartera azul, daba cabezadas sumido en un estado de somnolencia. La vela de sebo colocada sobre la mesa se había consumido casi del todo. Una oscuridad hostil se espesaba en los rincones de la habitación. Una tormenta que se acercaba comenzó a tronar al otro lado de la ventana. El ambiente estaba impregnado de tristeza y de sofoco, como si alguien, invisible y pesado, se hubiera acomodado en su pecho y le impidiera respirar. Fandorin se balanceaba en algún lugar de esa indefinida frontera que existe entre la realidad y el sopor. Ideas importantes y esenciales se entrelazaban de pronto en su mente con un disparate que no venía a cuento, y entonces el joven, al darse cuenta, zarandeaba la cabeza para que ésta no se hundiera en el remolino del sueño.

En uno de esos momentos de lucidez sucedió algo extraño. Al principio oyó un enigmático y agudo crujido. Luego, sin creer lo que contemplaban sus ojos, Erast Petrovich vio cómo la llave, que colgaba de la ranura de la cerradura, comenzaba a girar por sí sola. La puerta, emitiendo un chirrido estridente, empezó a abrirse hacia

el interior, y en el umbral apareció una figura insólita: un señor bajo y enclenque, de edad indefinida, con una cara redonda y recién afeitada y unos ojos estrechos, con unas pequeñas arrugas que partían de un mismo punto, como rayitos de sol.

Fandorin se levantó bruscamente y agarró la Derringer que tenía sobre la mesa, pero el espectro, sonriendo con suavidad y moviendo la cabeza con aire satisfecho, comenzó a susurrarle, con un tono de tenor extraordinariamente agradable y meloso:

—Aquí me tiene, mi querido joven. Porfiri, hijo de Martinov, de apellido Piyov, siervo de gleba y secretario provincial. He venido volando al primer soplo. Como el viento a la llamada de Eolo.

—¿Cómo ha logrado usted abrir la puerta? —preguntó Erast Petrovich con un susurro temeroso—. Recuerdo haber cerrado con dos vueltas de llave.

—Con esta ganzúa magnética —informó, satisfecha, la visita ansiosamente esperada, mostrando una varilla alargada que hizo desaparecer de nuevo dentro de su bolsillo—. Un artilugio muy útil. Lo copié de un ladronzuelo local. Dada la índole de nuestra profesión, muchas veces me veo obligado a trabar conocimiento con individuos realmente indeseables, con las heces de los bajos fondos de esta sociedad. Unos auténticos miserables, se lo aseguro. Unos seres que ni el mismo señor Hugo hubiera imaginado ni en sueños. Pero también tienen su alma humana, y se puede encontrar la forma de llegar a ellos. A mí esos malhechores incluso me gustan, y se puede decir que hasta los colecciono. Ya lo dijo el poeta: cada uno se divierte como puede, pero a todos nos une una muerte idéntica. O como dijo aquel alemanucho: *Jeder Tier hat sein Spielzeug*, «cada fiera tiene sus juguetes».

Resultaba evidente que aquel extraño hombrecillo tenía una facilidad pasmosa para parlotear cuanto quisiera sobre cualquier tema, aunque también era cierto que sus ojillos vivarachos no perdían el tiempo. Inspeccionó rápidamente a Erast Petrovich de cabo a rabo, y también el mobiliario de aquel pobre cuartucho que alquilaba.

—Yo soy Erast Fandorin, un enviado del señor Brillling para un asunto en extremo importante —informó el joven, pese a que lo primero y lo segundo ya se lo había dicho en la carta, y lo tercero ya se había encargado Piyov de adivinarlo por su cuenta—. Pero, ahora que lo pienso, Brillling no me ha dado ningún santo y seña. Se olvidó, supongo.

Erast Petrovich miró con un asomo de inquietud a Piyov, el hombre de quien dependía ahora su salvación.

—No hace falta contraseña alguna. Eso sólo son tonterías, juegos de niños. ¿O es que un ruso no sabe reconocer sin ayuda a otro ruso? Me basta echar un vistazo a esos ojos tan límpidos que usted tiene —y Porfiri Martinovich se acercó a él hasta casi tocarle— para verlo todo como si lo tuviera escrito en la palma de la mano. Es usted un joven sin doblez, valiente, con aspiraciones nobles; en suma, un auténtico

patriota. Y es que no podría ser de otra manera, en nuestra organización no hay lugar para tipos de otra calaña.

Fandorin frunció el entrecejo; de pronto se le antojó que aquel secretario se estaba haciendo el tonto, que le tomaba por un completo idiota. Por este motivo, Erast Petrovich le contó su historia breve y secamente, sin manifestar emoción alguna. Fue entonces cuando comprendió que Porfiri Martinovich no sólo sabía hablar por los codos y decir tonterías, sino también escuchar con suma atención. Aún más, que en esta disciplina era un auténtico talento. Piyov se sentó en la cama, cruzó sus cortos brazos sobre el vientre, entornó aún más los ojos —que, ya en su estado natural, apenas eran dos rendijas— y, de pronto, dio la impresión de que su presencia se hubiera diluido. En una palabra, Piyov se hizo todo oídos. No sólo no interrumpió ni una sola vez a su interlocutor, sino que ni siquiera cambió un centímetro su posición inicial. Eso sí, en los momentos cruciales del relato, una breve chispa parecía saltar por entre sus párpados cerrados.

Erast Petrovich decidió no confiarle la hipótesis que había elaborado sobre aquellas cartas —prefería reservársela para Brillling— y concluyó su relato con esta frase:

—Y aquí estoy, Porfiri Martinovich. Tiene ante usted a un prófugo de la justicia, a un asesino involuntario. Debo salir urgentemente de aquí en dirección al continente. Necesito llegar a Moscú y presentarme ante Ivan Frantzevich.

Piyov separó los labios, esperó un instante para comprobar que su interlocutor no tenía nada más que decir y después preguntó tranquilamente:

—¿Y el portafolios? ¿No sería mejor enviarlo como correspondencia diplomática? Sería una decisión de lo más juiciosa. Es posible que... Por lo visto esos señores son lo bastante serios como para buscarle y perseguirle también en Europa. Yo, ángel mío, claro que puedo ayudarle a cruzar el estrecho. Eso no es un problema serio. Si no le hace ascos a una frágil barcaza de pesca, mañana mismo podría usted navegar con viento fresco. Pero cuando se pesca en barca, el viento brama en exceso.

«¿A cuento de qué hablar tanto de “viento” y más “viento”?», se preguntó con despecho Erast Petrovich, al que, la verdad sea dicha, no le hacía maldita la gracia separarse de aquel portafolios que había conseguido a tan alto precio. Pero Porfiri Martinovich, sin advertir, aparentemente, las dudas de su interlocutor, prosiguió:

—No suelo meter las narices en los asuntos ajenos porque soy recatado y nada curioso. Sin embargo, advierto que se ha callado usted muchos detalles. Y hace bien, ángel mío, porque si la palabra es plata, el silencio es oro. Brillling, Ivan Fraritzevich, es un pájaro de altos vuelos. Se puede decir, incluso, que es un águila altiva entre mirlos, así que un asunto de esta importancia no creo que se lo confiara a un cualquiera. ¿Cierto?

—¿A qué se refiere?

—¿No hablamos de ese portafolios? Si yo fuera usted, lo lacraría por todos los lados, se lo entregaría al mensajero más diligente que tuviera y, en un periquete, lo haría volar hasta Moscú, como en una troika con cascabeles. Incluso le enviaría inmediatamente un telegrama cifrado a Brilling, donde le diría: «Salga a mi encuentro, como si fuera yo el regalo inestimable que le envían los dioses de los cielos».

Erast Petrovich puso a Dios por testigo de que no eran honores ni gloria lo que buscaba y de que no le importaría nada darle la cartera a Piyov, si fuera en beneficio del caso que se traían entre manos. Comprendía también que el correo diplomático era en efecto un medio mucho más seguro. Pero su imaginación le había dibujado ya tantas veces aquella escena en la que llegaba triunfalmente hasta su *chief*, le entregaba aquel valioso portafolios con todo el efectismo del mundo, y comenzaba a contarle el apasionante relato de las hazañas por él vividas, que... ¿Y ahora esa escena no iba a tener lugar?

Parecía que Fandorin empezaba a ceder, cuando de pronto dijo, con tono severo:

—Tengo guardada la cartera en un escondite seguro. Y seré yo en persona quien la entregue en su destino. Respondo de ella con mi cabeza. Y usted, Porfiri Martinovich, por favor, no se ofenda.

—Está bien, está bien —replicó Piyov dejando de insistir—. Si ése es su deseo... También a mí me resulta más cómodo así. Que los demás oculten sus secretos, que con los míos ya tengo yo bastante. Si dice que está en un escondrijo seguro, le creo. —Se levantó de la cama y paseó la mirada por las paredes desnudas de la habitación—. Bien, siga usted descansando, amigo mío. La juventud necesita dormir. A un viejo como yo poco le importa ya el insomnio. Mientras usted duerme, yo me dedicaré a organizar lo de la barca. Mañana, bueno, hoy, porque ya es más de medianoche, en cuanto amanezca estaré aquí de nuevo. Le llevaré a la costa, le daré unos besos de despedida y le bendeciré. Y yo me quedaré en esta tierra extranjera, vagando como un huérfano sin hogar. ¡Ay, ya se hastió Ivancito de vivir lejos de su pueblecito! —entonó.

Entonces el mismo Porfiri Martinovich cayó en la cuenta de que su actuación había sido excesivamente exagerada y empalagosa porque, con aire culpable, reconoció:

—Lo confieso, he hablado por los codos. Me apetecía hablar en ruso coloquial con alguien, porque aquí todo el mundo se deja llevar por el estilo florido. Y las lumbreras de nuestra embajada prefieren explicarse en francés, así que no tengo a nadie con quien darme este gusto.

Al otro lado de la ventana los truenos retumbaron con fuerza y comenzó a llover. Piyov se levantó e inició la despedida.

—Me voy. ¡Uy, uy...! El mal tiempo amenaza con ponerse tempestuoso.

Ya en el umbral de la puerta, se volvió de nuevo, acarició a Fandorin con una mirada de despedida y, tras dedicarle una inclinación, se desvaneció en las tinieblas del pasillo.

Erast Petrovich echó el cerrojo. De repente los hombros se le contrajeron en un escalofrío, y es que un trueno sonó tan cerca que pareció retumbar en el mismo tejado de la casa.

Todo era negro y siniestro en esa miserable habitación, ventilada por una única ventana que daba a un patio de piedra desnudo, sin una sola hierba. Allí todo era desapacible; sólo había lluvia y viento, y entre el cielo grisáceo y negruzco y las nubes desgarradas la luna iba dando tumbos. Uno de sus rayos amarillentos penetró por la rendija que dejaban entre sí las cortinas, cortó el cuartucho en dos y lo atravesó hasta llegar a la cama donde Fandorin, dominado por una terrible pesadilla, se agitaba bañado en un sudor frío. Estaba completamente vestido, calzado y armado. Tan sólo el revólver seguía oculto, como antes, bajo la almohada.

Su conciencia, torturada por el asesinato, lo castigaba con una terrible visión. Amalia, muerta, se inclina sobre su cama. Tiene los ojos semicerrados, una gota de sangre le resbala desde el párpado y en la mano tiene una rosa negra.

—¿Qué mal te hice yo? —gime con voz quejumbrosa la asesinada—. Era joven y bonita, estaba sola y me sentía infeliz. Me enredaron en una maraña, me engañaron y corrompieron. El único hombre al que quise me traicionó. Has cometido un pecado terrible, Erast. Has matado la hermosura, y la hermosura es un milagro de Dios. Has destruido un milagro divino. ¿Y para qué? Dime, ¿por qué?

La gota de sangre se desprende de su mejilla y cae justo sobre la frente del torturado Fandorin que, estremeciéndose de frío, abrió los ojos. Entonces vio que allí no había ninguna Amalia; que, gracias a Dios, ella no estaba en la estancia. Un sueño, todo había sido un sueño. Pero en la frente volvió a gotearle algo helado.

«¿Qué es esto? —se estremeció de miedo Erast Petrovich que, despertándose del todo, escuchó el aullido del viento, el rumor de la lluvia, el grave bramido del trueno—. ¿Qué son estas gotas? Ah, nada extraordinario. Una gotera en el techo. Tranquilízate, corazón estúpido, cálmate».

Sin embargo, desde el otro lado de la puerta le alcanzó un susurro, en un tono muy bajo pero perfectamente audible:

—¿Para qué? ¿Por qué?

Y una vez más:

—¿Para qué? ¿Por qué?

«Es mi conciencia culpable —se dijo Fandorin—. La mala conciencia, que me produce alucinaciones». Pero ese pensamiento racional y sensato no le liberó del infame y viscoso miedo que se le colaba por todos los poros del cuerpo.

Parecía que todo estaba tranquilo. Un relámpago iluminó durante un segundo las

grises paredes desnudas de la habitación y de nuevo se hizo la oscuridad. Pero un minuto más tarde un golpe débil resonó en la ventana. «Toc-toc». Y otra vez: «Toc-toc».

«¡Tranquilo! Es el viento. Un árbol. Las ramas contra el cristal. Suele ocurrir». «Toc-toc. Toc-toc-toc».

¿Un árbol? ¿Pero qué árbol? Fandorin se sentó de un salto en la cama. ¡Pero si allí, detrás de la ventana, no había ningún árbol! Allí sólo había un patio vacío. Dios mío, ¿qué era eso?

La amarillenta rendija de luz que se abría entre las cortinas se apagó de golpe, tornándose gris. Era la luna, que se había escondido detrás de una nube. Pero un instante después algo oscuro comenzó a agitarse allí. Algo siniestro, misterioso. «Que sea lo que tenga que ser, todo vale, todo menos quedarme aquí tumbado, sintiendo cómo me tiemblan hasta las raíces de los cabellos. Todo menos volverme loco».

Erast Petrovich se levantó y con unas piernas que no le obedecían se acercó a la ventana, sin apartar los ojos de aquella mancha repulsiva y oscura. En ese preciso momento, justo cuando describió las cortinas, el cielo se iluminó con la llamarada de un relámpago y Fandorin vio al otro lado del cristal, justo frente a él, un rostro blanco y cadavérico con las cuencas oculares completamente negras. Una mano temblorosa, con color de ultratumba y los dedos abiertos, se deslizó lentamente por el cristal. Entonces Erast Petrovich reaccionó de forma estúpida, infantil: empezó a sollozar convulsivamente; luego reculó y, tirándose de espaldas sobre la cama, se derrumbó sobre ella boca abajo, cubriéndose la cabeza con las manos.

«¡Despiértate! ¡Despiértate ya! Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino...».

El golpeteo sobre el cristal cesó de repente. Fandorin levantó la cara de la almohada y con el rabillo del ojo miró hacia la ventana. Pero allí no distinguió nada espantoso: sólo la noche, la lluvia y las frecuentes llamaradas de los relámpagos.

Por suerte, Erast Petrovich recordó en ese instante las instrucciones del brahmán hindú Chandra Johnson, el que enseñaba a respirar y vivir de una manera correcta y sana. Su sabio libro proclamaba:

Una respiración correcta es la base de una vida correcta. Te prestará auxilio en los momentos difíciles de la vida; en ella encontrarás salvación, paz y clarividencia. Cuando inspires la fuerza vital, el prana, no te apresures a expulsarla: mantenla en los pulmones. Cuanto más prolongada y acompasada sea tu respiración, mayor será tu fuerza vital. De manera que conseguirá la clarividencia aquél que inspire el prana por la noche y no lo expulse hasta la aurora siguiente.

Aunque Erast Petrovich aún estaba muy lejos de la clarividencia, gracias a los ejercicios matutinos que hacía cada día ya era capaz de aguantar la respiración durante cien segundos. Y en ese preciso momento acudió a ese método tan fiable. Llenó completamente de aire los pulmones y se quedó quieto, «transformándose en árbol, en piedra, en hierba». Y eso le ayudó; el ritmo de su corazón se tranquilizó y el miedo desapareció. Contó hasta cien, y luego expiró ruidosamente, satisfecho por la victoria que su alma acababa de conseguir sobre la superstición.

Pero entonces escuchó otro ruido, y a Fandorin comenzaron a castañetearle sonoramente los dientes. Alguien estaba arañando la puerta con las uñas.

—¡Déjame entrar! —susurró una voz—. Mírame, tengo frío. ¡Déjame entrar!...

«¡Esto ya es demasiado! —se indignó Fandorin, echando mano de los últimos restos de su orgullo—. Abriré la puerta y me despertaré. Por lo menos, comprobaré si esto es o no un sueño».

Alcanzó la puerta en dos saltos, descorrió el cerrojo y tiró hacia él. Y justo ahí se consumió su temerario arrebato. Porque era Amalia la que estaba de pie en el umbral. Vestía la misma bata blanca de encaje del día anterior, sólo que ahora su cabello estaba enmarañado por la lluvia y una mancha de sangre se esparcía a la altura de su pecho. Sin embargo, lo más espeluznante era el luminoso color de ultratumba de su rostro y los ojos, sin brillo y de mirada inmóvil. Su blanca mano, emitiendo unas chispas minúsculas, se acercó al rostro de Erast Petrovich y le rozó las mejillas: lo mismo que había hecho unas horas antes, aunque en esta ocasión sus dedos desprendían un frío tan glacial, que el infeliz y enloquecido Fandorin empezó a retroceder de nuevo.

—¿Dónde está el portafolios? —le preguntó el espectro con un susurro sibilante—. ¿Dónde está mi cartera? He vendido mi alma por ella.

—No te la daré —le respondieron involuntariamente los resecos labios de Erast Petrovich.

Retrocedió de espaldas hasta el sillón, en cuyo interior ocultaba la cartera robada; se desplomó sobre él y, para mayor seguridad, lo rodeó con los brazos.

Entonces la visión se acercó a la mesa. Encendió una cerilla y luego la vela y, de repente, gritó con fuerza:

—*Your turn now! He's all yours!*

En la habitación irrumpieron dos personas: el altísimo Morbid, que rozaba el dintel de la puerta con su cabeza, y otro hombre más, pequeño y vivaracho.

Completamente aturdido, Fandorin se quedó inmóvil cuando el mayordomo le apoyó un cuchillo en la garganta, mientras el segundo sicario le cacheaba los costados y descubría su Derringer en la caña de la bota.

—Busca el revólver —le ordenó el mayordomo en inglés al otro hombre, y el sujeto vivaracho no falló, porque encontró inmediatamente el Colt escondido debajo

de la almohada.

Durante ese tiempo Amalia se había quedado de pie frente a la ventana, limpiándose la cara y las manos con un pañuelo.

—¿Qué, han terminado? —preguntó con impaciencia—. ¡Qué porquería de fósforo! La verdad, no había razón alguna para montar esta mascarada. No ha tenido ni la inteligencia necesaria para ocultar la cartera en un lugar adecuado. John, ¡busque en el sillón!

No miró en ningún momento a Fandorin. Era como si éste, de pronto, se hubiera convertido para ella en un objeto inanimado. Morbid levantó a Erast Petrovich del sillón con suma facilidad, aunque sin dejar de oprimirle el cuchillo contra la garganta. El vivaracho, mientras tanto, metió una mano debajo del forro y extrajo el portafolios azul.

—Démelo. —La Beyetzkaya se acercó a la mesa y comprobó rápidamente el contenido de la cartera—. Todo está en orden. Gracias a Dios, no ha tenido tiempo de enviarlo. ¡Frantz, tráigame la capa! Estoy muerta de frío...

—¿Así que todo ha sido teatro? —inquirió con voz insegura Fandorin, que ya parecía haber recuperado el ánimo—. ¡Bravo! ¡Es usted una gran actriz! Me alegro de que mi bala no la alcanzara. Habría sido una lástima que ese talento suyo se perdiera...

—No se olvide de la mordaza —le dijo Amalia al mayordomo, y, después de echarse por encima la capa que le había llevado Frantz, salió de la habitación sin dignarse siquiera lanzar al humillado Erast Petrovich una mirada de despedida.

El hombre chiquitito y vivaracho —el que montaba guardia en el hotel era él, y no Zurov— sacó de un bolsillo un rollo de cuerda fina e inmovilizó fuertemente los brazos del prisionero a los lados. Después apretó con dos dedos la nariz de Fandorin y, cuando éste empezó a ahogarse y abrió la boca para tomar aire, le metió dentro una pera de caucho.

—Todo en regla —informó Franz, con un ligero acento alemán, satisfecho de su labor—. Yo mismo llevaré el paquete.

Salió al pasillo de un salto y regresó al instante. Antes de que le echaran por la cabeza un saco de tejido basto que le cubrió hasta las rodillas, lo último que pudo ver Erast Petrovich fue el rostro impasible, absolutamente pétreo, de John Morbid. Era una pena que, a la hora de la despedida, la blanca luz le mostrara a Fandorin precisamente aquella cara, no muy agradable que digamos. Pero el panorama en la oscuridad polvorienta de la bolsa era aún mucho peor.

—Dame la cuerda, que también voy a atarle por aquí arriba —oyó que decía la voz de Franz—. No vamos muy lejos, pero así estará más seguro.

—¿Cómo se podría escapar? —reaccionó Morbid con su voz de bajo—. Al menor movimiento, le clavo el cuchillo en la barriga.

—Bueno, por si acaso, lo ataré —insistió Franz con voz cantarina, rodeando el saco con la cuerda y apretándola tan fuerte que Erast Petrovich apenas podía respirar.

—¡Venga, echa a andar! —ordenó el mayordomo empujando al prisionero, y Fandorin empezó a avanzar a ciegas, sin comprender del todo por qué no le acuchillaban allí mismo, en la habitación.

Tropezó dos veces y en la puerta de la pensión faltó poco para que cayera al suelo, pero la enorme mano de John le sujetó a tiempo por el hombro.

Olía a lluvia. Los caballos se pusieron a piafar.

—Ustedes dos, cuando despachen el bulto, regresen aquí y déjenlo todo en orden —se escuchó la voz de la Beyetzkaya—. Nosotros regresamos a casa.

—No se preocupe, *madame* —tronó el mayordomo—. Usted ya ha hecho su trabajo. Ahora nos toca a nosotros hacer el nuestro.

¡Ah, cómo le hubiera gustado a Erast Petrovich dirigirle a Amalia unas palabras de despedida! ¡Algo especial, algo que la obligara a recordarle no como el muchacho tontorrón y asustado que ahora tenían en sus manos, sino como el valiente que, pese a su bravura, había sido vencido en combate desigual por todo un ejército de nihilistas! Pero la maldita pera de caucho le privaba hasta de aquella última satisfacción.

No obstante, aún esperaba al pobre joven una nueva conmoción, pese a que, después de todo lo que había soportado, parecía imposible que algo más pudiera estremecerle.

—Querida Amalia Kazimirovna —dijo en ruso una conocida y agradable voz de tenor—. Permita que este viejo suba a su coche. Hablaremos un ratito y además me resguardaré de la lluvia. Vea usted lo mojado que estoy. Su Patrick puede subir a mi pequeño carruaje y seguirnos. ¿No le importa, muñequita?

—Venga, siéntese —le respondió secamente la Beyetzkaya—. Pero quiero que sepa, Piyov, que yo no soy para usted ninguna «querida» ni ninguna «muñequita», ¿entendido?

Erast Petrovich se puso a gemir sordamente, pues la pera de caucho le impedía estallar en sollozos. Parecía como si todo el mundo se hubiera puesto en contra del desgraciado Fandorin. ¿Dónde podría ahora encontrar las fuerzas necesarias para resistir en la lucha que mantenía contra aquel enjambre de facinerosos? A su alrededor sólo había traidores y áspides venenosas. (¡Puff, aquel maldito Porfiri Martinovich le había contagiado su afición a las expresiones grandilocuentes!). La Beyetzkaya con sus matones, Zurov, incluso el veleta de Piyov, todos eran enemigos suyos. En aquel momento Erast Petrovich deseó morir, tan fuerte era su repugnancia, tan intenso su cansancio.

Y la verdad era que no había nadie por allí cerca que le exhortara precisamente a vivir. Al contrario, por lo visto sus escoltas le tenían reservados unos planes muy distintos.

Unas manos fuertes asieron al prisionero y lo sentaron en un coche. Haciendo un gran esfuerzo, el pesado Morbid se encaramó a su izquierda. A su derecha, el ingrátido Franz agitó el látigo, y el cuerpo de Erast Petrovich cayó hacia atrás a causa del impulso.

—¿Adónde vamos? —preguntó el mayordomo.

—Nos han ordenado que vayamos al muelle número seis. El río allí es más profundo y las corrientes más fuertes. ¿Tú qué opinas?

—A mí me da igual. Han dicho al seis, pues vamos al seis.

El destino inmediato de Erast Petrovich parecía estar absolutamente determinado. Le llevarían a un muelle lejano, le atarían una piedra y le tirarían al fondo del Támesis, para que se pudriera allí abajo entre oxidadas cadenas de ancla y cascos rotos de botella. Y así se desvanecería el consejero titular Fandorin, sin dejar huella, ya que ningún ser mortal le había visto desde que se había entrevistado con el agregado militar ruso en París. Seguramente, Ivan Frantzevich imaginaría que su pupilo había dado un traspie en algún sitio, pero nunca sabría lo que había ocurrido realmente. Como tampoco llegaría a sospechar que en Moscú, o en San Petersburgo, un canalla infame se había infiltrado en el servicio secreto. Y que era precisamente a ese canalla a quien había que descubrir.

¡Ah, un momento, quizá terminemos descubriéndole!...

Pese a estar como estaba atado y envuelto en aquel saco alargado y polvoriento, Erast Petrovich se sentía ahora incomparablemente mejor que veinte minutos antes, cuando contemplaba despavorido el fantasma fosforescente en el patio y estuvo a punto de perder el juicio por el terror.

Y es que el prisionero veía ahora una posibilidad de salvación. Sin duda Franz había sido muy hábil, pero se había olvidado de registrarle la manga derecha. Y era precisamente en esa manga donde llevaba escondido el estilete: en él cifraba ahora todas sus esperanzas. ¡Si se las pudiera ingeniar para llegar con los dedos hasta la empuñadura!... ¡Ah!, pero eso no era tarea fácil, y menos cuando se tienen las manos atadas al costado. ¿Cuánto faltaría para llegar al muelle número seis? ¿Tendría tiempo suficiente?

—¡Eh, tú, siéntate quietecito! —le espetó Morbid, clavando el codo en el lado del inquieto (probablemente, por el miedo) prisionero.

—Tiene razón, amigo, te muevas lo que te muevas, tu final va a ser el mismo —observó filosóficamente Franz.

El hombre del saco siguió rebulléndose en el interior un minuto más o menos. Luego dejó escapar un grito sordo y seco y se tranquilizó, como si aceptara por fin su destino (al sacarlo, el maldito estilete se le había clavado dolorosamente en la muñeca).

—Hemos llegado —informó John, incorporándose y mirando a su alrededor—.

Todo perfecto, no se ve un alma.

—¿Y quién iba a estar aquí, de noche y con esta lluvia? —preguntó Franz, encogiéndose de hombros—. Bueno, anda y muévete de una vez, que aún nos queda por delante el camino de regreso.

—Cógelo de las piernas.

Entre los dos levantaron aquel paquete atado con cuerdas y lo arrastraron hasta el muelle de madera, que parecía suspendido como una flecha sobre el agua oscura.

Erast Petrovich oía el chapoteo del río y los listones crujiendo bajo el peso de sus captores. Su liberación estaba ya muy cerca. En cuanto el agua del Támesis se cerrase sobre su cabeza, cortaría las cuerdas con el cuchillo, rasgaría la tela del saco y, con mucho cuidado, emergería a la superficie justo debajo del muelle. Allí esperaría un rato hasta que los hombres se marcharan, y ¡listo!: la salvación, la vida, la libertad. Todo parecía tan sencillo y tan natural, que una voz interior advirtió quedamente a Fandorin: «No, Erast, así no suceden las cosas en la vida. Seguro que te tienen preparado algo peor que arruinará tus esperanzas».

¡Ay, si una voz interior lo predice, la desgracia es segura! Y, realmente, la villanía no tardó en mostrarse. Pero no fue iniciativa del terrible *mister Morbid*, sino del bueno de Franz.

—John, ¡espera un momento! —dijo éste cuando los dos hombres se detuvieron en el borde del atracadero y dejaron su carga sobre el entarimado—. No está bien esto que hacemos: tirar al agua a un hombre vivo como si fuera un perrito. ¿Te gustaría a ti estar en su pellejo?

—No —respondió John.

—¿Ves? —se alegró Franz—. Ya te lo decía yo. ¡Morir ahogado en este podrido e inmundito líquido viscoso! ¡Brrr! Es un castigo que no se lo deseo ni al peor de mis enemigos. Comportémonos como Dios manda y degollémosle antes para que no sufra. ¡Rass... y listo! ¿Qué opinas?

Tanta filantropía comenzó a descomponerle las tripas a Erast Petrovich, pero el amable y encantador *mister Morbid* se puso a refunfuñar:

—¡Sí, claro, y mancharme el cuchillo de sangre! ¡Hasta puede que me salpique la manga! ¡Como si fueran pocos los mareos que ha causado ya este mocoso! Nada, que estire la pata como teníamos pensado. Y si quieres hacerte el bondadoso, pues ¡hala!, ahórcalo tú mismo con una cuerda, que en eso eres un maestro. Mientras tanto, me voy a dar una vuelta por ahí, a ver si encuentro una buena barra de hierro.

Sus pesados pasos se alejaron y Fandorin se quedó a solas con el humanitario Franz.

—Cierto, era mejor no atarlo por la parte de arriba —consideró éste con aire pensativo—. He gastado toda la cuerda.

Erast Petrovich lanzó unos gemidos para alentarlo, como diciéndole: «¡Nada,

hombre, no te preocupes por mí, que ya me las arreglaré por mi cuenta!».

—¡Ay, pobre infeliz! —suspiró Franz—. ¡Cómo gime y se le desgarran el corazón! ¡Está bien, chico, no tiembles! Que el tío Franz no va a escatimar su cinturón siempre que sea para tu bien.

Los pasos de gigante comenzaron a escucharse otra vez.

—¡Mira qué trozo de raíl he encontrado! Nos va a venir de perlas —zumbó la voz del mayordomo—. Lo pasaremos por debajo de las cuerdas y seguro que no sube a la superficie en menos de un mes.

—Un minuto, espera a que le meta el lazo en la cabeza.

—¡Anda y vete al diablo con tus mimos! ¡No tenemos tiempo que perder! ¡Está a punto de amanecer!

—¡Ay, amigo mío, perdóname! —se excusó Franz, apenado—. Estaba escrito que ésta sería tu suerte. *Das hast du dir selbst zu verdanken!*

Levantaron de nuevo a Erast Petrovich y empezaron a voltearlo.

—¡Azazel! —exclamó entonces Franz, con voz severa y solemne, y un segundo después el cuerpo atado desapareció chapoteando en el agua putrefacta.

Fandorin no sintió frío, ni la mantecosa pesadez del caparazón acuoso que lo envolvía, mientras cortaba con su estilete las cuerdas mojadas. Pasó los mayores apuros con la mano derecha, pero cuando al fin logró liberarla, todo fue sobre ruedas. ¡Uno!, y su mano izquierda comenzó a ayudar a la diestra. ¡Dos!, y el saco quedó rasgado de arriba abajo. ¡Tres!, y el trozo de raíl descendió hasta clavarse en el barro del fondo.

Ahora sólo debía preocuparse de no salir a la superficie antes de tiempo. Impulsándose con las piernas, Erast Petrovich colocó las manos hacia delante para tantear con ellas a un lado y a otro en aquella turbia oscuridad. Por allí cerca, en algún sitio, debían de estar los puntales que sostenían el embarcadero. Un segundo después sus dedos rozaron una viga de madera, resbaladiza y cubierta de algas. Lentamente, sin prisas, comenzó a ascender por ella. Tenía que evitar cualquier ruido, cualquier chapoteo.

Debajo del embarcadero reinaba la oscuridad más absoluta. De pronto, aquel agua negra vomitó sordamente de sus entrañas una mancha blanca y redonda. Y en el interior de aquel círculo blanco apareció inmediatamente otro, más pequeño y oscuro: era la cabeza del consejero titular Fandorin, que aspiró con avidez una bocanada de aire fluvial. Olía a podredumbre y a queroseno. Así era el mágico aroma de la vida.

Mientras arriba, en el muelle, se desarrollaba una apacible conversación, el furtivo se esforzaba por escuchar desde el agua todo lo que decían sus verdugos. En tanto esperaba a que éstos se marcharan, a Erast Petrovich se le escaparon unas lágrimas tiernas, imaginando en qué cariñosos términos le recordarían sus amigos y sus enemigos, a él, al héroe muerto prematuramente, y qué discursos fúnebres

resonarían sobre su tumba durante el entierro. Durante toda su infancia había tenido esas fantasías. Por eso el joven se indignó, comprensiblemente, al escuchar las trivialidades que intercambiaban aquellos dos villanos que se tenían por sus asesinos. ¡Ni una sola palabra en honor del ser humano que acababa de desaparecer bajo aquellas lóbregas aguas, un hombre con inteligencia y corazón, un alma noble y de tan altas miras!

—¡Ay, no me extrañaría que este paseo me cueste un ataque de reuma! —suspiró Franz—. Menuda humedad llega de ahí abajo. Pero, bueno, ¿qué esperamos aquí de pie? ¿Nos vamos o qué?

—Todavía es demasiado pronto.

—Oye, con estas idas y venidas me he quedado sin cenar. ¿Crees que nos pondrán algo de comer o nos habrán preparado otro trabajito de éstos?

—Da igual, no podemos hacer nada. Ellos mandan y nosotros obedecemos.

—Sí, pero no estaría mal llevarnos a la boca un buen filete de ternera, ¡aunque esté frío! Escucha cómo me suenan las tripas... Oye, ¿y vamos a tener que mudarnos otra vez? Ahora que comenzábamos a acostumbrarnos a este sitio. ¿Y para qué? Ahora, vuelta a empezar.

—Ella sabrá por qué... Si lo ha ordenado, será que es necesario...

—En eso tienes razón, nunca se equivoca. Por ella sería capaz de cualquier cosa, hasta de matar a mi propio padre. Si lo hubiera conocido, claro está. Ni nuestra madre habría hecho tanto por nosotros...

—Es verdad... Bueno, vámonos ya.

Erast Petrovich aguardó hasta que el ruido de sus pasos se perdió en la lejanía. Luego, para mayor seguridad, contó hasta trescientos. Y sólo entonces nadó hasta la orilla.

Cuando tras varios intentos frustrados consiguió por fin encaramarse con un titánico esfuerzo al bajo pero abrupto pretil del malecón, las tinieblas de la noche, desplazadas por el amanecer, comenzaban ya a disiparse.

Al fallido ahogado le vencían los escalofríos, le castañeteaban los dientes y hasta tenía hipo, pues al parecer había tragado una buena bocanada de aquella agua descompuesta. Pero el hecho de vivir lo hacía todo admirable. Erast Petrovich abrazó con una amorosa mirada la extensión ilimitada y gris del río, en cuya otra orilla unas lucecitas brillaban dulcemente; se conmovió con la solidez de los redondos almacenes portuarios y celebró el cadencioso balanceo de las barcazas y los remolcadores amarrados a lo largo de los muelles. Una apacible sonrisa iluminó el húmedo rostro —con una franja de nafta pintada en la frente— de aquel resucitado de entre los muertos. Comenzó a desperezarse estirando dulcemente los brazos. Pero justo cuando se encontraba en aquella absurda pose se volvió a quedar pasmado, porque una pequeña y ágil silueta humana, que había surgido de la esquina de un

almacén, acudió rápidamente a su encuentro.

—Pero ¡qué monstruos, qué bestias! —Sin dejar de caminar, se lamentó aquella silueta con su aguda vocecita, audible desde lejos—. Nada, que no se puede confiar en nadie. Tiene uno que controlarlo todo. ¿Adónde irían sin Piyov? Morirían como cachorros ciegos, se perderían sin remedio.

Embargado por una cólera más que justificada, Fandorin se abalanzó sobre él. El traidor parecía convencido de que no se había descubierto su satánica apostasía.

Entonces, en la mano del secretario provincial centelleó un objeto metálico con un resplandor amenazante, y Erast Petrovich, que acababa de frenar en seco, empezó a retroceder.

—¡Ah, pero qué razonable es usted, fresoncito mío! —aprobó Piyov, que avanzaba con su ágil y felina manera de andar—. Sí, un adolescente muy sensato, lo adiviné en cuanto le conocí. ¿Sabe qué es esto que tengo en la mano? —Y agitó varias veces el objeto, mostrando a Fandorin una pistola de dos cañones de un calibre descomunal—. Un aparatito terrible. Un *smasher*; así lo llaman los malhechores londinenses en su jerga. Aquí, si presta atención, se introducen dos balas explosivas; sí, esas mismas que están prohibidas por la *Declaración de San Petersburgo de 1868*. Pero los delincuentes, mi querido Erast, son unos auténticos malvados. ¡Pasan por encima de todas las convenciones humanitarias! Pues bien, cuando una bala explosiva de este tipo penetra en un objeto tierno, se abre como los pétalos de una flor. Y todo, carne, hueso y venas, queda hecho picadillo. Por eso, mimosín mío, ande con cuidado, y no se le ocurra hacer ningún movimiento brusco. Si no, a lo mejor se me dispara el arma del susto y después nunca podré perdonarme tamaña bestialidad, estaré arrepintiéndome el resto de mis días. La herida resulta especialmente dolorosa si la bala acierta en el vientre o en algún lugar de esa zona.

Fandorin dejó escapar un hipido, ya no de frío sino de miedo, y gritó:

—¡Isariote! ¡Has vendido a tu patria por treinta monedas de plata! —Y continuó retrocediendo, alejándose de aquel terrible cañón.

—Como dijo el gran Derzhavin, la versatilidad es una característica de los mortales. Además, es inútil que me ofenda, amiguito, porque no me he vendido por treinta monedas, sino por una cantidad mucho más sustanciosa, satisfactoriamente ingresada ya en un banco suizo. Para la vejez, para no morir en la calle. ¿Y a usted, idiota, quién le ha metido en este asunto? ¿A quién quería ladrarle? Si tiras una flecha contra una piedra, lo único que consigues es perder la flecha. Esto es un coloso, una pirámide de Keops. ¡No se puede matar a un gigante con tirachinas!

Mientras el secretario hablaba, Erast Petrovich, que ya había reulado hasta el borde mismo del muelle, hubo de detenerse cuando su talón se apoyó en el reborde. Al parecer, eso era lo que Piyov pretendía.

—¡Ay, qué bien, qué estupendo! —canturreó parándose a diez pasos de su víctima

—. Así me resultará más fácil arrastrar hasta el agua a un jovencito tan rollizo como usted. Zafiro mío, no se inquiete. Piyov hace bien su trabajo. Un disparo... y listo. En lugar de una cara encarnada, tendremos una papilla rojiza. Si luego le sacan del agua, jamás podrán identificarle.

Y su alma alzará el vuelo al encuentro de los ángeles. Es tan joven, que apenas habrá tenido tiempo de pecar.

Con estas palabras, el hombrecillo levantó el arma, guiñó el ojo izquierdo y sonrió con satisfacción. No tenía ninguna prisa por disparar, se veía que disfrutaba del momento. Fandorin lanzó una última y desesperada mirada por el malecón desierto, débilmente iluminado por la aurora. Nadie, ni un alma. Sí, aquél sí que era el fin. Algo pareció moverse junto al almacén, pero no pudo fijarse con más detenimiento. Luego se oyó un trueno fortísimo, mucho más intenso que cualquier disparo, y Erast Petrovich, tambaleándose hacia atrás y dando un aullido desgarrador, cayó de nuevo al río del que tan trabajosamente había salido apenas unos minutos antes.

Capítulo Duodécimo

Donde el héroe descubre que un aura le rodea la cabeza

Pero el tiroteado no perdió el conocimiento, ni tampoco sintió ningún dolor. Sin comprender nada, Erast Petrovich comenzó a brucear en el agua. ¿Qué le había pasado? ¿Estaba muerto o vivo? Y si estaba muerto, ¿por qué estaba todo tan mojado?

La cabeza de Zurov asomó en aquel momento por encima del borde del malecón. Fandorin no se extrañó lo más mínimo. En primer lugar, porque en aquellos momentos difícilmente podía extrañarse de cualquier cosa que le ocurriera; y, en segundo lugar, porque en el mundo de ultratumba (si realmente era allí donde se encontraba) todo resultaba posible.

—¡Erasm!, ¿estás vivo? ¿Te ha rozado la bala? —le preguntó la cabeza de Zurov desgañitándose—. ¡Dame la mano!

Erast Petrovich sacó la mano derecha del agua y, con un único y potente tirón, fue izado a tierra firme. Lo primero que vio allí fue a un hombre pequeño, tumbado boca abajo en el suelo, con una mano extendida que empuñaba todavía un pesado pistolón. Por entre los pelillos ralos de su nuca se vislumbraba un agujero negro, y un charquito oscuro se iba extendiendo bajo su cuerpo.

—¿Estás herido? —inquirió Zurov preocupado, mientras giraba al empapado Erast Petrovich y le palpaba por todas partes—. No comprendo cómo ha podido suceder. Sería un caso de... *révolution dans la balistique!* No, no puede ser.

—Zurov, ¿es usted? —preguntó Fandorin con voz ronca, asimilando al fin que aún se encontraba en este mundo y no en el otro.

—No me trates de usted. Tutéame. Cruzamos nuestras copas en un brindis de amistad, ¿ya no te acuerdas?

—Pero ¿pa-para qué? —preguntó Erast Petrovich, empezando de nuevo a perder la chaveta—. ¿Quiere usted rematarme con sus propias manos? ¿Acaso ese Azazel suyo le ha prometido una recompensa? Pues ¡dispare, dispare, malditos sean! ¡Ya estoy harto de esta sopa de sémola que cada vez sabe peor!

Lo de la sopa de sémola se le escapó de repente, sin venir a cuento, posiblemente

de algún pasaje de su infancia olvidado hacía tiempo. Erast Petrovich se dispuso aun a desgarrarse la camisa, un gesto de «¡Aquí tiene mi pecho desnudo! ¡Ande, dispare!». Pero Zurov le sacudió por los hombros sin ningún miramiento.

—¡Deja ya los delirios, Fandorin! ¿De qué Azazel me hablas? ¿Qué sopa de sémola ni qué tonterías? Ven aquí, que te voy a ayudar a recobrar el sentido de una vez. —Y rápidamente le propinó al extenuado Fandorin dos sonoras bofetadas—. Soy yo, Ippolit Zurov. La verdad es que no sería raro que con tantas desventuras te hubiera fermentado el cerebro. ¡Apóyate en mí! —añadió, cogiendo al joven por los hombros—. Ahora mismo te llevaré al hotel. Tengo ahí uncido mi caballito, el *droski* de ese tunante. —Y empujó con la pierna el cuerpo inmóvil de Piyov—. ¡Llegaremos volando, en un periquete! Entrás en calor, te bebes un ponche y me aclaras lo que está ocurriendo en este circo ambulante.

Pero Fandorin apartó al conde de un empujón.

—¡Nada de eso! ¡Tú eres el que debe aclararme un par de cosas! ¿Cómo has, hip, llegado hasta aquí? ¿Por qué motivo me has seguido? ¿Estás confabulado con ellos?

Zurov, confundido, se retorció el negro bigote.

—No se puede explicar así, en dos palabras.

—No importa, hip, tengo todo el tiempo del mundo. ¡No me moveré de aquí!

—A tu elección. Escucha, pues.

Y he aquí lo que contó Ippolit.

—¿Piensas que te facilite la dirección de Amalia sin ningún motivo? Claro que no, hermano Fandorin. Utilicé en mi decisión un tratado entero de psicología. Me caíste muy bien cuando te conocí, Fandorin, Dios, qué bien me caíste. Tú tienes algo peculiar... No sé, una especie de sello en la cara, o algo similar. Para la gente como tú tengo mucho olfato, huelo a esas personas al pasar. Es como si tuvieran un halo encima de la cabeza, una especie de brillo vaporoso. Las personas que lleváis el halo sois gente muy particular, el destino os protege, os libra de todos los peligros. Para qué, ni el mismo elegido lo sabe. Con alguien así no puedes batirte en duelo, porque serás tú quien muera. Tampoco juegues nunca dinero a las cartas, porque te arruinarás, saques de la manga los comodines que saques. Yo te vi el nimbo cuando me dejaste sin blanca y también después, cuando me obligaste a jugarnos el suicidio a suertes. Es muy raro encontrar a individuos como tú. Mira, en nuestro destacamento, cuando íbamos por los desiertos del Turquestán, había un teniente apellidado Ulich. Se metía en todas las peleas y salía siempre indemne y con una sonrisa en los labios. No lo creerás, pero una vez, cerca de la ciudad de Jiva, vi con mis propios ojos cómo los guardias del kan le disparaban una descarga cerrada. ¡Pues no recibió ni un rasguño!... Pero un buen día se bebió un trago de *kumis* con la leche cortada, y ¡ahí se acabó! Allí mismo, en la arena, cavamos la tumba de Ulich. ¿Para qué le protegería Dios en tantos combates? ¡Un misterio! Pues bien, Erasm, tú eres una de

esas personas, puedes creerme. Me gustaste, en aquel preciso instante me gustaste, cuando cogiste la pistola y apretaste el gatillo sin la más mínima vacilación. Sólo que mi amor y mi admiración, hermano Fandorin, son materia delicada. No puedo querer a nadie que sea menos que yo, y al que vale más lo envidio a muerte. Y yo te envidié. Sentí celos de tu halo, de tu extraordinaria fortuna. Compruébalo tú mismo: hoy has salido del agua sin mojarte un pelo. ¡Ja, ja! Quiero decir que estás empapado, por supuesto, pero vivo y coleando, sin un rasguño. Y, sin embargo, a primera vista no pareces más que un muchacho, un cachorro, nada especialmente importante.

Mientras Ippolit hablaba, Erast Petrovich le escuchó con mucho interés. Se sonrojó al escuchar los halagos y hasta dejó de temblar durante bastante rato. Pero el calificativo de «cachorro» no le agradó precisamente; puso mala cara y hasta hipó dos veces de despecho.

—No te ofendas, te lo digo amistosamente —reaccionó Zurov, palmeándole el hombro—. Entonces saqué esta conclusión: el destino me lo envía. Me dije, seguro que Amalia pica el anzuelo con un tipo así. En cuanto le conozca más, caerá en sus redes. Así me libraré de una vez para siempre de su encantamiento satánico. Me dejará en paz, cesará de martirizarme, de llevarme encadenado como a un oso de feria. A partir de ahora, que sea este mozalbete el que sufra sus suplicios egipcios. Y por eso te di aquella pista, para que llegaras a ella. Sabía que no retrocederías... ¡Anda! Échate la capa y bebe un trago de esta cantimplora.

Con unos dientes como castañuelas, Fandorin bebió ron jamaicano de una cantimplora, a grandes tragos, hasta dejarla completamente vacía. Mientras, Ippolit le puso sobre los hombros su elegante capa negra con forro de satén rojo. Luego empujó con los pies el cadáver de Piyov hasta el borde del malecón, lo alzó por encima de la baranda y lo tiró al agua. Un chapoteo sordo..., y del secretario provincial, del traidor, sólo quedó aquel charquito oscuro sobre las baldosas de piedra.

—¡Señor, concede reposo eterno al alma de tu siervo «co-mo-se-llame»! —rezó Zurov piadosamente.

—Pi-Piyov —hipó de nuevo Erast Petrovich, aunque ahora, gracias al ron, ya no le castañeteaban los dientes—. Porfiri Martinovich Piyov.

—Bah, no seré yo quien le eche de menos —dijo Ippolit, encogiendo los hombros con indolencia—. Que se lo lleve el diablo. Una basura de hombrecillo en todos los aspectos. Mira que querer dispararle a un joven desarmado... Puff... Porque él quería matarte, Erasm. Así que ya sabes, te he salvado la vida. ¿Lo comprendes, verdad?

—Sí, perfectamente. Pero sigue contándome.

—Bien, continúo. Al día siguiente de darte la dirección de Amalia me arrepentí. Me embargó una melancolía tan grande que espero que Dios no me castigue con ella nunca más. Bebí sin parar, visité a prostitutas, perdí más de cincuenta mil rublos a las cartas... Pero nada, el mal humor no cedía. Ni dormía ni comía. Sólo podía beber. Te

imaginaba acariciando a Amalia, y a los dos riéndolos de mí. O lo que era peor, sin acordaros en absoluto de mi existencia. Estuve así diez días hasta que comprendí que iba a perder la cabeza. ¿Recuerdas a Jean, mi lacayo? Bueno, pues está en el hospital. Un día intentó aconsejarme y yo le rompí dos costillas y le machaqué la nariz. ¡Qué vergüenza, hermano Fandorin! Lo mío era una fiebre devoradora. Pero al undécimo día reaccioné. Y tomé una decisión; me dije: «Mataré a los dos y luego me cortaré el cuello. De todas formas, nada puede estar peor de lo que está». Que me castigue Dios si miento, pero no recuerdo ni cómo crucé Europa. Bebía como un camello del desierto. En Alemania arrojé a dos prusianos del vagón, o me lo pareció. La verdad es que no lo recuerdo muy bien; quizá lo esté imaginando. No recobré la conciencia hasta llegar a Londres. Lo primero que hice aquí fue ir al hotel, pero allí no os encontré ni a ti ni a ella. Además, el establecimiento era una pocilga. Resultaba impensable que Amalia pudiera hospedarse en un lugar así. El conserje era un animal, no sabía una palabra de francés. Y yo en inglés sólo sé decir «battl visky» y «muv yor as». Lo aprendí de un alférez de navío: «Una botella de whisky» y «Date prisa». Pues bien, le pregunté al conserje, a ese monicaco inglés, por miss Olsen. Él me refunfuñó algo en su idioma, meneó la cabeza y señaló con el dedo hacia atrás, como diciendo: «La señora se ha ido. ¿Adónde?, no tengo ni idea». Entonces probé contigo: «Fandorin —le dije—, Fandorin, “muv yor as”». Entonces (por favor, no te ofendas), abrió los ojos como platos. Por lo visto, tu apellido suena a algo indecente en inglés. En suma, que no llegué a entenderme de ninguna manera con aquel imbécil. No había nada que hacer, sólo esperar en aquel nido de chinches. De modo que me fijé el siguiente orden del día: a primera hora de la mañana bajaba y le preguntaba al conserje: «¿Fandorin?». Él me dedicaba una inclinación y me respondía: «Móning, ser». Como si dijera: «Aún no ha llegado». Entonces yo salía a la calle y me iba a la taberna de enfrente. Allí establecí mi punto de observación. No puedes imaginar qué aburrimiento. Sólo había personas deprimidas a mi alrededor. Menos mal que el «battl visky» y el «muv yor as» me sacaron de apuros. Al principio, el tabernero me miró con suspicacia, pero luego se acostumbró y me recibía como a uno más de la familia. Por otro lado, su negocio mejoró bastante por mi causa, pues la gente acudía al local para verme trasegar vasos de licor de un trago. Eso sí, temían acercarse demasiado y me miraban desde lejos. También aprendí algunas palabras nuevas: «gin», que es nuestro vodka de enebro, «ram», que es ron, y «brandy», una especie de coñac malísimo. Resumiendo, que habría esperado allí, en aquel puesto de observación, hasta caer en el *delirium tremens*, si no llega a ser porque, gracias a Alá, al cuarto día apareciste tú. Te vi llegar vestido como un petimetre, con bigotes y en un carruaje laqueado. A propósito, has hecho mal en afeitártelos porque te rejuvenecen. Al verte, me dije: «¡Mira qué pavo real, abriendo la cola como un abanico! ¡Pues cuando pregunte por miss Olsen, va a quedarse alhelado!». Pero el

bellaco del conserje te trataba de manera diferente a como me trataba a mí. Decidí entonces permanecer a la expectativa y aguardar a que tú me pusieras sobre la pista. Una vez en ella, ya me encargaría yo de dejarte frito. Te seguí con cautela por las calles, como si fuera un soplón de la policía. ¡Puff! ¡No estoy diciendo más que tonterías! Cuando te pusiste de acuerdo con el cochero, también yo tomé mis precauciones: alquilé un caballo en el establo y le envolví los cascos con varias toallas del hotel para que no hicieran ruido. Es una táctica de los chechenos antes de iniciar un ataque por sorpresa. Claro que no emplean toallas de hotel, sino el primer trapo que tienen a mano, ya me entiendes.

Erast Petrovich recordó la noche de la que hablaba Ippolit. Había temido tanto perder de vista a Morbid, que ni se le había pasado por la cabeza mirar atrás. Y resulta que también le seguían a él.

—Cuando te vi trepar a la ventana de Amalia, un volcán hizo erupción en mi interior —dijo Ippolit, continuando el relato—. Me mordí la mano hasta hacerme sangre. Mira esto. —Y puso a un centímetro de la cara de Fandorin una mano fuerte y bien proporcionada, donde aún era visible la huella de un mordisco, una media luna casi perfecta entre los dedos índice y pulgar—. «Ahora ya tengo suficientes pruebas —me dije—. Ahora mismo, y de una sola vez, tres almas van a echar a volar: una irá al cielo (y pensaba en la tuya), y las otras dos, derechas al infierno...». Pero por alguna razón te demoraste mucho rato junto a la ventana, hasta que, parece que reuniendo la osadía suficiente, te introdujiste en la habitación. Me quedaba una sola esperanza: que ella te echara de allí. Porque a Amalia no le gusta que la asalten de esa manera, siempre quiere llevar la iniciativa. Esperé con las piernas temblando. De pronto la luz se apagó, escuché su grito y luego el disparo. «¡Ay! —pensé—, el loco de Erasm la ha matado. Seguro que ella ha ido demasiado lejos con su dominación y sus burlas». De pronto, Fandorin, hermano mío, me sentí muy triste, como si me hubiera quedado completamente solo en este mundo y ya no tuviera ninguna razón para vivir... Siempre había sabido que ella acabaría mal, y hasta había pensado a veces en matarla con mis propias manos, pero... Me viste cuando pasaste corriendo delante de mí, ¿no? Me había quedado de piedra, como si estuviera paralítico, por eso ni siquiera intenté llamarte. Me sentía como sumergido en las tinieblas... Después ocurrió algo extraño, que a medida que pasaba el tiempo más extraño parecía... Lo primero que percibí fue que Amalia seguía viva. Sin duda, en la oscuridad fallaste el tiro... Ella gritaba y blasfemaba en voz tan alta que hasta las paredes vibraban. Luego comenzó a dar órdenes en inglés y los criados se pusieron a correr de un lado para otro, registrando el jardín de cabo a rabo. Yo me escondí entre los arbustos. Tenía un lío tremendo en la cabeza. Me sentía muy estúpido, como uno de esos tontos del *preferance*, en ese momento en que todos sueltan los naipes y alguno se queda ahí solo, esperando el descarte. «Pues no va a ser a mí al que enganchen», me dije. Zurov

no ha sido pelele en su vida. En el jardín había una caseta de madera del tamaño de dos casetas de perro. Arranqué una tabla y me metí dentro, en silencio. Estoy acostumbrado a situaciones similares. Me puse al acecho, afilé la vista y agudicé el oído. Como el sátiro espiando a Psique. Allí se había organizado un auténtico alboroto, el frenesí que se vive en el Estado Mayor de un ejército cuando se espera la revista del general supremo. Los criados entraban y salían de la casa, Amalia increpaba a todos y los carteros entregaban más y más telegramas. Y yo allí, sin comprender nada, me pregunté: «¿Qué follón habrá montado Erasm? ¿Con lo educado que parecía!...». Anda, dímelo ahora, ¿qué le hiciste? No me dirás que sólo le miraste la azucena que llevaba prendida en el hombro... Porque Amalia nunca se prende ninguna azucena, ni en el hombro ni en ninguna parte. ¡Cuéntamelo, no me martirices más!

Erast Petrovich se limitó a agitar la mano con impaciencia, expresando que no tenía tiempo que perder en tonterías.

—Total, pusiste de cabeza la casa entera. Ese muerto tuyo —y Zurov movió la cabeza en dirección al río, hacia donde Porfiri Martinovich había encontrado su última morada— llegó a la casa en dos ocasiones. La segunda vez, poco antes de anochecer.

—¿Pero es que estuviste escondido allí toda la noche y todo el día siguiente? —preguntó Fandorin, sorprendido—. ¿Sin comer ni beber?

—Yo puedo aguantar mucho sin comer si tengo algo con qué mojarme el gaznate. —Y Zurov dio una palmada a su petaca—. Naturalmente, tuve que racionarme la bebida, dos tragos cada hora. Resultó duro, pero durante el asedio de Majrám lo pasé peor, ya te contaré. Con el fin de hacer algo de ejercicio y de estirar las piernas, salí un par de veces de mi escondrijo a atender a mi caballo. Lo había dejado atado a la valla de un jardín cercano. Arrancaba un poco de hierba para él, le hablaba un rato para que no se aburriera, y vuelta a mi puesto de guardia. En Rusia roban un caballo que está a la intemperie en un abrir y cerrar de ojos, pero aquí la gente parece menos atrevida, menos resuelta. Ni se les pasa por la cabeza hacer algo así. Por cierto, que, al atardecer, mi caballito bayo me fue de gran utilidad. Cuando ese fiambre —de nuevo Zurov señaló el río con la cabeza— llegó a la casa por segunda vez, todos tus enemigos se pusieron en marcha. Imagínatelo: delante, en vanguardia, como un auténtico Bonaparte, iba Amalia en su berlina junto a dos jóvenes corpulentos sentados en el pescante; a continuación iba el fiambre en un *droski*, después dos lacayos en una calesa y, por último, a distancia, este servidor tuyo, en las tinieblas de la noche, como otro Denis Davidov con su caballito bayo, sólo que cabalgando con cuatro toallas envueltas en los cascos. —Ippolit soltó una carcajada y miró fugazmente la franja roja del amanecer, que empezaba a extenderse por encima del río—. Llegamos, de este modo, a un lugar que parecía una guarida de cucarachas,

algo así como el barrio de Ligovka en Moscú: casas miserables, almacenes y barro por todas partes. El fiambre subió a la berlina de Amalia, al parecer para celebrar consejo y decidir la estrategia final. Yo amarré el caballo a la valla de un patio y me quedé esperando acontecimientos. El fiambre entró en una casa, con una especie de tablilla en la mano, y permaneció allí alrededor de media hora. Justo entonces comenzó a estropearse el tiempo. En el cielo retumbó un cañoneo de truenos y empezó a llover a cántaros. Me estaba calando hasta los huesos, pero aguanté a la intemperie porque me interesaba muchísimo todo lo que ocurría allí. Luego apareció otra vez el fiambre y entró rápidamente en el coche de Amalia. «Estarán celebrando otro consejo», me dije. Yo tenía el cuello del abrigo completamente empapado, y la cantimplora casi vacía. Ya estaba pensando si no sería mejor organizar una especie de aparición de Jesucristo ante el pueblo, dispersar a aquella pandilla de cofrades y exigirle una aclaración a Amalia, cuando, de pronto, la puertecilla de la berlina se abrió y vi algo que... ¡líbreme Dios!

—¿Un fantasma? —preguntó Fandorin con interés—. ¿Con un débil resplandor?

—Exacto, eso mismo. Brrr. Un escalofrío helado me erizó la piel. Tardé un rato en darme cuenta de que aquel espectro era Amalia. La farsa se ponía de nuevo interesante. Amalia empezó a comportarse de un modo extraño. Primero se acercó a la puerta de la casa donde antes había entrado el fiambre, después desapareció en el patio contiguo, estuvo allí unos minutos y luego regresó y entró en la casa. Los dos criados la siguieron. Al cabo de un rato, los dos hombres sacaron en brazos una especie de saco. Más tarde comprendí que eras tú al que llevaban allí dentro, pero en ese instante ni se me pasó por la cabeza. Luego el ejército se dividió: Amalia y el fiambre se subieron a la berlina y el *droski* fue tras ellos. Los dos lacayos partieron con el saco en la calesa hacia otra dirección. Yo pensé: «Bueno, con el saco no tengo nada que ver. Lo que me interesa es sacar a Amalia del lío en que se ha metido». Así que seguí a la berlina y al *droski* con mi caballo bayo galopando sordamente con sus cascos: tap-tap, tap-tap. Pero de pronto, un poco más adelante, los carruajes se detuvieron. Yo iba a buen paso y tuve que sujetar a mi caballo por las quijadas para que no relinchara. El fiambre saltó de la berlina y dijo (la noche era muy silenciosa y pude oírlo a distancia): «De todas maneras, querida, será mejor que lo compruebe con mis propios ojos. Mi corazón no está completamente tranquilo. Ese mozalbete parece excesivamente listo. Si me necesita para algo, querida, ya sabe dónde buscarme». Al pronto, aquellas palabras me sacaron de quicio. ¡Qué «querida» ni qué gaitas, inmunda criatura! Pero entonces fue cuando lo comprendí todo: «¿No estará hablando de Erasm?». —Ippolit movió la cabeza con satisfacción, mostrando lo orgulloso que se sentía de su perspicacia—. Lo que ha ocurrido después ya puedes imaginártelo. El criado que conducía el *droski* saltó al pescante de la berlina y yo seguí al fiambre. Al llegar me he apostado allí, mira, detrás de ese almacén. Antes de entrometerme en

nada, he querido saber qué jugada le habías hecho para que te tratara así. Pero como hablabais tan bajo, no he podido escuchar ni media palabra. Créeme, no quería dispararle. Además, estaba demasiado oscuro para acertar en el blanco. ¡Pero es que iba a matarte!, me he dado cuenta simplemente viéndole de espaldas. Tengo muy buena vista para estas cosas. ¡Qué disparo tan bueno, madre mía! Dime ahora si Zurov pierde el tiempo cuando practica el tiro con monedas de cinco kopecs... A cuarenta pasos y en el mismísimo cráneo... Y no lo olvides, con poquísima luz...

—Supongamos que no son cuarenta —observó distraídamente Erast Petrovich, pensando en otra cosa.

—¿Cómo que no son cuarenta? —se enfadó Ippolit—. ¡Anda y cuéntalos! —Y se puso a marcar los pasos (la verdad sea dicha, haciéndolos algo cortos) hasta que Fandorin le detuvo.

—¿Adónde vas ahora?

Zurov se sorprendió:

—¿Qué quieres decir? Primero, pretendo que recuperes una traza relativamente humana para que me cuentes con detalle en qué consiste todo este alboroto. Después iremos a desayunar juntos y me marcharé a ver a Amalia. Creo que voy a dispararle en serio a esa mujer. ¡Que se vaya al diablo de una vez o la colgaré de una soga! Pero, antes que nada, respóndeme: ¿eres mi aliado o mi enemigo?

—Veamos —frunció el entrecejo Erast Petrovich, frotándose los ojos con aire cansado—. Punto uno. No necesito tu ayuda. Punto dos. No voy a informarte de lo que está pasando. Punto tres. Eso de matar a Amalia no estaría mal, pero será muy difícil que salgas indemne de su casa. Y punto cuatro y último. No soy tu rival amoroso; se me revuelve el estómago sólo de pensar en ver a Amalia.

—Entonces, quizá lo mejor sea matarla —repuso Zurov, pensativo—. Adiós, Erasm. Ya nos veremos, si Dios quiere.

Tras todas aquellas conmociones nocturnas, el día que acababa de transcurrir, con su extraordinaria acumulación de acontecimientos, se le antojaba a Erast Petrovich bastante convulso, una sucesión de fragmentos aislados sin ninguna trabazón entre sí. Pese a que Fandorin se había comportado con mucha más sensatez que otras veces, había tomado decisiones juiciosas y actuado conforme a ellas, todo se había desarrollado por su propia inercia, fuera de cualquier argumento previo. El último día del mes de junio quedaba impreso en la memoria de nuestro héroe como una sucesión de imágenes muy vivas, pero hilvanadas en un tremendo vacío.

Y bien, he aquí que comienza un nuevo día. Primeras horas de la mañana a la orilla del Támesis, en la zona portuaria. Hace un tiempo soleado y apacible. Erast Petrovich está sentado, en camiseta y calzoncillos, sobre el tejado metálico de un almacén algo destartado. Junto a él, tendidas al sol, están su ropa y sus botas mojadas. Las costuras de la caña de una de éstas se han descosido. También su

pasaporte y varios billetes de banco están puestos a secar. Las ideas que cruzan por la cabeza del recién salvado de las aguas se embrollan, se confunden, aunque después vuelven a su cauce invariablemente.

«Uno. Ellos creen que he muerto, pero estoy vivo. Dos. Piensan que nadie sabe que existen, pero yo sí lo sé. Tres. He perdido el portafolios azul. Cuatro. Si contara esta historia, nadie me daría ningún crédito. Cinco. Si contara esta historia, me meterían directamente en un manicomio.

»No, empecemos otra vez. Uno. Ellos no saben que estoy vivo. Dos. En consecuencia, dejarán de perseguirme. Tres. Transcurrirá cierto tiempo antes de que adviertan la ausencia de Piyov. Cuatro. Ahora sí que podría ir tranquilamente a la embajada y mandarle desde allí un telegrama cifrado al *chief*.

»No. A la embajada, de ningún modo. ¿Y si hay más judas además de Piyov? Amalia se enteraría y todo comenzaría de nuevo. No, descartado. No debo poner a nadie al corriente de esta historia. A nadie, salvo al *chief*. Y un telegrama no es el medio adecuado... Pensaré que Fandorin ha perdido el juicio por recibir tantas impresiones nuevas en su viaje por Europa. ¿Y si enviara una carta a Moscú? Sí, eso sería posible, pero tardaría demasiado en llegar.

»¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? Dios mío, ¿qué puedo hacer?

»Según el calendario occidental, estamos a 30 de junio, último día del mes. Amalia pondrá hoy punto final a su particular contabilidad mensual y enviará un nuevo paquete a Petersburgo, otro más destinado a Nicholas Croog. El primero en morir será el benemérito consejero de Estado en activo, junto con sus hijos. Vive en Petersburgo y apenas tardarán en encontrarle. Desde luego, parece un poco estúpido por su parte eso de enviar una carta desde Petersburgo a Londres para luego remitir la respuesta otra vez a Petersburgo. Los dispendios de una conjura. Y eso quiere decir que las ramas de la organización secreta no saben dónde se encuentra su cuartel general. ¿O quizá el cuartel general sea itinerante y se desplaza de un país a otro? Hoy está en Petersburgo y dentro de un mes en cualquier otra parte. ¿Y si no tuvieran un cuartel general sino un solo jefe? ¿Quién, Croog? Si fuera así, todo resultaría demasiado fácil. De cualquier modo, habría que detener a Croog con el paquete en las manos.

»Pero ¿cómo interceptar el envío?

»De ninguna forma. Es imposible.

»¡Un momento! ¡Alto! Quizá sea imposible interceptarlo, pero sí que podría adelantarme a su llegada. ¿Cuántos días tardará en llegar una carta a Petersburgo?».

* * *

La acción que sigue tiene lugar varias horas más tarde en el despacho del director de Correos del sector centro-este de la ciudad de Londres. El director se siente muy

halagado —Fandorin se ha presentado como un príncipe ruso— y se dirige a Erast con los tratamientos de *Prince* y *Your Highness*, pronunciándolos con una evidente satisfacción. Erast Petrovich viste una elegante levita y balancea un ligero bastón, sin el cual sería impensable imaginar a un verdadero *prince*.

—Lo siento mucho, *prince*, pero me temo que va usted a perder su apuesta. —Es la tercera vez que el director de la oficina postal intenta explicarle el asunto a este ruso algo memo—. Su país es miembro de la Unión Postal General, fundada hace dos años y constituida por veintidós países con una población conjunta de más de trescientos cincuenta millones de personas. En este espacio común se aplican los mismos reglamentos y las mismas tarifas. Si usted ha enviado su carta hoy, día treinta de junio, desde Londres y por correo urgente, no tiene ninguna posibilidad de llegar antes que ella a su destino: dentro de seis días, exactamente en la mañana del seis de julio, la carta estará en San Petersburgo. Bueno, no el día seis, ¿qué fecha sería según el calendario ruso?

—Pero ¿por qué razón la carta puede llegar ese día y yo no? —sigue sin comprender el «príncipe». ¿Acaso va a ir volando por el aire?

El director se lo explica otra vez, dándose aires de importancia.

—Mire usted, alteza, los envíos con el sello de urgencia se entregan en cada etapa del trayecto sin un minuto de retraso. Supongamos que usted cogiese hoy en la estación de Waterloo el mismo tren que transporta el correo urgente, en Dover el mismo vapor, y que también llegase a tiempo a la estación del Norte de París...

—Sí, supongámoslo, ¿dónde estaría el problema?

—¡Pues en que no hay nada más rápido que el correo urgente! —explica el director con solemnidad—. Sí, usted ha llegado a París, pero tendrá que coger el tren de Berlín y también comprar el billete, porque, como usted mismo dice, no lo ha reservado de antemano. Por tanto, tendrá que alquilar un coche de caballos y dirigirse hacia la otra estación cruzando todo el centro de la ciudad. Y allí tendrá que esperar al tren de Berlín, que sale una sola vez al día. Y ahora volvamos de nuevo a la ruta que seguirá esa carta enviada por correo urgente. Desde la estación del Norte, en un convoy de servicio y por una vía de ferrocarril de circunvalación de uso interno, la carta llega a la otra estación, donde es entregada al primer tren que sale en dirección este. Que no tiene por qué ser necesariamente un tren de pasajeros; un tren de mercancías con un vagón especial de correos sirve igualmente.

—Pero ¡también yo puedo hacer lo mismo! —exclama, excitado, Erast Petrovich.

El patriota del servicio postal inglés responde a la observación con un gesto severísimo.

—Quizá le permitan eso en Rusia, mi querido señor, pero en Europa desde luego que no. Hummm, bueno, a lo mejor podría usted sobornar al funcionario francés, pero en Berlín es seguro que no podrá: los funcionarios alemanes de Correos y de

ferrocarriles tienen fama de incorruptibles.

—Entonces, ¿todo está perdido? —le pregunta en ruso un Fandorin completamente desesperado.

—Perdón, alteza, no le comprendo.

—Piensa usted que tengo definitivamente perdida la apuesta, ¿no? —repite la pregunta en inglés el desalentado «príncipe».

—¿A qué hora exacta dice que ha salido la carta?... Bueno, eso ya no tiene la más mínima importancia. Aunque saliera corriendo ahora mismo para la estación, ya no llegaría a tiempo de coger el tren.

Paradójicamente, las desalentadoras palabras del funcionario inglés producen en el aristócrata ruso un efecto mágico.

—¿A qué hora, pregunta?... ¡Pues claro! ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! ¡Hoy es el último día de junio! ¡Morbid recogerá a las diez de esta noche el correo que llegue al hotel! Y ella tendrá que copiar el contenido... ¡Y también ponerlo en clave! ¿O es que va a enviar la carta así, con una redacción comprensible? Naturalmente, tendrá que cifrarlo. ¡Y eso significa que el paquete no podrá salir hasta mañana! Por lo tanto, no llegará el día seis, sino el siete. ¡Es decir, el veinticinco de junio, según el calendario ruso! ¡Tengo un día de ventaja!

—Perdone, *prince*, pero no comprendo nada en absoluto —dice el director abriendo los brazos, mas Fandorin ya ha abandonado su despacho y la puerta acaba de cerrarse tras él.

A sus espaldas se oye:

—¡Pero, *your highness*, se olvida usted el bastón!... ¡Ah, estos boyardos rusos!

Por fin llega la noche de este día fatigoso, nebuloso y crucial. El último atardecer de junio se despliega majestuosamente sobre el mar. El vapor *Conde de Gloucester* mantiene el rumbo hacia Dunquerque. De pie, en la proa, está Fandorin, vestido al más puro estilo británico con quepis, traje a cuadros y esclavina escocesa. Mira sólo en una dirección, hacia la costa francesa, que va aproximándose muy poco a poco, lenta y penosamente. Ni una sola vez vuelve la vista atrás, hacia los acantilados de creta de Dover.

Sus labios balbucean: «Si ella retrasara el envío hasta mañana, si esperara...».

Capítulo Decimotercero

Donde se describen los acontecimientos ocurridos el 25 de junio

Un espléndido sol de verano cubría con cuadrados dorados el suelo de la sala de operaciones de la central de Correos de Petersburgo. Al atardecer, uno de aquellos cuadrados, transformado en un rectángulo alargado, llegó hasta la ventanilla «Correspondencia a lista de cartería», calentando en el acto el mostrador. El ambiente era soporífero y asfixiante; una mosca zumbaba quedamente y el hombre que atendía la ventanilla parecía exhausto, ya que los visitantes disminuían a un ritmo demasiado lento. Media hora más y las puertas del edificio se cerrarían al público; entonces al funcionario sólo le quedaría entregar el libro de registro y marcharse a su casa. Mientras el empleado (al que llamaremos por su nombre, Kondratii Kondratievich Shtukin, diecisiete años de servicio en el organismo de Correos y una excelente carrera administrativa que le Había llevado del cargo de simple cartero al de funcionario de categoría especial) le daba un sobre estrecho, procedente de la ciudad de Reval, a un finlandés apellidado cómicamente Pirbu, levantó la vista de nuevo para comprobar si el inglés seguía sentado en su sitio.

Y, efectivamente, el inglés continuaba allí, tan fijo como una roca. Se había presentado a primera hora de la mañana, nada más abrirse las puertas de Correos, y en el mismo lugar donde se había sentado al principio, con el periódico en la mano, al lado de la pared, había permanecido todo el día, sin ausentarse una sola vez para beber, comer o hacer, pido perdón, sus más perentorias necesidades. Un auténtico majadero. Era evidente que se había citado con alguien y que ese alguien había fallado. En Rusia hay montones de situaciones como ésta, pero el británico seguía sin admitir la posibilidad: un pueblo correcto y disciplinado donde los haya, el pueblo inglés. Cuando se acercaba alguien a la ventanilla, en especial si tenía trazas de extranjero, el británico se ponía tenso e incluso se bajaba las gafas oscuras hasta la punta de la nariz. Pero siempre resultaba que el sujeto no era quien esperaba. En su circunstancia, un ruso habría perdido la paciencia hacía rato y, entre grandes aspavientos, se habría quejado en voz alta a todas las personas de su alrededor. Pero

aquel inglés seguía enfrascado en su *Times*, sentado allí, inmóvil y sin pronunciar palabra.

Quizá el pobre hombre no tuviera adónde ir. Estaba claro que había llegado directamente desde la estación del ferrocarril —vistiendo aquel traje a cuadros y con la pequeña maleta en la mano resultaba fácil deducirlo—, confiado en que le esperarían en aquel sitio. Pero no había sido así. ¿Y qué podía hacer ahora sino aguardar? Cuando Kondratii Kondratievich regresó del almuerzo, se apiadó del inglés y mandó a Trifón, el conserje, a preguntarle si necesitaba alguna cosa. Pero el hombre del traje a cuadros movió con irritación la cabeza y, en lugar de contestar, tendió a Trifón una moneda de veinte kopecs con el gesto de que le dejase en paz. ¡Si aquél era su deseo!...

De pronto, apareció en la ventanilla un hombre tosco, un cochero de punto a juzgar por su aspecto, y le mostró al funcionario un pasaporte arrugado.

—¿Podría mirar, buen hombre, si hay algo para Krug, Nikolai Mitrofanich?

—¿De dónde espera el envío? —le preguntó Kondratn Kondratievich con voz seria, mientras revisaba su pasaporte.

La respuesta fue de lo más inopinada:

—De Inglaterra, de la ciudad de Londres.

Pero lo más sorprendente fue que, en efecto, había una carta de Londres dirigida a su nombre, sólo que el apellido no estaba escrito con la «K» cirílica, sino con la «C» latina. ¡Nadie hubiera dicho que aquel bruto era nada más y nada menos que *mister* Nicholas Croog! ¡Todo era posible en la sección de Lista de Correos!

—Pero ¿en verdad es usted? —preguntó Shtukin, ya no tanto en son de duda sino por simple curiosidad.

—El mismo que viste y calza —contestó toscamente el cochero, metiendo la manaza dentro de la ventanilla y agarrando un paquete amarillo en el que había estampado un sello de urgencia.

Kondratii Kondratievich le acercó el libro de registro.

—¿Sabe firmar?

—No peor que otros —respondió el zopenco, trazando un buen garabato en el apartado «Recibí».

Tras despedir al desagradable visitante con una mirada reprobadora, Shtukin, por simple reflejo mecánico, dirigió la vista otra vez en dirección al inglés, pero éste había desaparecido. Al parecer, se había cansado de esperar.

Erast Petrovich aguardaba al cochero en la calle con el corazón encogido. ¡Allí tenía a su Nicholas Croog! Cuanto más avanzaba en la resolución del caso, más incomprensible se le antojaba todo. Pero lo más importante para él era que su ininterrumpida marcha-fuga de seis días por Europa no había resultado vana. ¡Había logrado adelantarse al envío e interceptarlo! Ahora sí que tenía algo que presentarle al

chief. Naturalmente, siempre que no dejara escapar a Croog. El cochero que Fandorin había contratado para todo el día dormitaba en el pescante. Aturdido después de tan larga y obligada inactividad, se regañaba a sí mismo por haberle pedido sólo cinco rublos a aquel extravagante cliente, cuando por aquel suplicio de la espera hubiera podido exigirle hasta seis. Al ver aparecer por fin a su caballero, el cochero se despabiló y, dándose aires de importancia, hizo ademán de levantar las riendas. Sin embargo, Erast Petrovich ni siquiera le miró.

De pronto salió el sospechoso. Bajó la escalinata de la oficina de Correos, se encasquetó la gorra azul y se encaminó hacia una berlina que se hallaba aparcada cerca de allí. Fandorin le siguió sin apresurarse. El objetivo se detuvo junto al carruaje, se quitó la gorra de nuevo y, tras una respetuosa inclinación, le ofreció a alguien el paquete amarillo. Una mano masculina, enfundada en un guante blanco, asomó por la ventanilla de la berlina y tomó el bulto.

Entonces Fandorin aligeró el paso con la intención de ver el rostro del extraño. Y lo logró.

Un caballero pelirrojo, con unos penetrantes ojos verdes y un rostro pálido sembrado de pecas, miraba al trasluz los sellos de lacre de la carta, sentado cómodamente en el interior del carruaje. Erast Petrovich lo reconoció al instante: por supuesto, se trataba de *mister* Gerald Cunningham en persona, el brillante pedagogo, filántropo de huérfanos y mano derecha de *lady* Esther.

A Kondratii Kondratievich aún le esperaba otra sorpresa: el inglés regresó de nuevo. Pero ahora parecía tener mucha prisa. Corriendo, se acercó a la sección de telegramas, metió la cabeza por la ventanilla y comenzó a dictar un mensaje a Mijail Nikolaich con toda premura. Y, para asombro del experimentado funcionario, Mijail Nikolaich se aplicó a la tarea de inmediato, algo muy poco característico en él, pues su colega siempre era muy parsimonioso en su cometido.

A Shtukin le picó la curiosidad. Como ya no tenía clientes en la cola, se levantó de su sitio y, fingiendo que estiraba las piernas, se dirigió hacia el otro extremo de la sala, donde estaba instalado el telégrafo. Se detuvo junto a su compañero Mijail Nikolaich, que se hallaba completamente concentrado en la tarea de transcripción e, inclinándose ligeramente sobre sus hombros, leyó lo que había garabateado a toda prisa minutos antes:

A la Dirección de la Policía Secreta en Moscú. Extremadamente urgente. Para el consejero de Estado, señor Brilling. He regresado. Le pido que se ponga en contacto conmigo inmediatamente. Espero respuesta junto al telégrafo. Fandorin.

Ajá, todo estaba claro. Shtukin observó detenidamente al «inglés», pero ahora de un modo completamente distinto. Así que un detective a la caza del malhechor... ¡Vaya, vaya, así que ésas teníamos!

El inglés comenzó a pasearse de un lado a otro de la sala. No habían pasado más de diez minutos, cuando Mijail Nikolaich, que se había quedado a esperar junto al telégrafo, le hizo una señal con la mano y le alargó la cinta con el telegrama de respuesta.

Kondratii Kondratievich leyó directamente de la cinta:

AL SEÑOR FANDORIN. EL SEÑOR BRILLING SE ENCUENTRA EN SAN PETERSBURGO.
DIRECCIÓN: KATENINSKAYA, CASA SIVERS. EL FUNCIONARIO DE GUARDIA LOMEIKO.

Por algún motivo, el hombre de la chaqueta de cuadros se alegró enormemente con aquella información. Incluso dio unas palmadas de contento. Luego, más calmado, le preguntó al curioso mirón Shtukin:

—¿Dónde está la calle Kateninskaya? ¿Queda lejos?

—En absoluto —le respondió, cortésmente, Kondratii Kondratievich—. Desde aquí se llega fácilmente. Suba al coche de pasajeros y bájese en la esquina de la avenida Nevsky con la calle Liteinaya. Luego...

—Ah, bueno, no importa, tengo un carruaje de alquiler le interrumpió el inglés, dejando al funcionario con la palabra en la boca, y echándose al hombro la bolsa de viaje, corrió hacia la salida.

La calle Kateninskaya agradó mucho a Erast Petrovich. Se parecía extraordinariamente a las calles más respetables de Berlín o de Viena por el pavimento asfaltado, los modernos faroles eléctricos y los imponentes edificios de varios pisos. En una palabra, como en la misma Europa.

La casa Sivers, decorada con unos caballeros de piedra en el frontón y con la entrada vivamente iluminada, pese a que aún no había anochecido, era el edificio más elegante de la calle. ¿En qué otra casa podía vivir un hombre como Ivan Frantzevich Brillling? Resultaba imposible imaginarle como inquilino de uno de aquellos decrepitos hotelitos, con un patio polvoriento y un jardín con manzanos. Un portero muy servicial tranquilizó a Erast Petrovich al informarle de que el señor Brillling se encontraba en casa: «Ha llegado hace cinco minutos». Aquel día todo le salía a Fandorin a las mil maravillas, a pedir de boca.

Saltando los escalones de dos en dos, subió a toda velocidad al segundo piso y llamó a un timbre eléctrico que relucía como los chorros del oro. Le abrió la puerta el mismo Ivan Frantzevich. Todavía no había tenido tiempo de cambiarse de ropa y sólo se había quitado la levita, pero por debajo del alto cuello almidonado sobresalía, como un esmalte irisado, una cruz de Vladimir recién estrenada.

—¡*Chief*, soy yo! —exclamó Fandorin con alegría, disfrutando del efecto que provocaba.

Y, ciertamente, el efecto era mucho mayor de lo que podía imaginarse.

Ivan Frantzevich se quedó petrificado y luego hizo un ademán de susto con los brazos, como queriendo apartar al recién llegado como si fuese una visión.

Erast Petrovich se echó a reír.

—No me esperaba, ¿verdad, *chief*?

—¡Fandorin! ¿De dónde sale usted? ¡Yo ya no le tenía en el mundo de los vivos!

—¿Por qué? —se interesó el recién llegado con un tono no exento de coquetería.

—¡Qué otra cosa podía pensar!... Desapareció usted sin dejar rastro. Le vieron por última vez el veintiséis de junio, en París, y nadie pudo confirmarme que hubiera regresado de Londres. Le pedí información a Piyov, pero en la oficina me respondieron que él también había desaparecido sin dejar rastro y que la policía estaba intentando localizarle.

—Le envié una carta a la Dirección de la Policía Secreta desde Londres. Ahí le cuento detalladamente lo ocurrido con Piyov y todo lo demás. Seguramente le llegará hoy, puede que mañana. No sabía que estuviese usted en Petersburgo.

Preocupado, el *chief* frunció el entrecejo:

—¡Tiene usted una cara famélica! ¿Está enfermo?

—Para serle franco, lo que estoy es muerto de hambre. He pasado todo el día de guardia en la central de Correos y aún no he probado bocado.

—¿Ha estado usted de vigilancia en la central de Correos? Bueno, no me lo cuente ahora. Mire, antes de nada, voy a servirle un té con pastelillos. Mi criado Semien, el muy miserable, lleva tres días de borrachera, así que se lo tendré que preparar yo mismo, pero bueno. Suelo comprar los bombones y los pastelillos en la casa Filípov. A usted le gustarán los dulces, ¿verdad?

—Mucho —afirmó Erast Petrovich con vehemencia.

—A mí también. Imagino que es un reflejo condicionado por la penuria que pasé en mi huérfana infancia. ¿Le importa que los tomemos en la cocina, como hacen los solteros?

Mientras andaban por el pasillo, Fandorin observó el piso de Brilling. No era muy grande y estaba amueblado de modo detallista y práctico: tenía todo lo necesario, y nada superfluo. Al joven le llamó especialmente la atención un cajón barnizado que colgaba de la pared, con dos tubos metálicos de color negro.

—Un portento de la ciencia moderna —le aclaró Ivan Frantzevich al ver que lo miraba—. Lo llaman «el aparato de Bell». Me lo ha enviado recientemente uno de mis agentes desde América. Allí vive ese inventor extraordinario, *mister* Bell, gracias al cual es posible mantener una conversación incluso a verstras de distancia. El sonido viaja por los hilos, como en la telegrafía. Lo que ve es un modelo de prueba. La

fabricación de estos aparatos no se ha puesto aún en marcha. Que yo sepa, existen dos líneas en toda Europa: una conecta mi casa con la secretaría del jefe de la Tercera Sección, y la otra está en Alemania, y une los despachos del Káiser y del canciller Bismarck. Como ve, Rusia no se está quedando fuera del progreso.

—¡Increíble! —se entusiasmó Erast Petrovich—. ¿Y se oye bien?

—No mucho, pero es posible entenderse. A veces el tubo chirría demasiado... Ahora que lo pienso, ¿no preferiría usted naranjada en lugar de té? ¿Sabe?, es que no manejo el samovar muy bien.

—¡Por supuesto que lo prefiero! —aseguró Erast Petrovich a su *chief* y Brillig, como un mago benefactor, colocó delante de él, sobre la mesa de la cocina, una botella de naranjada y una fuente con pasteles y canutillos de crema, bizcochos ligeros de mazapán y unos bollitos rellenos de crema de naranja.

—¡Pues a devorarlos! —exclamó Ivan Frantzevich—. Mientras come, le pondré al corriente de nuestros asuntos. Luego, cuando acabe, le llegará a usted el turno de explicarse.

Fandorin aceptó la propuesta con un movimiento de cabeza, pues ya tenía la boca llena y la barbilla ligeramente cubierta de un polvillo azucarado.

—Veamos —comenzó el *chief*—. Si mal no recuerdo, usted salió hacia Petersburgo para coger el correo diplomático el día veintisiete de mayo, ¿no es cierto? Pues bien, justo después de irse usted sucedieron unos acontecimientos muy interesantes. Tanto, que lamenté haberle dejado marchar, pues todos mis agentes estaban ocupados en algún asunto. Por nuestro servicio de información logré averiguar que hacía poco tiempo se había constituido en Moscú una pequeña pero activísima célula de revolucionarios radicales, un puñado de insensatos. Si los terroristas comentados se imponen como objetivo la aniquilación de «quienes tienen las manos manchadas de sangre», esto es, los altos dignatarios del Estado, esos radicales habían colocado su punto de mira sobre «los señoritos licenciosos y los que se limitan a hablar sin hacer nada».

—¿Sobre quiénes, sobre quiénes? —no comprendió al pronto Fandorin, atareado como estaba en saborear un delicado pastel de crema.

—Es una referencia a los versos de Nekrasov: «Apártame de los que llevan una vida alegre, de los que hablan sin hacer nada, de los que tienen sus manos manchadas de sangre, y condúceme al campamento de los que están dispuestos a morir por el glorioso anhelo del amor». Pues bien, esos que «están dispuestos a morir por el glorioso anhelo del amor» se han organizado por especialidades. El órgano directivo de los terroristas se encarga de los «manchados de sangre», es decir, ministros, gobernadores, generales... Y esta fracción moscovita ha decidido ocuparse del resto, o sea, de los «licenciosos» o, como dicen también, «los rollizos y bien alimentados». Por un agente infiltrado pudimos averiguar que la fracción había tomado el nombre

de Azazel como alusión a su demoníaca y temeraria conducta. Tenían planeada toda una serie de asesinatos contra los miembros de la juventud dorada, ésos a los que llaman «parásitos» y «disolutos vitales». También la Beyetzkaia parece simpatizante de Azazel, pese a que, a juzgar por los indicios, es una emisaria de la organización anarquista mundial. El suicidio o, mejor dicho, el asesinato fáctico de Piotr Kokorin, planeado por ella, fue la primera acción de Azazel. Pero, bueno, supongo que usted tendrá cosas más interesantes que contarme a propósito de la Beyetzkaia. La siguiente víctima fue Ajtirtzev, quien al parecer interesaba mucho más a los conspiradores que Kokorin, por ser nieto de nuestro canciller, el príncipe Korchakov. Verá, mi joven amigo, que el plan de los terroristas parece completamente insensato, pero en verdad está diabólicamente calculado. Han llegado a la conclusión de que es mucho más fácil atentar contra los vástagos de los personajes importantes del Estado que contra éstos mismos, y de que el golpe contra la jerarquía estatal sigue siendo igual de potente. El príncipe Mijail Aleksandrovich, por ejemplo, está tan destrozado por la muerte de su nieto que ha abandonado prácticamente todas sus obligaciones y se está planteando seriamente la dimisión. ¡Ese hombre eminentísimo, que tan activamente ha participado en la definición de nuestra Rusia contemporánea!

—¡Cuánta maldad! —Y Erast Petrovich se indignó tanto que dejó a un lado un sabroso bizcocho de mazapán que había empezado a comer.

—Cuando descubrí que el objetivo final de los activistas de Azazel no era otro que la muerte de nuestro zarevich...

—¡Imposible!

—¡Imposible! Imposible pero cierto. Como le decía, cuando todo ese plan quedó al descubierto, recibí la orden de recurrir a medidas más expeditivas. Y tuve que obedecer, aunque yo personalmente era partidario de aclarar la situación antes de actuar. Pero, como comprenderá, cuando está en juego la vida misma de su Alteza Imperial... Ejecutamos la operación, pero los resultados no fueron del todo satisfactorios. Los terroristas habían convocado una asamblea para el día primero de junio, en una dacha de Kuzminki. ¿Recuerda que le comenté algo de eso? Aunque en ese momento usted estaba completamente imbuido de sus propias teorías... ¿Y cómo ha ido? ¿Ha logrado descubrir algo?

Erast Petrovich quiso decir algo con la boca llena y comenzó a tragar a toda prisa un trozo de pastel de crema a medio masticar. Entonces Brilling se excusó, un poco avergonzado:

—Bueno, bueno, no se preocupe, ya hablará más tarde. Siga comiendo. Pues bien, como le decía, rodeamos completamente la dacha. Me vi obligado a emplear únicamente a mis agentes de Petersburgo, pues no pedí ayuda a la policía ni a la gendarmería de Moscú para evitar que alguien pudiera informar a los terroristas de nuestro plan. —Ivan Frantzevich suspiró con enfado—. Y ahí estuvo mi fallo, pequé

de una prudencia excesiva. El asalto fracasó por falta de efectivos. Comenzó el tiroteo y dos de mis agentes resultaron heridos y uno murió. Nunca podré perdonármelo... No atrapamos a nadie con vida. En el bando de los terroristas hubo cuatro muertos; y, por cierto, uno de ellos coincide bastante con su hombre de «ojos blancos», a juzgar por la descripción que usted nos hizo. Aunque ojos no le quedaron muchos, porque el sujeto se levantó la tapa de los sesos con la última bala que le quedaba. En el sótano de la dacha descubrimos una especie de laboratorio para la elaboración de objetos explosivos y algunos papeles. Pero, como le digo, la mayoría de los planes y de las conexiones internas de Azazel siguen siendo un secreto, y mucho me temo que, por ahora, un secreto irresoluble... Pese a ello, tanto el zar como el canciller y el jefe de la gendarmería valoraron muy positivamente nuestra operación de Moscú. Yo le hablé a Lavrentii Arkadevich también de usted porque, aunque no participó en la culminación del operativo, sí que contribuyó en gran medida al desarrollo de nuestras investigaciones. Así que, si usted no se opone, seguiremos trabajando juntos en el futuro. Tomo su destino en mis manos... Qué, ¿ha recuperado fuerzas? Entonces, cuénteme cómo le ha ido en Londres. ¿Pudo dar con la pista de la Beyetzkaya? ¿Y qué asunto es ése tan incomprensible de Piyov? ¿Cómo?, ¿que está muerto? Cuéntemelo todo con orden, con orden y sin olvidarse de ningún detalle.

El relato de lo ocurrido en Moscú suscitó la admiración y la envidia en Erast Petrovich, que pensó que sus aventuras, de las que hasta hacía poco se enorgullecía, quedaban marchitas y deslucidas. ¡Un atentado contra el zarevich! ¡Un tiroteo! ¡Un laboratorio de explosivos! El destino le había jugado una mala pasada. Le había hecho una señal que él interpretó como una oportunidad para alcanzar la gloria, pero en realidad sólo le había llevado por un camino vecinal y le había desviado de la carretera general.

A pesar de todo, expuso su epopeya con todo detalle. Sólo en lo referente a las circunstancias de la pérdida del portafolios azul, su narración se hizo algo confusa. Hasta se sonrojó un poco, detalle que no pasó desapercibido para Brilling, quien escuchó todo el relato con aire hosco y en completo silencio. Cuando se aproximaba ya su conclusión, Erast Petrovich cobró nuevos bríos, volvió a animarse y no pudo evitar poner cierto efectismo en sus últimas palabras:

—¡Y logré ver a ese hombre! —exclamó, llegando a la escena que se había desarrollado poco antes en la central de Correos—. ¡Sé quién es la persona que posee el contenido del portafolios y que también maneja los hilos de la organización! ¡Azazel sigue con vida, Ivan Frantzevich, pero ahora está en nuestras manos!

—¡Termine de una vez, maldita sea! —le gritó el *chief*—. ¡Déjese de niñerías! ¿Quién es ese hombre? ¿Y dónde está ahora?

—Aquí, en Petersburgo —respondió Fandorin, tomándose la revancha y

saboreándola—. Se trata de un tal Gerald Cunningham, el principal ayudante de *lady* Esther, la benefactora a quien tantas veces intenté que prestara usted atención. — Erast Petrovich aprovechó el momento para carraspear ligeramente—. Ahora veo claro todo lo relacionado con el testamento de Kokorin. Y también por qué motivo la Beyetzkaya dispuso que la voluntad de sus admiradores se orientara precisamente en dirección a los «esthernados». El pelirrojo lo había organizado bien. Era un excelente camuflaje. Huérfanos pobres, filiales por todo el mundo, un patronazgo altruista al que se le abrían todas las puertas... ¡Una persona muy astuta, hay que reconocerlo!

—¿Cunningham? —preguntó alarmado el *chief*—. ¿Gerald Cunningham? Pero si yo conozco perfectamente a ese hombre, ¡somos miembros del mismo club! — exclamó, moviendo los brazos—. Es una persona muy interesante, nunca podría imaginar que estuviera relacionado con los nihilistas y, mucho menos, que fuera capaz de matar con sus propias manos a los consejeros de Estado en activo.

—¡No los mata! —exclamó Erast Petrovich—. Eso fue lo que pensé yo al principio, que los que aparecían en la lista eran las víctimas, pero no se trata de eso. Se lo he contado así para que usted siguiese la orientación de mis pensamientos. En una interpretación apresurada, no comprendí bien el significado de esa lista. Pero, después, cuando regresaba por Europa, bamboleándome en los trenes, todas las cosas quedaron en su sitio. Veamos, si en esa lista se anotara a las futuras víctimas, ¿qué necesidad habría de escribir fecha alguna? ¡Y mucho menos fechas pasadas! Sería algo absurdo. No, Ivan Frantzevich, ¡el significado de esa lista es otro muy distinto!

Y Fandorin pegó un salto en la silla, hasta tal punto se dejaba influir por sus febriles pensamientos.

—¿Otro significado, dice? ¿Qué otro significado puede tener? —preguntó Brilling, entrecerrando sus ojos claros.

—Creo que esa lista es la relación de los miembros de una potente organización internacional. Sus terroristas de Moscú representan solamente el último y más pequeño eslabón de toda una gran cadena. —Al oír aquellas palabras, el rostro del *chief* se descompuso de tal modo que Erast Petrovich no pudo reprimir una indigna malevolencia; de la que se avergonzó al instante, por supuesto—. La figura central de esa organización, cuyo objetivo final aún desconocemos, es precisamente Gerald Cunningham. Tanto usted como yo le conocemos, y los dos estamos de acuerdo en que es un personaje poco común. Y miss Olsen, papel que viene desempeñando Amalia Beyetzkaya desde el pasado mes de junio, sería una especie de registro central de la organización, algo así como una dirección de cuadros. Ella es la que recibe los datos procedentes de todo el mundo, relacionados con los cambios que se producen en los cargos y la situación administrativa de los miembros de la organización. Y también miss Olsen es quien, una vez al mes, se los comunica regularmente a Cunningham, aquí, en Petersburgo, donde éste tiene fijada su

residencia desde el año pasado. Ya le conté que la Beyetzkaya tenía una caja fuerte secreta en su propio dormitorio. Con toda seguridad, también tendrá allí guardada la relación completa de los miembros de Azazel, por lo visto, nombre de esta organización. Aunque también puede que utilicen esa palabra como eslogan, como un conjuro. La he escuchado dos veces y en las dos ocasiones la emplearon justo antes de intentar matar a alguien. En conjunto, esta organización posee una estructura muy similar a una sociedad masónica. Lo único que no comprendo es qué pinta aquí el ángel caído. Creo también que su filiación es más numerosa que la de los masones. Si no, fíjese en este dato: ¡cuarenta y cinco cartas en tan sólo un mes! ¡Y no hablamos de gente cualquiera, sino de un senador, un ministro, varios generales...!

El *chief* miraba pacientemente a Erast Petrovich esperando que continuara, pues estaba claro que el joven aún no había acabado su discurso. Ahora Fandorin, con la frente arrugada y aire de concentración, parecía darle vueltas a otra cuestión.

—Ivan Frantzevich, estoy pensando en Cunningham... Como ciudadano británico que es, creo que no va a resultar fácil llegar a él con una simple orden de registro, ¿verdad?

—Admitamos que sea así. ¡Siga! —animó el *chief* a Fandorin.

—Es que mientras usted recibe la autorización para proceder al registro, él tendrá tiempo suficiente para ocultar el paquete. Así que cabe la posibilidad de que no encontremos ni podamos demostrar nada. Hemos de actuar con una prudencia muy especial en esta cuestión. ¿No sería mejor dedicarnos primero a la estructura rusa de la organización e ir tirando de ella eslabón a eslabón?

—¿Y cómo lo haríamos? —inquirió Brillling con vivo interés—. ¿Siguiéndolos en secreto? Creo que es lo adecuado.

—Sí, se podría organizar una vigilancia, pero a mi juicio hay otro método más fiable.

Ivan Frantzevich caviló un momento y luego alzó los brazos al aire, dándose por rendido. Adulado, Fandorin insinuó con mucho tacto:

—¿Qué me dice de ese consejero de Estado, al que ascendieron a su nuevo puesto exactamente el siete de junio?

—¿Está insinuando que revisemos los ucases de nombramiento dictados por el zar? —cayó en la cuenta Brillling propinándose un golpe en la frente—. ¿Por ejemplo, los firmados durante los primeros diez días de junio? ¡Bravo, Fandorin! ¡Bravísimo!

—Exacto, *chief*. Pero no hace falta revisar los diez días, bastaría con examinar los firmados entre el lunes y el sábado, es decir, del día tres al ocho. Un general recién nombrado difícilmente mantiene en secreto mucho tiempo una noticia tan feliz. ¿Cuántos nuevos consejeros de Estado se nombran en nuestro país en una semana?

—Dos, quizá tres si esa semana es especialmente fértil. La verdad es que nunca me he interesado por la cuestión.

—Pues bien, podríamos establecer una vigilancia estrecha sobre ellos, estudiar a las personas que están a su servicio y su círculo de amistades. Y Azazel caería en nuestras manos como un bendito casi sin notarlos.

—¿Y dice que me ha enviado por correo, a nuestra Dirección de la Policía en Moscú, toda la información que consiguió? —preguntó Brillling a destiempo, algo no habitual en él.

—Sí, *chief*. Hoy o mañana llegará el envío. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Sospecha de alguno de los cargos de la policía de Moscú? Resalté a propósito la importancia de la carta y escribí en el sobre: «Para su excelencia, el consejero de Estado Brillling, en mano, y en caso de ausencia para el ilustrísimo jefe de la Policía». Así que no creo que se atrevan a abrirla. Sin duda, cuando el jefe la lea, se pondrá inmediatamente en contacto con usted.

—Tiene razón —respondió Ivan Frantzevich, aprobando la iniciativa.

Luego calló un buen rato mirando hacia la pared, mientras su rostro se ponía cada vez más y más sombrío.

Erast Petrovich esperaba sentado, conteniendo la respiración, porque sabía que su *chief* estaba sopesando todo lo que había escuchado y que dentro de un momento le comunicaría la decisión que, a juzgar por su rostro, tan difícilmente estaba meditando.

Brillling suspiró ruidosamente y luego sonrió con un rictus amargo.

—Está bien, Fandorin, me encargaré personalmente de todo. Hay enfermedades que sólo pueden sanar si se aplican métodos quirúrgicos. Y así vamos a actuar nosotros. El asunto es importantísimo, vital para el Estado, y en tales casos estoy autorizado a saltarme todas las trabas formales. Vamos a detener a Cunningham. Inmediatamente, con las manos en la masa, es decir, con la carta. ¿Cree usted que el mensaje estará cifrado?

—Sin ninguna duda. La información es demasiado relevante. Además, la han enviado por correo ordinario, aunque con el sello de urgente. Como si les diera igual que cayera en otras manos o que se extraviara. Seguro que está cifrada, Ivan Frantzevich, a esa gente no le gusta arriesgar nada sin necesidad.

—Tanto mejor. Eso significa que Cunningham tendrá que descifrarla, leerla y luego copiar los datos en su fichero. ¡Debe tener un fichero a la fuerza! Mucho me temo que la Beyetzkaya, en una nota explicativa suplementaria, también le haya puesto al corriente de las aventuras que usted protagonizó en Londres, y Cunningham, que es un hombre inteligente, supondrá enseguida que usted nos envió un informe a Moscú. Tenemos que apresarlo de inmediato. También resultará interesante leer el contenido de esa nota explicativa. Por otra parte, el asunto de Piyov no me deja tranquilo. ¿Y si hubieran sobornado a alguien más en nuestras filas? Informaremos a la embajada inglesa cuando hayamos acabado, seguro que nos lo

agradecerán. ¿Está usted seguro de que en esa lista figuraban también algunos súbditos de la reina Victoria?

—Sí, casi una docena —asintió Erast Petrovich con la cabeza, contemplando admirativamente a su *chief*—. Estoy de acuerdo en que coger rápidamente a Cunningham sería lo mejor, pero... ¿Y si llegamos allí y no encontramos nada? Nunca podría perdonarme que usted, por mi culpa... Quiero decir que estoy dispuesto, al nivel que sea, a...

—Déjese de tonterías —se enfadó Brillling, levantando enérgicamente la barbilla—. ¿Piensa usted que, en caso de fracasar, intentaría descargarme de mi culpa como un niño de seis años? Yo confío en usted, Fandorin, y con eso basta.

—Gracias —dijo Erast Petrovich quedamente.

Ivan Frantzevich le hizo una inclinación sarcástica.

—No tiene nada que agradecerme. Y dejémonos ya de sensiblerías. ¡Manos a la obra! Conozco la dirección de Cunningham, vive en la isla Aptekarsky, en un ala del «esternado» de Petersburgo. ¿Va usted armado?

—Sí, me compré un revólver Smith & Benson en Londres. Lo tengo en la chaqueta de viaje.

—Enséñemelo.

Fandorin fue al vestíbulo y regresó con una pesada arma. Le gustaba enormemente por su solidez y consistencia.

—¡Vaya basura! —respondió desabridamente el *chief* después de sopesar el revólver en la palma de una mano—. Esto está bien para los *cowboys* norteamericanos, cuando están borrachos y quieren chamuscar a alguien en el *saloon*. Pero para un agente secreto no vale. Se lo confisco. A cambio le entregaré algo mejor.

Salió un momento y volvió con un arma compacta y tan pequeña que prácticamente cabía en la palma de la mano.

—Aquí tiene una Gerstal de seis tiros, de fabricación belga. Una novedad, un encargo especial. La puede llevar en la espalda, debajo de la levita o en una funda. Una herramienta imprescindible en nuestro oficio. Es ligera, no tiene mucho alcance y tampoco demasiado calibre, cierto, pero es automática y eso le garantiza una gran rapidez de disparo. Porque nosotros no tenemos que matar a una liebre de un tiro en el ojo, ¿verdad? Un agente escapa vivo de un tiroteo si es él quien dispara primero y más de una vez. En lugar de percutor tiene un seguro: este botoncito de aquí. Se quita el seguro, se toca ligeramente el gatillo y dispara seis balas casi de un tirón. ¿Lo ha comprendido?

—Está tan claro como el agua —respondió Erast Petrovich echándole un vistazo a aquel juguete tan ligero.

—Ya lo contemplará después, ahora no tenemos tiempo —dijo Brillling empujándole hacia la puerta.

—¿Vamos a arrestarle sólo nosotros dos? —inquirió Fandorin con entusiasmo.

—No diga tonterías.

Ivan Frantzevich se detuvo junto al «aparato de Bell», descolgó un tubo en forma de cuerno, pegó la oreja a él y empezó a darle vueltas a una especie de manubrio. El aparato soltó un gruñido y dentro se oyó un pitido corto. Entonces Brillling acercó la oreja al otro auricular que colgaba de la caja barnizada y algo allí empezó a piar. A Fandorin le pareció oír una vocecita aguda que habría pronunciado, de manera bastante cómica, la palabra «oficial de guardia» y luego otra más, «despacho».

—Novgorodtzev, ¿es usted? —se puso a gritar Brillling por el auricular—. ¿Está su excelencia en su despacho? ¿No? ¡No le oigo! No, no, no es necesario. ¡Le digo que no es necesario! —El *chief* acumuló en el pecho una buena cantidad de aire y empezó a gritar aún más alto—. ¡Una orden de detención inmediata! ¡Envíela inmediatamente a la isla Aptekarsky! ¡Ap-te-kars-ky! ¡Exacto! ¡Al ala del «esthernado»! ¡«Es-ther-na-do»! ¡No importa lo que significa, allí se aclararán! ¡Y que manden también un equipo de registro! ¿Qué dice? Sí, yo estaré allí en persona. ¡Pero apresúrese, mayor, apresúrese! —Colgó el auricular en su sitio y se secó el sudor de la frente—. Confío en que *mister* Bell perfeccione un poco más su aparato, porque de lo contrario mis vecinos estarán al tanto de todas las operaciones secretas de la Tercera Sección.

Erast Petrovich se encontraba aún bajo los efectos de la magia que acababa de producirse ante sus ojos.

—¡Parece *Las mil y una noches*! ¡Un auténtico milagro! ¡Y todavía habrá gente que esté contra el progreso!

—Ya hablaremos del progreso por el camino. Por desgracia, despedí a la berlina oficial, así que deberemos alquilar un coche. ¡Pero deje de una vez su equipaje! ¡Venga, vamos! ¡Rápido!

Mas no llegaron a teorizar sobre el progreso, pues el viaje hasta la isla Aptekarsky transcurrió en el silencio más absoluto. Erast Petrovich, que temblaba de excitación, intentó en varias ocasiones entablar conversación con su *chief* pero fue inútil: Brillling tenía un humor de perros porque, a pesar de todo, se arriesgaba mucho al organizar aquella arbitraria operación.

La pálida noche ártica apenas se dibujaba sobre la extensión ilimitada del río Neva. Fandorin pensó que la noche blanca les iba muy a propósito porque de todas formas iban a pasarla en vela. Tampoco la noche anterior, de viaje en el tren, había logrado pegar ojo, sin dejar de pensar si podría o no interceptar la carta... El cochero azuzaba continuamente su alazán, intentando ganarse con honestidad el rublo que le habían prometido, y pronto llegaron a su destino.

El «esthernado» de Petersburgo, un hermoso edificio amarillo que antes había pertenecido al cuerpo de ingenieros del ejército, era más pequeño que el de Moscú,

pero estaba inundado de verdor. Parecía un auténtico paraíso, rodeado por completo de jardines y lujosas dachas.

—¡Qué será de los niños! —suspiró Fandorin con tristeza.

—No les ocurrirá nada —respondió Ivan Frantzevich de manera hostil—. *Milady* nombrará a otro director y ahí se acabará el asunto.

El ala del «esthernado» resultó ser una imponente villa construida en los tiempos de la zarina Catalina, que daba a una calle agradable y frondosa. Erast Petrovich reparó en un olmo carbonizado por un rayo, que alargaba sus ramas muertas hasta las ventanas iluminadas del elevado segundo piso. En la casa reinaba un imponente silencio.

—¡Estupendo, los gendarmes no han llegado todavía! —dijo el *chief*—. Ni nosotros los vamos a esperar, porque lo más importante es no asustar a Cunningham. Yo hablaré, usted quédese callado. Y esté preparado para cualquier imprevisto.

Erast Petrovich se metió la mano por debajo del faldón de la chaqueta y notó la frialdad tranquilizadora de la Gerstal. El corazón le oprimía el pecho, pero no de miedo, porque con Ivan Frantzevich no tenía nada que temer, sino de impaciencia. ¡Había llegado el momento decisivo!

Brilling llamó con fuerza con la campanilla de bronce y se oyó un tintineo agudo y modulado. A la llamada, una cabeza pelirroja se asomó por la ventana abierta de par en par en el piso principal.

—¡Abra, Cunningham! —gritó el *chief*—. ¡Tengo un asunto importante que tratar con usted!

—Brilling, ¿es usted? —se sorprendió el inglés—. ¿Qué ocurre?

—Ha ocurrido un suceso extraordinario en nuestro club y tengo que advertirle.

—Un minuto y bajo a abrirles. Mi lacayo tiene el día libre. —La cabeza desapareció.

—¡Ajá! —susurró Fandorin—. Se ha desembarazado del lacayo a propósito. ¡Seguro que está ocupado con sus papeles!

Nervioso, Brilling comenzó a golpear rítmicamente la puerta con los nudillos. Cunningham no se daba ninguna prisa en abrir.

—¿Y si decide escapar? —se sobresaltó Erast Petrovich—. Por la puerta trasera, ¿qué me dice? ¿No sería mejor que yo rodeara la casa y vigilara el otro lado?

Pero justo en aquel instante escucharon pasos y la puerta se abrió.

En el umbral apareció Cunningham, vestido con una bata. Sus punzantes ojos verdes se detuvieron un instante en el rostro de Fandorin y sus párpados temblaron de una manera casi imperceptible. ¡Le había reconocido!

—*What's happening?* —preguntó alerta el inglés.

—Vayamos a su despacho —le respondió Brilling en ruso—. Es algo muy importante.

Cunningham dudó un segundo, pero después, con un gesto, les franqueó el paso. Subieron por una escalera de madera de roble y, ya arriba, el señor de la casa y sus huéspedes no invitados entraron en una habitación elegante pero no destinada al ocio. Las paredes estaban cubiertas por completo con anaqueles llenos de libros y carpetas y, junto a la ventana, cerca de un escritorio inmenso de madera de Karelia, se veía una cómoda con cajones, con una etiqueta dorada en cada uno de ellos.

Sin embargo, no fueron ni mucho menos aquellos cajones los que llamaron la atención de Erast Petrovich (no creía que Cunningham fuera de los que guardan sus papeles secretos a la vista de todos), sino los documentos que estaban sobre la mesa, que Cunningham cubrió a toda prisa con un número reciente del *Boletín de la Bolsa*.

Al parecer, Ivan Frantzevich tuvo la misma intuición, porque cruzó el despacho y se quedó de pie junto a la mesa, de espaldas a una ventana abierta de par en par, con el alféizar demasiado bajo. Una brisa vespertina comenzó a mecer suavemente la cortina de tul.

Comprendiendo perfectamente la maniobra del *chief*, Fandorin permaneció junto a la puerta. Así Cunningham no tenía ninguna vía de escape.

El inglés comenzó entonces a sospechar que algo iba mal.

—Se comporta usted de una manera extraña, Brillling —dijo, en un ruso perfecto—. ¿Y qué hace aquí con este hombre? Ya le he visto antes: es un policía.

Ivan Frantzevich miró a Cunningham de reojo, manteniendo las manos en los bolsillos de su ancha levita.

—Sí, es un policía. Y dentro de unos minutos habrá más, así que no me resta tiempo para explicaciones.

El *chief* sacó la mano derecha del bolsillo y Fandorin se sorprendió al ver que esgrimía su Smith & Benson. Pero no había tiempo para sorpresas, así que él también sacó su revólver. ¡Empezaba la acción!

—*Don't...!* —comenzó a decir el inglés levantando la mano, y en aquel preciso instante sonó un disparo.

Cunningham cayó de espaldas. Erast Petrovich, que se había quedado petrificado en su sitio, contempló sus ojos verdes, vivos aún e inmensamente abiertos, y el perfecto agujero oscuro que se abría en el centro de su frente.

—¡Dios mío, *chief!*, ¿por qué lo ha hecho? —preguntó Fandorin, volviéndose hacia la ventana.

Entonces se dio cuenta de que el negro cañón apuntaba ahora directamente a su cabeza.

—¡Le ha matado usted! —exclamó Brillling con una voz poco natural—. Es usted un detective demasiado bueno. Por eso, mi joven amigo, me veo obligado a matarle. Lo lamento sinceramente.

Capítulo Decimocuarto

Donde el relato da un giro de 180 grados

El pobre Erast Petrovich, que no comprendía nada de lo que pasaba, dio unos pasos hacia delante.

—¡Alto! —gritó el *chief* con gesto irritado—. Y deje de empuñar ese revólver que no está ni cargado. ¡Si le hubiera echado un vistazo al tambor lo habría visto! ¡Nunca se debe ser tan confiado! ¡Sólo hay que confiar en uno mismo!

Brilling sacó de su bolsillo izquierdo una Gerstal idéntica a la otra y tiró al suelo la aún humeante Smith & Benson, justo a los pies de Fandorin.

—¿Ve?, mi revólver sí que está cargado hasta los topes. Pronto tendrá usted la oportunidad de comprobarlo —prosiguió febrilmente Ivan Frantzevich, enfureciéndose más y más con cada palabra que pronunciaba—. La pondré en la mano del malogrado Cunningham y así parecerá que se han matado el uno al otro en el transcurso del tiroteo. Le garantizo que tendrá un entierro con honores y unos desconsolados panegíricos. Sé la importancia que concede usted a esos detalles. ¡Y no me mire de esa manera, maldito mocoso!

Fandorin entendió con horror que el *chief* había perdido completamente el juicio y, en un desesperado intento por despertar aquel cerebro que se había perturbado de modo tan repentino, le gritó:

—¡Pero *chief*, si soy yo, Fandorin! ¡Ivan Frantzevich! ¡Señor consejero de Estado!

—Consejero de Estado en funciones —sonrió Brilling con gesto torvo—. Veo que no está usted muy al tanto de la vida administrativa. Nombrado por un decreto del zar promulgado el pasado siete de junio. Una recompensa por la exitosa operación de desarticulación de la organización terrorista Azazel. Ahora sí que puede darme el trato de «su excelencia».

La silueta oscura de Brilling parecía recortada con tijeras en el fondo de la ventana y luego pegada sobre un papel gris. Las ramas muertas del olmo situado a su espalda se extendían en todas direcciones, como una siniestra telaraña. Un pensamiento atravesó de pronto la mente de Fandorin: «Araña, araña venenosa. Has

tejido tu telaraña y yo he caído en ella».

El rostro de Brillling se deformó morbosamente y Erast Petrovich comprendió que el *chief* había llegado al máximo de su excitación e iba a dispararle. De repente, y sin saber por qué, le asaltó una idea impulsiva que se deshizo al punto en una retahíla de pensamientos deshilvanados: «La Gerstal se desbloquea con el seguro; si no lo quitas, no podrás disparar; el seguro está muy tenso; sólo dispones de medio o quizá de un cuarto de segundo; no tendrás tiempo, no podrás...».

Erast Petrovich cerró los ojos y, con un aullido desgarrador, embistió hacia delante, apuntando con su cabeza a la barbilla del *chief*. No les separaban más de cinco pasos. Fandorin no oyó el capirotazo del seguro, pero un disparo retumbó en el techo y los dos —tanto Brillling como Erast Petrovich— salieron volando por encima del alféizar y desaparecieron por el hueco de la ventana.

Fandorin se golpeó el pecho contra el tronco del olmo seco y, rompiendo ramas y desollándose la cara, cayó hacia abajo con estrépito. Fue tan terrible el impacto contra el suelo, que le hubiera gustado perder el conocimiento, pero su impetuoso instinto de supervivencia no se lo permitió. Erast Petrovich se levantó a gatas, mirando a todas partes como un poseso.

No se veía al *chief* por ninguna parte, pero sí que divisó, abandonada junto al muro, la pequeña y negra Gerstal. Desde su encogida posición, Fandorin saltó como un felino hacia la pistola, la agarró y miró a todos lados.

Brillling había desaparecido.

Erast Petrovich sólo cayó en la cuenta de que debía mirar hacia arriba cuando escuchó un trabajoso estertor.

Allí estaba Ivan Frantzevich, colgando de manera absurda y antinatural por encima del suelo. Sus brillantes polainas se mecían convulsivamente justo encima de la cabeza de Fandorin. Por debajo de la cruz de Vladimir se distinguía una mancha purpúrea que comenzaba a extenderse por la camisa almidonada, y sobresalía de allí una rama quebrada y afilada que había traspasado de lado a lado el pecho del recién nombrado general. Pero lo que más espantaba era la mirada de sus claros ojos, que mantenía fija en Fandorin.

—¡Mierda!... —exclamó el *chief* de forma audible, haciendo unas muecas que no eran de dolor sino de asco—. ¡Mierda!... —Y luego, con una voz ronca y desconocida, susurró—: A-za-zel...

Fandorin sintió que un escalofrío intenso y prolongado le recorría el cuerpo. Brillling dio estertores durante medio minuto más y luego calló.

Tras la esquina, como si hubieran estado esperando aquel desenlace, resonó el golpeteo de unos cascos de caballo y un rechinar de ruedas. Era la calesa de los gendarmes, que llegaba al lugar de autos.

El general-edecán de campo Lavrentii Arkadevich Mizinov, jefe de la Tercera

Sección y del Cuerpo de Gendarmes, se frotó los ojos enrojecidos por el cansancio. Las doradas charreteras de su uniforme de gala repiquetearon sordamente. En las últimas veinticuatro horas no había tenido tiempo ni para cambiarse de ropa; mucho menos de dormir. Un correo urgente le había sacado la noche anterior del baile que celebraba el gran duque Serguei Aleksandrovich en su onomástica. Y allí había comenzado todo...

El general lanzó una mirada hostil al joven que, sentado de perfil y mesándose el cabello, hundía una nariz llena de rasguños en los papeles que analizaba. Llevaba dos noches sin dormir, pero estaba fresco como un pepinillo de Yaroslav.

Y se comportaba como si se hubiera pasado toda la vida sentado en los altos despachos del gobierno. Pues que siguiera esmerándose. Pero ¡y Brillling! ¡Lo sucedido seguía sin caberle en la cabeza!

—¿Qué, Fandorin, tardará mucho? ¿O es que se ha distraído con otra de sus ideas? —le preguntó secamente el general, sintiendo que, tras la noche pasada en vela y el día agotador que le había seguido, ya era imposible que a él mismo le surgiera alguna idea más.

—Un minuto, su excelencia, un minuto —farfulló el mocoso—. Cinco notas más y acabo. Ya le advertí que la lista estaría cifrada, y se trata de una clave muy complicada. No he podido descifrar la mitad de las palabras y tampoco me acuerdo ya de todos los nombres que leí en el documento... ¡Ajá, éste es el director de Correos de Dinamarca, sí, el mismo! Bien, ¿y aquí qué tenemos? La primera letra no sé cuál puede ser: una crucecita. La segunda tampoco: otra crucecita. La tercera y la cuarta son dos emes. Después otra crucecita. Después «N». Después una «D» dudosa. Y las últimas dos letras están omitidas. Así que resulta «++MM+ND(¿) ++».

—¡Menudo disparate! —suspiró Lavrentii Arkadevich—. ¡Brilling lo habría descifrado todo en un abrir y cerrar de ojos! Entonces, ¿está seguro de que no fue un repentino ataque de locura? ¿No cabría la posibilidad de que...?

—Completamente seguro, su excelencia —repitió por enésima vez Erast Petrovich—. Además, le oí pronunciar con toda claridad: «Azazel»... ¡Un momento! ¡Ahora recuerdo! En la lista de la Beyetzkaia aparecía un *commander*. Supongo que se tratará de él.

—*Commander* es un rango de las flotas de guerra británica y norteamericana —explicó el general—. En Rusia se correspondería con un capitán de segundo rango —añadió mientras se paseaba irritado por el despacho—. Azazel, Azazel, ¡cuántas amenazas más nos tendrá reservadas esa maldita Azazel! Porque, a fin de cuentas, aún no sabemos nada de ella en absoluto. ¡Las investigaciones de Brillling en Moscú no valen nada! ¡Puede que todo sean mentiras, pura ficción, un absurdo: los terroristas, el posible atentado contra el zarevich!... ¿Así que intentó borrar todas las pistas? ¡Colocándonos unos cuantos cadáveres! ¿O sacrificaría de verdad a algunos

de esos idiotas nihilistas? Todo se lo ha llevado a la tumba, era un hombre muy capaz, muy capaz... Malditos sean, ¿cuándo nos informarán de los resultados del registro? ¡Llevan un día entero husmeando ahí!

Justo en ese momento la puerta se entreabrió lentamente y en el hueco apareció un hombre delgado y enjuto con unas gafas doradas.

—Su excelencia, el capitán de gendarmes Bielozerov.

—¡Diablos, por fin! ¡Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma! ¡Que pase!

Un maduro oficial de gendarmes, a quien Erast Petrovich ya había visto la noche anterior en la casa de Cunningham, entró en el despacho con los ojos entornados por el cansancio.

—Lo hemos encontrado, su excelencia —anunció suavemente—. Dividimos la casa y el jardín en una cuadrícula estrecha, cavamos allí y allá y lo escudriñamos todo sin ningún resultado. Ya habíamos perdido las esperanzas, cuando el sargento Eilenzon, un agente con un olfato policial magnífico, sugirió que golpeáramos las paredes del «esternado». ¿Y qué cree usted que sucedió, Lavrentii Arkadevich? Pues que descubrimos una cámara oculta, una especie de laboratorio fotográfico. Dentro encontramos veinte cajas, en cada una de las cuales había doscientas fichas llenas de unos signos parecidos a los de la escritura jeroglífica, pero diferentes a los utilizados en la carta. He trasladado las cajas aquí y ahora toda la sección de Cifrado está trabajando en ellas. Acaban de empezar.

—¡Bravo, Bielozerov, bravo! —le alabó el general, ya de mejor humor—. Proponga una condecoración para ese policía del olfato. Bueno, vamos a ver al responsable de Cifrado. Fandorin, venga conmigo, seguro que a usted también le interesa. Luego terminará con eso, ya no tenemos tanta prisa.

Subieron dos pisos y comenzaron a recorrer rápidamente un interminable pasillo. Al doblar un recodo, un funcionario salió a su encuentro agitando desesperadamente los brazos.

—¡Una desgracia, su excelencia, una desgracia! ¡La tinta desaparece ante nuestros propios ojos y no sabemos por qué!

Mizinov echó a correr con una velocidad que resultaba impensable en un cuerpo tan pesado como el suyo. El canutillo de oro de su charretera comenzó a balancearse como las alas de una mariposa. Pero Bielozerov y Fandorin, adelantándose irrespetuosamente a su excelencia, fueron los primeros en cruzar las altas puertas blancas.

En aquella inmensa habitación, en la que había mesas por todas partes, reinaba un pánico de órdago. Una decena de funcionarios se afanaba sobre una pila de fichas blancas, agrupadas cuidadosamente sobre las mesas en unos pequeños montoncitos. Erast Petrovich cogió una de ellas y observó unos caracteres, muy similares a los de los jeroglíficos chinos, que ya apenas se distinguían. Los ideogramas se volatilizaban

a ojos vista y, un segundo después, la tarjeta quedó completamente en blanco.

—¿Pero qué maleficio es éste! —exclamó acalorado el general—. ¿Algún tipo de tinta simpática?

—Temo que algo mucho peor, su excelencia —le respondió un civil con trazas de profesor, mirando al trasluz una de las tarjetas—. Capitán, ¿no dijo usted que la cartoteca estaba escondida en una especie de desván fotográfico?

—Así es —confirmó respetuosamente Bielozerov.

—¿Y recuerda qué tipo de iluminación tenía la habitación? ¿Quizá un farolillo rojo?

—Sí, exacto, un farolillo eléctrico de luz roja.

—Me lo imaginaba. ¡Ay, Lavrentii Arkdevich!, entonces la cartoteca se perderá sin remedio y resultará imposible recuperarla.

—¿Pero cómo?! —inquirió el general, echando humo por las orejas—. No puede ser, señor consejero colegiado, algo se le ocurrirá... Usted es un maestro en su oficio, una eminencia...

—Cierto, su excelencia, pero no soy ningún mago. Estas fichas fueron tratadas con una solución líquida especial para que sólo se pudiera trabajar con ellas bajo una iluminación rojiza. Ahora, la capa sobre la que estaban representados los signos se ha revelado. Muy hábil por su parte, hay que reconocerlo. La primera vez que me encuentro con algo semejante.

El general arqueó sus peludas cejas y se puso a resoplar con aire amenazador. En la habitación se hizo un silencio pesado: amenazaba tormenta. Pero el trueno no llegó a estallar.

—Venga conmigo, Fandorin —dijo el jefe de la Tercera Sección con voz apocada—. Tiene usted que acabar su trabajo.

Las dos últimas anotaciones en clave resultaron indescifrables: correspondían a las cartas recibidas el último día, el 30 de junio, que Fandorin no llegó a ver y, por tanto, tampoco pudo identificar. Era hora, pues, de sacar conclusiones.

Paseando de un lado a otro por el despacho, el fatigado general Mizinov comenzó a razonar en voz alta:

—Bien, recopilemos lo pocos datos de que disponemos. Existe una organización internacional, conocida con el nombre supuesto de Azazel, que, a juzgar por el número de tarjetas encontradas, y que ya nunca podremos estudiar, contaría exactamente con tres mil ochocientos cincuenta y cuatro afiliados. Ahora bien, sí poseemos algunos datos sobre cuarenta y siete de ellos o, para ser más exactos, sobre cuarenta y cinco, porque las dos últimas tarjetas no han podido ser descifradas. Sabemos algo, pero muy poco: tan sólo la nacionalidad y el puesto o cargo administrativo que ocupaban. En cambio, desconocemos sus nombres, edades y direcciones... ¿Algo más? Sí, los nombres de dos afiliados de la organización,

muertos recientemente: Cunningham y Brillling. También sabemos que otro miembro de la organización, Amalia Beyetzkaya, se encuentra en Inglaterra. Eso si su amigo Zurov no la ha matado todavía, si no ha abandonado el país y si ella, efectivamente, se llama así... Azazel opera de una manera muy agresiva y es de suponer que no se dará por satisfecha con unas cuantas muertes. Evidentemente, persigue un objetivo global. ¿Pero cuál? No es una organización masónica, porque yo mismo soy miembro de una logia, precisamente un miembro destacado, no del montón, y... ¡Ejem!... Bueno, Fandorin, considere que no ha escuchado esto último.

Erast Petrovich bajó la vista con sumisión.

—Tampoco se trata de la Internacional Socialista —continuó Mizinov—, porque los señores comunistas no gastan un hilo tan fino. Además, Brillling de ninguna manera era un revolucionario. Esa posibilidad está terminantemente excluida porque, fueran cuales fueran esas actividades secretas tuyas, es cierto que mi querido ayudante siempre se empleó en serio en la caza de los nihilistas. Una tarea en la que obtuvo, por cierto, muy buenos resultados. Entonces, ¿qué persigue verdaderamente Azazel? ¡Esa es la cuestión! ¡Pero es que no tenemos nada donde agarrarnos! Cunningham está muerto y Brillling también. Nicholas Croog es un simple ejecutor, un mero peón. El canalla de Piyov también está muerto. Todos los hilos de esa posible trama están cortados... —Lavrentii Arkadevich agitó los brazos con indignación—. ¡Nada, decididamente no comprendo nada! Conocía a Brillling desde hacía más de diez años. ¡Guíe su carrera! ¡Descubrí su talento! Juzgue usted mismo, Fandorin. Cuando era gobernador general en Jarkov, promoví todo tipo de concursos entre los estudiantes y los alumnos de gimnasios de la ciudad para fomentar los sentimientos patrióticos de la joven generación y alentarla en la lucha por unas reformas útiles para nuestro país. Fue entonces cuando me presentaron a un muchacho delgado y algo desmañado, de la última promoción del gimnasio, que había escrito un trabajo muy sensato y apasionado titulado «El futuro de Rusia». Créame, por su biografía y su espíritu aquel joven parecía un auténtico Lomonosov. Sin familia ni parientes, huérfano de padre y madre, había terminado sus estudios sin tener un céntimo, aprobando directamente los exámenes de séptimo curso del gimnasio... ¡Un talento nato! Le acogí bajo mi protección, le concedí una beca y le matriculé en la Universidad de Petersburgo. Después le tomé a mi servicio en puestos administrativos y jamás tuve la más mínima queja sobre su trabajo. ¡Fue el mejor de mis colaboradores, mi hombre de confianza! ¡Su carrera era brillantísima, tenía todas las puertas abiertas! ¡Qué genio tan preclaro y paradójico, qué iniciativa, qué determinación! ¡Dios, si hasta pensaba en entregarle por esposa a mi propia hija! —exclamó el general, llevándose la mano a la frente.

Erast Petrovich mantuvo un silencio condescendiente y respetuoso con los sentimientos de su jefe y luego tosió educadamente.

—Su excelencia, he estado pensando sobre este asunto y... Ciertamente, disponemos de pocas pistas, pero algo sí que tenemos.

El general sacudió la cabeza, como ahuyentando aquellos recuerdos inútiles, y se sentó detrás de la mesa.

—Le escucho. Hable, Fandorin, hable. Nadie conoce este caso mejor que usted.

—Me refiero a lo siguiente... —Erast Petrovich miró de nuevo la lista y subrayó algo con lápiz—. Aquí hay cuarenta y cuatro personas. A dos ya las hemos descubierto. Y al consejero de Estado en activo, es decir, a Ivan Frantzevich, también lo hemos borrado de la lista. De los que restan, ocho son bastante fáciles de identificar. Juzgue usted mismo, su excelencia. ¿Cuántos jefes de su guardia personal puede tener el emperador del Brasil? O el número 47F, el director de departamento belga, enviado el once de junio y recibido el quince del mismo mes. La identificación de esa persona de ninguna manera puede resultar difícil. Y ya son dos. El tercero: número 549F, el vicealmirante de la flota francesa, enviado el quince de junio y recibido el diecisiete del mismo mes. El cuarto: número 1007F, el flamante baronet inglés, enviado el nueve de junio y recibido el diez. El quinto: número 694F, el ministro portugués, enviado el veintinueve de mayo y recibido el siete de junio.

—Sobre este último le puntualizo un detalle —le interrumpió el general, que le escuchaba con mucha atención—. En mayo hubo un cambio de gobierno en Portugal, así que todos los ministros del actual gabinete son nuevos.

—¿Sí? —preguntó, consternado, Erast Petrovich—. Bueno, entonces no son ocho sino siete. El quinto es el norteamericano: número 852F, vicepresidente de un comité del Senado, enviado el diez de junio y recibido el veintiocho del mismo mes. La Beyetzkaya lo anotó en mi presencia. El sexto: número 1042F, Turquía, el secretario personal del príncipe Abdulhamid, enviado el uno de junio y recibido el veinte.

Este último dato interesó especialmente a Lavrentii Arkadevich.

—¿Es cierto lo que dice? ¡Oh, esa información es de suma importancia! ¿Precisamente el uno de junio? Vaya, vaya. Sepa que el pasado treinta de mayo hubo un golpe de Estado en Turquía. El sultán Abdulaziz fue defenestrado y el nuevo hombre fuerte, el pachá Midhat, elevó al trono a Murad V. ¿Y al día siguiente va y nombra un nuevo secretario para Abdulhamid, el hermano pequeño de Murad? Cuánta prisa, ¿no? Es un dato muy relevante. ¿No significará eso que el pachá Midhat está organizando otro plan para librarse ahora de Murad y sentar en el trono a Abdulhamid? ¡Vaya, vaya!... Bueno, olvídalo, Fandorin, eso no es asunto suyo. Identificaremos a ese secretario en un periquete. Hoy mismo telegrafiaré a Nikolai Pavlovich Gnatiev, nuestro embajador en Constantinopla. Somos antiguos amigos. Siga usted.

—Y, por último, el séptimo: número 1508F, Suiza, el prefecto de la Policía Cantonal, enviado el veinticinco de mayo y recibido el uno de junio. La identificación

de los demás resultará mucho más difícil y, en algunos casos, supongo, será del todo imposible. Pero si desenmascaramos al menos a esos siete y los ponemos bajo estrecha vigilancia...

—Deme esa lista —alargó la mano el general—. Ordenaré que envíen mensajes cifrados a las embajadas pertinentes de forma inmediata. Resulta obvio que deberemos cooperar con los servicios secretos de todos esos países. A excepción de Turquía, quizá, donde tenemos nuestra propia red de informadores, muy efectiva por cierto... ¿Sabe, Erast Petrovich?, he sido muy brusco con usted, pero no se ofenda por eso... Valoro la importancia de su colaboración y todo lo demás..., pero es que estoy muy afectado... por Brillling... Usted se hará cargo...

—Le comprendo, su excelencia. En cierto sentido, estoy tan afectado como usted...

—Perfecto. Bien, usted trabajará a mis órdenes. Debemos desenmascarar a Azazel. Formaré un grupo especial de investigación y escogeré para él a las personas más experimentadas. Tenemos que librarnos de esa organización a toda costa.

—Su excelencia, ¿qué le parece si fuera a Moscú?...

—¿Para qué?

—Para entrevistarme con *lady* Esther. Siendo como es una persona más celestial que terrenal —Fandorin sonrió—, no creo que estuviera informada de las verdaderas actividades de Cunningham. Pero ella conocía a ese hombre desde su infancia y, sin duda, podría aportarnos alguna valiosa información. ¿Qué le parece si accediéramos a ella por vía extraoficial, sin utilizar a la gendarmería? Tengo la fortuna de conocer personalmente a *milady*, así que no se alarmará con mi visita. Además, domino el inglés. ¿Y si tuviéramos suerte y descubriéramos una nueva pista? Quizá podamos llegar a algún sitio rastreando el pasado del desaparecido Cunningham.

—De eso se trata. Bien, vaya usted, pero le concedo un solo día, ni uno más. Y ahora márchese a dormir. Mi edecán le asignará un apartamento. Mañana viajará a Moscú en el expreso de la noche. Si hay suerte, quizá para entonces recibamos las primeras respuestas cifradas de nuestras embajadas. El veintiocho por la mañana estará usted en Moscú, se entrevistará con *lady* Esther y por la noche hágame el favor de regresar. Preséntese ante mí con su informe en el acto. A la hora que sea, ¿está claro?

—Clarísimo, su excelencia.

En el pasillo del vagón de primera clase del expreso San Petersburgo-Moscú, un arrogante señor ya entrado en años, con unos bigotes y unas guías realmente envidiables y un alfiler de brillantes en la corbata, fumaba un puro mientras miraba con indisimulada curiosidad la puerta cerrada del compartimento número uno.

—¡Eh, querido! —exclamó, señalando con un dedo regordete al interventor que, justo en aquel momento, aparecía por allí.

Éste se acercó con rapidez al majestuoso pasajero y se inclinó respetuosamente:

—¡Dígame, señor!

El caballero cogió elegantemente el cuello del uniforme del interventor con dos dedos y le preguntó en voz muy baja:

—¿Quién es ese muchacho que va en primera clase? ¿Lo conoces? Es tan joven...

—He sido el primero en sorprenderme —le contestó el funcionario en un susurro—. Todos sabemos que la primera clase se reserva especialmente para las personas importantes. Ni siquiera todos los generales pueden entrar aquí, sólo los que viajan por un asunto gubernamental crucial y urgente.

—Ya lo sé —dijo el caballero, soltando una bocanada de humo—. Yo también viajé una vez de esa manera, en una inspección secreta que hice a Novorossia. Pero ese viajero es demasiado joven. ¿No será hijo de algún alto cargo del gobierno? ¿Un representante de eso que llaman la «juventud dorada»?

—No, no puede ser. Los hijos de sus excelencias tampoco están autorizados a viajar en primera. Hay instrucciones muy severas al respecto. La única excepción son los hijos de los grandes duques. Si le digo la verdad, el muchacho me ha llamado la atención desde el principio, y por eso —el interventor bajó aún más la voz y susurró, con aire confidencial— me he permitido echar una miradita a la lista de viaje del jefe de tren.

—Pues ¡dígame! —pidió el intrigado caballero, metiendo prisas al hombre.

Saboreando una cercana y sustanciosa propina, el funcionario se llevó un dedo a los labios:

—De la Tercera Sección. Instructor para asuntos especialmente importantes.

—¡Ah, «especialmente»! Ya comprendo. A los que son instructores de asuntos sólo «importantes» no se les reserva billete en primera clase. —Y el caballero hizo una pausa significativa—. ¿Y de quién se trata?

—Desde que se encerró con llave en su compartimento no ha salido una sola vez. En dos ocasiones le he ofrecido té, pero no me ha hecho ni caso. Está trabajando en unos documentos y ni siquiera levanta la cabeza de los papeles. ¿Recuerda que la salida de Petersburgo se retrasó veinticinco minutos? Pues fue por su culpa. Tuvimos que esperar a que llegara.

—¡Vaya! —exclamó el pasajero con admiración—. ¡Resulta inaudito!

—Ocurre a veces, aunque la verdad es que muy raramente.

—¿Y no aparece su apellido en esa lista de viaje?

—No. Ni el apellido ni el cargo.

* * *

Erast Petrovich leía y leía, poniendo toda su atención en los pocos párrafos de aquel informe. Pero mientras lo hacía se mesaba nerviosamente los cabellos y un

nudo de incompresible angustia le atenazaba la garganta.

Poco antes de que saliera hacia la estación del ferrocarril, el edecán de Mizinov se presentó en el apartamento gubernamental donde Fandorin había dormido un día entero, sumido en un profundo sueño, y le ordenó esperar porque acababan de llegar los tres primeros despachos de las embajadas. Los estaban descifrando y enseguida se los enviarían. Tuvo que aguardar casi una hora. Erast Petrovich temía perder el tren, pero el edecán le había tranquilizado sobre esa contingencia, asegurándole que se le esperaba.

Nada más entrar en el enorme compartimento que le habían reservado, tapizado por entero en terciopelo verde, con un escritorio, un cómodo diván y dos sillas de madera de nogal con las patas atornilladas al suelo, Fandorin abrió el paquete que le habían entregado y se sumió en su lectura.

Se habían recibido tres despachos, enviados desde Washington, París y Constantinopla. El encabezamiento de los tres era idéntico: «Urgente. Para su excelencia Lavrentii Arkadevich Mizinov, en respuesta a su telegrama del 26 de junio de 1876, con número de salida 13476-8Y». Firmaban los informes los ministros plenipotenciarios en persona. Y ahí se acababan las similitudes entre ellos. Los textos decían así:

27 de junio (9 de julio) de 1876, 12.15, Washington.

La persona por la que se interesa, John Pratt Dobbs, fue nombrado vicepresidente del Comité del Senado para Asuntos Presupuestarios el 9 de junio de este año. Es un hombre muy conocido en Norteamérica, un millonario de esos que llaman aquí self-made man. Edad: 44 años. No se poseen datos sobre su infancia, lugar de nacimiento ni procedencia. Cuentan que se enriqueció en los años de la fiebre del oro en California. Se le tiene por genio empresarial. Durante la guerra civil entre el Norte y el Sur fue consejero del presidente Lincoln para asuntos financieros. Algunos opinan que fueron precisamente los esfuerzos de Dobbs, y no la valentía de los generales federales, los que hicieron que el Norte capitalista consiguiera la victoria sobre el Sur conservador. En 1872 fue elegido senador por el Estado de Pensilvania. Fuentes bien informadas aseguran que Dobbs está propuesto para ministro de Finanzas.

9 de julio (27 de junio) de 1876, 16.45, París.

Gracias a nuestra agente Cocó, a la que usted también conoce, se ha logrado averiguar a través del Ministerio de la Guerra que Jean Intrepide, nombrado recientemente comandante de la flota de Siam, fue ascendido el pasado 15 de junio al grado de vicealmirante. Hace veinte años, en alta mar,

cerca de la isla Tortuga, una fragata francesa avistó una chalupa a la deriva con un muchacho a bordo, quien, al parecer, había logrado salvarse del naufragio de su buque. A causa de la conmoción, el adolescente había perdido por completo la memoria y no podía recordar su nombre, ni tampoco su nacionalidad. Al enrolarse como grumete, recibió el apellido de la fragata que le había encontrado y salvado de una muerte segura. Hizo una carrera brillantísima. Participó en multitud de guerras y expediciones coloniales. Se distinguió especialmente durante la guerra de México. Jean Intrepide causó una gran sensación en París el año pasado al casarse con la hija mayor del duque de Roganne. En un próximo informe le enviaré más detalles sobre la hoja de servicios de esta persona por la que usted tanto se interesa.

** * **

27 de junio de 1876, 14.00, Constantinopla.

Querido Lavrentii, te confieso que tu petición me sorprendió enormemente, porque el efendi Anwar, por el que muestras un interés tan urgente, se encuentra sometido en los últimos tiempos a mi más intensa vigilancia. Según los datos que obran en mi poder; este personaje, favorito del pachá Midhat y Abdulhamid, es una de las figuras centrales del complot que en estos momentos está madurando en palacio. Se espera un pronto derrocamiento del actual sultán y la consiguiente coronación de Abdulhamid. De producirse esto, el efendi Anwar se convertiría en una figura de influencia extraordinaria. Se trata de un individuo muy inteligente, educado a la europea y que domina una gran cantidad de lenguas, tanto orientales como occidentales. Por desgracia, no poseemos información detallada sobre su vida. Se sabe, eso sí, que no tiene más de 35 años de edad y que nació en algún lugar de Serbia o de Bosnia. Su origen es oscuro y no tiene parientes conocidos. Un hecho éste que resulta muy prometedor para Turquía si, llegado el momento, fuese nombrado visir de este país. ¡Imagínate a un visir sin una horda de parientes ambiciosos! Casos así resultan aquí de una rareza excepcional. Anwar es la mano derecha del pachá Midhat y un miembro muy activo del partido Los Nuevos Otomanos... ¿He saciado tu curiosidad? Si es así, satisface tú ahora la mía. ¿Por qué te interesas tanto por mi efendi Anwar, justo en este momento? ¿Qué sabes de él? Contéstame cuanto antes, porque tus datos pueden resultarnos de suma utilidad.

Tras releer por enésima vez estos informes, Erast Petrovich subrayó en el primero el párrafo siguiente: «No se poseen datos sobre su infancia, lugar de nacimiento ni procedencia». En el segundo informe subrayó: «No podía recordar su nombre, ni tampoco su nacionalidad». Y en el tercero: «Su origen es oscuro y no tiene parientes conocidos». Había algo siniestro en todo aquello. ¡Parecía que los tres individuos habían surgido de ninguna parte! Como si, en un momento determinado y por arte de birlibirloque, los tres hubieran emergido de la nada y comenzado a trepar hacia lo más alto de la escala social con una tenacidad verdaderamente inhumana. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Miembros de una secta secreta? ¡Ay!, ¿y si no fueran seres humanos, sino seres llegados de otro mundo? Por ejemplo, ¿mensajeros del planeta Marte? O incluso algo peor, ¿engendros creados por brujería? A Fandorin se le erizaron los cabellos al recordar su encuentro nocturno con el «espectro de Amalia». Porque, y ahora caía en la cuenta, el origen de aquella individuo, es decir, de la Beyetzkaia, también era desconocido. Por si fuera poco, también estaba por medio aquel conjuro demoníaco: «Azazel». ¡Ay, allí había algo que olía a azufre!...

En ese instante, alguien llamó a la puerta con mucha delicadeza, y Erast Petrovich pegó un respingo. Se llevó la mano a la pistolera que tenía oculta a la espalda, hasta rozar la empuñadura acanalada de la Gerstal.

Por la abertura de la puerta apareció el amable rostro del interventor.

—Estamos llegando a una estación. ¿No le gustaría a su señoría desentumecer las piernas? La estación dispone de cantina.

Erast Petrovich hinchó el pecho ante el tratamiento de «señoría» y se miró de reojo en el espejo. ¿Realmente podían tomarlo por un general?... No le pareció mal la posibilidad de estirar las piernas y pasear por el andén. Una nebulosa idea le daba vueltas en la cabeza desde hacía un buen rato, pero se le escabullía siempre sin tomar forma, sin entregarse. Sin embargo, aún no había perdido la esperanza de apresarla y pensaba: «Busca, sigue escarbando».

—Quizá lo haga. ¿Cuánto tiempo estaremos detenidos?

—Veinte minutos, pero usted no se preocupe y pasee a gusto. —El interventor soltó una carcajada—. El tren no continuará el viaje sin usted.

Erast Petrovich bajó por la escalerilla del tren al andén, que estaba bañado por el resplandor de las farolas de la estación. Algunos pasajeros que habían decidido descabezar un sueño habían apagado ya la luz en varios compartimientos. Fandorin estiró el cuerpo suavemente y se colocó los brazos a la espalda, disponiéndose a realizar un ejercicio gimnástico ligero que le ayudara a recuperar la agilidad mental. Pero en ese preciso momento, y de su mismo vagón, se apeó un señor de buena presencia, con bigotes y sombrero de copa, que después de dirigirle una mirada llena de curiosidad, se volvió para tender la mano a la joven que le acompañaba. Al ver el fresco y encantador rostro de la joven, Erast Petrovich se quedó como alelado, y la

muchacha, con el semblante alegre, exclamó en voz alta:

—¡Pero papá, si es él, el señor de la policía! ¿No recuerdas que te hablé de él? ¡Sí, el que nos interrogó a *Fraulein* Pful y a mí!

La palabra «interrogó» fue pronunciada con sincera satisfacción y sus claros ojos grises miraron a Fandorin con un interés no disimulado. Había que reconocer que los vertiginosos acontecimientos de las últimas semanas habían amortiguado la impresión que le había causado aquella muchacha, a quien Erast Petrovich llamaba para sí «Lizanka» y, a veces, en los minutos de especial ensoñación, «mi tierno ángel». Al contemplar de nuevo a aquel ser querido, el fuego que había incendiado en su día el corazón del pobre funcionario, flameó de nuevo con un calor tan intenso, que hasta los pulmones parecieron quemársele entre ardientes pavesas.

—Bueno, en realidad no soy de la policía —musitó Erast Petrovich, confundido y con el rostro encendido—. Me apellido Fandorin, funcionario para misiones especiales ante...

—Lo sé todo, *je vous le dis tout cru* —le interrumpió el bigotudo con cierto secreto, mientras el brillante de su corbata centelleaba—. Un asunto de Estado, no tiene por qué entrar en detalles. Entre *nous sois dit*, también yo, en el ejercicio de mis funciones, me hallé en situaciones semejantes a ésta en la que se encuentra usted. Así que me hago cargo perfectamente. —Y, levantando ligeramente su sombrero de copa, continuó—: Sin embargo, permítame presentarme. Aleksander Apollodorovich von Evert-Kolokoltsev, consejero en activo, presidente del Juzgado Provincial de Moscú. Mi hija Liza.

—Llámeme mejor «Lizzi», es más sencillo. No me gusta el nombre de «Liza», suena casi lo mismo que «tiza» —le pidió la joven dama. A continuación, admitió con encantadora ingenuidad—: Me he acordado muchas veces de usted. ¿Sabe?, le gustó usted mucho a Emma. Y también recuerdo su nombre y su patronímico: Erast Petrovich. «Erast», qué nombre tan bonito.

A Fandorin le pareció que dormía y tenía un sueño maravilloso. Debía evitar cualquier movimiento brusco, porque si lo hacía, Dios no lo quisiera, se despertaría.

Capítulo Decimoquinto

Donde se demuestra de modo convincente la importancia de una respiración correcta

En compañía de Lizanka (por alguna extraña razón, Erast Petrovich no lograba familiarizarse con el nombre de «Lizzi») resultaba tan agradable hablar como permanecer callado.

El vagón comenzó a deslizarse rítmicamente sobre las vías, y el tren, después de hacer sonar varias veces su silbato, se lanzó a una velocidad vertiginosa por los soñolientos bosques de Valdai, ocultos por esa niebla que preludia el amanecer. Sentados en las mullidas sillas del compartimento N.º 1, Lizanka y Erast Petrovich permanecían en silencio. Miraban casi todo el tiempo por la ventanilla, pero a veces se observaban a hurtadillas el uno al otro y, si en un descuido se entrecruzaban sus miradas, la situación no les resultaba embarazosa sino, por el contrario, agradable y divertida. Fandorin intentaba volver la cabeza con presteza para coincidir con la mirada de ella, y cada vez que lo lograba Lizanka sonreía sin decir nada.

No podían tampoco hablar mucho, pues la conversación podía despertar al señor barón, que echaba una cabezada en el diván. Momentos antes Aleksander Apollodorovich había estado discutiendo apasionadamente con Erast Petrovich el problema de los Balcanes, pero de pronto, en medio de una frase, el patriarca soltó un suspiro y la cabeza se le desplomó sobre el pecho. Ahora esa misma cabeza se balanceaba blandamente al ritmo del traqueteo de las ruedas del vagón: ta-dam, ta-dam (para allí, para acá, para allí, para acá); ta-dam, ta-dam (para allí, para acá, para allí, para acá).

Lizanka sonrió suavemente al devenir de sus propios pensamientos y, cuando Fandorin miró hacia ella con aire inquisitivo, aclaró:

—¡Usted es tan inteligente, parece saberlo todo! Qué bien le ha explicado a papá lo del pachá Midhat y Abdulhamid. Yo soy tan tonta que ni se lo puede usted figurar.

—Usted de ninguna manera puede ser tonta —le susurró Fandorin con una profunda convicción.

—Quisiera contarle algo, pero me da vergüenza... Bueno, de todos modos se lo

contaré. Algo me dice que usted no se reirá de mí. Reírse conmigo sí puede, pero de mí no lo hará, ¿verdad?

—¡Cierto! —exclamó Erast Petrovich, que pasó otra vez al susurro al comprobar que el barón movía las cejas en su sueño—. Nunca me reiré de usted.

—Pues téngalo en cuenta, me lo ha prometido. Verá, después de aquella visita suya, me imaginé un montón de cosas hermosas... Sólo que, de una manera demasiado melancólica, todo terminaba trágicamente. Creo que por esa ópera, *La pobre Liza*. Liza y Erast, ¿recuerda? ¡«Erast»! Siempre me ha gustado ese nombre a rabiar. Y me imaginaba esta escena: yo yacía en un ataúd, hermosa y pálida, rodeada de rosas blancas. Ya no recuerdo si había muerto ahogada o de tuberculosis, pero usted estaba a mi lado llorando, y también lloraban papá y mamá, y Emma se sonaba la nariz. Ridículo, ¿verdad?

—Sí, ridículo —confirmó Fandorin.

—Ha sido un verdadero milagro que nos hayamos encontrado en la estación. En Petersburgo hemos estado hospedados en casa de *ma tante*. Teníamos previsto regresar ayer, pero a mi padre le entretuvieron unos asuntos del ministerio y cambiamos los billetes. ¿A que es un milagro?

—¿Un milagro? —se sorprendió Erast Petrovich—. Es el dedo del destino.

El cielo se veía extraño a través de la ventanilla: estaba completamente negro, pero una cenefa escarlata se dibujaba ya a lo largo del horizonte. Sobre la mesa se balanceaban tristemente los olvidados telegramas.

El cochero condujo a Fandorin, cruzando todo Moscú, desde la estación Nikolaevsky hasta el barrio de Jamovniki. Era un día claro y alegre, y en los oídos de Erast Petrovich seguía resonando el grito de despedida de Lizanka:

—¡Así que hoy vendrá a visitarnos sin falta! ¿Lo promete?

Todo encajaba perfectamente en el horario que se había establecido. Primero iría al «esternado», a entrevistarse con *milady*. Después se acercaría a la Dirección de la Policía: quizá intercambiando impresiones con el jefe de la Dirección averiguara algo importante con respecto a *lady Esther*. Desde allí le enviaría un telegrama a Lavrentii Arkadevich. Quizá los despachos que quedaban por recibir del resto de las embajadas hubieran llegado la pasada noche... Fandorin sacó un cigarrillo de su nueva pitillera de plata y lo prendió con torpeza. ¿No sería mejor acercarse primero a la Gendarmería? Pero el caballo enfilaba ya la calle Ostayenka y resultaba estúpido volver atrás. Bueno, primero iría a ver a *milady*, después a la Dirección y luego a casa de Agrafena Kondratievna, donde recogería sus cosas para mudarse a un hotel más decoroso. Se cambiaría de ropa, compraría flores y, a la seis en punto, a la calle Malaya Nikitskaya, a la casa de Von Evert-Kolokoltsev. Erast Petrovich sonrió satisfecho y se puso a cantar: «Él era un consejero titulado, ella la hija de un general; él tímidamente su amor le declaró, pero ella a hacer puñetas le mandó-ó».

Ante él tenía el edificio que ya le resultaba familiar, con sus puertas de hierro fundido y el portero de uniforme azul, de pie junto a la caseta pintada a rayas.

—¿Dónde puedo encontrar a *lady* Esther? —le gritó Fandorin, inclinándose desde el asiento del coche—. ¿En el «esthernado» o en sus habitaciones?

—A esta hora suele estar en sus habitaciones —le informó gallardamente el portero, y el coche de caballos se puso otra vez en movimiento, internándose en el tranquilo callejón.

Junto al palacete de dos pisos de la Dirección, Fandorin ordenó al cochero que le esperara, advirtiéndole que la visita quizá se alargara un poco.

Al lado de la puerta seguía perdiendo el tiempo el mismo conserje ufano, a quien *milady* llamaba «Timofei». Pero hoy no se calentaba al sol, como en el transcurso de su primera entrevista, sino que se resguardaba a la sombra, pues el sol de junio quemaba ya muchísimo más que el de mayo.

Timofei se condujo esta vez de una manera completamente exquisita. Demostrando un talento psicológico fuera de lo común, se quitó la gorra, hizo una reverencia y, con voz melosa, le preguntó cómo debía anunciarle. Sí, era evidente que algo había cambiado en la apariencia exterior de Erast Petrovich en el transcurso de aquel último mes. Ahora ya no provocaba en la tribu de los conserjes aquel instinto irrefrenable de retenerle y no dejarle pasar.

—No hace falta que me anuncies, lo haré yo.

Timofei se inclinó hasta doblarse y abrió sumisamente las puertas, invitando al visitante a entrar en el vestíbulo tapizado en damasco. Desde allí, por un pasillo incendiado con la luz del sol, Erast Petrovich llegó hasta la conocida puerta pintada de blanco y oro. Ésta se abrió para recibirle y un individuo larguirucho, vestido con una librea azul y unas medias blancas idénticas a las de Timofei, se plantó ante el recién llegado con aire inquisitivo.

—Funcionario Fandorin, de la Tercera Sección, por un asunto urgente —expuso Erast Petrovich con severidad, pero como la caballuna fisonomía del lacayo permaneciese imperturbable, decidió explicarse en inglés—: *State Police, inspector Fandorin, on urgent official business.*

Ni un solo músculo de aquel pétreo rostro se movió tampoco ahora lo más mínimo, pero el sentido de la petición parecía haber sido comprendido. El lacayo inclinó la cabeza de manera afectada y desapareció tras la puerta, cerrando los batientes tras él.

Al cabo de medio minuto las puertas se abrieron de nuevo y en el umbral apareció *lady* Esther en persona. Al reconocer a su antiguo conocido, sonrió alegremente:

—¡Oh, querido mío, es usted! Andrew me ha dicho que había llegado un importante señor de la policía secreta. Pase, pase. ¿Cómo se encuentra? ¡Ay!, ¿por qué tiene usted ese aspecto tan cansado?

—Acabo de llegar en el tren de Petersburgo, *milady* —le informó Fandorin, entrando en el despacho—, y vengo directamente a verla porque se trata de un asunto bastante urgente.

—¡Oh, sí! —La baronesa bajó tristemente la cabeza y, sentándose en un sillón, invitó a su huésped a hacer lo mismo frente a ella—. Por supuesto, querrá usted que le hable de mi querido Gerald Cunningham. Una terrible pesadilla que sigo sin comprender... ¡Andrew, coge el sombrero del señor policía!... Es un antiguo criado mío: acaba de llegar de Inglaterra. El bueno de Andrew: cuánto lo echaba de menos. Andrew, amigo mío, puedes retirarte, por el momento no necesitamos tus servicios.

El huesudo Andrew, que para Erast Petrovich nada tenía de «bueno», se retiró tras hacer una leve reverencia. Fandorin se rebulló en el duro sillón, intentando ponerse más cómodo porque la conversación prometía ser larga.

—*Milady*, me siento muy apenado por lo ocurrido, pero el señor Cunningham, su antiguo y más próximo colaborador, andaba mezclado en un asunto criminal muy serio.

—¿Van a clausurar mis «esthernados»? —preguntó la dama quedamente—. ¡Dios mío, qué será de mis niños!... Ahora que habían comenzado a acostumbrarse a una vida normal. ¡Con los talentos que hay entre ellos! Elevaré una petición al zar para que, si es posible, autorice a mis pupilos a viajar conmigo al extranjero.

—Se alarma en vano —dijo Erast Petrovich con suavidad—. No va a ocurrirles nada a sus «esthernados». Eso sería un crimen. Sólo quiero formularle unas preguntas sobre Cunningham.

—¡Naturalmente! ¡Las que usted quiera! Pobre Gerald... ¿Sabe usted?, provenía de muy buena familia: era nieto de un baronet. Pero sus padres murieron ahogados cuando regresaban de la India, y el chico quedó huérfano a los once años. En Inglaterra existen unas leyes muy severas en cuestión de herencias: todo pasa a manos del hijo mayor, el título y la fortuna, y al pequeño, las más de las veces, no le queda nada. Gerald era el benjamín de otro benjamín, sin medios ni hogar, y sus parientes no se interesaron por él... Precisamente ahora estaba escribiéndole el pésame a su tío, un *gentleman* completamente inútil, para el que Gerald no representaba nada. ¡Pero qué le vamos a hacer! ¡Nosotros, los ingleses, damos demasiada importancia a las formalidades! —Y *Lady* Esther le mostró una hoja, escrita con una letra grande y anticuada, y rematada con una rúbrica demasiado alambicada—. Resumiendo, me ocupé del niño. Descubrimos en Gerald una capacidad extraordinaria para las matemáticas y pensamos que su destino sería convertirse en profesor, pero la viveza intelectual y el amor propio no ayudan en la carrera científica. Pronto advertí que el muchacho gozaba de una gran autoridad sobre el resto de sus compañeros y que le gustaba sobresalir. Tenía un talento natural para el liderazgo: una fuerza de voluntad fuera de lo común, una gran disciplina y una

extraordinaria capacidad para apreciar con exactitud las mejores y peores cualidades de cada individuo. En el «esthernado» de Manchester le eligieron representante. Siempre pensé que Gerald querría hacer carrera en la administración o en la política: de él hubiera salido un aventajado funcionario colonial y, con el tiempo, hasta un buen gobernador general. ¡Pero cuál fue mi sorpresa cuando, de pronto, expresó su deseo de seguir a mi lado y dedicarse a la actividad pedagógica!

—¡Claro! —asintió Fandorin con la cabeza—. Así tenía la posibilidad de doblegar a su voluntad las incipientes mentes infantiles y luego mantenerse en contacto con sus antiguos alumnos para...

Erast Petrovich no llegó a terminar la frase, desconcertado por una repentina sospecha. ¡Dios mío, qué cosa tan simple! ¡Cómo no se le habría ocurrido antes!

—Gerald se convirtió enseguida en mi más imprescindible colaborador —prosiguió *milady*, sin percibir el cambio de expresión que se había operado en el rostro de su interlocutor—. ¡Qué trabajador tan abnegado e incansable era! Y qué facilidad lingüística la suya: sin su ayuda, me hubiera resultado imposible controlar las actividades de mis filiales en tantos países diferentes. Yo sabía que su gran enemigo sería siempre su excesiva ambición. Un trauma psíquico de su infancia: el deseo de demostrar a sus parientes que conseguiría todo lo que se propusiera sin su ayuda. Yo advertía, advertía esa extraña contradicción: con su ambición y sus facultades difícilmente podía sentirse satisfecho con el humilde oficio de pedagogo, y eso pese a recibir unos excelentes honorarios.

Pero Erast Petrovich ya no la escuchaba. Sentía que en su cabeza acababa de encenderse una lámpara eléctrica, que iluminaba ahora todo lo que antes no se distinguía en las tinieblas. ¡Sí, todo encajaba! Aquel senador Dobbs, que había aparecido nadie sabía de dónde; el «amnésico» almirante francés; el efendi turco de origen desconocido; también el fallecido Brillling; y, sí, ¿por qué no?, ¡incluso él mismo! ¿Gentuzá? ¿Marcianos? ¿Visitantes del más allá? ¡En absoluto! ¡Eran pupilos de los «esthernados»! Abandonados por sus madres, pero no arrojados a las puertas de la inclusa. Al contrario, desde la inclusa habían sido impulsados a la cima de la sociedad. ¡Cada uno de ellos había sido instruido especialmente, todos poseían un talento desvelado de manera artificial y luego forjado con minuciosidad! No, no habían arrojado a Jean Intrepide en la ruta de aquella fragata francesa por casualidad, sino porque era obvio que el adolescente poseía un don fuera de lo común para las artes marinas. Pero ¿qué necesidad había de encubrir dónde se había formado aquel chico tan valioso? ¡Pues claro, resultaba comprensible! Si el mundo hubiera sospechado cuántas brillantes carreras provenían del vivero de *lady Esther*, todos se hubieran puesto en guardia contra el fenómeno. Sin embargo, de esta manera, todo parecía ocurrir de modo natural. Bastaba un empujón inicial por la senda correcta, y el talento se abría camino por sí solo. ¡Allí estaba la explicación a que todos los

miembros de aquella cohorte de «huérfanos» consiguieran éxitos tan impresionantes en sus carreras! ¡Y por qué era tan importante para ellos tener informado a Cunningham de sus ascensos profesionales! Porque así afirmaban su valía personal y el acierto de haber sido elegidos. Y era muy lógico que todos aquellos genios estuvieran unidos, de forma constante e incondicional, a su comunidad, porque aquélla era su única familia, la familia que los defendía del duro mundo exterior, la que los hacía crecer y descubría un irrepetible «yo» en cada uno de ellos. ¡Menuda familia, casi cuatro mil genios desperdigados por todo el mundo! ¡Cierto, Cunningham, qué «talento de líder» el tuyo! Pero... pero... ¡un momento!...

—*Milady*, ¿qué edad tenía Cunningham? —preguntó Erast Petrovich, arrugando el entrecejo.

—Treinta y tres años —respondió la baronesa solícitamente—. El próximo dieciséis de octubre hubiera cumplido los treinta y cuatro. Gerald siempre organizaba una gran fiesta para los niños en su cumpleaños. Pero no era él quien recibía los regalos, se los hacía a los muchachos. Según mis cálculos, se gastaba en eso casi todos sus honorarios...

—Entonces, ¿no coincide! —gritó Fandorin desesperado.

—¿Qué es lo que no coincide, querido mío? —se asombró *milady*.

—¡Intrepide fue encontrado en el mar hace veinte años, cuando Cunningham sólo tenía trece! Y Dobbs se enriqueció hace un cuarto de siglo, cuando Cunningham todavía no había perdido a sus padres. ¡No, no pudo ser él!

—¿Pero qué está usted diciendo? —intentó comprender la inglesa arrugando con perplejidad sus claros ojillos azules.

Fue entonces cuando Erast Petrovich se quedó mirándola fijamente, abrumado por una terrible sospecha.

—Pero si no fue Cunningham... —susurró—, entonces fue usted... ¡Sí, usted es la autora de todo esto! ¡Usted vivía hace veinte, veinticinco, cuarenta años! ¡Pues claro, quién más podía ser! ¡Cunningham sólo era su mano derecha! ¡Cuatro mil pupilos, en realidad, cuatro mil hijos suyos! ¡Porque usted es como una madre para ellos! ¡Era de usted, y no de Amalia, de quien hablaban Morbid y Franz en aquella conversación en el puerto! ¡Fue usted quien dio un «objetivo» a la vida de todos ellos, la que los «puso en el buen camino»! ¡Pero es terrible, terrible! —Erast Petrovich dejó escapar un gemido, aparentemente de dolor—. ¡Fue usted quien desde el principio se propuso organizar este complot universal, aplicando sus teorías pedagógicas!

—Bueno, no exactamente desde el principio —repuso con tranquilidad *lady* Esther, en la que se había operado un cambio apenas perceptible, pero evidente. Ya no se mostraba como una viejecita pacífica y amable. Ahora sus ojos refulgían con un brillo de inteligencia, poder y fuerza inflexible—. Cuando empecé, sólo pretendía

salvar a unos pobres y desventurados niños. Los quería hacer felices, a tantos como pudiera, a cien, a mil. Pero mis esfuerzos eran como un grano de arena en el desierto. Salvaba a un niño, sí, pero el brutal Moloc, la sociedad en que vivimos, machacaba a mil, a un millón de esos muchachos, en cada uno de los cuales ardía originariamente la chispa de Dios. Entonces comprendí que mi esfuerzo no tenía sentido, que con una cuchara nunca vaciaría el mar. —La voz de *lady* Esther recobró fuerza y sus encorvados hombros se enderezaron—. Y también comprendí que Dios me había dado fuerzas para mucho más, que no sólo podía salvar a un puñado de huérfanos sino a toda la humanidad. Aunque no llegara a verlo, aunque mi sueño se realizara veinte, treinta o cincuenta años después de mi muerte. Ésa era mi tarea, ésa era mi misión. Cada uno de mis niños debía ser una piedra preciosa, la aureola de un nuevo mundo, el caballero de una nueva humanidad. Cada uno debía aportar un provecho inestimable, dedicar su vida a cambiar este mundo por otro mejor. Redactarían leyes sabias, desvelarían los secretos de la naturaleza, crearían obras maestras del arte. ¡Y año tras año ellos serían más y, con el tiempo, transformarían este mundo injusto, criminal y miserable!

—¿De qué secretos de la naturaleza, de qué obras maestras del arte habla? —la interrogó Fandorin con amargura—. A usted sólo le interesa el poder. Lo he visto, usted sólo fabrica generales y futuros ministros.

Milady sonrió con condescendencia:

—Amigo mío, Cunningham sólo coordinaba la categoría F, una categoría muy importante, pero no la única, ni mucho menos. «F» es la *Force*, es decir, todo lo que está en relación con los mecanismos del poder directo: la política, el aparato estatal, las fuerzas armadas, la policía, etcétera. Pero también existe la categoría «S» de *Science*; la categoría «A» de *Art* y la categoría «B» de *Business*. Y otras más. Durante estos cuarenta años de actividad pedagógica, he puesto en camino a dieciséis mil ochocientos noventa y tres seres humanos. ¿Es que no ha observado usted cómo en estos últimos años se han desarrollado la ciencia, la técnica, el arte, la legislación y la industria? ¿Acaso no ha visto cómo el mundo se ha hecho mejor, más racional y hermoso en esta segunda mitad de nuestro siglo diecinueve? Estamos asistiendo a una auténtica revolución pacífica. Una revolución que es absolutamente necesaria, porque, si no fuera así, nuestro injusto sistema social provocaría otra revolución, y en este caso sangrienta, que haría retroceder a la humanidad varios siglos atrás. Mis hijos salvan el mundo cada día. Y ya verá, todavía habrá más en los próximos años. Por cierto, recuerdo ahora aquella pregunta que usted me hizo, por qué no aceptaba niñas en mis centros. En aquella ocasión le mentí, lo reconozco. Yo también acojo a niñas, muy pocas, pero las acepto. Mis queridas hijitas se educan en un «esthernado» especial que tengo en Suiza. Es un material absolutamente peculiar, quizá aún más valioso que el de mis hijos. Creo que usted conoce a una de mis pupilas. —*Milady*

sonrió, divertida—. Ahora se está comportando de una manera algo insensata, es cierto, como si hubiese olvidado momentáneamente su deuda. Pero suele ocurrirles a las mujeres jóvenes; volverá al redil, estoy segura. Conozco a mis muchachas.

Erast Petrovich dedujo por sus palabras que Ippolit no había llegado a matar a Amalia, sino que, por el contrario, se había fugado con ella a algún sitio. Sin embargo, la alusión a la Beyetzkaya avivó en él viejas heridas y debilitó en parte la favorable impresión (algo fuera de lo común, había que admitirlo) que los razonamientos de la baronesa le habían provocado.

—¡Sí, su propósito es encomiable, naturalmente, admirable! —exclamó con ardor—. ¿Pero qué me dice de los medios? Matar a una persona es para usted lo mismo que aplastar un mosquito.

—¡Eso no es cierto! —replicó *milady* con vehemencia—. Lamento profundamente cada una de las vidas perdidas. Pero resulta imposible limpiar el establo de Augias sin mancharse. Una muerte salva la vida de mil, de un millón de personas.

—¿Y a quién salvó la de Kokorin? —se interesó sarcásticamente Erast Petrovich.

—Con el dinero de ese inútil disoluto yo educaré mil mentes lúcidas para provecho de Rusia y del mundo entero. Contra eso no se puede hacer nada, querido mío. No he sido yo quien ha organizado este mundo cruel, en el que todo se cobra su precio. Para mí, en este caso, el precio era absolutamente razonable.

—¿Y la muerte de Ajtirtzev?

—Uno, hablaba demasiado. Dos, acosaba a Amalia en exceso. Y tres, lo que usted le comentó a Ivan Frantzevich: el petróleo de Bakú. Nadie puede recusar el testamento escrito por Ajtirtzev. Sigue teniendo toda la fuerza legal.

—¿Aun arriesgándose entonces a una investigación de la policía?

—¡Bah, qué tontería! —se encogió de hombros la baronesa—. Estaba segura de que mi querido Ivan lo arreglaría todo. Desde pequeño se distinguió por su brillante intelecto analítico, por su talante organizador. ¡Es una tragedia que nos haya dejado! ... Brillling lo hubiera arreglado todo de manera ideal, de no ser por la excesiva obstinación de un joven *gentleman*. Ha sido una desgracia para todos, una enorme desgracia.

—¡Un momento, *milady*! —exclamó Erast Petrovich, dándose cuenta al fin de que debía ponerse en guardia—. ¿Por qué está usted siendo tan sincera conmigo? ¿Acaso confía en atraerme a su causa? Si no hubiese derramado sangre, yo estaría completamente de su lado, pero sus métodos...

Lady Esther le interrumpió sin dejar de sonreír apaciblemente:

—No, amigo mío, no confío en convencerle. Por desgracia, nos hemos conocido demasiado tarde: su inteligencia, su carácter y sus valores morales ya han tenido tiempo de formarse y ahora resultaría imposible cambiarlos. Soy sincera con usted

por tres motivos. En primer lugar, porque es un joven muy listo y me resulta francamente simpático. Me gustaría que no me considerara un monstruo. En segundo lugar, porque usted ha cometido una gran imprudencia al venir aquí directamente desde la estación de ferrocarril, sin informar antes a su Jefatura. Y en tercer lugar, porque no es casualidad que yo le haya invitado a sentarse precisamente en ese sillón extremadamente incómodo, con ese extraño respaldo tan curvado.

Efectuó una imperceptible señal con la mano y, de los altos brazos de madera, salieron dos fajas de acero que apresaron a Fandorin. Sin comprender del todo lo ocurrido, intentó levantarse, pero ya no pudo ni rebullirse, porque las patas del sillón estaban como adheridas al suelo.

Milady llamó con una campanita y Andrew entró en el despacho tan rápidamente que pareció que estaba escuchando detrás de la puerta.

—Por favor, Andrew, querido mío, llama de inmediato al doctor Blank —le ordenó *lady* Esther—, y de paso infórmale de la situación. ¡Ah, sí!, que no olvide el cloroformo. Y Timofei que se encargue del cochero —suspiró con pesadumbre—. Por desgracia, ya no se puede hacer otra cosa...

Andrew se inclinó respetuosamente sin decir palabra y se marchó. En el despacho, la entrevista había llegado a su fin: Erast Petrovich resoplaba, forcejeando con el cepo de acero. Intentaba revolverse lo suficiente para poder alcanzar la Gerstal de su espalda, lo único que podía salvarle. Pero aquellos malditos aros le apretaban tanto que tuvo que abandonar la idea. *Milady* observaba los esfuerzos del joven moviendo la cabeza compasivamente de vez en cuando, de un lado a otro.

Pronto se oyeron en el pasillo unos pasos veloces y pasaron al despacho dos personas: el profesor Blank, el genio de la física, y el silencioso Andrew.

El profesor preguntó en inglés, mirando de reojo al prisionero:

—¿Es un problema serio, *milady*?

—Sí, bastante —suspiró ella—, pero tiene solución. Naturalmente, deberemos dedicarle algún tiempo. Como sabe, no soy partidaria de aplicar recursos extremos sin necesidad. Por eso he recordado que usted, querido mío, sueña desde hace tiempo con experimentar con material humano. Creo que le ha llegado esa oportunidad.

—No estoy preparado todavía para trabajar con el cerebro humano —dijo Blank, mirando con inseguridad a Fandorin, que ahora se mostraba más tranquilo—. Pero sí que sería una lástima desperdiciar la ocasión.

—Antes hay que dormirlo —advirtió la baronesa—. ¿Ha traído el cloroformo?

—Sí, sí, enseguida —respondió el profesor, que sacó un frasco de su amplio bolsillo y empapó un pañuelo con su contenido.

Erast Petrovich percibió el intenso olor a medicina y quiso rebelarse, pero Andrew se acercó al sillón rápidamente y agarró al prisionero por el cuello con una fuerza terrible.

—Adiós, mi pobre muchacho —dijo *milady*, volviéndose de espaldas.

Blank sacó su reloj de oro del bolsillo del chaleco y observó las agujas por encima de las gafas, mientras pegaba el rostro de Fandorin al oloroso trapo blanco. ¡Fue entonces cuando la ciencia auxiliadora del incomparable Chandra Johnson acudió en ayuda de Erast Petrovich! El joven evitó inspirar aquel pérfido aroma que, evidentemente, no contenía *prana* alguno. No había duda de que era el momento más propicio para iniciarse en la práctica de contener la respiración.

—Un minuto resultará más que suficiente —informó el científico, apretando firmemente el pañuelo contra la boca y la nariz del condenado.

«... y ocho; y nueve; y diez», contó mentalmente Erast Petrovich, sin olvidarse de abrir espasmódicamente la boca, desorbitar los ojos y fingir convulsiones. De cualquier modo, incluso queriéndolo le hubiera resultado muy difícil aspirar aquellas emanaciones, pues Andrew le atenazaba la garganta con una mano de hierro.

Tenía ya los pulmones al límite de su resistencia en sus ansias por respirar, y había contado ya hasta ochenta, pero el trapo abyecto y húmedo seguía refrescando el rostro ardiente de Erast Petrovich. «Ochenta y cinco, ochenta y seis, ochenta y siete». Fandorin se puso a hacer trampas y contó más deprisa, en un imperioso intento de engañar a aquel minuterero insoportablemente lento. Entonces decidió que ya había luchado demasiado y era hora de perder el conocimiento. Relajó el cuerpo, se quedó inmóvil y, para que todo resultara más convincente, hasta desencajó la mandíbula inferior. Fue justo al contar noventa y tres cuando Blank retiró la mano.

—¡Qué resistencia la del organismo de este joven! —constató el científico—. Casi setenta y cinco segundos...

El «desvanecido» giró la cabeza blandamente hacia un lado y simuló respirar de manera pausada y profunda, pese a que su boca sedienta de oxígeno se moría por aspirar una buena bocanada de aire.

—Listo, *milady* —informó el profesor—. Podemos iniciar el experimento.

Capítulo Decimosexto

Donde a la electricidad se le augura un brillante futuro

—Llévenlo al laboratorio —ordenó *milady*—. Pero apresúrense, el recreo va a comenzar dentro de doce minutos y los niños no deben ver nada de esto.

Alguien llamó a la puerta:

—¿Timofei, es usted? —preguntó en ruso la baronesa—. *Come in!*

Erast Petrovich no se atrevía ni a mirar por entre las pestañas; si alguien se daba cuenta, sería el final. Oyó los pesados pasos del conserje y su voz atronadora, que le comunicaba a la baronesa, como si ésta fuera dura de oído:

—Todo en orden, su excelencia. *All right*. He invitado al cochero a tomar el té. ¡Té, ya sabe! *Tea! Drink!* ¡Qué sano estaba el diablo! Se puso a beber y a beber, y como si nada. *Drink, drink: nothing*. Pero al final se ha desvanecido. He ocultado el vehículo detrás de la casa. *Behind* nuestra *house*. Digo que lo he dejado en el patio y allí se quedará de momento. Usted no se preocupe, yo me ocuparé después de él.

Blank tradujo a la dama las palabras de Timofei.

—*Fine* —aprobó ella. Luego añadió a media voz—: *Andrew, just make sure that he doesn't try to make a profit selling the horse and the carriage.*

Fandorin no escuchó ninguna respuesta; al parecer, el silencioso Andrew se había limitado a asentir con la cabeza.

«¡Venga, canallas, desátenme de una vez! —pensó Erast Petrovich, apremiando mentalmente a los malhechores—. El recreo está a punto de empezar. Espero no olvidarme de quitar el seguro».

Pero a Fandorin le aguardaba un chasco: desatarlo no entraba en los planes de ninguno de los allí presentes. Escuchó un eructo junto a su oreja y al momento olió a cebolla. Timofei, identificó el prisionero sin margen de error. Luego, algo rechinó una vez, dos, tres, cuatro veces.

—Listo. Ya los he desatornillado —informó el conserje—. Coge de ahí, Andriusha, vamos a levantarlo.

Alzaron a Erast Petrovich junto con el sillón y se pusieron en movimiento. Fandorin abrió ligerísimamente los ojos y pudo ver el pasillo, con sus ventanas

holandesas, iluminado por el sol. Estaba claro, le llevaban al edificio central, al laboratorio.

Cuando los hombres que lo transportaban, intentando hacer el mínimo ruido posible, entraron en la sala de recreo, Erast Petrovich consideró la posibilidad de recobrar el sentido y romper la rutina de las clases contiguas con unos aullidos desgarradores. Para que los niños vieran en qué operaciones andaba metida su querida *milady*. Pero de las aulas llegaban unos sonidos tan sosegados y placenteros —la melodiosa voz de barítono del profesor, un arranque de risa infantil, el canto del coro—, que Fandorin no tuvo el coraje suficiente para quebrar aquella quietud. «Mejor así, todavía no ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa», se dijo, quizá para justificar de paso su momentánea debilidad de espíritu.

Después el vocerío infantil quedó atrás sin remedio y ya fue tarde. Erast Petrovich reparó en que le subían por una escalera. Oyó rechinar una puerta y luego el ruido de la llave en el cerrojo.

Incluso con los párpados cerrados notó que encendían una luz eléctrica potentísima. Entreabriendo un ojo, Fandorin se hizo cargo rápidamente de la nueva situación. Alcanzó a distinguir unos instrumentos de porcelana, unos alambres y unas bobinas metálicas. Y aquello no le gustó nada. A lo lejos oyó el tañido sordo de una campana: las clases habían acabado. Y casi al instante le llegó un vocerío de gritos infantiles.

—Espero que todo termine bien —suspiró *lady* Esther—. Lamentaría mucho que el chico muriera.

—También yo lo espero, *milady* —replicó el profesor francamente turbado, y se oyó un chirrido metálico—. Pero por desgracia no hay ciencia sin víctimas. Por cada paso que se avanza en el mundo del saber hay que pagar un alto precio. Por la vía sentimental nunca se llega muy lejos. Pero si está usted tan encariñada con este muchacho, ¿por qué no ha ordenado al oso ése que no envenenara al cochero y sólo lo durmiera con un somnífero? Hubiera podido empezar con el cochero y dejar al chico para después. Hubiera tenido una doble oportunidad de experimentar.

—Tiene usted razón, amigo mío, toda la razón. Ha sido un error imperdonable. —La voz de *milady* rezumaba sincera consternación—. De todas formas, esmérese usted. Blank, ¿puede explicarme otra vez en qué va a consistir su experimento?

Erast Petrovich aguzó el oído, pues la cuestión también le interesaba.

—Usted ya conoce mi teoría de partida —comenzó a explicar Blank con entusiasmo, deteniendo momentáneamente aquel mecanismo chirriante—. Creo que el control del fenómeno eléctrico va a ser la clave fundamental de la ciencia del próximo siglo. ¡Sí, sí, *milady*! Es verdad que todavía faltan veinticuatro años, pero el siglo veinte está a la vuelta de la esquina. El mundo se transformará de una manera tan radical en el próximo siglo que casi no podremos reconocerlo. Y esa

extraordinaria transformación será posible gracias a la electricidad. Porque la electricidad no es sólo iluminación, como piensan algunos profanos. También será capaz de obrar milagros, tanto a pequeña como a gran escala. ¡Imagínese un coche sin caballos, movido por un motor eléctrico! ¡O un tren sin locomotora, rápido, limpio y silencioso! ¡Imagine unos cañones potentísimos destruyendo al enemigo con una especie de rayos eléctricos! ¡O el transporte público en las ciudades sin tracción equina!

—Eso ya me lo ha contado usted multitud de veces —le interrumpió suavemente la entusiasta baronesa—. Hábleme ahora de la posible utilización médica de la electricidad.

—¡Ah, sí, eso es lo más sugestivo! —continuó el profesor aún más animado—. Pienso dedicar mi vida entera de investigador al campo científico de la electricidad. La macroelectricidad, las turbinas, los motores, las potentes máquinas dínamo, cambiará el mundo que nos rodea, pero la microelectricidad transformará al mismo ser humano, pues corregirá las imperfecciones de la estructura natural del *homo sapiens*. La electrofisiología y la electroterapia: he aquí los instrumentos que salvarán a la humanidad, y no esas sabias criaturas suyas que juegan a la gran política o que, me da risa decirlo, se dedican a pintarrajear cuadros.

—Se equivoca, niño mío. Ellos también realizan una labor imprescindible y extraordinaria, pero eso no viene al caso. Continúe.

—Yo haré que sea posible convertir a un hombre, cualquier hombre, en un ser ideal, libre de todos sus defectos. Las taras que determinan la conducta del hombre se localizan justamente aquí, en la subcorteza cerebral. —Y con un dedo muy rígido señaló y golpeó la cabeza de Erast Petrovich no sin causarle dolor—. Para explicarlo en pocas palabras, en el cerebro hay zonas diferenciadas que rigen la lógica, los placeres, el miedo, la rudeza, la sexualidad, etcétera, etcétera. El hombre sería una personalidad armónica si todas esas zonas funcionaran uniformemente, pero eso no ocurre casi nunca. Unos tienen extraordinariamente desarrollada la zona que rige el instinto de supervivencia, y por eso serán siempre unos cobardes patológicos. Otros tienen activada de forma deficiente el área lógica y son unos completos idiotas. Mi teoría es que, con la electroforesis, es decir, con la aplicación de una descarga de corriente eléctrica tan rigurosamente dirigida como dosificada, se pueden estimular algunas de esas zonas cerebrales y reprimir otras que resulten indeseables.

—Muy, pero que muy interesante —dijo la baronesa—. Usted sabe, querido Erhardt, que hasta ahora no he escatimado ningún gasto en la financiación de su proyecto. Pero ¿por qué está usted tan convencido de que es posible esa especie de corrección psíquica?

—¡Perfectamente posible! ¡De eso no tengo la más mínima duda! ¿Sabía usted, *milady*, que en las tumbas incas se han encontrado calaveras con unos orificios

idénticos, abiertos justo aquí? —Y su dedo volvió a golpear otras dos veces la cabeza de Erast Petrovich—. En este lugar se localiza la región cerebral que rige el miedo. Los incas lo sabían y, con la ayuda de sus rudimentarios instrumentos, vaciaron esa zona en los cerebros de los niños de la casta guerrera para transformarlos en unos soldados valerosísimos. ¿Y qué me dice del ratón? ¿Ya no lo recuerda usted?

—¡Ah, sí, su «ratón valiente»! ¡Qué gran impresión me causó cuando arremetió contra aquel gato!

—¡Pues eso sólo es el principio! ¡Imagínese una sociedad sin criminales! Una sociedad que no necesite ejecutar ni enviar a presidio al ladrón, al maníaco o al asesino sanguinario. Tras arrestarlos, bastará con practicarles una sencilla operación para que queden liberados para siempre de su codicia desmesurada, su extrema concupiscencia o su enfermiza brutalidad, y se conviertan en miembros sanos de nuestra sociedad... Otra posibilidad. ¿Se imagina qué ocurriría si se reforzaran todavía más las dotes innatas de sus niños, ya de por sí tan bien dotados, con una sesión de electroforesis?

—No, jamás pondré a ninguno de mis muchachos en sus manos —le interrumpió la baronesa—. El talento excesivo está sólo a un paso de la locura. Es mejor que experimente con criminales. ¿Y qué me dice de esa teoría suya del «hombre limpio»?

—Es una operación relativamente sencilla. Y creo que ya estoy casi del todo listo para practicarla. Si aplicáramos una descarga eléctrica en la zona de acumulación de la memoria el cerebro de esa persona se convertiría en una especie de hoja en blanco. Como si se hubiera pasado por ella una goma de borrar. Todas las capacidades intelectuales innatas del individuo se conservarían, pero los hábitos y conocimientos aprendidos desaparecerían por completo. Y obtendríamos un hombre limpio, una especie de recién nacido. ¿Recuerda aquel experimento que practiqué con la rana? Olvidó la habilidad del salto, pero no perdió ninguno de sus reflejos motores. Olvidó la habilidad de cazar mosquitos, pero mantuvo el reflejo de deglución. En teoría, la rana podría aprender de nuevo todas esas actividades. Pero planteémonos ahora el caso de nuestro paciente... ¡Eh, ustedes dos!, ¿qué hacen ahí con la boca abierta? Levántenlo y colóquenlo encima de la mesa. *Mach schnell!*

«¡Ahora verán lo que es bueno!», pensó Fandorin, tensando los músculos. Pero el infame Andrew le asió con tanta fuerza por los hombros que no tuvo ninguna posibilidad de coger el revólver. Mientras tanto, Timofei accionó un mecanismo y los aros de acero que aprisionaban el pecho del cautivo desaparecieron de repente.

—¡Uno, dos, arri-i-ba! —dirigió los trabajos Timofei, cogiendo a Erast Petrovich por los pies mientras Andrew le levantaba del sillón con la misma firmeza con que le sujetaba por los hombros.

El «animal» de laboratorio quedó bien colocado boca arriba sobre la mesa, pero Andrew siguió sujetándolo por los codos, y el conserje por los tobillos. Fandorin

sintió cómo la pistolera se le clavaba despiadadamente a la altura de los riñones. En aquel instante la campana volvió a sonar: el recreo había terminado.

—Cuando aplique sincrónicamente las descargas eléctricas en estas dos zonas del cerebro, el paciente quedará completamente limpio de sus anteriores experiencias vitales. Por decirlo de algún modo, se transformará en un niño de pecho. A partir de ahí, habrá que enseñarle todo de nuevo: a andar, a masticar, a utilizar el retrete y, luego, a escribir, a leer, etcétera, etcétera... Supongo que el experimento será de gran interés para usted y sus pedagogos. Sobre todo, si ya tienen conocimiento de las inclinaciones conductuales de este sujeto.

—Sí. Es un joven valiente, con una enorme capacidad de reacción, un pensamiento lógico muy desarrollado y una intuición verdaderamente singular. Espero que puedan recuperarse todas esas cualidades.

En otras circunstancias, Erast Petrovich se hubiera sentido muy halagado por un retrato tan lisonjero de su personalidad, mas en aquel momento esa halagadora exposición sólo le produjo un escalofrío de terror que le sacudió todo el cuerpo. Se imaginó tendido en una cuna de color rosa, con un chupete en la boca y emitiendo un «gu-gu-gú» estúpido; y a *lady* Esther inclinándose solícita hacia él y regañándole cariñosamente: «¡Ay, pero qué malo es mi niño! ¡Otra vez con los pañales mojados!»... ¡No, nunca! ¡Mejor la muerte!

—Tiene convulsiones, *sir* —advirtió Andrew, abriendo la boca por primera vez—. ¿Estará recobrando el conocimiento?

—Imposible —le interrumpió el profesor—. Tiene anestesia para dos horas como mínimo. En su estado son normales unos ligeros movimientos convulsivos. Ahora bien, *milady*, existe un factor de riesgo. No he tenido tiempo de calcular la fuerza de la descarga requerida. Si le aplico más de la necesaria, el paciente morirá o se convertirá en un idiota para siempre. Y si la descarga es insuficiente, en la subcorteza cerebral se conservarían esos modelos turbios y superfluos de conducta que, bajo la influencia de un estimulante exterior, volverían a madurar en su memoria en cualquier momento.

Tras considerarlo en silencio unos minutos, la baronesa ordenó con cierto matiz de pena:

—No podemos correr riesgos, aplíquele una descarga fuerte.

Fandorin escuchó un extraño zumbido y luego un chisporroteo. Un intenso escalofrío le erizó la piel.

—Andrew, rasure dos círculos en la cabeza, aquí y aquí —señaló Blank, rozando el pelo del paciente—. Para aplicar los electrodos...

—Será mejor que Timofei se encargue de eso —sugirió *lady* Esther con determinación—. Le dejo, no deseo presenciar el experimento porque por la noche no podré conciliar el sueño. Andrew, acompáñame. Voy a escribir unos telegramas

urgentes y los llevarás al telégrafo. Tenemos que tomar medidas preventivas porque pronto comenzarán a echar en falta a nuestro amigo.

—Sí, sí, *milady*, váyanse. Aquí sólo serían un estorbo —replicó distraídamente el profesor, ocupado en sus preparativos—. Le informaré inmediatamente de los resultados.

Las tenazas de hierro que oprimían los codos de Erast Petrovich desaparecieron cuando Andrew se marchó.

Cuando dejaron de oírse los pasos tras la puerta, Fandorin abrió los ojos, se liberó los pies con una sacudida y, estirando las piernas, pegó una patada en el pecho a Timofei con tanta fuerza que lo hizo volar hasta un rincón. Erast Petrovich saltó a continuación al suelo y, guiñando los ojos por el deslumbramiento de la luz, cogió la Gerstal que llevaba oculta bajo el faldón.

—¡No se muevan o les mato! —gruñó con aire de venganza el resucitado.

Y en aquel instante estaba dispuesto a freír a tiros a los dos hombres, a Timofei, que abría y cerraba los ojos como un idiota, y al profesor chiflado, que sostenía en las manos dos pinzas de acero, perplejo y asombrado. Erast Petrovich vio entonces que unos alambres finos unían las pinzas a una siniestra máquina llena de lucecitas parpadeantes. El laboratorio estaba lleno de extravagantes ingenios de aquel tipo, pero Fandorin no tenía tiempo para contemplarlos con la atención que seguramente merecían.

El portero no intentó levantarse del suelo; muy al contrario, se limitó a santiguarse con torpeza. Pero con Blank, por desgracia, las cosas no iban tan bien. Erast Petrovich comprendió que el profesor no se había asustado lo más mínimo, sino que estaba furioso porque un inoportuno escollo retrasaba su experimento. «¡Va a abalanzarse sobre mí!», pensó Fandorin, y su deseo de matar desapareció, se derritió sin dejar huella.

—¡No hagan tonterías! ¡Quédense quietos! —gritó con voz temblorosa.

En ese instante Blank soltó un alarido:

—*Mistker! Du hast alles verdorben!* —Y se echó hacia delante, golpeándose un costado con el borde de la mesa.

Erast Petrovich oprimió el gatillo sin ningún resultado. ¡El seguro! Dio un golpecito al botón y después apretó el gatillo dos veces consecutivas. ¡Bang-bang! Un trueno retumbó violentamente en dos tiempos y el profesor cayó boca abajo con la cabeza metida entre las piernas de quien acababa de dispararle.

Temiendo un ataque por la espalda, Fandorin se volvió bruscamente, dispuesto a disparar de nuevo, pero Timofei se apretó contra la pared y le rogó apresuradamente con voz trémula:

—¡No me mate, su señoría! ¡No me mate, por lo que más quiera! ¡Por Cristo Dios! ¡Su señoría!

—¡Levántate, canalla! —le gritó Erast Petrovich, medio sordo y enloquecido—. ¡Ponte en marcha, camina!

Empujando al portero por la espalda con el cañón del arma, Fandorin comenzó a andar por el pasillo y luego escaleras abajo. Timofei daba pasos rápidos y cortos, soltando un «ay» cada vez que el cañón se le clavaba en la espalda.

Atravesaron rápidamente la sala de recreo. Fandorin evitó mirar las puertas abiertas de las aulas, desde donde los observaban los profesores, atónitos, y unos niños silenciosos, vestidos con uniformes azules, que se asomaban por detrás de sus tutores.

—¡Policía! —gritó Erast Petrovich, dirigiéndose al espacio vacío que tenía ante sí—. ¡Señores profesores, no dejen salir a sus alumnos de las aulas! ¡Ustedes tampoco salgan!

Recorrieron un largo pasillo de esa forma, medio andando, medio corriendo, hasta que llegaron al ala anexa del edificio. Erast Petrovich empujó a Timofei con todas sus fuerzas contra la puerta blanca y dorada y el portero abrió con la frente y, trastabillando, intentó mantenerse en pie. Dentro de la habitación no había nadie. ¡El despacho de *milady* estaba vacío!

—¡Adelante, en marcha! ¡Abre todas las puertas! —ordenó Fandorin—. Y métete en la cabeza que si intentas algo, te mato como a un perro.

El portero entrelazó las manos en un gesto de súplica y salió corriendo al pasillo. En cinco minutos inspeccionaron todas las estancias del primer piso. No había un alma. Sólo encontraron al infortunado cochero en la cocina, que dormía su sueño eterno tumbado boca abajo sobre la mesa y con la cabeza torcida hacia un lado. Erast Petrovich se fijó al pasar en los granos de azúcar que se veían todavía en su barba y en el charquito de té desparramado. Ordenó a Timofei seguir hacia delante.

El segundo piso constaba de dos dormitorios, un guardarropa y una biblioteca. Tampoco encontraron allí ni a la baronesa ni a su lacayo. ¿Dónde estarían? ¿Se habrían escondido en algún lugar recóndito del «esthernado», al escuchar los tiros, o habrían huido a toda prisa?

En un acceso de furor, Erast Petrovich movió bruscamente la mano con la que sostenía el revólver y entonces se escapó una bala. Ésta rebotó en la pared y salió silbando por la ventana, dejando en el cristal un agujero con la forma de una estrella perfecta, con todos sus rayos dispuestos simétricamente. «¡Demonios, el seguro no estaba bloqueado y el gatillo es tan suave...!», recordó Fandorin, sacudiendo la cabeza para eliminar de sus oídos el zumbido del disparo.

Pero aquel tiro inoportuno ejerció una mágica influencia sobre Timofei. El portero se arrodilló y comenzó a rogar desesperadamente:

—¡Su se-señoría... No me mate! ¡El demonio me enredó! ¡Sí, como se lo digo! ¡Tengo hijos y una mujer enferma! ¡Yo le guiaré, por Dios Santo que le guiaré! ¡Están

en el sótano, en una cueva secreta! ¡Se la enseñaré ahora mismo, no me mate!

—¿En qué sótano? —preguntó amenazadoramente Erast Petrovich, levantando la pistola como si estuviera dispuesto a ejecutarle.

—Venga conmigo, venga conmigo, por favor...

El portero se levantó de un salto y, volviendo la cabeza a cada paso, condujo otra vez a Fandorin al primer piso, al despacho de la baronesa.

—Lo vi una vez por casualidad... Nunca nos dejaban entrar. No confiaban en nosotros. Es natural, yo soy ruso, un alma ortodoxa, sin sangre inglesa. —Timofei se santiguó—. Sólo Andrew, que es de los suyos, tenía permitida la entrada. Pero nosotros no, nosotros no.

El portero corrió hasta el escritorio, giró una manecilla que había en el secreter y éste se desplazó instantáneamente hacia un lado, dejando al descubierto una pequeña puerta de cobre.

—¡Abre! —le ordenó Erast Petrovich.

Timofei se santiguó tres veces más y abrió la puertecilla. Ésta, sin hacer ruido, reveló una escalera que conducía hacia abajo, hacia la oscuridad.

Empujando otra vez al portero por la espalda, Fandorin comenzó a descender con cuidado. La escalera terminaba en una pared, pero a la vuelta, formando un recodo hacia la derecha, continuaba un pasillo de menor altura.

—¡Vamos, vamos! —apremió Erast Petrovich a Timofei, que procuraba rezagarse.

Doblaron el recodo y se sumergieron en una densa tiniebla. «Debí coger una bujía», pensó Fandorin, y se metió la mano izquierda en el bolsillo en busca de fósforos. Pero, de pronto, delante de él se produjo un fogonazo y sonó un estampido. El portero gritó «¡Ay!» y se desplomó. Erast Petrovich apuntó con la Gerstal hacia delante y mantuvo apretado el gatillo hasta que el percutor comenzó a golpear contra los casquillos vacíos. Luego se hizo un impresionante silencio. Con la mano temblorosa, Fandorin sacó la caja de cerillas y encendió una. Timofei, un bulto informe, estaba sentado, apoyado en la pared y completamente inmóvil. Erast Petrovich dio unos pasos y descubrió a Andrew tendido boca arriba. La temblorosa llama osciló unos segundos sobre sus ojos vidriosos y se apagó.

«El gran Fouché dice que cuando uno se queda en la más completa oscuridad, hay que cerrar los ojos y contar hasta treinta para que las pupilas se estrechen al máximo y puedan distinguir cualquier fuente de luz». Para mayor seguridad, Erast Petrovich contó hasta cuarenta. Abrió los ojos y, en efecto, por algún lugar se filtraba una franja de luz. Apuntando con su ya inútil Gerstal, dio un paso, dos, tres, y un poco más adelante divisó una puerta entornada, por cuya abertura entraba la débil claridad. Sólo la baronesa podía encontrarse allí. Fandorin se dirigió con decisión hacia la zona iluminada y empujó bruscamente la puerta.

Ante él apareció una pequeña habitación con las paredes cubiertas de estantes. En el medio, sobre una mesa, ardía una vela en un candelabro de bronce. Su luz alumbraba el rostro de *lady* Esther, desfigurado por las sombras.

—¡Entre, niño mío! —dijo con tranquilidad—. Le esperaba.

Erast Petrovich cruzó el umbral y la puerta se cerró súbitamente con un golpe. Se sobresaltó, se volvió y observó que la puerta no tenía ni manecilla ni pestillo.

—Acérquese un poco más —pidió *milady* dulcemente—. Quiero ver mejor su rostro, porque el suyo es el rostro del destino. Usted es como una piedrecita colocada en medio de mi camino. Una piedrecita con la que yo estaba condenada a tropezar.

Ofendido por la comparación, Fandorin se acercó a la mesa, y sobre ella, justo delante de la dama, vio un pequeño cofre metálico.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Se lo confesaré más tarde. ¿Qué ha hecho usted con Erhardt?

—Está muerto. Él ha tenido la culpa, nadie le obligó a ponerse en la trayectoria de la bala —respondió groseramente Erast Petrovich, evitando pensar en que acababa de matar a dos hombres.

—Es una gran pérdida para la humanidad. Era un hombre extraño y algo obsesivo, sí, pero un científico extraordinario. Un azazel menos...

—Pero, dígame, ¿qué es Azazel en realidad? —preguntó Fandorin, inquieto—. ¿Qué relación tienen sus huérfanos con ese Satanás?

—Azazel no es Satanás, niño mío, sino el símbolo del gran salvador y civilizador de la humanidad. Dios creó el mundo y a los hombres, y luego los abandonó a su suerte. Pero los hombres eran tan ciegos y débiles que convirtieron este mundo divino en un infierno. La humanidad habría desaparecido hace tiempo si no hubiera sido por las geniales personalidades que nacían de vez en cuando entre los mismos hombres. No eran ni demonios ni dioses. Yo los llamo *hero civilisateurs*. Con cada uno de ellos la humanidad dio un salto adelante. Prometeo nos regaló el fuego. Moisés nos redactó unas leyes comprensibles. Cristo nos ofreció una guía moral. Pero el máspreciado de estos héroes fue el judío Azazel, que enseñó al hombre el sentimiento de la propia estima. Está escrito en el *Libro de Enoc*. «Y con amor penetró en el alma de los hombres y les descubrió los secretos que sólo conocían en los Cielos». Fue él quien regaló el espejo a los hombres, o sea, la posibilidad de la memoria y de la comprensión del pasado. Gracias a Azazel, el hombre aprendió todos los oficios y a defender su hogar. Gracias a Azazel, la mujer, que hasta entonces sólo había sido una hembra, sumisa y fértil, se convirtió en una criatura con idénticos derechos y con la capacidad de elegir libremente ser hermosa o fea, madre o amazona, dedicar su vida a su familia o a toda la humanidad. Dios se había limitado a repartir las cartas a los hombres. Azazel nos enseñó a jugarlas para conseguir la victoria. Cada uno de mis pupilos es un Azazel, aunque no todos sean conscientes de ello.

—¿Por qué «no todos»?

—Sólo unos pocos, los más fieles e inflexibles, conocen nuestro objetivo secreto —aclaró *milady*—. Se encargan de los trabajos más sucios para que los demás niños puedan permanecer inmaculados. Azazel es mi tropa de vanguardia, la que tiene asignada la misión de apropiarse gradual y progresivamente del timón del mundo. ¡Ah, cómo florecerá nuestro planeta cuando esté gobernado por mis azazeles! Y eso podría haber ocurrido muy pronto: en apenas quince años... Los demás pupilos de mis «esthernados» desconocen el secreto de Azazel; se limitan a labrarse su camino en la vida, aportando el mayor provecho posible a la humanidad. Yo tan sólo constato sus éxitos, me alegro de sus logros y sé que en caso de necesidad ninguno de ellos rehusará acudir en ayuda de su madre. ¡Ay!, ¿qué será de ellos sin mí? ¿Qué será del mundo?... Pero no, no va a ocurrir nada. Azazel sigue vivo y terminará la obra en mi ausencia.

Erast Petrovich se indignó:

—¡Conozco bien a esos azazeles suyos, a esos hijos «fieles e inflexibles»! ¡Morbid y Franz, Andrew y ese otro, el de los ojos blancos, el que mató a Ajtirtzev! ¿Ésa es su guardia de honor, *milady*? ¿Esos son los más dignos?

—No sólo ellos, sino que ellos también. ¿Recuerda, amigo mío, cuando le dije en cierta ocasión que no todos mis hijos lograban encontrar su camino en el mundo actual, porque o su talento pertenecía a un pasado remoto o sólo podría utilizarse en un futuro lejano? Pues bien, de esos discípulos surgen precisamente los ejecutores más fieles e inflexibles. Algunos de mis niños son el cerebro, y otros, las manos. Pero el hombre que eliminó a Ajtirtzev no era hijo mío, era sólo un aliado temporal.

Los dedos de la baronesa acariciaron distraídamente la pulida tapa del cofrecillo, y de paso, como por casualidad, apretaron un botoncito redondo.

—Y eso es todo, mi querido jovencito. Nos quedan sólo dos minutos. Abandonaremos este mundo los dos juntos. Desgraciadamente, no puedo dejarle con vida, sería muy perjudicial para mis niños.

—¿Qué es esto? —gritó Fandorin agarrando el cofrecito, que resultó más pesado de lo que parecía—. ¿Una bomba?

—Sí —sonrió compasivamente *lady* Esther—, una bomba de relojería. El invento de uno de mis genios infantiles. Hay cofrecitos de treinta segundos, de dos horas e incluso de doce. Resulta imposible abrirlo o detener su mecanismo. Esta mina, en concreto, está programada para explotar a los ciento veinte segundos. Mi archivo desaparecerá conmigo. Mi vida ha terminado, pero cuántas cosas he hecho mientras ha durado... Ahora otros continuarán mi trabajo. Siempre me recordarán con gratitud.

Erast Petrovich intentó en vano levantar el botoncito del artilugio metiendo una uña por debajo. Luego corrió hacia la puerta y comenzó a tantearla con los dedos, a golpearla con los puños. El corazón le latía en los oídos, marcando el tiempo que se

le escapaba.

—¡Lizanka! —gimió desesperadamente Fandorin, sintiendo la muerte cerca—. ¡Milady! ¡No quiero morir! ¡Soy demasiado joven! ¡Estoy enamorado!

Lady Esther le contempló con piedad. En su interior se desarrollaba un terrible combate.

—¡Júreme que no dedicará su vida a la caza de mis pupilos! —le pidió quedamente, mirando con fijeza los ojos de Erast Petrovich.

—¡Se lo juro! —exclamó el joven, dispuesto a jurar en aquellos momentos todo lo que le propusieran.

Tras una larga y atormentadora pausa, los labios de la dama esbozaron una tierna y maternal sonrisa:

—¡De acuerdo, sálvese, mi niño! Pero apresúrese, sólo le quedan cuarenta segundos.

Metió la mano debajo de la mesa y la puerta de bronce se abrió desde dentro emitiendo un chirrido.

Después de lanzar una última mirada a aquella mujer inmóvil y canosa, y a la oscilante llama de la vela, Fandorin se lanzó por el corredor precipitadamente. En su loca huida se golpeó varias veces contra los muros del pasillo. Subió la escalera a gatas, después se estiró y atravesó el despacho en dos zancadas.

Diez segundos más tarde las puertas de roble del ala del edificio estuvieron a punto de saltar de sus goznes a causa del potente empujón que les propinó un joven. Éste, con la cara descompuesta de pavor, salió literalmente volando de la casa, rodando por la escalinata. Corrió a toda prisa por la tranquila y sombreada calle hasta llegar a la esquina, y sólo allí se detuvo, respirando fatigosamente. Dirigió la vista hacia atrás y se quedó inmóvil.

Transcurrían los segundos y no ocurría nada. El sol doraba apaciblemente las copas de los álamos, una gata pelirroja dormitaba en un banco de madera y, en algún lugar, en un patio próximo, cacareaban las gallinas.

Erast Petrovich se llevó la mano al corazón, que seguía latiéndole violentamente. ¡Le había engañado! ¡Le había tomado el pelo como a un niño! ¡Y se habría escapado por la puerta trasera!

Soltó un rugido de rabia impotente, pero justo en ese momento, como si de una respuesta se tratara, el ala del edificio soltó un bramido. Las paredes temblaron, el tejado se tambaleó visiblemente y de algún rincón subterráneo le llegó el rumor sordo y profundo de una explosión.

Último Capítulo

Donde nuestro héroe se despide de la juventud

Pregúntele usted a cualquier vecino de Moscú qué fecha es la más idónea para casarse y con toda seguridad le responderá que un hombre serio, respetable y deseoso de cimentar su vida familiar sobre una base sólida, deberá unirse en matrimonio sólo a finales de septiembre, porque éstos son los días que mejor se avienen con el levar de anclas y el inicio de un largo y pacífico viaje por las olas de la oceánica vida. El septiembre moscovita es un mes ahíto y perezoso que se engalana con un brocado dorado y enciende sus mejillas con el naranja del arce, como una emperifollada tendera de los barrios del otro lado del Moscova. Si decide casarse el último domingo del mes, el cielo estará límpido y azul a la fuerza, y el sol lucirá reposadamente y con delicadeza. El novio no tendrá que sudar dentro del cuello terso y almidonado de su camisa y su apretado frac negro, ni la novia se congelará en ese gaseoso, mágico y etéreo atavío que no tiene ningún nombre que realmente haga justicia a su magnificencia.

La elección de la iglesia para la ceremonia nupcial podría ser materia de toda una disciplina científica. En este sentido, la oferta de Moscú es enorme, pero, precisamente por esta causa, la decisión es sumamente delicada y responsable. Un moscovita de toda la vida sabe que está muy bien casarse en la Sretienka, en la iglesia del Tránsito de la calle Pichatniki: los esposos disfrutarán de una larga vida y los dos morirán el mismo día. Si de lo que se trata es de tener una prole numerosa, nada mejor que la iglesia de San Nicolás de la Gran Cruz, que ocupa toda una manzana en el barrio de Kitay-Gorod. El que valore la vida doméstica y la comodidad del hogar sobre todas las demás cosas, que se incline por la iglesia de San Pimén el Grande, en la calle Stariey-Vorotniki. Si el novio es militar, pero no quiere acabar sus días en el campo de batalla sino cerca de la chimenea familiar y rodeado por su esposa, hijos y toda la parentela, lo más sensato es elegir la iglesia de San Jorge, en el barrio de Vspolie. Y, claro, ninguna madre amorosa permitirá que su hija celebre nupcias en el barrio de Varvarka, en la iglesia de la mártir Santa Bárbara, porque la pobre tendrá que arrastrar una vida llena de tormentos y penalidades.

Las personalidades ilustres y con altos cargos administrativos no son tan libres de elegir, pues la iglesia en cuestión deberá ser amplia y majestuosa, ya que de otra manera resultaría difícil instalar a todos los invitados, la flor y nata de la sociedad moscovita. Y en las nupcias que acababan de celebrarse en la ceremoniosa y magnífica iglesia del Orador se había congregado «el todo Moscú». Los mirones que se aglomeraban en la salida, donde las berlinas aguardaban aparcadas en una larguísima fila, pudieron contemplar en su carruaje al mismísimo gobernador general en persona, el príncipe Vladimir Andreevich Dolgoruki, lo cual significaba que la boda era de la más alta categoría.

Aunque sólo se permitía la entrada al templo por rigurosa invitación especial, dentro se reunieron más de doscientas personas. Abundaban los uniformes resplandecientes, tanto militares como civiles. Decenas de desnudos hombros femeninos, fastuosos peinados, condecoraciones, bandas, estrellas y joyas de todo tipo se exponían allí para la admiración pública. Todas las velas y arañas del templo estaban encendidas. Hacía mucho rato que había comenzado la ceremonia y los invitados comenzaban a fatigarse. Las mujeres, fuera cual fuera su edad o fortuna familiar, se mostraban excitadas y conmovidas, pero los hombres estaban cansados y pasaban el rato haciendo comentarios a media voz sobre los presentes. Sin embargo, ya se habían emitido muchos juicios sobre la joven pareja. Al padre de la novia, el consejero en activo Aleksander Apollodorovich von Evert-Kolokoltsev, lo conocía todo Moscú, y la hermosa Elizaveta Aleksandrovna había sido admirada más de una vez en los bailes de gala a los que había asistido desde que fuese presentada en sociedad el año anterior. La curiosidad, pues, se cebaba en especial en el novio, Erast Petrovich Fandorin. Se sabía poco de él: que era un perillán capitalino que solía viajar a Moscú con frecuencia para la resolución de importantes asuntos estatales; que era un arribista que se movía a sus anchas muy cerca de los estamentos más altos del poder del Estado. En realidad, no tenía un cargo muy elevado, pero era todavía muy joven y nadie dudaba que muy pronto alcanzaría la cima. De hecho, verlo con la cruz de Vladimir colgando ya del ojal con tan pocos años era como una broma. El previsor Aleksander Apollodorovich sabía poner los ojos bien lejos.

Las mujeres estaban emocionadas, sobre todo por la belleza y la juventud de los cónyuges. El novio se mostraba muy turbado: ora enrojecía, ora se ponía pálido como la pared, y llegó a tartamudear al pronunciar las palabras del voto nupcial. En resumen, un encanto de muchacho. Y qué se podía decir de la novia, de Lizanka von Evert-Kolokoltseva, sino que no parecía un ser de este mundo: los corazones se paralizaban sólo con mirarla. Con aquel vestido vaporoso como una nube, el velo fino y transparente, y la corona de rosas de Sajonia, todo en ella era y estaba como debía ser. Cuando los contrayentes bebieron el vino tinto del cáliz e intercambiaron un beso, la novia no se turbó lo más mínimo; por el contrario, sonriendo alegremente,

susurró al novio algo que también a él le provocó la risa.

Y lo que Lizanka susurró fue esto:

—La desgraciada Liza cambió de opinión y, en lugar de ahogarse en el lago, prefirió casarse.

Erast Petrovich había sufrido todo el día por el manifiesto interés que los demás mostraban hacia su persona y por su obligada dependencia de la multitud que lo rodeaba. Advirtió la presencia de muchos de sus antiguos compañeros de gimnasio y de «viejos camaradas» de su padre (aquellos que en los últimos tiempos habían desaparecido como engullidos por la tierra y ahora surgían otra vez de ella como por ensalmo). A primera hora de la mañana, un grupo de conocidos condujo a Fandorin a la celebración de un desayuno de soltero en el restaurante Praga de la calle Arbat. Allí, todos los reunidos le palmearon los costados y, haciéndole guiños, le dieron su más sentido pésame, broma cuyo sentido no comprendió al principio. Después le llevaron de vuelta al hotel, donde al instante se personó el peluquero Pierre, que se puso a estirarle dolorosamente el cabello y a ensortijárselo en un pomposo copete. No estaba bien ni era de buen augurio encontrarse con Lizanka antes de su llegada a la iglesia, y esta circunstancia también le resultó de lo más atormentadora. En los tres días transcurridos desde su llegada de Petersburgo, ciudad en la que el novio estaba ahora destinado, prácticamente no había visto a la novia, pues Lizanka siempre andaba ocupada con algún importantísimo preparativo de la boda.

Más tarde, Ksaveri Feofilaktovich Grushin, rojo como la grana desde el desayuno matutino de despedida, enfundado en su frac y con la blanca banda de padrino en el pecho, acomodó al novio en una berlina descubierta y lo condujo a la iglesia. Erast Petrovich esperó un buen rato a la novia en la escalinata mientras la multitud le gritaba no se sabía muy bien qué y una jovencita le arrojaba una rosa que le rasguñó levemente la mejilla. Por fin llegó la novia, apenas visible debajo de tantas ondas de tejido transparente. Los dos permanecieron de pie, uno al lado del otro, delante del facistol. El coro cantó y el pope entonó: «Que nuestro Dios sea generoso y misericordioso» y algunas oraciones más. Luego los novios se intercambiaron los anillos y juntos hollaron la alfombra. Y en ese preciso momento, inmediatamente después de que Lizanka le susurrara las palabras sobre la pobre Liza, Erast Petrovich se sintió repentina e inexplicablemente tranquilo y comenzó a mirar en derredor, a detener la vista en los rostros de algunos invitados y a observar la cúpula de la iglesia. En suma, a encontrarse verdaderamente a gusto.

También se sintió de maravilla después, cuando todos se les acercaron y les felicitaron sincera y cálidamente. El gobernador general, Vladimir Andreevich Dolgoruki, le cayó especialmente bien: era gordo y amable y tenía el rostro redondito y unos largos bigotes colgantes. El gobernador le dijo que sólo había oído elogios sobre su persona y le deseó de todo corazón un feliz matrimonio.

A continuación salieron a la plaza. La multitud gritaba a su alrededor, pero ellos apenas veían nada porque el sol brillaba con mucha fuerza y les cegaba.

Luego subieron a una berlina descubierta y de pronto todo comenzó a oler a flores.

Lizanka se despojó de su larguísimo guante blanco y apretó con fuerza la mano de Erast Petrovich. El novio, pícaramente, acercó su rostro al velo de la muchacha y respiró con placer el aroma de sus cabellos, de su perfume y de su cálida piel. Pero justo en ese instante (cruzaban las puertas Nikitskie), Fandorin miró casualmente hacia el atrio de la iglesia de la Ascensión, y al hacerlo notó que una mano helada le oprimía de repente el corazón.

Fandorin vio a dos niños, de unos ocho o nueve años, vestidos con unos uniformes azules hechos harapos. Estaban sentados con gesto abatido entre los demás mendigos y entonaban con sus vocecillas agudas una triste canción. Los jóvenes pedigüeños volvieron la cabeza y siguieron con la vista, con curiosidad, el paso del pomposo cortejo nupcial.

—Querido, ¿qué te ocurre? —se asustó Lizanka al ver palidecer el rostro de su marido.

Fandorin no respondió.

* * *

El registro del sótano secreto del «esthernado» no dio ningún resultado. La explosión de aquella bomba de composición desconocida fue tan potente, y su radio de acción tan amplio, que, aunque dejó la estructura del edificio intacta, destruyó por completo los compartimientos subterráneos. Del archivo no quedó nada. De *lady* Esther, únicamente un trozo de su vestido de seda.

Al quedarse sin dirección ni patrocinio, la red internacional de «esthernados» se desintegró. En algunos países, los orfanatos pasaron a depender del Estado o de otras organizaciones benéficas, pero la mayor parte de aquellos refugios infantiles dejó, simple y llanamente, de existir. Los dos «esthernados» rusos, por su parte, fueron clausurados por un decreto del Ministerio de Instrucción Pública, tras ser declarados focos de ateísmo y de ideas perniciosas. Los profesores fueron dispersados, y los niños, en su mayoría, abandonados a su suerte.

Por la lista encontrada en poder de Cunningham se consiguió desenmascarar a dieciocho antiguos pupilos de esa institución. Pero la pesquisa ofreció, en general, pocos frutos porque resultó prácticamente imposible demostrar quién había participado de forma activa en la organización Azazel y quién no. No obstante, cinco de los alumnos descubiertos (entre otros, el ministro portugués) tuvieron que dimitir, dos se suicidaron y uno más (el jefe de la guardia presidencial brasileña) fue ajusticiado. Una extensa investigación internacional desveló que multitud de

respetables y notorios personajes públicos habían cursado en su día estudios en los «esthernados». Muchos no hicieron nada por ocultar aquel dato de sus biografías, sino que, por el contrario, incluso manifestaron sentirse orgullosos de la educación recibida. Otros de los antiguos «niños *lady Esther*» prefirieron escabullirse y ponerse a salvo de aquella insidiosa persecución de la policía y de los servicios secretos, pero la mayoría permaneció en sus puestos, ya que no hubo manera de probar su culpabilidad. Sin embargo, a partir de entonces se les vetó el acceso a los altos puestos gubernamentales, y en ciertos países los nuevos nombramientos se efectuaron sólo tras una exhaustiva investigación de los orígenes y genealogía de los candidatos, casi como había sido preceptivo en los tenebrosos tiempos del caduco feudalismo. ¡Y los candidatos rogaban a Dios que no apareciese entre sus allegados más inmediatos ningún pariente «huérfano»! (Así llamaban en los círculos oficiales a los pupilos de *lady Esther*). La verdad es que la mayoría de los ciudadanos sobre quienes se practicó esta investigación no se percataron de ella, porque los gobiernos establecieron acuerdos de escrupulosa precaución y confidencialidad. Durante algún tiempo circularon rumores sobre una supuesta conjura internacional: de los masones, de los judíos o de los dos grupos unidos. Hasta se llegó a mencionar a Disraeli como su líder natural. Pero al cabo retornó la calma, sobre todo después de que en los Balcanes estallara la grave crisis que hizo que Europa entera se tambalease.

Por obligaciones de su cargo, Fandorin tuvo que participar activamente en la investigación del «caso Azazel», pero mostró tan poco celo en ello que el general Mizinov consideró más sensato encargarle a su joven y capaz subordinado otro trabajo más de su gusto. Erast sentía que su conciencia en la historia de Azazel no estaba del todo limpia, y su papel en las pesquisas comenzó a adquirir tintes ambiguos. El juramento dado a la baronesa (y violado en contra de su voluntad) enrareció notablemente las felices semanas que precedieron a sus nupcias.

Y tuvo que suceder que, precisamente el día de su boda, aparecieran ante los ojos de Erast Petrovich las víctimas que habían provocado su «abnegación, valentía y loable celo» (eso decía textualmente el ucase imperial de su condecoración).

En unos segundos, a Fandorin se le agrió el ánimo y el remordimiento se apoderó de él. Pero cuando llegaron a la casa paterna de la calle Malaya Nikitskaya, Lizanka tomó el problema en sus manos con decisión. Se reunió con su apenado marido en el guardarropa, una estancia contigua al recibidor, donde éste se había refugiado, y le prohibió severamente encerrarse allí otra vez sin su permiso. Afortunadamente, sus padres y familiares estaban demasiado ocupados en atender a los invitados que llegaban para participar en el banquete nupcial y no advirtieron nada. De la cocina llegaban unos maravillosos aromas —desde el amanecer se afanaban allí los cocineros del restaurante Slaviansky Bazar, contratados especialmente para la ocasión— y por las puertas selladas del salón de baile se filtraban las notas de los vales

vieneses que ensayaba la orquesta por última vez. En una palabra, todo seguía su curso. Sólo faltaba llamar al orden a su desmoralizado esposo.

Cuando la novia se convenció de que la causa de aquella inesperada melancolía no la provocaba el recuerdo inoportuno de una antigua amante, se tranquilizó y tomó cartas en el asunto con resolución. A sus primeras preguntas directas, Erast Petrovich reaccionó con bufidos y ofreciéndole la espalda, por lo que Lizanka decidió cambiar de táctica. Comenzó a acariciarle las mejillas y a besarle la frente, y luego los labios y los ojos, hasta que su marido se enterneció y logró dominarse. Sin embargo, los jóvenes no se apresuraron a unirse a los invitados. El barón salió varias veces al vestíbulo y se acercó a la puerta cerrada del guardarropa, e incluso tosió con delicadeza junto a ella, sin atreverse a llamar con los nudillos en la madera. Hasta que tuvo que hacerlo.

—¡Erast! —llamó Aleksander Apollodorovich, que desde la boda había comenzado a tutear a su yerno—. Discúlpame, pero un mensajero recién llegado de Petersburgo pregunta por ti. ¡Es un asunto urgente!

El barón se volvió y miró de soslayo a un joven oficial que permanecía inmóvil y como esculpido en piedra junto a la entrada, tocado con su casco de penacho de plumas. El correo sostenía bajo el brazo un sobre cuadrado, envuelto en el papel gris estatal y lacrado con la figura de las águilas imperiales.

La puerta se abrió y el joven yerno apareció con el rostro ligeramente ruborizado.

—¿Me buscaba usted, teniente?

—¿El señor Fandorin? ¿Erast Petrovich? —inquirió el oficial con la voz clara y el acento propios de un miembro de la guardia imperial.

—Sí, soy yo.

—Un mensaje secreto y urgente de la Tercera Sección. ¿Dónde puedo entregárselo?

—Aquí mismo —respondió Erast Petrovich, y añadió, haciendo un aparte—: Discúlpeme usted, Aleksander Apollodorovich.

El yerno aún no se había acostumbrado a tratar a su suegro con la familiaridad otorgada.

—Comprendo. El trabajo es el trabajo. —Apollodorovich se despidió del mensajero con una inclinación de cabeza y cerró la puerta del guardarropa cuando éste hubo pasado dentro.

Él aguardó en el vestíbulo, demostrando así que no era de los que meten la nariz en los asuntos ajenos.

El teniente colocó el sobre en una silla y extrajo una hoja de papel que llevaba bajo la solapa del uniforme.

—Tenga la bondad de firmarme el recibí.

—¿De qué se trata? —preguntó Fandorin mientras firmaba.

Lizanka miró el sobre con curiosidad, sin mostrar la más mínima intención de dejar a su marido a solas con el mensajero.

—No estoy al corriente —se encogió de hombros el oficial—. Sólo sé que pesa exactamente un quilo y seiscientos treinta y ocho gramos. Por lo que veo, celebra usted un feliz acontecimiento. Quizá la carta esté relacionada con eso. En cualquier caso, le felicito en mi nombre. Tengo aquí también un mensaje que seguramente le aclarará el asunto.

El correo sacó de la bocamanga un pequeño sobre sin firma alguna.

—¿Permite que me retire?

Erast Petrovich movió la cabeza en señal afirmativa después de comprobar el sello del sobre. El hombre saludó militarmente, se giró con aire marcial y salió de la casa.

En el oscuro guardarropa había poca luz y Fandorin abrió el sobre mientras se acercaba a la ventana que daba a la calle Malaya Nikitskaya. Lizanka abrazó a su marido por los hombros, acariciándole la oreja con su aliento.

—Bueno, ¿de qué se trata? ¿Una felicitación? —le preguntó con impaciencia, y, al ver la tarjeta satinada con dos anillos dorados entrelazados, exclamó—: ¡Sí, una felicitación! ¡Oh, qué amables!

En aquel preciso instante Fandorin, distraído por un rápido movimiento que se produjo en la calle, vio cómo el teniente correo se comportaba de un modo bastante extraño. Bajó la escalinata de la casa a toda prisa, tomando carrerilla saltó a la calesa que le esperaba y le gritó al cochero:

—¡En marcha!... ¡Nueve! ¡Ocho! ¡Siete!

El cochero levantó la fusta y volvió la cabeza hacia atrás. Fue apenas un segundo, pero Erast Petrovich consiguió distinguirlo. Tenía el aspecto de un cochero corriente, llevaba un sombrero de alta copa y tenía la barba canosa, pero sus ojos resultaban poco comunes: muy claros, casi blancos.

—¡Alto ahí! —gritó Fandorin con rabia. Y, sin pensárselo dos veces, se encaramó de un brinco al alféizar de la ventana.

El cochero hizo restallar el látigo y el par de caballos negros arrancó al trote.

—¡Alto o disparo! —se desgañitó Fandorin corriendo tras ellos, pese a que no tenía con qué disparar. Con motivo de la boda, había dejado su fiel Gerstal en el hotel.

—¡Erast! ¿Adónde vas?

Fandorin giró la cabeza mientras continuaba corriendo. Lizanka estaba asomada a la ventana y en su cara se dibujaba la más absoluta perplejidad. Un segundo después, una llamarada de fuego y humo salió por la ventana, los cristales reventaron y Erast Petrovich fue levantado del suelo y arrojado a cierta distancia.

Durante algunos segundos todo permaneció en calma, oscuro y tranquilo. Luego

la deslumbrante luz del día le fustigó los ojos, los oídos comenzaron a zumbarle y Fandorin comprendió que seguía vivo. Veía los adoquines del pavimento, pero no entendía qué hacían allí, cerca de sus ojos. Mirar ese suelo pétreo y gris le resultó insoportable y volvió la cabeza a un lado. Lo que entonces quedó ante su vista le resultó todavía más desagradable. Era un excremento de caballo y, junto a él, algo irritantemente blanco que relucía coronado por dos anillos dorados. Erast Petrovich se levantó de un salto, cogió la tarjeta y leyó una frase cuidadosamente escrita con una letra gruesa y anticuada y unos trazos ondulantes y alambicados:

My Sweet Boy, This is a Truly Glorious Day!

El embotado cerebro de Fandorin no llegó a captar el velado significado de las palabras. Su atención estaba concentrada ahora en otro objeto que irradiaba unos destellos inquietantes, abandonado en medio de la calzada.

En un primer momento Erast Petrovich no entendió lo que era. Sólo pensó que el suelo no era lugar adecuado para aquel objeto. Luego lo comprendió todo. Era un brazo humano, delicado y juvenil, arrancado de cuajo a la altura del codo, con un anillo de oro de un brillo lujuriente en el dedo anular.

Por el bulevar Tverskoi, sin mirar a nadie ni nada, camina con pasos rápidos pero vacilantes un joven vestido con elegancia mas horriblemente descuidado. Lleva un frac caro y arrugado, una sucia corbata blanca y un clavel también blanco y polvoriento en la solapa. Los paseantes se apartan para abrirle paso y luego siguen al extravagante sujeto con miradas curiosas. Lo chocante de la escena no está en la palidez cadavérica del galán —¿acaso no hay tísicos en Moscú?—, ni tampoco en la lamentable evidencia de que está borracho como una cuba (da bandazos bruscos de un lado a otro): ¡vaya una cosa! ¿Por qué ha de sorprender ver un borracho más o menos en esa gran ciudad? No, lo que llama la atención de los transeúntes con los que se cruza el joven, en especial de las damas, es ese detalle de su rostro, tan distintivo e inquietante: pese a su evidente juventud, ese calavera tiene las patillas completamente canosas, como cubiertas por una helada escarcha.



BORIS AKUNIN (o B. Akunin, en homenaje al anarquista ruso y porque en japonés significa «chico malo»). Es el seudónimo de Grigori Shalvovich Chjartishvili. Nacido en Georgia en 1956, reside en Moscú desde los dos años. Mientras estudiaba Historia y Filología en el Instituto de Asia y África de la Universidad de Moscú, comenzó su relación con la lengua y cultura japonesas. Traductor de Mishima, compiló una antología de la literatura nipona. Más tarde, como director de la revista *Inostrannaja Literatura* (Literatura Extranjera), dio a conocer en Rusia a Borges, Kundera, Perec y, recientemente, Houellebecq. Su carrera de novelista comienza en 1998 con la publicación de *El ángel caído*, la primera novela del investigador, espía y aventurero Erast Fandorin. El extraordinario éxito de la serie, cuyas ventas sobrepasan el millón de ejemplares, convierte a Akunin en el fenómeno literario ruso más relevante desde la caída del muro. Traducido al italiano, holandés, alemán, francés, ahora al castellano y próximamente al inglés y portugués, Akunin gana adeptos en Europa con su acertada mezcla de erudición y entretenimiento para todo tipo de lectores.